 Seix Barral

Luce d'Eramo

Desviación



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

LA RESILIENCIA: UNA VIRTUD

DESVIACIÓN

PRIMERA PARTE. FUGA DE LOS LAGER

THOMASBRÄU

REFUGIO EN DACHAU

SEGUNDA PARTE. BAJO LAS PIEDRAS

MIENTRAS LA CABEZA SIGA VIVA

TERCERA PARTE. PRIMERA LLEGADA AL TERCER REICH

EN EL CH 89

CUARTA PARTE. LA DESVIACIÓN

BIOGRAFÍA DE LUCE D'ERAMO, POR MARCO D'ERAMO

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



SINOPSIS

Relato autobiográfico y auténtica memoir de una joven de familia de clase alta y fascista que con apenas dieciocho años se marcha de casa y se presta como voluntaria en los campos de trabajo nazis para comprobar con sus propios ojos que todo lo que se dice de ellos es falso. Ahí arranca una aventura vital realmente increíble, la mezcla de crónica de primera mano del horror de los campos de concentración con el carácter idealista de Luce (fruto de su personalidad y de su juventud). Por su compromiso con los presos, ella misma acaba en Dachau, campo del que, finalmente, logra escapar.



Seix Barral Biblioteca Formentor

Luce d'Eramo

Desviación

Prólogo de Nadia Fusini

Traducción del italiano por
Isabel González-Gallarza

LA RESILIENCIA: UNA VIRTUD

En su obra *Piccolo drago – conversazione*, Anna Maria Ortese decía: «vivir parece una desviación...».

Estábamos al final de la década de 1980. No mucho tiempo antes, en 1979, se publicaba un libro —éste— que ya en el título —*Desviación*— retomaba esta imagen y esta idea. Un libro en el que se respiraba la misma sinceridad y el mismo estupor con respecto a la «anormalidad del hecho de vivir». Siendo la razón «algo muy misterioso», Anna Maria Ortese no tenía reparos en confesar, en cambio, cómo «muchos» —en particular «yo misma», precisaba— daban «por sentada cierta anormalidad en el hecho de vivir».

Desde luego la da por sentada Luce d'Eramo, a quien le tocó vivir muy joven años duros, en los que el concepto en sí de «norma» y de «regla» está sometido a una perversión tal que quien tenga que uniformarse a ellas no puede más que «desviarse», y en esa «desviación» experimentar abismos de horror, en los que si cae no podrá sino perder toda «rectitud».

Se da, pues, el caso de que una muchacha de buena familia fascista, de apenas dieciocho años, *elige* en el año de gracia de 1944, más concretamente el 4 de febrero de 1944, ir a trabajar como obrera a la IG Farben de Frankfurt-Höchst. Lucia se toma en serio la aventura de la vida, quiere que vivir tenga un sentido y una finalidad: la verdad. Si se fuga de su casa, abandonando a sus padres, comprometidos ambos con el régimen, es para ir a ver con sus propios ojos lo que sucede en los lager. Por idealismo fascista, no cree lo que oye decir a quien critica ese modelo político italiano que a ella le parece tan solidario, tan volcado en lo «social», fuente de inspiración de muchos versos para el régimen nazi alemán. Fascismo no es nazismo, cree Lucia, y, movida por un instinto espontáneo que nace de su inteligencia femenina, experiencial

—que a este respecto, como Simone Weil, concibe el conocimiento también como una experiencia de la carne—, irá en persona a Alemania.

Sí, irá a los lager —nombre tristemente famoso que en esa época significaba simplemente «campo»; mientras que hoy, a la luz del saber posterior, da nombre a una amplia gama de experimentos concentracionarios con diversos fines y objetivos—. Lucia visitará algunos, y de otros hará en este libro una descripción minuciosa. «Hay de cinco tipos —nos explicará—: además de los campos de selección, que son para todos (*Durchgangslager*), hay campos para trabajadores libres, donde están los voluntarios (*Freiarbeitslager*); los campos para prisioneros de guerra (*Kriegsgefangenenlager*); los campos de trabajo (*Arbeitslager*), donde van a parar los detenidos en las redadas, los rehenes, los parientes de los presos políticos, los partisanos y los desertores extranjeros; y, por último, los campos de concentración (*Konzentrationslager*), donde están las víctimas de la limpieza étnica, es decir, los judíos, los presos políticos, los saboteadores, las prostitutas sin licencia, los homosexuales y las lesbianas, y los presos comunes, tales como ladrones, asesinos, encubridores, violadores [...], sin hablar de los llamados campos de la solución final...».

En su lager, tras inmensas dificultades, celos y hostilidades declaradas, pues no era en absoluto bien vista por quienes estaban obligados al trabajo o, mejor dicho, a la esclavitud del campo, la «voluntaria» Lucia consigue aun así integrarse con sus nuevos compañeros, a los que reconoce afines a ella en la humillación común, afirmando con orgullo una indiferencia personal internacionalista, que prevalece contra cualquier ideología. Los valores que Lucia defiende son sobre todo los de la justicia social y la igualdad. Por ello siente que le gustan «los pobres de Thomasbräu más que nadie de mi vida anterior»: «Siempre estaré con los que sufren». Sobre este punto se muestra intransigente.

Lucia, insisto, es internacionalista, proletaria y socialista, ama «lo social». En la fábrica sufre, protesta. Está disgustada, y lo pone de manifiesto: la manera en la que tratan a los obreros «contradice las promesas nazifascistas» de la igualdad de los pueblos. Su actitud terca e idealista sorprende tanto a los que mandan como a los esclavos. «La imagen inmaterial» que se trajo de

Italia se tambalea. El conjunto de valores con el que había identificado el patrimonio vital de la idea fascista —patria, entrega, fuerza de carácter y justicia social— resulta ser falso. Aunque en un principio recita con orgullo su credo político a aquellos con quienes se encuentra, en la evidente irrealidad de la retórica, palmariamente inaplicada, pasa a ser del todo consciente de la vanidad de este mismo credo, y rompe las fotografías de Hitler y de Mussolini que se había traído consigo en la mochila. Ya no puede «cultivar» su fascismo y, llegada a este punto, pierde la razón del hecho mismo de estar allí: ya no le queda otra sino la de ser testigo de una verdad falseada por la propaganda. Fue hasta allí impulsada por un ideal, y ahora se topa con la realidad. Es un choque, un trauma. Humillada, Lucia se venga, sin embargo, de la decepción y busca otra solidaridad, la que se da entre oprimidos, desheredados, esclavos; en resumen, aquellos que, sin tener culpa ninguna, han quedado atrapados en la maquinaria nazifascista.

Su experiencia en la IG Farben concluye con una huelga en la que ella también participa. La huelga es un fracaso, lo que le vale ser encarcelada primero y expulsada después de Alemania y repatriada a Italia, a Verona, mientras el resto de sus compañeros es deportado a Dachau. Pero precisamente porque la expulsión es fruto de un privilegio —de no haber sido hija de un subsecretario del Fascio en la República de Salò habría corrido la misma suerte que los demás y habría sido deportada a Dachau—, una vez en Verona toma una decisión: durante una redada se deshace de la mochila con su documentación y la hoja de repatriación, y se mezcla voluntariamente con el grupo de deportados que pasa por su lado: no puede, no quiere salvarse «jugando la carta fascista», y se deshace así de su condición de clase. Renuncia a salvarse, vuelve a ser la víctima anónima de un poder brutal que detesta, al cual se opone, al cual prefiere someterse antes que formar parte de él. Vuelve al infierno, cuando podría salvarse. Lo que la empuja a volver es un sentimiento de vergüenza y de culpa ante la sola idea de ponerse a salvo por privilegio, por fortuna. Es una reacción no muy distinta, aunque no idéntica, a la vergüenza del superviviente.

El gesto de deshacerse de la mochila es su liberación interior, y también su última desviación, atormentada como está por una especie de amor

sacrificial por las víctimas, una identificación generosa con los más débiles.

Llega a Dachau y se queda estupefacta: «No creía en los K-Lager ni en los T-Lager» (los K-Lager son los campos de concentración y los T-Lager, los campos de la muerte).

Como decía, Dachau la coge de verdad «por sorpresa». Allí conoce la humanidad profunda, oscura, anónima, y asiste a la metamorfosis última de hombres y mujeres, no en insectos, pero sí en criaturas igual de monstruosas, capaces de un extraño goce: vivir, vivir pese a todo, sobrevivir. Asiste desconcertada al hecho, humano y deshumano a un tiempo, de una transformación casi biológica, en la que la luz de la razón se apaga en el control concentrado del «propio hálito vital»; sí, basta respirar para vivir, basta el más mínimo alimento para gozar. Asiste, repito, cada vez más incrédula, atónita, asombrada, boquiabierta y alienada, a la rapidez con la que un cerebro pensante (el suyo el primero) se adapta «a las situaciones más insostenibles». «En los cuerpos debilitados —observa— se apagaban también las mentes.» El crimen, la violencia física, la delación, la perversión se convierten en algo normal, la mente se separa de sí misma, y el intelecto, del sentimiento. Antes, en la fábrica, lo que la había mantenido con vida había sido la rabia, ahora hay una especie de aceptación de la abyección. Y se pregunta: «¿Para esto has vuelto? ¿Para aspirar a echar un sueñecito lleno de piojos? ¿Para babear por la peor bazofia? ¿Dónde se ha quedado la lucha?».

La deja estupefacta la alegría que con sinceridad confiesa sentir ante una flor o el gesto tierno de un compañero... La emoción de vivir persiste por lo tanto. Observa, sin embargo, con terquedad que, «en Dachau, no había ricos ni poderosos». Más que la raza, más que la política, allí lo que importa es la economía, sigue pensando. La economía es el agente anónimo que anida en la perversión del poder.

Cuenta cómo sus compañeras y ella reciben «patadas, bofetadas y escupitajos» y se mantienen en pie, quietas, en un «dócil torpor», hasta que las empujan al interior de un barracón «donde la felicidad de poder tumbarse por fin en el suelo» borra de golpe «los tormentos». Y ve en los rostros «de mis compañeras, que se estiraban con auténticos gemidos de placer, el mismo gusto por el embrutecimiento» que se me liberaba a mí en el sueño.

Se da cuenta también de que quien manda no es en absoluto superior al esclavo. Descubre que quien domina y quien es sometido conforman juntos una misma comunidad perversa «de subhombres», divididos en «esclavos-tiranos y esclavos-esclavos». Y esto le otorga «una fuerza infinita»; la libera de la idea de que los nazis, los guardias con sus uniformes, sean sus interlocutores, sean «personas» a las que «refutar [...] de manera individual», personas que tienen el control de sus acciones. No, no lo son. Y al mismo tiempo la embarga una piedad infinita: horror y piedad, sentimientos trágicos.

Es el momento de su segundo «cambio interior», que perciben los perros lobo, que se paran en seco, atónitos, ante su mirada; y los hombres lobo, a los que ya no teme. Y a los que tampoco odia ya... Tan sólo urde estratagemas para huir de sus garras. Se adapta a su falta de humanidad, no la condena. Para sobrevivir en el K-Lager no se puede ni *sentir* ni *amar*. Ni tampoco *odiar*, en cierto sentido.

Después, la evasión: una fuga más y el accidente en Maguncia, cuando, en su intento por salvar a una familia tras un bombardeo, se le derrumba encima un muro y queda atrapada entre los escombros. Es el último acto de su tragedia personal: el inicio del largo y doloroso calvario de hospital en hospital. Sobrevivirá también a este trauma, convirtiendo la silla de ruedas en un trono.

Más que una autobiografía, *Desviación* es un libro de memorias, y propio de este género es el compromiso declarado con la realidad,^[1] que no significa en absoluto que deba responder a la realidad de los hechos. Lucia lo hace en parte; pero en parte también se distrae de ella, porque la verdad interior es el reclamo más fuerte para la conciencia de la mujer y la escritora en las que se convierte, gracias a las experiencias vividas, esa muchacha temeraria, audaz e imprudente.

Es también el *Bildungsroman* de la joven Lucia, Luzi, o Lucie, o, lo que es lo mismo, el relato novelado de cómo evoluciona una joven en unas circunstancias que se cuentan entre las más difíciles y traumáticas. De ese género, sin embargo, es decir, del relato de formación, contradice

irónicamente el contenido ideal —a saber: que la formación concluya con una identidad social— y la ilusión misma, que el tiempo en el que vive invalida, de que hombres y mujeres puedan madurar y alcanzar la forma «ideal», «normal» que cada sociedad pretende según sus propios usos y costumbres.

En una interesante —desde un punto de vista literario— confusión de registros, a los primeros capítulos del libro, escritos con un breve intervalo —«Thomasbräu» en 1953, «Refugio en Dachau» en 1954—, sigue «Mientras la cabeza siga viva», escrito en 1961; los tres están rigurosamente narrados en primera persona, en el estilo testimonial propio del relato de memorias, que caracteriza la que podríamos definir como «literatura del holocausto»,^[2] abriendo el término *holocausto* a toda la experiencia de los campos, es decir, a las vicisitudes de los judíos, los deportados políticos, los trabajadores forzosos y los prisioneros de guerra. A estos tres relatos sigue «En el Ch 89», escrito en 1975, donde la protagonista observa su fotografía y toma distancia de sí misma, describiendo en tercera persona las vivencias de esa muchacha que es y no es ella, porque ahora mientras escribe ya no es la misma. Empieza aquí el vértigo que se acentúa en el relato final, «La desviación», escrito en 1977, donde se vuelve a la primera persona pero se dilata la sensación de distancia entre sí misma y aquélla en la que se ha convertido, como si el tiempo no hiciera sino excavar intransitables cavernas.

En eso se desvía el libro del ideal formal del *Bildungsroman*, quizá incluso de la novela a secas. Precisamente porque la relación con el pasado se hace inestable y no existe composición posible entre el ser y el devenir, en el sentido de un desarrollo cumplido de crecimiento del personaje, quien escribe no intenta siquiera tejer una trama que se resuelva en el *grand finale* espectacular de una existencia por fin a salvo en el feliz desenlace de la fábula, en la resolución del regreso, del matrimonio, de la madura aceptación de aquello en lo que se ha convertido por parte de la joven tal y como era entonces, entre la Lucia de hoy y la de ayer... Lo que ocurre más bien es que cada acontecimiento sucesivo interrumpe, quiebra. Para vivir *hoy*, Lucia debe olvidar el *ayer*.

Lo que vuelve y se repite, si acaso, es la implacable condena, que obliga a escapar, a evadirse, a no poder detenerse, hasta que se impone la parálisis;

pero ni siquiera la invalidez detiene a la indómita protagonista. Lucia corre, corre sin parar, realiza acrobacias extraordinarias... Se entrena en el triple salto mortal de contradecir con la movilidad de la mente la inmovilidad de las piernas, y en la vida cotidiana contraría todos los patéticos convencionalismos gazmoños, que desafía a ultranza.

Por lo demás, Lucia se sentía ya encarcelada en la casa en la que había nacido, atrapada como estaba en las expectativas de un futuro burgués, de clase. Ya de muchacha, el límite de clase la asfixiaba como los barrotes de una cárcel, por eso se marchó. Sólo que cada fuga y cada evasión no hicieron sino conducirla a otro cautiverio: en diferentes lager primero, y en la parálisis del cuerpo después. Hay quien le recuerda sin mucho tacto, en efecto, que todo cuanto le sucedió «se lo buscó» ella misma —que es una forma no muy amable de recordarle que existe el *amor fati*, con todos sus ecos nietzscheanos.

La verdad es que la escritora que hay en ella entiende por *hado* —en latín *fatum*, del verbo *fari*— la apertura de palabra que dicta el destino. Es su destino que ella vaya en busca de aquello que la aguarda, la decepción de un ideal; es su destino que el amor se convierta en odio, y que ella descubra cómo el amor y el odio son las dos caras de una misma moneda, la doble cara ambigua constitutiva de cualquier experiencia verdadera. Y la de los campos de trabajo en Alemania lo es: es una experiencia extrema, en la que la joven toca el hierro candente del terrorismo del dolor.

Como nos cuenta el libro —desbaratando todo orden cronológico—, Lucia regresa. Herida. Distinta. Si no la vida, ha perdido algo ligado a la vida: la movilidad. Pero no quiere encerrarse en la minusvalía, no quiere que la prisión del cuerpo le encarcele la mente, y así, como contrapunto, vuelve a aflorar su peregrinar por Alemania como fugada —«el tiempo más libre y feliz de mi existencia», lo define con enorme valentía al final del libro—. Olvidando, sin embargo, que cuando lo describe, en los capítulos anteriores, nos causa una impresión terrible. Y esa mujer, enfrentada a esas tribulaciones, no nos ha parecido feliz en absoluto. A menos que consideremos la felicidad como el *holocausto* en el que arde por completo todo bien y todo bienestar, y, puro y simple, triunfa el ser contra el nihilismo

de quien quiere exterminarlo. Porque esto ocurre a quien sobrevive: ella misma está ahí para dar testimonio de que la voluntad de vivir subsiste en condiciones inimaginables para quien se encuentre sometido a un ultraje y una degradación así.

Lucia acusa el trauma, y sobrevive a él. Y, en sí, esto es ya parte de la maravilla: «En las doce semanas que pasé en Dachau —confiesa— no dejó ni un segundo de asombrarme de la increíble cantidad de padecimientos que el organismo humano puede soportar [...]. Y aquí, donde se respiraba lo intolerable, la indignación se desvanecía en una especie de aturdimiento». La maravilla ante lo «intolerable» es que se lo tolera, se lo soporta. Es monstruosa la capacidad abismal que posee el hombre de soportar lo insoportable. Lucia observa estupefacta que «cuanto más se sume alguien en la abyección, tanto más es la crueldad su último destello de humanidad». No es sorprendente que, al hacerse escritora, sea precisamente esto lo que quiera contarnos.

Pero más allá del horror «temático» del relato, nosotros, lectores —y en esto reside lo audaz, lo vanguardista de la experimentación narrativa—, estamos llamados a conocer el dolor que supone escribir y lo penoso que es reconstruir la secuencia temporal de las vicisitudes. Dolor de hoy que vuelve la memoria reticente, cuando no imposibilita del todo apoyarse en ella. En efecto, sólo al principio de la última estación de su pasión, Luce d'Eramo revela: «De tanto decir que fui deportada a Dachau, terminé por creerlo. Pero no es verdad. Mis compañeros fueron trasladados a ese lager. Yo no. A mí me repatriaron». ¿Cómo podría saber esto el lector de no decírselo ella misma? ¿Y por qué lo dice ahora? ¿Por qué lo calló antes?

Aquí está la parte más experimental del libro, su aventura (del libro, no de ella) también formal: su necesidad de hablar de la manera en que está narrado el relato. Si «después de Auschwitz» es posible o no «escribir poesía» no es sólo una duda de Adorno; es una experiencia concreta de quien trata de narrar ese mundo y por lo general lo hace, y no es casualidad, de forma «testimonial» y «didáctica», para transmitir una memoria que sirva casi de amuleto: para que nadie llegue a tanto nunca más, para que lo que sucedió no quede sepulto en el olvido. Para salvar en la memoria a quien fue brutalmente

eliminado de la historia.

Es lo que reconoce Mario Rigoni Stern en la emotiva carta que escribe a su amigo Primo Levi a los pocos días de su desaparición: incluso en el vacío de ese día de luto, el 12 de abril de 1987, confiesa conservar «en el corazón un tesoro que tú me dejaste». Le da las gracias no sólo por sus libros, sino por haber soportado «la visión de Medusa» y no haberse dejado «petrificar». Por no haber olvidado.

Para Lucia, la protagonista de estos relatos, que no ha estado en Auschwitz, sino en Dachau, que no era judía ni comunista, sino fascista primero, y después nada —tan sólo una pobre mujer entre otras pobres mujeres locas en el manicomio, o una obrera entre obreros pobres en una fábrica—; para Lucia, una vez de vuelta en casa años después, contarse esas historias se convierte no sólo en «[su] reír[s]e a escondidas», sino casi en una venganza. Es con todo el testimonio de que tuvo «otra vida». Que hubo otra vida que resquebraja cualquier voluntad de pacificación, aun encomiable, por parte de quien se empeña en la reconstrucción.

Con una paradoja que describe de manera emblemática su experiencia, si huyendo se encarceló, ahora, obligada a la dura prisión del cuerpo quebrantado, la mujer «mitad mujer mitad sirena» busca la libertad del pensamiento y la verdad del recuerdo. Y descubre los trucos, las omisiones y las reticencias de la memoria; en resumen, las «desviaciones». Denuncia cómo se pueden falsear los recuerdos, cómo se pueden inventar los que sirven y eliminar los que no sirven para vivir en el presente. En la urdimbre que forman el presente cuando es presente y el presente cuando es pasado, la ficción interviene para limar, para eliminar, para olvidar... Es esta *desviación* la que a fin de cuentas le interesa más que ninguna otra.

Si para el superviviente «regresar» significa «comer» y, sobre todo, «contar», como nos enseña Primo Levi, para Luce d'Eramo «la inmensa historia» que «contar» emerge a trancas y barrancas, con dificultad. Y, sobre todo, descubre que lo que estimula el recuerdo es el fracaso. Es el estado de ánimo del presente lo que provoca la tormenta de recuerdos, el dolor de hoy el que suscita el dolor de ayer.

Cuando fracasa su matrimonio es cuando «su» Alemania «reemerge». Es

precisamente cuando se ve en silla de ruedas cuando le vuelve a la mente la evasión de Dachau: prisionera como está ahora, le deflagra la memoria de esos días. Pero es memoria «depurada», se da cuenta, no por voluntad de olvido, sino por olvido involuntario.

En la sinceridad extrema de su estilo sencillo, despojado de ornamentos, Luce d'Eramo no se concede el lujo del embellecimiento literario. Las palabras pesan como piedras. De muy joven no quiso concederse los privilegios de los que habría podido disfrutar por pertenencia de clase, raza e ideología y mediante los cuales podría haberse evitado problemas —su madre se lo recuerda por carta, basta con que vayas a ver al cónsul y le expliques de quién eres hija—, por lo que, ahora de escritora, Luce d'Eramo no recurrirá al lujo excesivo de la metáfora o la perífrasis. No busca «la gracia», sino «la sombra».

No compone en la «paz» de la emoción purificada por el recuerdo, como el poeta Wordsworth, que componía volviendo de sus paseos por el distrito de los lagos a la quietud de su casa. Libérate «de la opresión del recuerdo», le aconsejaba Vittorini: las cosas no se miran en vivo, hace falta distancia estética.

Si se abandona a la calma, Luce olvida. Para buscar la tranquilidad, la paz en su fuero interno, debe «olvidar los lager lo más pronto posible». Para no dejarse *ensuciar* por los recuerdos, debe dejarlos caer en el olvido. Mientras los más apremiantes reemergen a causa de la emoción del presente. Esta mujer escribe con el impulso de emociones que estallan en su mente y en su memoria, suscitadas por el presente «cautivo» en el que vive. Es —se decía a sí misma— la sensación de reclusión la que hace aflorar el recuerdo de «esa fuga mía por la Alemania nazi». Y vuelve a lo que vivió, y siente ganas de contar acerca de «los fugados»; sí, acerca de aquellos tres millones (por lo menos) de fugados que, como ella, circulaban por el Tercer Reich.

Sabíamos de aquellos años tremendos —de cómo mudas e inermes masas de hombres fueron entregadas a un destino inhumano por otra masa muda y feroz; de cómo, en una película también muda, la vida, aun en la degradación de todo valor, continuaba, allí donde lo hacía, expresada en una supervivencia sorda contra el proyecto de aniquilación total que se presentaba

bajo la forma aséptica de un diseño incomprensible, abstruso—. Y sabíamos con qué culpa marcaba la supervivencia a todos, víctimas y verdugos. Aquí en estas páginas se describe esto pero también otro movimiento, que contradice la lentitud casi inmóvil de esas secuencias angustiosas —que conocemos por las espléndidas obras de Primo Levi, los relatos de Giuliana Tedeschi y de Luciana Nissim,[3] o por películas como las de Steven Spielberg, Francesco Rossi y Roberto Benigni—,[4] el movimiento perpetuo e inútil de una huida sin final, porque la energía que crea se destruye en el acto. Inútil porque en aquellos años terribles no había huida posible para quien se tomara en serio la aventura de la vida.

En ambos casos, el tema es la «resiliencia». En el caso de Luce d'Eramo, *resiliencia* es el término preciso para describir su fuerza de hierro, que resiste a todo ataque, así como su gesto de náufrago que vuelve a la superficie.

Gesto de desesperación, fuerza de angustia —que obliga a quien lea este libro a un ejercicio de gimnasia mental difícil pero saludable: el de reconocer que en la voluntad de vivir hay algo maravilloso y monstruoso a la vez—. A ese corazón de las tinieblas nos transporta quien nos cuenta historias como éstas, que nos demuestran la capacidad de resistencia, flexibilidad y adaptabilidad del espíritu —cualidades que admiramos estupefactos, mientras nos horroriza ver cuán bajo puede caer un hombre, una mujer—. De repente, de esa cualidad de «resiliencia» se desprende un cristal de voluntad de poder —puro y duro—, donde el verbo *poder* se reduce a su representación más despojada y cruda: sobrevivir, no morir. «No quiero morir», repite más de una vez la protagonista de estas historias.

Como si un ángel de la guarda la volviera sorda al derrumbe de quien cae a su alrededor, conservando ese cristal de ímpetu que empuja al náufrago a subirse de nuevo a la barca como sea, Lucia sobrevive. Pero ese fragmento de cristal —como el cristal negro que se mostraba al final de la peregrinación en los antros oscuros de la divinidad a los iniciados en los misterios eleusinos— en este caso brilla y deslumbra en el descubrimiento de que, separada de todo sentimiento, sobrevive una función del intelecto que nos guía hacia la supervivencia. En sus escritos sobre el trauma a partir de las experiencias traumáticas de la Primera Guerra Mundial, Ferenczi habla de Orfa o el «ángel

de la guarda».[5] Y arroja luz sobre una acción que no es en absoluto una elección, sino una «coacción», fruto de la obligación moral y física: una acción, pues, que demuestra la violencia, la coerción a la que se pliega la criatura esclava. Una acción que es una pasión.

De ahí vienen la culpa y la vergüenza: de un conocimiento tal de sí y del otro. En el verdugo y en la víctima aflora una solidaridad en el mal, y en una condición casi de trance, de disociación, se llega a estipular una inquieta tregua con la insoportable realidad. De hecho, ¿cómo soportarla, si no?

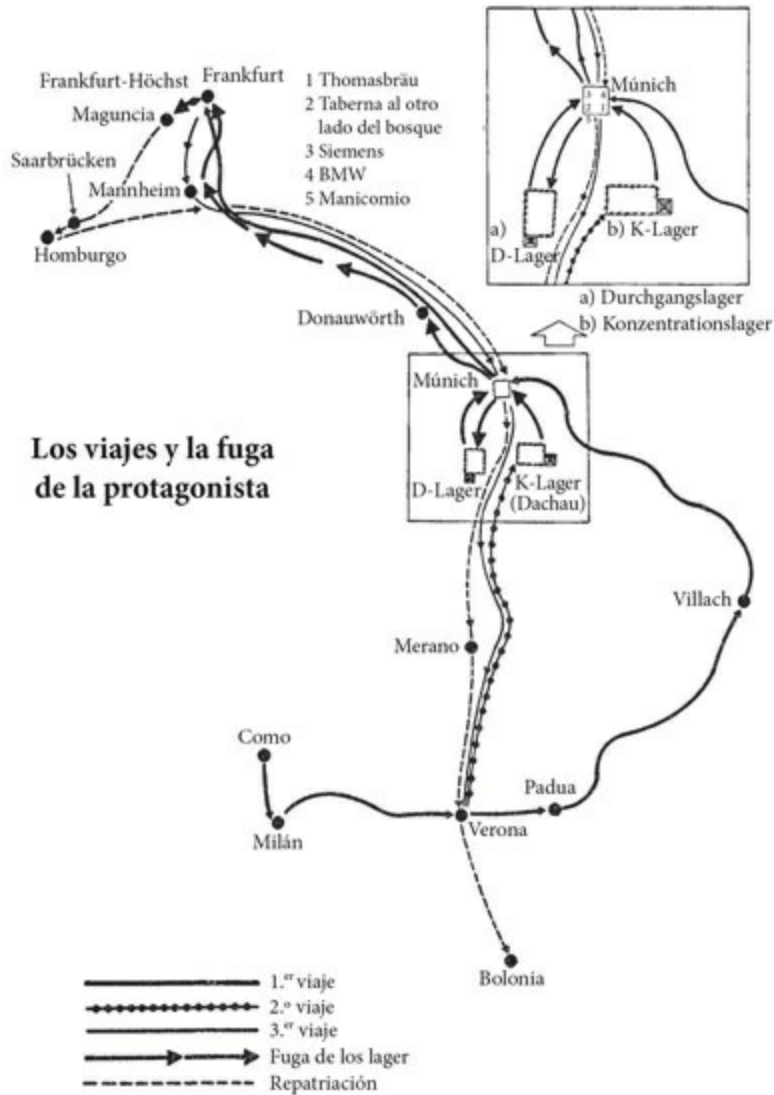
Nos vuelve aquí a la mente el poeta T. S. Eliot cuando escribe: «*Human kind cannot bear very much reality*». Porque de eso se trata precisamente.

Llámesese Orfa o ángel de la guarda, persiste un «fragmento de personalidad», [6] que es también una presencia de intelecto que «salva» la vida, que sabe aprovechar cualquier ocasión —pequeñas venturas en la desventura más total, como el hurto de un trozo de pan, la gota de agua arrebatada a quien muere de sed— para negar la insoportable realidad.

Porque la verdad es que a los hombres corrientes, al contrario que a los héroes, «*vivere necesse est*», no «*navigare*» —en abierta contradicción con la exhortación con la que el héroe y comandante Pompeyo incitaba a la masa de marineros, queriendo convencerlos, en beneficio propio, de que «*navigare necesse est, vivere non est necesse*»—. Consigna esta recuperada, y no es casualidad, en un famoso artículo de Benito Mussolini publicado en *Il Popolo d'Italia* en 1920.

NADIA FUSINI

DESVIACIÓN



PRIMERA PARTE

FUGA DE LOS LAGER

THOMASBRÄU

Me ha sido facilísimo fugarme.

En el campo de Dachau formaba parte del grupo asignado a la limpieza de las cañerías de desagüe de la ciudad de Múnich. A bordo de camionetas, en pelotones de veinte personas, equipados con palos y cepillos, salíamos todas las mañanas de la ciudad.

Limpiar las alcantarillas es un trabajo más variado de lo que puede parecer a primera vista: hay distintas gradaciones.

A veces hay que levantar una placa metálica en una acera y meterse en la fosa atravesada por un grueso tubo del que sale en vertical un corto codo cerrado. Se destapa este codo y se introduce dentro el palo, moviéndolo para desplazar las heces amontonadas. Hay que agitarlas y revolverlas para que no vuelvan a resbalar.

Otras veces limpiábamos los retretes y las cañerías de fábricas y edificios públicos. O nos llevaban al gran canal de desagüe y por las aberturas empujábamos con largos palos las heces estancadas y echábamos encima agua y ácidos corrosivos; y toda esa descomposición mefítica se alejaba veloz como una corriente infernal. Entonces fijábamos los cepillos en los palos y frotábamos las paredes del canal.

Pero lo peor era cuando nos llevaban a las aldeas a vaciar los pozos negros: allí no hay cañerías. Cuando los pozos negros están llenos hay que vaciarlos con cubos y, una vez hecho esto, bajar al interior. Sólo entonces nos daban máscaras y botas de goma, y estábamos metidos en la mierda hasta que hubiéramos acabado.

Muchos enfermaban, y había quien moría intoxicado.

Había también días buenos en los que los excrementos no obstruían las

cañerías, los retretes públicos funcionaban bien y el «canal grande» fluía sin atascos; entonces nos elevaban al rango de esparcidos de estiércol, llamados *Mistbreiter*.

Nos enviaban a las fábricas. Íbamos a los establos y, con las horcas que allí nos entregaban, cargábamos el estiércol en los carros. Después seguíamos los carros a pie hasta los campos lejanos. Una vez allí, los carros se detenían cada diez metros, el campesino volcaba un montón de estiércol, y nosotros teníamos que esparcirlo alrededor.

Hundía la horca en el montón y, contrayendo los músculos, la levantaba con un tirón rápido y violento que la hacía emerger con una carga excesiva de estiércol y, cuando me disponía a esparcirlo alrededor, mis músculos cedían, la horca oscilaba y caía. Entonces volvía a hundirla en el montón, tratando de extraerla despacio con un esfuerzo continuado y, cuando ya me alegraba al notar que subía sin obstáculo, veía aparecer sus dientes largos y desnudos con apenas unas hebras de estiércol entre ellos.

Para escapar, lo ideal era aprovechar los bombardeos inesperados durante el tiempo de trabajo, cuando no había alarma previa, y la incursión aérea enemiga era tan imprevista que sorprendía a los guardias, y éstos nos reunían a duras penas.

Así fue como me las apañé yo.

Me informé mucho, con cautela, porque los nazis habían conseguido que desconfiáramos unos de otros; los internos no favorecen a quienes quieren escapar del campo porque cada fuga redobla la vigilancia y trae consigo castigos y penas añadidas a los que se quedan, ni los fugados dan noticias suyas porque temen ser denunciados por prisioneros incapaces de resistir a las torturas o a las promesas de recompensa.

En medio de esta tensión logré enterarme de que en la ciudad de Múnich, a unos quince kilómetros, muy cerca del Organismo del Trabajo, existe lo que llaman un *Durchgangslager*,^[7] donde se ocultan los fugitivos a la espera de encontrar un lugar más seguro. Nosotros lo llamamos el Thomasbräu, por la cervecería Thomas adyacente. Guardé celosamente ese punto de referencia como si se tratara de un amigo importante cuyo nombre fuera Thomas, y Bräu el apellido.

Me dijeron en Dachau:

—Ya puedes dar gracias de que no te hayan mandado a uno de sus burdeles. Con diecinueve años y siendo mujer, qué esperabas... ¿la libertad en el Tercer Reich?

Pero una tarde que nos trasladaron a Múnich, mientras trabajábamos en las alcantarillas de un barrio del centro, suena la alarma, seguida de inmediato por unos ruidos sordos. La gente huye, yo me escondo en un portal, desde allí corro a otro, a un callejón, me pego a la pared en un hueco, entre el delirio de las bombas, acechando a un lado y a otro me deshago de mi indumentaria de trabajo. No me sigue nadie. Sin dejar de correr llego a la estación, donde supongo que estaré más a salvo de los chivatazos, pues nadie se refugia allí durante los bombardeos.

Bajo la nieve, que cae oscilando distraída, me dirijo a las vías muertas donde se acumulan los desperdicios, afloran entre la nieve para dejar patente su miseria, y me atraen como viejos y tristes amigos. Me adentro entre los restos de raíles arrancados que se yerguen retorcidos aquí y allá, y me siento detrás de una caseta sobre una barra herrumbrosa que asoma torcida entre un montón de escombros.

Las bombas se suceden a un ritmo obsesivo y rompen como las olas de un mar tempestuoso. No tengo miedo porque cada estruendo es mi cómplice.

Cuando veo que los aviones se dirigen a la zona opuesta de la ciudad, me levanto en busca de un refugio donde esconderme y confundirme entre la gente.

Recorro calles desiertas entre la nieve vibrátil hasta toparme con la boca de un subterráneo que parece una estación de metro en construcción; bajo las escaleras y desemboco en un pasillo ancho y largo lleno de pobre gente; se trata, pues, de un búnker para extranjeros. Los observo ávidamente como si quisiera hallar el rostro de la libertad: tienen la boca y la mandíbula caídas y una vaga expresión de desconfianza. Nadie repara en mí.

Cuando suena el cese de alarma, le pregunto al italiano de aspecto más abierto y cordial dónde está el Organismo del Trabajo.

—¿A estas horas? —Mira su reloj.

—¿Qué hora es?

—Las ocho. Ahora está cerrado.

—Da igual. ¿Dónde está?

El italiano recoge del suelo un trozo de papel amarillo arrugado, lo alisa cuidadosamente sobre la pared y, bajo la débil luz de una bombilla que cuelga del techo, me traza a lápiz un plano de las calles que tengo que recorrer.

Otros italianos me rodean.

—¿Eres italiana?

—Sí.

—¿De dónde?

—De Roma.

—¿Caíste en una redada?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Sí.

—Ninguna novedad entonces.

No me preguntan más. Se prodigan en explicaciones para que entienda dónde tengo que ir.

Uno dice:

—Puedes preguntar en Sendicatorplatz. —Más tarde descubriré que el verdadero nombre es Sendlinger-Tor-Platz, que ningún extranjero ha sabido pronunciar bien jamás.

Otro le da un empujón.

—¿No entiendes que no puede preguntar?

—¡Ah!

Me observan sin curiosidad. ¿Quién sabe si podrán ayudarme? Pruebo a preguntar:

—¿Vosotros dónde trabajáis?

—En la Siemens. Hoy es día de permiso.

—¡Sí, ya ves! —comenta otro, escupiendo en el suelo—. Y míranos, apiñados aquí dentro.

—Vente si necesitas algo.

—Estamos en el barracón dieciocho del primer campo.

—Pero ten cuidado.

Se despiden y se van.

Yo no sé qué hacer y me escondo en un rincón. La gente sale, no aparece ningún guardia alemán. Las tenues bombillas se apagan. Espero en el silencio inseguro.

Me despierto aterrada porque me he quedado dormida sin querer y temo que se me haya hecho tarde. Salgo, ya es noche cerrada, sigue nevando, aquí y allá algunas farolas de cristales oscurecidos proyectan una luz misteriosa sobre las casas duras, sobre las calles que la nieve vuelve aún más rectas.

Camino siguiendo el recorrido trazado sobre el papel amarillo, vago tranquila por las calles que la blancura vuelve uniformes, en una soledad alucinante, acariciada por la nieve que me confunde.

El Organismo del Trabajo tiene que estar por aquí, pero no distingo ningún lager, no veo barracones ni alambradas, no circulan guardias. Sólo hay casas iguales de tejados blancos calados sobre las fachadas grises como viseras hostiles, que me cierran el paso a cada rato para echarme de allí.

Estoy agotada por el frío, el cansancio y el hambre.

Una sombra furtiva se escabulle delante de mí, me ve, se para y me observa. Es un joven rubio y delgado, alerta, los ojos como dos rendijas. Parece extranjero. Espero a que diga algo, pero se queda callado. Igual espera a que hable yo primero. Levanto despacio la mano en un gesto de saludo. Me imita. Quisiera llamarlo, pero me da miedo el sonido de mi voz en el blando silencio. Levanto otra vez la mano para indicarle que se aproxime a mí.

Se acerca, con la mano derecha en el bolsillo.

—¿Qué quieres? —me pregunta en francés, mirándome de arriba abajo. Su voz es queda como la nieve y no quiebra el silencio.

—¿Eres francés? —le pregunto a mi vez en su lengua.

—Sí. ¿Y tú?

—Soy italiana, pero he nacido y crecido en Francia.

—¿Qué quieres?

De pronto siento una gran confianza.

—Thomasbräu —contesto.

Una sonrisa fugaz, cordial y desdeñosa, asoma en su rostro descarnado e

inmóvil.

—Ven conmigo.

Anda de prisa, sin ruido, sobre la nieve virgen, y yo me esfuerzo por no quedarme atrás.

Al doblar una esquina se vuelve y me dice:

—Date prisa.

—Sí —asiento con premura, y me apresuro con la sensación de que mis pasos producen un terrible estruendo mientras que los suyos son mudos.

Llegamos ante un muro. El francés se detiene.

—Trepas sobre mí y salta.

Intento encaramarme a él, pero en mi torpeza me quedo atascada, a horcajadas sobre su espalda, incapaz de moverme.

El francés suspira.

—Baja —me ordena con brusquedad.

Obedezco. Entonces me levanta a pulso, apenas me da tiempo a asombrarme de su fuerza (es la libertad, pienso jubilosa).

—Agárrate al borde del muro, cuidado con las esquirlas de cristal.

Hago lo que me dice, pero me corto en una mano.

—Apoya los pies en mis hombros. Y ahora pasa al otro lado.

Un salto, y acabo sentada en el suelo, al otro lado del muro. Con un brinco ágil el francés aterriza a mi lado, me levanta, me coge de la mano y me guía.

Estamos en un amplio patio en el que se recortan las siluetas macizas de vehículos difuminados por la nieve. En el suelo, las rayas blancas y luminosas que han dejado los neumáticos dibujan rombos y arabescos.

El francés se detiene.

—Qué bonito —dice, dirigiendo la mirada a las rayas—: parece que quisieran decir algo. —Me mira y vuelve a sonreír como antes.

—¿Cómo te llamas?

—Lucie.

—Yo soy Louis.

Reanuda el paso sin prisa, encendiendo un cigarrillo. Tengo miedo de que alguien asome de detrás de un camión, pero no me atrevo a decirlo.

—¿Está lejos? —pregunto mientras cruzamos despacio el patio, como si paseáramos.

—Ahí. —Me señala una puertecita en la que no había reparado, en el muro de enfrente, que no es un muro, sino la pared ciega de una casa.

Siento una punzada que me deja helada.

—Louis.

—¿Sí?

—Me refería al lager de Thomasbräu.

—Ya lo sé.

Llegamos a la puertecita. La abre empujándola con el costado. Entra, zapatea con fuerza para sacudirse la nieve de encima, tira de mí hacia dentro y cierra la puerta de una patada. Enciende la luz.

Estamos en un zaguán de suelo resbaladizo lleno de escupitajos y de suciedad, una tubería corre por una pared, describe un ángulo recto y termina en un grifo fragoroso, erguido en el aire como una serpiente, que vierte el agua con estrépito en un cubo, el agua salpica sobre el suelo y fluye en regueros presurosos hacia la puerta.

Louis coge el cubo, arroja el agua en un rincón y lo deja en el suelo del revés.

—Siéntate —dice.

Él se acuclilla frente a mí.

—¿No te gusta? —pregunta con irónica ingenuidad.

—Sí, mucho.

—¿De dónde vienes?

—De Dachau.

Suelta un silbido admirativo. Se concentra y dice:

—A ver, Thomasbräu es oficialmente el campo de selección del Organismo del Trabajo, donde están los extranjeros a la espera de un nuevo puesto o de ser repatriados, de que se formen nuevos convoyes en los que integrarse porque, por si no lo sabes, ninguno de nosotros, ni siquiera los trabajadores libres vendidos, tiene derecho a viajar por su cuenta.

—¿Y no es peligroso?

—¿Peligroso? —dice con una risita maliciosa—. En absoluto: aquí

estamos a salvo. ¿Quién está mejor informado que nosotros de las inspecciones, los rumores sobre los fugados, las sospechas?

—¿No hay soplones?

—¿Qué va a haber soplones! En el campo están también los que de verdad esperan decisiones del Organismo del Trabajo, de hecho hay bastantes y cambian todo el rato, se alternan, los que han encontrado colocación se van, y llegan los novatos. ¡Siempre hay caras nuevas! ¿Cómo van a poder los alemanes distinguirlos a todos? La mayoría de los nuevos no tiene papeles, es gente detenida en redadas en la calle, idiotas deportados por error, voluntarios por pura desesperación. Si uno de nosotros acaba por despiste en un recuento, no tiene más que contestar decidido a un nombre cualquiera, y listo.

—¿Y los nuevos no se van de la lengua?

—¿Y ellos qué saben? Nosotros no les contamos nada, ¡sólo faltaría!

—Pero ¿y durante el recuento?

—¡Se están callados! Están muertos de miedo. Estate tranquila, de verdad que no dan guerra: se pasan el día escondidos y no van a Thomasbräu.

—¿La cervecería?

—Sí.

—¿Y los alemanes?

—¿Cuáles?

—Los del Organismo.

—A éstos no se los ve nunca. Nosotros vamos a última hora de la tarde, cuando están comiéndose el tocino en su casa, o de día, en horario de oficina, cuando están ocupados con el papeleo.

—¿El de la cervecería no es un soplón?

—¡Y dale con los soplones! Nadie le paga mejor que nosotros. No le conviene.

—Pero ¿de dónde sacáis el dinero?

Louis se pone de pie irritado, me mira con condescendencia, como diciéndome: no vayas de lista conmigo.

—Anda, vete a dormir.

Yo también me levanto.

—¿Dónde?

—Ahí. —Me señala con la mirada una puertecita destartalada al fondo del zaguán.

No me atrevo a moverme. Me da miedo quedarme sola. Y, por decir algo, le pregunto:

—¿Por qué tienes siempre la mano en el bolsillo?

Louis saca el revólver.

Tropiezo con el cubo.

—Pero ¿tú de dónde sales? —Sonríe entre dientes.

Desgarbado, esmirriado incluso, pero rápido, con un toque felino en los gestos y la actitud. Viste un mono azul, tiene la espalda erguida y la cabeza alta sobre un cuello nervioso y robusto. Sus rasgos son un poco afilados, como de garduña, los ojos pequeños y vivos, de color cambiante, ahora muy oscuros, y una boca que es una rendija casi sin labios; lleva peinado hacia atrás el cabello rebelde, rubio como la madera de castaño, y su expresión es íntimamente dura.

Vuelve a guardarse el revólver en el bolsillo y saca la mano. Parece más conciliador.

—Es la fuerza de la costumbre.

—Entiendo —digo. (¿Cómo habrá conseguido esa arma?)—. Perdona —añado.

Me escruta.

—Eres una... —empieza diciendo, y se calla. Sigue mirándome y, sin mover la cara, por un lado de la boca escupe la colilla como un proyectil—. Te han educado para no mancharte las manos, ¿eh? —Ríe con una mueca fugaz. Le devuelvo la risita. Nos miramos largo rato a los ojos—. ¡Pues qué suerte la tuya! —suspira. Se vuelve bruscamente y va a cerrar el grifo—. Qué pesadez de agua, ¿no? —Me observa de nuevo y dice—: Vamos. —Se dirige a la puertecita destartalada, empujándome delante. La abre con cuidado.

Veo ante mí un cuartucho en penumbra lleno de bultos a los lados, son los jergones en las literas, y me asalta el tufo a sudor de la humanidad hacinada en ese ambiente cerrado.

Reconozco mi mundo de Dachau. Tanto esfuerzo para acabar en el mismo sitio.

Me quedo parada en el umbral.

—¿Tienes miedo? —me susurra.

—Sí.

Louis se adentra y desaparece entre las literas. Oigo las respiraciones, trabajosas y roncadas, que se mezclan en la oscuridad hasta hacerse indistinguibles. Vuelve a aparecer al rato, me coge de la mano y me guía por los estrechos espacios hasta un rincón donde hay dos jergones vacíos.

—Ponte ahí —murmura, y se va. Alguien gime y se mueve entre siniestros crujidos.

La luz del zaguán se apaga. Reaparece la silueta de Louis y se tiende en el jergón que hay a mi lado.

Enciende un cigarrillo y, en el breve resplandor de la cerilla, cobra relieve la litera de arriba, el eterno baldaquín de los lager, presuntuoso y grotesco en su consunción. Louis saca una manta de debajo de su jergón y me la arroja.

—Tápate.

—¿Y tú?

—Yo no tengo frío.

—¿Duermes aquí?

—Sí.

Al cabo de un rato me alarga una tableta de chocolate.

—Come.

La palpo porque me parece mentira.

—Gracias.

La saco despacio del fino papel de estaño que mi tacto ha olvidado y que ahora se detiene a disfrutar de la delicada sensación.

Mientras tanto, en la pesadez del aire afloran sonidos más distinguibles, risas ahogadas, gemidos, bultos que se mueven como un ondular de masas. Las armazones de madera parecen entregarse sin disimulo a una agitada vida nocturna.

—Louis.

—Lucie.

—¿Es un burdel *suyo*?

—Follamos entre nosotros. —Pausa.

—¿Los hombres entran libremente?

Louis se vuelve de lado:

—¿Acaso crees que los señores nazis se van a dar el lujo de tener por separado a hombres y mujeres?

—En Dachau... —empiezo a decir.

—Allí sí, pero aquí no —me corta él—. Por puro capricho, querida. Allí sí, porque es más fácil vigilarlos estando separados y porque la abstinencia es un castigo. Aquí no, porque una organización como ésa sería demasiado incordio para un lager provisional, y está bien que, nada más entrar en Alemania, los extranjeros sepan que no son más que cerdos. —Pausa—. ¿Lo pillas? Razas inferiores.

—Sí.

—¿Vosotros allí no os acostáis? —pregunta con fingida ingenuidad.

—¿En Dachau?

—No pronuncies ese nombre, idiota.

—Algunas hacen el amor, pero los hombres entran a escondidas y se juegan la vida.

—¡Lo que te decía! —Se ríe—. ¿Y tú?

—Yo no.

Al cabo de un rato, Louis responde:

—Pues qué pena. —Y se vuelve de espaldas.

Una gran mano avanza hacia mí desde el espacio que me separa de la otra litera. Palpa la manta. A la mano sigue un brazo, y se perfila un rostro hirsuto.

Se me seca la garganta. Extiendo el brazo hacia Louis. Éste se incorpora de golpe.

—¿Qué pasa? —Enciende una cerilla. Propina un golpe seco sobre los dedos que ya habían llegado a mi pecho.

La mano se retira como un dispositivo mecánico.

—Déjala en paz, es mi novia —sisea Louis.

El rostro hirsuto desaparece con un gruñido.

Louis se cambia de jergón conmigo. Me quedo mirando al vacío. Delante de mí, en la litera de arriba, voy distinguiendo en la penumbra una confusión

de cuerpos de la que asoman brazos y piernas entremezclados que se extienden y se contraen como múltiples antenas ciegas de enormes babosas. Cierro los ojos, hasta mi nariz llega el olor rancio de la manta.

—¡Un poco de orden! —lanza una voz excitada.

—¡No os caigáis encima de mí! —grita otra entre jadeos.

Como si se hubiera dado rienda suelta a una locuacidad contenida, ahora brotan a borbotones indirectas, alusiones y obscenidades. Alguna que otra voz soñolienta pide silencio sin mucho brío.

Es cierto, evadirse sólo es un remedio exterior, no altera lo esencial.

Louis no está dormido, enciende un cigarrillo.

—No llores —me susurra. Se inclina hacia mí—: Son unos pobres granujas.

Al saberme descubierta lloro sin reserva.

Cuando despierto me siento como aplastada: hay mucha gente de pie, inclinada hacia delante, con la cabeza debajo de los travesaños de las literas superiores, confabulando junto a los jergones; otros están sentados arriba, con las piernas colgando, algunos más se amontonan en los huecos estrechos entre las camas, con la espalda apoyada contra la madera. Rostros anémicos e hipócritas, profundas ojeras, postes de madera corroída y miserable, mugre profunda.

Sin embargo, observando a esos seres sórdidos e inquietos, siento que pertenezco desde tiempo inmemorial a esta miseria que respira a mi alrededor como el aire cenagoso sobre el junquillo abandonado.

El jergón de Louis está vacío. Hay un paquete con mi nombre. Lo cojo y lo abro: encuentro un gran pedazo de pan con dos salchichas. Nadie habla conmigo. Me escondo el paquete en el mono. Voy al zaguán a lavarme, meto los brazos en el cubo y me restriego la cara con el agua cortante.

La voz corre como un vendaval:

—Policía.

El campo se vacía. Salgo; a la izquierda de la puertecita, en el patio, hay una cancela por la que todos salen con manifiesta desenvoltura y se desperdigan por la calle.

Llueve. La nieve se ha descompuesto en una flácida grisura.

Voy hasta un cementerio desolado y acogedor. Entro, no hay cruces ni cipreses. Parece el parque avejentado de un castillo encantado donde todos se hubieran convertido en piedra. Paseo despacio y rezo al azar, como cuando era niña y me entretenía mirando por la ventana a los viandantes y recitando en mi cabeza el ángel de Dios para figuras fugaces que elegía a mi capricho.

Saboreándolo despacio, me como el pan con salchichas y paso así el día hasta que, volviéndome deprisa, reparo en que las sombras se ensanchan por todas partes como manchas absorbentes y que la luz baja cada vez más filiforme y tenue entre la red de las hojas de los árboles. Salgo corriendo, me topo con una caseta roja que surge desnuda en mitad de la acera y vuelvo al campo.

Me tumbo en mi jergón en el rincón más oscuro. La penumbra se vuelve más densa. No se ve a Louis por ninguna parte. Tengo miedo de que no vuelva. Debería trabar relación con alguien. Pero ya desde Dachau me he puesto un objetivo: pasar inadvertida, confundirme por completo con la masa.

No quiero morir.

Ahí está Louis por fin. Me incorporo en el jergón. Me saluda inclinando hacia atrás la cabeza.

—Ven.

Lo sigo feliz.

Se vuelve hacia mí y me guiña un ojo.

—Vamos a conocer Thomasbräu.

En la niebla desleída por el rojo disperso del crepúsculo, me parece, en mi alegría inesperada, que las casas y las ventanas irregularmente iluminadas me hacen gestos, como los rostros aturdidos y brillantes de los parroquianos entre el humo de una taberna abarrotada.

Es como si las cosas despertaran de un blando torpor. También Louis está distinto que ayer.

Entramos en Thomasbräu. Una sala con sólidos bancos y mesas, jarras de cerveza y paredes revestidas de madera hasta media altura de las que en lo alto cuelgan nobles cornamentas de ciervo de distintos tamaños y formas. Mucha gente que alborota, extranjeros.

A la derecha, otra sala con mesas pequeñas, íntimas, adornadas con

manteles blancos y jarroncitos con flores, clientes tranquilos, orquestina delicada, la sala de los alemanes. Louis me instala en la sala de madera junto a una pareja a la que saluda con un rápido gesto del índice derecho y se sienta a mi lado.

—Ésta es Lucie. Estos compañeros te protegerán, porque yo no estoy mucho en el campo, por eso te encomiendo a ellos. Ya saben quién eres.

La mujer es joven, de tez muy blanca, con unos ojos azules dulces y fríos y el pelo corto y despeinado, y se encuentra en avanzado estado de gestación. El hombre es muy moreno de piel y cabello, con ojos oscuros, es mayor que ella y tiene el rostro surcado de arrugas típico de los campesinos del sur. Se apresura a explicarme, en el francés titubeante de los emigrantes, que la «señora» es polaca, mientras que él es siciliano.

—Yo también soy italiana —le digo riendo.

—Ah —asiente con un gesto severo—. Bien. —Y a continuación me cuenta la historia de su compañera—: A su marido, un patriota polaco, lo han fusilado los nazis, y a ella la han deportado a Alemania y la han metido aquí hasta que dé a luz. Después, al parecer, lo que quieren es fusilarla. —Gesticula al hablar, pero con un tono de voz mesurado que de vez en cuando le detiene las manos en el aire—. Yo la amo, quiero adoptar a su hijo, no harán de él un nazi. —Se le contrae el rostro. Relaja las mandíbulas—: Me quiero casar con ella —dice, inclinando ligeramente la cabeza al mirar a su amada—. Es muy inteligente —añade sonriendo—, ya está aprendiendo un poco de italiano. Yo trabajo para un civil alemán y estoy buscando una escapatoria. Tengo menos de dos meses —declara con un destello de loca determinación en los ojos.

La mujer lo mira con ternura paciente. El siciliano prosigue:

—Louis me ha dicho que vele también por ti. Así que quédate siempre cerca de Dunja, nadie te hará daño.

La mujer me sonrío.

Louis mira el reloj.

—Os dejo. Tengo que irme.

—Vete tranquilo —le contesta el siciliano en francés, palmeándole el hombro con cierta deferencia.

Louis se despide de todos con un gesto de la mano y se aleja sin mirar atrás.

De vuelta en el campo me tumbo junto a Dunja.

Los días se suceden sin sobresaltos.

Louis viene de vez en cuando para invitarme al cine. Habla poco. A veces lo sorprendo observándome a escondidas, pero en cuanto ve que me he dado cuenta ya no me mira en toda la noche.

El siciliano me da de comer.

—Gracias. Pero ¿cómo puedo devolvértelo?

—No te preocupes. Es Louis quien provee. Yo soy un simple intermediario.

—Pero ¿cómo voy a devolverle a Louis todo lo que hace por mí?

—No te preocupes. Si no te ha pedido nada, es señal de que no quiere nada.

La puertecita del campo da al patio de una fábrica de hielo en la que trabajan los prisioneros de guerra franceses que se alojan en las plantas superiores de nuestro edificio.

Yo nunca he subido a su lager, pero dicen que tienen mucho más espacio que nosotros y más comodidades. Se trata de militares franceses que se han negado a convertirse en trabajadores civiles. Me entero de que están doblemente bien porque todo el mundo los respeta casi como a héroes de la Resistencia, trabajan a dos pasos de donde viven y cobran una paga, también reciben paquetes de la Cruz Roja con regularidad, tienen un uniforme decente que este mismo organismo les renueva periódicamente, infunden cierta sugestión a los alemanes a los que de tanto en tanto regalan a escondidas migajas de golosinas como café o chocolate de los paquetes, y por último tienen todas las mujeres que quieren, ya sea entre las alemanas, atraídas por los dulces, por el viril uniforme militar y el elegante ambiente francés, o entre las mujeres de nuestro campo, que suspiran por ellos como si fueran príncipes azules y a las cuales éstos recurren sólo a falta de algo mejor, con cierta condescendencia altanera. No parecen politizados, a diferencia de otros que

he conocido antes. De hecho, de la planta baja, donde rara vez ponen los pies, desprecian más a los forajidos desbandados que a los recién llegados. Sólo se asoman para escoger entre éstos a alguna muchacha apetitosa y dócil.

La planta baja, por su parte, les devuelve con creces el desprecio llamándolos en bloque «los legales de arriba».

Nosotros somos los ilegales.

Con todo, no molestan y es para ellos una cuestión de honor no saber nunca nada cuando los alemanes los interrogan sobre alguno de nosotros. Y cuando tienen turno de noche en su fábrica, no se interesan lo más mínimo por lo que hacemos en su patio.

Por el otro lado, nuestro extraño campo da al patio del Organismo del Trabajo: un patio bastante sucio, rodeado por pabellones bajos de cristales esmerilados cubiertos de polvo.

De vez en cuando hago cola con los recién llegados para recibir como ellos una escudilla de sopa de verduras y dos rebanadas de pan, ración diaria distribuida por el Organismo a los que de él dependen.

Pero aparte tengo mis propios ingresos.

Voy a Thomasbräu con un grupito de compañeros. Los nuestros me han encargado que venda sus cigarrillos en el mercado negro a los alemanes de la sala noble, esa que tiene manteles de tela en las mesas, pulcros tapetitos y jarrones de flores. Recibo una comisión por este trabajo. Me basta con echar un vistazo para distinguir enseguida a los alemanes con migraña, a los que se espantan de la ruidosa juerga de nuestra sala, a los circunspectos y severos, y a los indulgentes, especialmente los jóvenes y los militares que observan divertidos nuestro ir y venir.

Suelo cambiar los cigarrillos por bonos de alimentos. Esto nos permite comer y cantar hasta la madrugada. A veces me siento en un rincón y me repito: «Aquí no haré como en el K-Lager. Aquí aguantaré. Aguantaré hasta el final. Nada de imprudencias. Seré siempre una de ellos, como ellos y nada más».

Pero por lo general estamos sin blanca y les dejamos prendas a las camareras de Thomasbräu que luego nunca retiramos. Objetos robados.

Hay una camarera bajita y jorobada, una solterona que siente mucha

lástima por todos nosotros y se deshace en suspiros compasivos, pero es una astuta y avidísima usurera, con ojos saltones como de mosca.

En cualquier caso, la mayor parte del tiempo la pasamos en el campo, donde matamos las largas horas del día despiojándonos.

Nos desnudamos en un rincón y, a la raquílica luz que se filtra por los cristales de las ventanas, una luz gris de patio, todas las mujeres rebuscamos entre la ropa, a la caza de estos insectos repulsivos, los reducimos a una bola entre los dedos como hacen los niños con los mocos, y los aplastamos. Yo tengo una piedra plana especial para ello. Algunos son muy grandes, grises con rayas claras, avanzan tambaleándose porque les pesa la tripa, otros tienen manchas oscuras, los hay también muy negros, éstos son los más feos, los más vivos, pululan como gusanos. En la penumbra color fango del barracón, bajo las telarañas de luz, esos milpatas agarrados a la tela de la ropa y de las mantas relucen como el bronce.

Ya desde Dachau siempre me he dado mucha maña: de noche me despierta un picor muy familiar, palpo despacio, agarro el bicho de repente y lo tiro al suelo, sin molestarme siquiera en aplastarlo.

He descubierto también que los piojos dan calorcito. Louis tenía razón. No es en absoluto peligroso vivir a pocos metros del Organismo del Trabajo. Casi se diría que nuestra ilegalidad es hija natural del Organismo, y ahora a veces hasta me extraña mi asombro de antes, cuando este hecho me parecía una contradicción.

Como en los países cerrados donde la rigidez de las costumbres es extrema, el incesto y el adulterio prosperan con mil tentáculos en el seno de la familia, protegidos por la ley del silencio sin que nadie los perturbe, siempre que se mantengan las apariencias, alimentados por la propia intransigencia de las costumbres, de igual manera somos nosotros el producto más auténtico de la gran maquinaria nazi, que fabrica el control y la disciplina más obsesiva que existe, y es, por lo tanto, lógico y justo que estemos protegidos bajo su ala.

Gracias a la seguridad que me da este descubrimiento elemental, me muevo sin recelo en el área del Organismo del Trabajo, riéndome de mis angustias del pasado.

He hecho incluso varias visitas al propio edificio del Organismo para escuchar las habladurías de algún que otro fugado alarmado.

Es un edificio amarillo de paredes agrietadas, con infinitos pequeños despachos a ambos lados de interminables pasillos, grandes ventanales por los que entra una luz blanca y pasiva, escritorios con empleados pálidos y amodorrados, largas columnas de trabajadores acostumbrados a mostrarse obsequiosos, pero algo decepcionados por la exánime impersonalidad de la ley. Dispuestos a sufrir el cansancio de horas de espera ante las estrechas ventanillas, en las que los trámites de entrega y recuperación de los documentos que allanan el camino de la seguridad social resultan a propósito dificultosos y complicados.

Ocurre a veces que algún alemán escoltado por dos SS irrumpe de repente en el campo durante el recuento vespertino o en cualquier otro momento y, tras apostar a los guardias en las salidas, exige la documentación a todos los presentes.

Ha habido alguna que otra redada provechosa. Pero, teniendo en cuenta la intensidad de la vida ilegal allí donde estamos nosotros, las probabilidades de detención son mínimas comparadas con las de otros lugares, por lo que no merecen seria consideración.

Me entero de que Louis está particularmente buscado por la policía.

Pero por lo general las inspecciones son inocuas. Algunos alemanes entran rápidamente y con mucha prisa por marcharse de este lugar torvo e insidioso.

Si no me da tiempo a esconderme debajo de una cama, me pego a ellos, los precedo, repito los nombres abstrusos de los extranjeros que ellos no entienden, articulo las sílabas con claridad, los acompaño hasta la puerta, y ellos olvidan cada vez pedirme a mí también la documentación.

Louis es epiléptico. Durante las crisis, su furia es traicionera, inesperada. Se queda con la boca rígida y los ojos inmóviles, abiertos de par en par. Arrea patadas y puñetazos con expresión demente, pero en él también esta rabia parece premeditada. Yo me siento a su lado en las largas pausas de inconsciencia que siguen a las crisis, soy la única que lo hace porque no tiene amigos, salvo el siciliano, que suele estar fuera del campo, y le pongo

compresas sobre la frente, mientras él me mira sin verme con expresión inquieta y dulce.

Sendlinger-Tor-Platz es la sede del mercadeo entre extranjeros. Una gran plaza irregular rodeada de tiendas bajas, con un jardincito raquítico en el centro. Hay hasta bancos para Polen y Osten, es decir, para polacos y rusos, y bares para extranjeros, rusos incluidos, como indican numerosos carteles. Uno de los lados de la plaza está cerrado por un corral de madera, de esos en los que se amontonan las reses en las grandes ferias regionales. Me gusta pasear por ahí. Es el mercado de los extranjeros, allí donde tienen oficialmente derecho a intercambiarse prendas de vestir, tabaco y comida.

Extranjeros de todas las nacionalidades, sobre todo eslavos, se pelean por espantosos vestidos rojos, gruesos calcetines verdes, pañuelos para la nariz de color marrón, hogazas rancias y paquetes de tabaco mohoso de precio exorbitado. Palpan la mercancía, encogiéndose de hombros.

Parece una película muda, porque todos se agitan y gesticulan, y ninguno de los compradores habla. Sólo se oye un sordo zumbido como de cámara de cine.

A veces se asiste a una lucha silenciosa que acaba degenerando, entre las amenazas de los enfrentados y las incitaciones de los espectadores, que los instigan entre risas.

Mientras paseo ociosa por ahí me topo con Louis. No levanta los ojos y no me reconoce. Se vuelve de lado, con expresión irritada. Estoy a punto de llamarlo, pero justo entonces lo veo sacar un rollo de marcos del bolsillo de un hombre esmirriado. Tiene un aire preocupado y algo tenso.

Vuelvo a pasar delante de él adrede y me detengo a su altura.

—Louis —digo.

El dinero ya no se ve por ninguna parte. Levanta los ojos sin sorpresa, me lanza una mirada dura y desaparece. Lo busco entre la gente, en vano.

Me compro por dieciséis marcos —fruto de mis últimas especulaciones en Thomasbräu— un par de zuecos de paño suave con suela de madera, y me sobra lo justo para un par de bragas; estoy feliz porque la tela de los

pantalones me cortaba la piel. Además, el mono que me he agenciado está raído y, por más que me pase las horas remendándolo, siempre se me acaba abriendo un siete por el que me asoma la carne. Y en noviembre hace frío. Pero el frío, tan intenso que no dejo de tiritar, es el menor de mis tormentos.

Estoy tan satisfecha con mis compras que, en lugar de volver al campo a por algo de comer, aunque ya está oscureciendo me adentro en el garaje del taller de al lado. Contenta, me encaramo a los camiones, entro en las cabinas de los conductores, salto sobre los asientos y me deslizo de un vehículo a otro.

Acabo de sentarme de un salto en el asiento blando y mullido de un bonito automóvil, me divierto dándome aires de gran dama y, entonces, me quedo helada. Dentro hay un hombre escondido. Es Louis. En realidad no está escondido, sólo recostado tranquilamente en un asiento, fumando, con un periódico doblado en la mano. Con gesto imperturbable, enciende una cerilla y me sonrío. En ese momento ya no recuerdo su hurto, y en mi euforia le cuento mis compras y le enseño los zuecos, mientras él frota una cerilla tras otra para admirarlos.

Me observa sin decir nada. Ya no tiene la actitud irónica de la primera noche. Se muestra siempre muy tímido conmigo, o bien brusco, otras veces vacilante, como si temiera equivocarse, y luego se arma de valor y me habla en argot.

Me da los bonos y el dinero para la cena, pero cuando me dispongo a cogerlos me acuerdo por desgracia de su hurto en Sendlinger-Tor-Platz.

—¿Este dinero es de un extranjero? —le pregunto.

—De acuerdo —dice—, no robaré más a los nuestros.

Me mira como suplicándome que acepte su ofrenda. De pronto me avergüenzo de ser tan caradura: ¡cómo me atrevo a darle lecciones!

—Gracias. —Le sonrío, mortificada—. Gracias, Louis.

Entonces, en la penumbra, sentado tan cerca de mí que casi me parece rozarlo, me cuenta con la mirada al frente que es hijo de pescadores normandos, que su padre murió en el mar cuando era niño. A los ocho años se enroló de grumete y, desde entonces, siempre ha estado en el agua, a bordo del carguero de un contrabandista marsellés; el barco hacía escala en los

puertos más extraños.

Y una vez, por un problema en la aduana, estuvieron anclados mucho tiempo en un puerto del Congo francés, donde se contagió de malaria. Cuando el barco volvió a la patria, lo dejaron en tierra, sin subsidio y sin nada.

—Gané dinero, sí, pero me lo gasté todo. Mi madre mientras tanto murió de tuberculosis. Así que me marché a París y me busqué otro trabajo. No podía hacer gran cosa porque apenas sé leer ni escribir, nada de nada. A mis veintiséis años no tengo oficio.

Mientras habla, retraído, parece un alma huraña y herida. Quisiera apretarle la mano, pero no me atrevo, así que no me muevo. Nos quedamos callados.

—Vete a cenar —me dice por fin—, se ha hecho tarde.

—Vámonos juntos —digo.

—Tengo cosas que hacer.

—¿No puedes tomarte el día libre?

—Cuando trabajo, no conozco a nadie.

Le cojo la mano, una mano áspera y agrietada, mano de sabañones. Louis se deja hacer sin devolverme el apretón.

—Vete —repite.

Bajo del coche y, turbada, echo a andar hacia el campo, presa de sensaciones absurdas. Ahora sé que me gustan los pobres de Thomasbräu más que nadie de mi vida anterior. Me da miedo la impresión tan honda que me han dejado en tan poco tiempo, y siento que mi vida ya nunca volverá a ser tan pura y segura como lo es ahora. Burguesamente me avergüenzo de él, lo sé, pero por el solo hecho de pensarlo siento una punzada y se me acelera el corazón.

Salgo del garaje, la ciudad que palpita con sus lucecitas parpadeantes se recorta a contraluz sobre el fondo del cielo, en el que nubes como trozos de carbón derraman por los bordes un último destello de luz. De pronto me siento apática, y hasta mis pies resbala toda la alegría de hace un rato, como una túnica demasiado lenta.

Entro en la cervecería y me dejo caer en un banco junto a mis

compañeros.

Tres soldados alemanes cruzan la sala y se sientan a nuestra mesa. Se ve que vienen del frente, tal vez no saben de nosotros o no les importa. Piden cerveza y pan, mastican despacio.

Decidimos reunir los bonos suficientes para que cenén los tres y los colocamos sobre la mesa, junto a ellos. Los cogen sin decir nada. No tienen ni idea de lo que nos cuestan. Seguimos comiendo, les pedimos hasta el postre y les ofrecemos cigarrillos.

Están cansados, desaliñados, tienen canas precoces y no hablan ni siquiera entre ellos. Al final nos dan las gracias, incómodos. Sorprendo entre las minúsculas arrugas una mirada viva de rencor por esos extranjeros generosos y sin prejuicios que les dan de comer en su propia casa. Una mirada de pariente pobre.

Entonces le explico a uno de ellos, hablándole al oído, que somos unos desgraciados que no tenemos ni dónde caernos muertos, que estamos hacinados como animales en un establo lleno de piojos.

El soldado me mira asustado y habla en voz baja con los otros. Por fin, tropezando con las palabras, me explica que sus casas han sido destruidas y no han podido encontrar a sus familias, y el permiso se les ha pasado así, en una búsqueda vana; le tiembla la voz, no saben dónde pasar la noche. La Casa del Soldado, en la estación, está abarrotada, y a esas horas las oficinas ya están cerradas. Los tres pares de ojos inquisitivos sobre mí, los rostros marcados por una lucha sin fin, las mandíbulas acostumbradas a una disciplina anónima, las manos callosas y metódicas me provocan un oscuro sentimiento de culpa.

Cuando terminan, nos levantamos de la mesa nosotros también y los acompañamos a nuestro campo. Les cedemos nuestros mejores jergones, dos partisanos franceses huidos sacuden y cepillan las mantas para ellos.

Al día siguiente los vemos alejarse sin prestancia en su amorfa legalidad. La propia Dunja los acompaña un trecho. En los ojos de los extranjeros, que encienden un cigarrillo frunciendo el ceño, está impresa su desorientada dignidad.

Mientras terminamos de vestirnos, entra corriendo una muchacha francesa.

—Hace un día de verano. Nos vamos de excursión al campo. Es domingo, y nadie nos pedirá la documentación.

Todos los nuestros se asoman fuera, calibrando el cielo. Ya está decidido: tras febriles preparativos, el siciliano nos reúne en el zaguán del grifo, somos una docena, cada cual trae un trozo de pan, y salimos.

Cruzamos ociosos la ciudad. Bordeamos el impetuoso Isar que, entre meandros, absorbe en sus aguas los reflejos del cielo y de las nubecillas que posan ligeras.

Los viandantes sonrían. Nosotros paseamos como sin rumbo, arrastrando los pies por los adoquines hacia el lecho seco de un afluente.

El sol sube en el cielo mientras dejamos atrás la ciudad, y las últimas casas brillan como llamas blancas entre el verde.

Bordeamos el afluente por una campiña extensa y llana con bonitas casitas diseminadas entre rectas y regulares hileras de árboles.

Saltamos el parapeto y nos deslizamos por la ribera hacia los guijarros, semejantes a hogazas caseras colocadas sobre la mesa clara del lecho seco del río. Por el medio corren arroyuelos; avanzando de una piedra a otra, con los brazos estirados para no caer y riendo, llegamos a la otra orilla, más baja, semejante a una isla, y nos tumbamos bajo los árboles en la tibieza aireada del sol otoñal, vagabundos sin techo y sin preocupaciones.

Nos fabricamos una pelota con un poco de tierra envuelta en un trapo que atamos bien fuerte, y nos ponemos a jugar. Dos o tres de nosotros, más viejos, echan una partida de petanca con guijarros lisos, mientras unos muchachos juegan a pelearse. Después nos tumbamos a fumar. Exhalo una nubecilla blanca hacia una hoja más ancha de una rama curva. El humo se instala encima como en una bandeja, antes de desvanecerse.

—En verano siempre hacemos excursiones —cuenta una voz como si fuera cierto—, son tardes maravillosas, no tengo palabras.

Entonces aparece Louis. Surge de detrás del tronco de un árbol y se queda parado delante de mí. Tiene en la mano dos capullos de rosa y los deja a mis pies.

Se sienta a mi lado en el suelo, rodeándose las rodillas con los brazos. Lo observo con los párpados entornados, en el aire claro que parece emitir luz desde dentro a través de vibraciones. Sigue con la mirada los gestos de los que juegan a la petanca.

Me incorporo para sentarme. Cojo los capullos. Son flores de invernadero. Una es suave como la piel de un bebé, con finísimas vetas púrpura y el corazón de un amarillo denso, refinado y lánguido. La otra tiene los pétalos violáceos con el revés de un naranja claro que en los bordes se difumina en un rosa pálido.

Me embarga una sensación de dulzura, de perfección plena, de modorra. Los tallos son muy largos, sin hojas, con espinas rojo vivo.

En el camino de vuelta me siento alegre y feliz, los dos capullos en el ojal, los tallos me golpean el pecho a cada paso, corro con las manos en los bolsillos, cantando un estribillo tonto y caprichoso, sin referencias, como mi estado de ánimo. Voy de unos a otros, precedo al grupo y después me quedo esperándolo, apoyada en un árbol, y una vez más me siento en familia, como si conociera a mis compañeros desde siempre.

Louis camina muy rezagado con los hombres preocupados, mirando al suelo.

Los otros chicos italianos entonan *Lassù sulle montagne tra boschi e valli d'or...*[*]

Espero a Louis.

—Gracias —le digo, acompasando mi paso al suyo.

Se para. Los demás siguen andando, nosotros nos quedamos detrás. Se saca un estuche del bolsillo.

—Toma —me dice.

Cojo el estuche, lo abro y veo un precioso relojito de oro de marca suiza.

—No —reacciono asustada. Lo detendrán, me detendrán a mí.

—¿Lo haces por el dinero?

—¿Qué dinero?

—¿Por qué, entonces? ¿Tienes miedo de quedar demasiado en deuda conmigo? Pues no lo tengas. Para mí no es nada.

—No es eso, Louis.

—¿No te gustaría estar bien alimentada, ir bien vestida, elegante, en una palabra, ser rica?

—¿A mí?

—Si un hombre te ofreciese una fortuna, ¿te casarías con él?

—Si quiero a un hombre, me caso con él aunque no tenga un céntimo — contesto con vehemencia y, mirándolo, me doy cuenta de que se ha puesto muy rojo. Suelta una risita que suena como un resoplido.

—Es mezquino privarse siempre de todo, envilecerse —dice con sarcasmo.

—¿Qué nos importa? —le contesto sonriendo. Pero su expresión es amarga—. No dejemos que nos maten, Louis. No deben cogerte. Podemos buscarnos un trabajo, con un nombre falso, hasta que termine la guerra.

—Para ti es la guerra; para mí, no. Por eso te trae sin cuidado.

—No es verdad —le grito.

—Lo sé, lo sé muy bien —replica entre dientes.

Entonces de pronto me arrebató el estuche, saca el reloj, arroja el estuche al río y me pone el reloj en la muñeca con delicadeza.

Cuando voy a darle las gracias, él levanta los ojos hacia mí para truncar mis palabras. Volvemos al campo en silencio. Louis se despide de mí con un gesto:

—Me voy.

—Al menos dame la mano —le digo.

Su rostro se ilumina con un destello infantil que no tarda en tornarse divertido e irónico. Me estrecha la mano con fuerza, mirándome casi con severidad.

Entro en el campo, feliz, no tengo ganas de comer, sólo quiero esconderme para saborear mis dulces emociones. Pero el barracón está hasta arriba de gente y de bullicio, voy a la entrada y veo la puerta del retrete. Entro porque no tengo otro sitio donde ir y, al instante, resbalo sobre las heces esparcidas por el suelo, me agarro a las paredes, sucias también de excrementos y de obscenidades escritas.

¿Por qué no lo he limpiado nunca? Y eso que conozco bien el oficio. El retrete está atascado, no hay duda.

Suena la alarma, seguida al instante de las bombas. Estamos tan acostumbrados que sólo escapan los trabajadores del Organismo, los demás se tumban a esperar que pase. Y, mientras nuestro antro parece hundirse con cada bomba, me preparo para la tarea. Lo he hecho tantas veces sin motivo, por esclavitud. ¿Por qué no hacerlo ahora por nosotros?

Cojo un cubo de agua y un tosco cepillo que hay en un rincón y restriego el suelo y las paredes no sé cuánto tiempo, exaltada y animada por una alegría, una emoción de vivir, porque necesito a esta gente desvalida. Me siento un ama de casa cuyos hijos duermen en la otra habitación y que no tiene tiempo que perder.

Al final admiro mi trabajo y contemplo el retrete como si fuera una obra de arte: saludables las paredes húmedas y el pavimento gris, decoroso el agujero en el suelo rodeado por cuatro baldosas blancas y relucientes. Dejo el cepillo y el cubo, me lavo con agua abundante, cierro el grifo y subo a una litera. Desde hace algún tiempo prefiero las de arriba porque me siento más libre y lo domino todo desde lo alto. Me pongo a dar saltos y volteretas en la oscuridad del barracón, tanto que me caigo con el jergón y la tabla sobre la litera de abajo, provocando los insultos del hombre que la ocupa. Me refugio en otro jergón, en el que me quedo dormida enseguida y sueño con heces, pero no eran heces, sino campos arados, tierra húmeda y fecunda en la que me hundía al andar.

Me despierta un silencio insólito, sostenido.

No se oye un ruido, salvo un ominoso zumbido de motores que parece surgir de todas partes, de las profundidades de la tierra, del cielo, de uno mismo.

—Menuda noche nos espera —murmura una voz.

—Lo de antes era sólo para abrir boca. Vamos al refugio.

De una en una, con cuidado de no hacer ruido, como si el más mínimo murmullo pudiera provocar una explosión, las siluetas bajan de las literas y se visten de prisa. Yo también me levanto, presa del pánico. Salimos a hurtadillas, sin encender ni una cerilla, pegados unos a otros. Fuera, el aire está aún más preñado del zumbido que se cierne sobre nuestra respiración, dispuesto a hacerla trizas. Nos deslizamos al interior de un pequeño refugio

adyacente al que nunca vamos porque, cuando de verdad sentimos peligro, corremos hasta un subterráneo a un centenar de metros de distancia.

Al cabo de un rato alguien se pone a hablar.

No veo a Dunja ni al siciliano.

Dicen que, mientras yo dormía, Dunja ha notado antes de tiempo los dolores del parto, y el siciliano la ha sacado del campo bajo las bombas; estaba como loco. Balbuceaba que los alemanes no se la llevarían. No ha habido manera de retenerlo. No se sabe adónde habrán ido.

—Quieren al niño para hacer de él un nazi, pero yo no se lo pienso dar, ni aunque tenga que morir por ello.

Ha tumbado de un puñetazo a un napolitano que lo retenía.

—No es a ti a quien van a fusilar —repetía—, es a ella, a ella, y yo no he hecho nada, no he sido capaz.

Unos franceses hablan de política. Uno cuenta que antes de que lo deportaran a Alemania quitó de en medio a un «buen montón» de *chleux*^[8] y no lo descubrieron. Vino como voluntario para realizar actos de sabotaje. Trabaja fuera y alguna vez viene a nuestro barracón por la noche para ver a su novia.

—Nosotros tenemos que fomentar el odio a los nazis. Da igual si recae sobre los civiles, da igual si morimos, da igual quién muera, hasta si mueren todos. Lo importante es que el odio a los nazis no se apague, y si, por una absurda casualidad, en Francia se los viera con buenos ojos, nosotros tenemos que conseguir que se los considere malvados y odiosos.

—Entre nosotros hay uno del servicio inglés —dice un joven tras una pausa.

—Lo sé.

—Ahora ése está disfrutando doblemente, por los aviones y por los negocios.

—Y tanto, los mejores negocios los hace en estas noches de apocalipsis.

Me señalan con la cabeza.

—Esa de ahí es su novia.

—Ah.

Me parece advertir cierta consideración en esa exclamación. Suena el

final de la alerta entre el estupor generalizado. Volvemos al aire libre, comentando cuál podía ser el blanco de los bombarderos. Andamos nerviosos, alguien se para, pidiendo silencio con un gesto, y aguza el oído. Parece que en el aire flota aún el eco de un sordo zumbido que circula a ratos sin dejarse captar.

Quizá por el susto de la alerta, temo males irreparables porque no los conozco y no puedo impedirlos.

Quiero trabajar. ¿Que él no quiere acompañarme? Pues me iré lejos, sola, me presentaré como obrera libre, diré que he perdido mi documentación en un bombardeo, la policía no dará conmigo, y volveré a empezar, una entre tantos, sin vivir, sentir ni amar, aguardaré el final sin intimar con nadie.

Me acurruco en un jergón, pero ya no consigo conciliar el sueño. Pienso en Dunja. Si muere, estaré sola de verdad. Mi serenidad, que creía mía, me venía de ella.

Louis no tiene a nadie. No tiene a nadie en su país ni en ningún sitio, no sé su apellido, ni el nombre de su pueblo en Normandía. Si muere, nadie sabrá que ha existido.

Dos lágrimas resbalan por mis mejillas, sus surcos mojados me dejan la piel tirante.

Al amanecer, presa aún de un nerviosismo incontrolable, me levanto y salgo al patio de la fábrica, donde están los vehículos. Busco el «nuestro». Está vacío. Tirada en el suelo hay una rama de pino silvestre. La recojo y la dejo sobre el asiento. Las pequeñas piñas sin fruto parecen barquitas que flotan en las olas verdes. A él le gustará.

Vuelvo al campo. Me tumbo. Siempre el mismo gesto. Levantar las piernas y extenderlas, primero una y después la otra, cruzando los brazos en la nuca. Las horas pasan, vacías.

Se corre la voz: Dunja ha muerto en el parto.

He encontrado trabajo, es provisional, pero por algo se empieza. De vez en cuando en las tabernas necesitan pinches extras y, si es para breves periodos, prefieren contratar extranjeras sin papeles para no tener que pagar seguros e

impuestos adicionales.

La taberna donde me han contratado está detrás del bosque de la torre antiaérea. Mi tarea consiste en pelar verduras y lavar platos. De comer, nada de carne, naturalmente, pero cuando cierra el local me dan las sobras, macarrones pasados, bolitas fritas de sémola dulce, patatas cocidas, además de lo que se dejan los clientes en los platos. Mi turno es de diez de la mañana a una de la madrugada, con tres horas de descanso por la tarde.

Después de comer voy con otras criadas de la taberna a pasear por el bosque. Es un bosque mixto desigual, en algunos puntos hay muchos robles y hayas, y en otros, unos pocos abetos y castaños.

En cuanto sale un rayito de sol, se oye el trino de pájaros invisibles. A veces una ardilla cruza el sendero, trepa a un árbol y se cuelga de la cola a una rama.

Me encanta ese bosque, me paro a coger hierbas y a contemplar los árboles uno por uno. Una castaña cae rodando al suelo, las espinas se rompen, se parte en dos la cáscara, y sale el fruto redondo y formado, liso y duro.

Así también yo misma, que entré en el mundo con una coraza, ¿conseguiré por fin salir del envoltorio de prejuicios bajo el que me ocultaba?

Dispuestos en el suelo hay gruesos troncos de árbol ya desbastados. Las otras chicas y yo nos subimos encima y nos retamos a ver quién corre más deprisa sobre el tronco sin perder el equilibrio, o jugamos a columpiarnos o a perseguirnos para combatir el frío, y alguna vez, al esconderme en un arbusto, he sorprendido la intimidad de una pareja.

Un día que no vinieron las demás por culpa del frío, estando sentada a horcajadas sobre el tronco de un árbol, vi espiar detrás de un seto a un guardabosques de tez grisácea y facciones toscas, labios y ojos marrones, bajo y contrahecho, con los hombros demasiado anchos. Parecía una araña.

Separó las ramas y gritó:

—¡Alto ahí!

Entreví a dos jóvenes haciendo el amor. Recuperaron la compostura al instante. Eran extranjeros, y se veía que estaban enamorados. Furioso, el guardabosques zapateaba, graznando que el joven acabaría en la cárcel y a la

muchacha la retendrían en su garita, en el bosque, mientras se hacían las comprobaciones necesarias para saber si tenía en orden los papeles de mujer pública. La muchacha se puso tan pálida que daba miedo verla. El joven se postró ante la araña en actitud suplicante. Mientras tanto, el hombre sacó el revólver. El joven no se alteró: le mostraba obsequioso sus carnés de trabajo. Se entendía que decía que amaba a la chica, que quería casarse con ella, la había seducido él, era el único responsable, y que por favor la dejara marchar porque no lo hacía por trabajo.

—¿Dónde podemos estar juntos? —dijo alzando la voz—, ¿en mi barracón delante de los hombres o en el suyo delante de las mujeres? —Y, mientras decía esto, de pronto le asestó un puñetazo en la boca al guardabosques, que cayó rígido al suelo. Agarró a la muchacha de la mano y la arrastró hacia la espesura.

El guardabosques sangraba, pero yo no tenía ganas de socorrerlo. Bajé despacio del tronco y volví a la taberna.

Después he soñado varias noches con el guardabosques tendido en el suelo, de su boca manaba un pequeño reguero de sangre, y muchos gnomos que se parecían a él y a la camarera de Thomasbräu se arremolinaban a mi alrededor con risitas depravadas. Me han dicho que por ese bosque ronda un italiano que se abre la bragueta al paso de las mujeres para atraerlas, y un día una checoslovaca de la taberna se fue con él.

Cruzar el bosque a la una de la madrugada para volver del trabajo al campo me produce tal terror que luego me quedo despierta el resto de la noche, aterida y delirando. Puedo seguir el sendero que rodea el bosque, pero es tres veces más largo, y me parece estar continuamente al descubierto, con la muralla oscura de los árboles a un lado y el vacío de la campiña al otro; siento como si caminara por el borde de un precipicio, siempre a punto de caer.

Para cruzar el bosque, en cambio, basta con que me adentre con decisión, sin titubear. Después ya no me entero de nada. Avanzo como en una pesadilla, asediada por los crujidos de las ramas bajo los pies, sin atreverme ni a respirar, con los latidos de mi corazón horadándome el pecho, siempre en línea recta, y si me desplazo un centímetro hacia un lado es como si me

hundiera en el vacío. Hasta que me sacude un aire más frío y distingo frente a mí el perfil de los últimos árboles, plácidos y absortos.

Entonces vuelvo en mí, me recubro y exhalo un largo suspiro. El aire libre me reconforta, como el abrazo de una madre, y camino saboreando cada paso, el ruido sordo de los zuecos sobre la tierra cubierta de hojas marchitas.

Pero hoy, quizá porque me han despedido y es la última vez, mi miedo es mayor y no soy capaz de afrontar el bosque. Prefiero volver a casa por el sendero.

Me parece oír pasos a mi lado, acompasados a los míos, como si alguien caminara en paralelo a mí, en la orilla del bosque. No me atrevo a volver la cabeza, me atenaza el miedo, aflojo y aprieto el paso, todo a la vez. Los gnomos se multiplican.

Miro. La silueta de Louis se desliza junto a los árboles a mi lado. Estoy a punto de llamarlo y correr hacia él, pero me contengo: si fuese él me hablaría, me haría un gesto con la mano. ¿Quién puede ser? Mi terror aumenta y echo a correr. Me vuelvo un instante, la silueta ha desaparecido.

De regreso en casa, en el campo, donde todo está tranquilo, me parece que mi miedo ha sido una alucinación. Quisiera hablar con alguien, contar lo ocurrido, liberarme, pero siento que mientras sepa callar y los demás no me vean sufrir o pasar miedo, mi clandestinidad estará a salvo.

A la mañana siguiente, sin embargo, no puedo aguantar más y, uniéndome a un corrillo donde se habla de enfermedades, dejo caer un comentario sobre el mal caduco.

No tardan en mencionar a Louis.

—No puede curarse —dice una mujer, prostituta de profesión—. Lleva una vida de esclavo. No duerme nunca, ¡menos que yo incluso! —Ríe, echando la cabeza hacia atrás—. Está a todas horas en todas partes.

Mientras habla, las apariciones inesperadas de Louis se me antojan actos de brujería y me paralizan.

—Lleva una vida agotadora —prosigue—, te interesa, ¿verdad? ¿Quién sabe dónde estará?

—No lo sé, no lo veo desde el día de la excursión.

—Yo tampoco he vuelto a verlo.

—El siciliano tampoco está —digo yo.

—Las cosas se te ponen feas, ¿eh? —La mujer me guiña un ojo.

Me tumbo en el jergón y no me muevo en todo el día. Llega un batallón de alemanes. Pero yo no me levanto de la cama. Observan el barracón, miden las paredes, hablan de volver a limpiar todo. Van a vaciar y cerrar el campo del Organismo del Trabajo, los convoyes irán a otro sitio. Aquí colocarán los almacenes de un servicio de asistencia durante los bombardeos. Escucho como si la cosa no fuera conmigo. Después de un buen rato de ir y venir, se marchan. Me quedo amodorrada sin pensar en nada, viendo adensarse las sombras del atardecer en el barracón.

—Lucie.

Me levanto de un salto, es el siciliano.

—Pietro.

Tiene el rostro apagado.

—Ven conmigo.

Lo sigo hasta el patio. Es de noche y llueve, pero es como si él no viera ni oyera nada, como si no tuviera prisa. Se sienta en el suelo bajo el canalón, y yo a su lado. Empieza a decir despacio, como recordando: Louis *era* (en pasado).

—Louis era un ladrón como no había otro igual, no se arredraba ante nada, ni siquiera ante el homicidio. Tenía un odio fanático a los nazis. Su especialidad eran las tiendas y las joyerías. Era un delincuente nato. Pero en los últimos tiempos se pasó de rosca. Parecía que ya no le importara nada. Hasta que pusieron un precio desproporcionado a su cabeza. Fui a verlo con mis propios ojos. En todas las comisarías había un cartel en la puerta con su foto. Lo avisé. Hace unos días me dio este paquete para ti. Anoche lo abrió para añadir algo. Me dijo que te lo entregara cuando lo eliminaran. Sabía de sobra que se lo cargarían. Por eso ya no tenía freno. Lo han pescado esta noche, ha abierto fuego, pero le han dado, entonces él ha matado a dos, y los demás han acabado con él. «Dale este dinero», me ha dicho, «una nadería para ayudarla a aguantar hasta el final de la guerra». ¿Sabes que lo intimidabas? Una noche, mientras jugábamos a las cartas en Thomasbräu, entraste tú, era muy al principio, ¿cuánto hará? Dos meses, dos meses en

total, tenía que nacer ahora, ahora tengo el dinero, yo también robé, fui con Louis, ojalá ella hubiera esperado, sólo tenía que cambiar las joyas, pagar, pero no conseguía vender las joyas, Louis tampoco, lo encontraron con un montón de diamantes encima, ¿de qué me servían? No podíamos cambiarlos por nada, por eso no hay mucho dinero. Él quería darte el dinero para no traerte problemas con las joyas. Pero se ha muerto, ha sido el corazón, estaba enferma del corazón, yo no lo sabía, me lo dijo muy al final. Pero se podría haber salvado si hubiera tardado un poco más en dar a luz. —El siciliano se tapa el rostro con las manos. El agua resbala por ellas. Se domina tragando saliva y esforzándose por hablar con calma—: Ah, sí, tú entraste y no nos viste, y él te señaló y me dijo: «No se apaña mal esa tontorrón». Parecía muy tacaño. Bebía, comía y fumaba siempre solo. Antes de que tú llegaras. Entonces nos hicimos amigos. Si ella hubiera dado a luz ahora, yo también tengo dinero en el bolsillo, y diamantes como Louis, y perlas, un collar de perlas para celebrar el nacimiento. —El siciliano vuelve a taparse el rostro con las manos. Levanta la cabeza—. Era un amigo. Al principio lo juzgué mal —sonríe—, porque nunca pagaba a las mujeres. Jugaba como un loco. Pero no robaba sólo por dinero. Le apasionaba entrar de noche en un apartamento o en una tienda, preparar el plan, preverlo todo, ganar. He trabajado un par de veces con él, era buenísimo. Y era justo: lo repartía todo a partes iguales. Y no cogía lo primero que pillaba: elegía bien lo que llevarse. Pero prefería trabajar solo. Para él nadie tenía agallas suficientes.

El siciliano calla. Se enciende un cigarrillo protegiendo la llama con la chaqueta. Le cuento llorando la aparición en el bosque.

—Si lo hubieras llamado, ahora igual no estaría muerto —dice.

—No era él. —Me aferro a su manga—. Te lo suplico, no era él.

Roma, 1953

REFUGIO EN DACHAU

El campo de selección de Dachau está separado del campo de concentración por una larga franja de tierra yerma y baldía.

Ambos campos son del todo iguales en su aspecto exterior, salvo por un detalle: las alambradas que delimitan el recinto del segundo están recorridas por una corriente de alta tensión.

La llanura circundante está desierta, el clima es triste, el cielo parece un telón a punto de bajarse para tragarse el horizonte, por lo que uno cree estar en una zona remota e inaccesible. Nadie diría que a pocos kilómetros de distancia hay una gran metrópoli.

Mientras estuve en el campo de concentración, ni siquiera sabía que a pocos metros había otro campo. No lo he sabido hasta ahora.

Al evadirme, esperaba poder abandonar la zona, alejarme hasta de los recuerdos, y en lugar de eso me encuentro de nuevo en los parajes de la muerte organizada, en este campo de selección, en Dachau mismo, a pocos metros del K-Lager del que me fugué con tanta esperanza.

Los barracones son como los nuestros, de madera, bajos y largos.

Repto por debajo de la alambrada y entro en el campo.

Grupos de extranjeros, creo que sobre todo franceses e italianos, pasean entre los barracones charlando entre ellos. Me paro junto a la alambrada, como si estuviera pensando y buscando algo. Luego me dirijo sin prisa hacia los extranjeros y me mezclo entre ellos, escuchándolos ociosamente como si fuera una más. Tengo la sensación de que me observan, de que me espían, aunque, al mirar a mi alrededor, no vea más que miradas distraídas y casuales que se posan sobre mí. Algunos se acercan desde otros grupos. Todos van de paisano, la mayoría lleva ropa limpia y bastante presentable. Salta a la vista

que acaban de llegar a Alemania. Pero no son ellos los que me hacen sentir incómoda, sino la indiferencia que ostentan los más desaliñados, de rostro enjuto y duro. Es evidente que llevan mucho tiempo en Alemania, tienen que saber a la fuerza del campo de concentración. Igual intuyen que soy una fugada y, por temor a los castigos de los alemanes, quizá estén a punto de denunciarme. Cómo se me ocurre meterme precisamente aquí. Seguro que no lo ha hecho nunca nadie, y si es así, alguna razón habrá.

Tratando de aparentar naturalidad, entro en un barracón delante del cual hay unos niños sentados en el suelo, los típicos niños rusos. Ninguno me mira. Los barracones son iguales que los nuestros también por dentro, con literas de dos plazas y dos pisos —aunque en los nuestros eran de tres—, jergones y toscas mantas, y una estufa en el centro.

Las mujeres y los niños comparten los jergones entre cinco o seis, mientras los hombres están tumbados o acurrucados en el suelo en silencio. Aquí también la mayoría lleva la cabeza rapada. Intento andar erguida, arrastrando los pies como una muchacha eslava.

Me siento en el suelo detrás de la estufa.

Me pongo el pañuelo en la cabeza, cruzado por debajo de la barbilla y atado en la nuca, como las rusas.

—Venga ya, si tú eres soviética, yo soy chino —me dice palmeándome el hombro un italiano que se sienta a mi lado detrás de la estufa, frente a la ventana empañada y gris. Es un joven de cabeza rapada bajo la boina, pelos hirsutos en las mejillas hundidas, una boca roja y carnosa de dientes negros y rotos, y una mirada inteligente y franca rodeada de pequeñas arrugas.

—No entiendo —contesto en ruso—, *nieponimaio*.

—¡Venga ya, te digo! ¿Qué pasa, te doy miedo? —me pregunta al oído; el aliento le apesta a alcohol y a tabaco—. Yo también soy un fugado.

—*Nieponimaio* —repito.

Me mira irritado.

—Si te empeñas, arréglatelas sola. —Ante mi expresión preocupada, mueve la cabeza de lado a lado—: Vaya novata estás hecha. ¿Te dan miedo los rusos? Pues que sepas que nosotros estamos siempre en sus barracones.

Desde luego no pienso decirle que si he elegido fingirme una de ellos es

precisamente porque me fío de los soviéticos más que de ningún otro pueblo. Lo que me preocupa es su interés. Pero tengo que estar atenta a no traicionarme, he de tener cuidado de no mostrarle que entiendo el italiano. Él prosigue:

—No se ocupan de nosotros, ¿no lo ves? Por lo demás, aquí nadie sabe ni supone siquiera que al lado haya un campo de concentración; incluso los que han oído hablar de ello, antes de venir a Alemania, creen que éste lo es; todos están convencidos de que no se puede estar peor de como se está aquí, por eso no sospechan que haya fugados entre ellos, y cuentan los días, a la espera de que los ubiquen en otra parte. Y nosotros, los fugados, ni aun queriéndolo, ¿cómo podríamos denunciarnos o hacernos daño unos a otros? ¡No nos queda otra que ayudarnos! Por ejemplo, mejor que no te quedes en este barracón porque, al estar demasiado cerca de las cocinas, está más controlado, has elegido mal. Yo me he fijado en ti enseguida, me he dicho: ésta es italiana, qué te apuestas. Entre nosotros nos reconocemos a la primera, ya te acostumbrarás tú también. Pero recuerda que fuera de los barracones no nos conocemos.

Es inquieto y se mueve mientras habla. Por fin se levanta, es alto y con buen tipo.

—Así que te espero esta noche en el retrete, después del recuento. Da dos golpes en el tabique. Yo estaré al otro lado, en el de los hombres, quitaré una tablita que hemos clavado para las comunicaciones de emergencia: te explicaré unas cuantas cosas porque si no, hija mía, te pillarán en la primera redada.

Se cala sobre la frente la boina, que se le había resbalado hacia atrás, y se va con las manos en los bolsillos, contoneándose. Me quedo donde estoy, esperando una reacción de los rusos a mi presencia, pero, como era de esperar, nadie me hace caso. Mientras me quedo ahí, esperando a que anochezca, fuera alguien entona en voz alta, con la rítmica melodía de la canción de la Banda d'Affori:

*Ya viene la banda, ya viene la banda,
ya viene la banda de los bribones,*

*de los bribones, de los bribones,
con ellos viene el Duce, el jefe de los ladrones,
aquí están, aquí están todos
camisas negras y federales...* (sigue la melodía)[*]

Arrastrándome de rodillas me acerco a mirar por la ventana; apoyado en el quicio del barracón de enfrente, el italiano de antes mira fijamente hacia donde yo estoy. En cuanto ve mis ojos asustados, se echa a reír. Me aparto y salgo corriendo del barracón a esconderme en otra parte.

—*Ruskaia, ruskaia* —grita una voz de chica que oigo correr detrás de mí. Me alcanza—. Oye, que te estoy hablando a ti —me dice en francés.

Me paro. Es muy joven y mofletuda, regordeta e inmadura, de ojos negros, pequeños y brillantes, con el cabello muy oscuro y la tez blanca.

—Me llamo Jeanine. Polò me ha hablado de ti, Polò es mi amigo, justo iba ahora a verte.

Camina a mi lado, bordeando los barracones, y, sin importarle si la entiendo o no, se pone a contarme, charlando animadamente, que se hizo mujer durante el viaje con unos alemanes amables y delicados que le dieron un montón de comida, después se echó un novio italiano, un tal Paolo, pero otro, no éste, uno rubio y rollizo, «me decía siempre *amore grazie*», repite las palabras en italiano como para demostrarme que no miente; después se escapó a Múnich para seguirlo, pero él la dejó plantada, el muy cabrón. Entonces volvió aquí, y desde hace tres meses está con su nuevo novio, que también se llama Paolo, pero es mucho mejor que el otro. Para empezar es marino, pero no de la chusma, él mandaba y sabía hablar bien. Lleva boina como un francés de verdad. De hecho, hay un francés que quiere estar con ella, uno como nosotros (me hace un gesto), pero ella es fiel a su Polò, sólo que las noches en que Polò se emborracha, se va con un intérprete, uno que le da mucho dinero y es tan distinguido que le asoman los guantes de piel por el bolsillo del abrigo nuevo. Pero es un poco lento, no es fuerte y divertido como Polò. Aunque no le disgusta nada. Hasta se quiere casar con ella, pero ella piensa que no, sobre todo porque él tiene mujer en Francia. Con el dinero que le da, ella compra alcohol para Polò cuando va a la granja que hay cerca

a coger verduras del campo, con un italiano de la cocina que también es amigo suyo, pero ella no se deja meter mano para poder seguir aprovechándose de él más tiempo.

—Anda, mira, ahí lo tienes.

Viene a nuestro encuentro un hombrecillo flaco que se ríe socarrón, un campesino que parece andar entre las hojas evitando las ramas puntiagudas. Nos saluda con mucha ceremonia y una expresión asombrada y digna, nos invita a reunirnos con él detrás de la cocina y luego se marcha.

—Es un tipo extraño, tiene un montón de queso —me explica Jeanine.

Observo el ir y venir de los extranjeros, tratando de distinguir a los fugados. Pasa un joven con una boina redonda hacia atrás sobre la nuca y nos saluda con una mirada disimulada y cortés. Le doy un codazo a Jeanine.

—Sí —me dice—, es un estudiante gascón de lo más aburrido. Espera —me tira del brazo—, mira ahora a la izquierda, delante del retrete, ése es François, ¡un estudiante, sí, seguro! —Ríe con desprecio—. Si me ve, no me deja en paz, volvamos.

Apenas me da tiempo a entrever, en la luz metálica del crepúsculo, a un joven, aún un muchacho, delgado, pálido y de rasgos dulces. Echo un vistazo también al retrete.

—¿Sois todos franceses? —le pregunto.

—También hay italianos. Somos los más listos. Pero, a propósito... —se para de pronto, con los brazos en jarras—, ¿cómo es que hablas francés? —pregunta riendo.

—He nacido en Francia.

—¿Dónde? Bueno, no importa, nunca des detalles concretos sobre ti. —Echa a andar de nuevo—. Quiero que los veas a todos, somos como una familia. No acogemos con gusto a los nuevos, pero contigo haremos una excepción. A Polò y a mí nos has caído bien y ya te hemos propuesto al grupo. En principio te han aceptado, ¿sabes?, Polò ha notado enseguida que tenías miedo, le has dado pena y se lo ha dicho a los demás. Ahora estamos dando el paseo de presentación porque todavía no te han visto y quieren verte la cara antes de aceptarte definitivamente. Esta noche tendremos la confirmación, estate segura, y así podrás vivir con nosotros tan contenta, en

lugar de tirarte todo el día aburrída con los rusos. ¿Ves a ese de ahí tan pinturero? Es italiano. —Veo que me observa un joven moreno, alto, esbelto y bien vestido, con el pelo engominado—. Ése está con nosotros porque se nos ha pegado, pero para nosotros es un extraño. Figúrate que desprecia a Polò por sus andrajos y porque lleva la cabeza rapada. Si no fuera porque se le van cariando los dientes, Polò sería mil veces más guapo que ese presumido y, aun así, no lo cambiaría por él ni por la hoja de repatriación. No sé cómo se llama ni quiero saberlo. Y ahora te voy a enseñar a una puta francesa, la llamamos la Cepillo por cómo tiene el pelo, y bien que hace honor a su nombre aquí en el campo, se cepilla a los hombres por un solo cigarrillo. Y eso que tiene un novio que trabaja en la carbonería. El tipo le ha dicho: «Una sola cosa te pido, no me pongas los cuernos. Conmigo nunca te faltará de nada, ni ropa, ni comida ni cigarrillos. Haré horas extras, te complaceré en todo. No te pediré nada a cambio, ni siquiera que me laves la ropa». —Y aquí Jeanine se ríe hasta las lágrimas—. «Sólo que no me pongas los cuernos.» Enjugándose las lágrimas, ella le ha jurado por sus dos hijos que siguen en Francia que no lo engañará nunca. No te miento, ¿eh?, estaba en la cama de al lado cuando hicieron ese pacto, lo vi y lo oí todo. Pero, con la excusa de que se pasa la mitad del día barriendo el barracón de los hombres, se acuesta con todos, «para no perder la práctica», dice, «por si el cornudo cambia de idea». El tío es un borrego.

Jeanine se asoma por la puerta de un barracón.

—Ahí la tienes —dice.

De pie en medio del cuarto, debajo de la bombilla, veo a una mujer de mediana edad, apacible, con el cabello medio pelirrojo, un rostro ancho e inexpresivo, el cuerpo corto, las piernas largas y delgadas. El cabello cobrizo sobre la carne lisa y clara de su rostro es lo único vivo que hay en ella.

—¿Qué quieres? —le pregunta a Jeanine con desgana. Ésta me coge del brazo sin contestar y me arrastra fuera.

—La Cepillo en realidad no sería de los nuestros porque trabaja con todos los papeles en regla, pero nos conviene porque va y viene libremente por el campo y ve muchas cosas, y gracias a su novio nunca nos falta carbón. —Jeanine parece reflexionar un momento—. Vamos —dice—, sólo nos queda

el francés que está por mí, y Jean de Lille, un obrero joven y simpático; luego está también el marroquí, todo un capitalista, si no fuera porque tiene la cara picada de viruela. Pero los tres han dicho que ya te han visto. Ah, y está la Piojosa. El mote se lo ha puesto Benito, Benito es el de los quesos, el pobre está furioso porque al final de la noche siempre le toca con ésa. Entonces a veces se lo oye refunfuñar: «Yo sólo quiero dormir y ya está, te pago igual». No te cuento cómo nos reímos todos. Y ella siempre está venga a fumar, se fuma hasta las mondas de patata envueltas en papel de periódico. A propósito, ¿cómo te llamas? Pero dime un nombre falso.

—Carla.

—Está bien, Carlà. Ahora vamos con Benito. Presume de haber sido un partisano tremendo en Italia, con el nombre de guerra de Benito, ya ves tú, es un tonto del haba, Polò lo llama así con ironía, y el otro erre que erre, no sé quién se creerá que es, hace regalos a diestro y siniestro, no te imaginas, no prueba bocado y se desloma todo el día para poderse lo permitir, todo el mundo lo conoce por lo espléndido que es, y él, feliz.

Hemos bordeado las hileras paralelas de barracones.

—Ándate con ojo con los barracones del medio, son los de los voluntarios.

Intento echar un vistazo al interior de éstos: son más espaciosos que los demás, no veo literas, sino catres, y los jergones tienen fundas de algodón a cuadritos.

—Acuérdate —me explica Jeanine— de que nosotros los fugados estamos en el barracón cincuenta y uno.

—¿Cómo se divide el campo aquí?

—Están los barracones de los hombres, los de las mujeres y los de las familias. Y aparte están los voluntarios.

Mientras avanzo junto a Jeanine, escuchando lo que dice, entre el ir y venir de extranjeros que pasean libremente mezclados unos con otros, respirando el aire del atardecer, siento la presencia del invisible campo de al lado, allí estaba prohibido hasta circular, vivíamos encerrados en los barracones oscuros.

Llegamos detrás de la cocina, un edificio de madera más largo que los

demás con el tejado de chapa. Detrás, contra la alambrada, hay un montón de basura en el que rebuscan unos niños. Nos ponemos a esperar a Benito ahí, asomadas a la alambrada como a la borda de un barco. El campo de concentración está al otro lado.

—Jeanine —le digo—, ¿no es peligroso estar aquí, tan cerca de...? —Indico con un gesto la llanura—. Ya sabes, los SS.

—¿Tú crees que un nazi se puede imaginar que nos quedemos delante de sus narices? —me pregunta riendo—. ¡Claro que no!

Benito llega corriendo, se agacha, desata un trapo que se saca de debajo de la camisa y lo extiende sobre sus rodillas. Contiene pan, patatas y un trozo de queso.

—Rápido —nos apremia con un gesto—, hacedlo desaparecer todo.

Coge la comida y nos la alarga con rápidos ademanes de las manos flacas y nudosas, como si estuviera robando, se guarda el trapo en la camisa y se incorpora con un movimiento ambiguo y una expresión astuta y tonta a la vez.

—Y ahora vámonos pitando —dice Jeanine—, ya me he cansado. Ve al retrete a comerte tu parte, no dejes que nadie te vea cuando tienes algo, porque si no, no te lo perdonarán. Adiós, Carlà, adiós, bonita, me siento como si fuera tu niñera.

Echa a correr riendo y desaparece detrás de un barracón.

Cuando los guardias se retiran después del recuento —aquí parecen casi desarmados al no ir escoltados por perros lobo como en el campo de concentración—, corro al retrete a encontrarme con Paolo.

Golpeo el tabique con los nudillos.

—No pensaba que fueras a venir —vibra la voz grave de Paolo; busco de dónde viene y, por fin, abajo, detrás de la última de las ocho tazas del retrete, veo el espacio vacío de una tablilla que han quitado del tabique de madera.

—Pero ¿por qué me has descubierto? —le pregunto sentándome en el suelo e inclinándome hacia el hueco—. Estaba tan contenta de no conocer a nadie... ¿Sabes?, te equivocas si crees que estoy más segura con vosotros, en

los sitios como éste se está mejor solo, sin nombre, ignorado por todos. — Hablo deprisa, presa de un súbito terror de encariñarme con las personas—. Por eso déjame en paz, no existo.

Paolo no me contesta y me entra la duda de que no me haya escuchado.

—¿Paolo?

—¿Qué quieres?

—Creía que no me habías oído.

—¿No es eso lo que quieres, puesto que no existes?

—Ayúdame, tengo miedo.

—¿De qué? Yo me encuentro tan bien en esta vida de encierro que no quiero cambiar. —La voz de Paolo sube despacio hacia mí.

La puerta se abre de par en par, e irrumpen cuatro chicas que, sin dejar de hablar en una lengua eslava, se levantan las faldas y se sientan en las tazas. Me ven en el suelo y, señalándome unas a otras, ahogan una risita. Salen corriendo, dejando abierta la puerta, que golpea con el viento. Me levanto a cerrarla y vuelvo a agacharme en el suelo contra la pared.

—Me enamoré de una italiana muy hermosa —prosigue la voz—, trabajaba en la misma fábrica en la que estábamos nosotros, los prisioneros. Era una mujer muy hermosa y práctica que odiaba la desorganización. Un día me dijo que era desordenado, un pendenciero y un inútil, que no era hombre para ella. Al día siguiente ya no estaba, había pedido el traslado a otra ciudad. Me escapé para encontrarla y vine a parar aquí. Me he encariñado con Jeanine, cuando me acuesto con ella no me parece siquiera estar abrazando a una mujer, tiene cuerpo de niña juguetona, qué quieres, tiene dieciséis años, es como retozar con una gatita, es tan traviesa, y además sabe apañárselas, de vez en cuando llega con tabaco, alcohol o pan: «¡Mira qué mezcla, Polò!», dice riendo. Una niña que me hace la vida más agradable y no espera gran cosa de mí: me acepta como soy y no me pide más.

—¿Qué joven es! —suspiro yo.

—No te las des de vieja, que tú también eres joven. ¿Cuántos tienes? ¿Dieciocho?

—Es verdad, sólo tengo diecinueve, pero siempre se me olvida. Luego cuando me acuerdo es como un descubrimiento, y me alegro en parte porque

tengo toda la vida por delante, pero enseguida me pongo triste, me entra un miedo terrible al futuro, siento que ya no podré vivir después de todo esto.

Me recuesto en el suelo, con la cabeza debajo del tubo del váter, no soy capaz de decir nada más, y también Paolo calla.

—En los lager —prosigue su voz reflexiva— sobreviven aquellos que conservan el control moral de sus vidas, no queda otra. Eso es lo bonito: aquí no se pueden hacer trampas. Por cierto, ¿de dónde eres exactamente?

—Lo sabía. Esto era lo que querías: que hablara, que te contara de mí. — Levanto la cabeza de golpe y me choco con la taza.

—Si te cierras, estás perdida —pronuncia con calma la voz. Y, tras una pausa, añade—: ¿No has visto con qué docilidad mueren los deportados? ¡En compañía es tan fácil!

—Yo sé por qué se mueren —le rebato—, su vida se detuvo en el pasado, se han deshecho de la de ahora, es una enemiga para ellos, como un muro. Yo no, yo me la guardo, como los topos. No sentir, no amar: dormir mientras dura el frío. —Me ahogo en un llanto histérico—. Por eso no quería compartir nada con vosotros, pero lo habéis conseguido, ¿estáis satisfechos? Mira, he conocido a gente que, aun muriéndose de hambre, nunca se acostumbró a comer la sopa de cebada y chinches. ¿Qué quieres que te diga? Yo sí me la comí. Ellos se murieron y yo he comprendido que la vida es así siempre. Se negaban a trabajar aunque los azotaran. Eran héroes. ¿Eso qué es? ¿Qué significa? Les hicieron el juego a los nazis. —Me cubro el rostro con las manos.

—Te contradices —me responde la voz bajito—. La tomas con los que desdeñan esta vida nuestra y luego quieres hacer como ellos.

—No, es diferente.

—El topo —repite mis palabras—, no sentir, no amar. —Tras un silencio, añade—: Yo, en cambio, disfruto de esta condición, ¿no ves cómo me regodeo? Y la apuraré hasta el final.

—Eres tú el que quiere morir —le murmuro.

La puerta vuelve a abrirse de par en par, y me levanto de un salto sin mirar quién entra, asustada, bajándome los pantalones. Me siento en la taza con un alivio inefable, como si tuviera en el bolsillo el carné de identidad. En

cuanto salen las chicas, me agacho de nuevo, con los pantalones desabrochados para ganar tiempo y poder sentarme corriendo en la taza si hay una nueva interrupción.

—¿Paolo? —susurro.

Su voz llega hasta mí:

—Tienes razón, *ruskaia*, aquí por fin puedo palmarla en paz, poquito a poco.

—Entonces ¿por qué me has llamado? —vuelvo a rebelarme—. ¿Quieres que yo también me doblegue como tú?

—Se ve que tenía madera para ello.

—Qué dices, no me lo creo, tú no eras así, si lo fueras no entenderías ciertas cosas. Lo dices para convencerte, para no sufrir.

—Qué va. Siempre he sido hombre de excesos, siempre me ha gustado ser víctima del destino, y he hallado aquí mi verdadero ambiente, qué suerte, me puedo dar con un canto en los dientes —ríe—, llenos de caries, eso sí.

—Luego dices que me las doy de vieja. Pues anda que tú... ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno.

—¿En qué trabajabas antes?

—Era contramaestre. En cargueros.

Otro silencio y, por fin, digo:

—Si quieres palmarla en paz, ¿por qué tratas de ayudar a los demás?

—Pues para pasar el rato. Años y años mandando a bordo —responde despacio—, quieras o no, se te queda la costumbre. —Oigo su respiración—: Quizá fuera en el vagón de mercancías. —Su voz se vuelve agitada—. Me volví loco. Tengo claustrofobia, ¿sabes?, es como si te atenazaran la garganta. No puedes hacer nada: te ahogas. Dios, cuánto los odié, y el resultado ya lo ves, ¿no? Los he identificado con mi destino.

De repente siento miedo.

—Empiezo a entenderte, ¿sabes?, eres peor que ellas —le digo.

—Ellas ¿quiénes?

—Era terrible...

—Eh —murmura el hilito de voz a mi lado.

—Tendrías que haberlas visto —digo—, se peleaban entre ellas como fieras por un cigarrillo, un nabo, un hombre, siempre las mismas amenazas, se denunciaban la una a la otra a los Kapos o a los SS por haber insultado al nazismo, por haber escupido sobre el retrato de Hitler, las detenían y... —Se me quiebra la voz. Prosigo con esfuerzo—: Paolo, el nazismo era su arma. Pero tú eres un hombre culto, has viajado, y es mucho peor: lo conviertes en una coartada. ¿Sabes a quién me recuerdas? Entre las delincuentes comunes había una alemana que cantaba a voz en grito una canción, al alba en el lavadero, es la típica parodia, pero, no sé por qué, me persigue siempre que tengo retortijones de hambre.

Entono el estribillo, que dice en alemán:

*Es geht alles vorüber
es geht alles vorbei
mein Mann ist in Russland
mein Bett ist noch frei.*[9]

El sonido vibrante de mi voz cantando bajo el tubo del desagüe hacia el hueco de un tabique produce un efecto extraño y dejo de cantar. Siento una confusión, un pesar irracional, y exclamo:

—Las abandoné. Ellas están allí ahora. Yo no aguanté. Las habrán castigado por mi culpa. —Me ahogo en sollozos—. Pero yo no quería morir, era algo más fuerte que yo, de verdad.

—Estoy seguro de que los alemanes han reparado en mí, hacen la vista gorda para vigilarme mejor y abalanzarse sobre mí en el momento oportuno, porque mientras tanto aquí no puedo causar problemas, ¿entiendes? —Su voz suena sarcástica.

La luz eléctrica del retrete se atenúa por el oscurecimiento nocturno y sume el cuartito en una penumbra tétrica que se cierne sobre las toscas tazas blancas.

—Son las diez —suspira Paolo.

—Allí también, a la misma hora.

—Es la primera vez que te escapas, ¿verdad?

—La segunda. Ahora vengo de un campo de Múnich.

—Entonces ya lo sabes, bonita mía, de ahora en adelante no harás más que escapar, sólo pensarás en largarte, y todo lo demás te traerá sin cuidado. Te volverás menos sensible. —Suelta una risita sarcástica (que parece un lamento).

—Pues no, me ocurre lo contrario. Cada vez lo paso peor —digo entre sollozos.

—Venga, ánimo, no quería abatirte. —Se le rompe la voz—. No me hagas caso, yo siempre estoy interpretando un papel, siempre. —De pronto su tono se vuelve firme—: Basta, pasemos a cosas serias: tienes un problema. Al acercarme hoy a ti esta mañana, detrás de esa estufa, has saltado como si desconfiaras hasta de un imbécil. Acuérdate: quien se asusta hasta de una sombra, con la expresión de estar dispuesto a vender caro el pellejo, se denuncia por sí solo.

—No es verdad, no he perdido el dominio de mí misma, sólo estaba alerta.

—¡Alerta! —Suelta una risita desdeñosa—. Con unos ojos que no paraban quietos. Ésa es la psicosis del fuera de la ley, ¿qué va a ser, si no? Uno se siente siempre perseguido.

—Según tú, ¿conviene dejarse engañar por la calma de las apariencias? Si haces eso, descuidas hasta las precauciones más básicas.

—Tú enseguida caes en el otro extremo. No es ésa la cuestión: te tienen que dar igual los problemas importantes, el héroe, el significado, ¡con qué cosas me vienes!, el arma, la coartada. Todo eso son tonterías. Tienes que sobrevivir como sea, sólo así ves el lado práctico de las cosas. Tienes que resistir por instinto, bonita mía, que la guerra no va a acabar mañana, aún falta, y tanto que falta; por lo menos varios meses.

—¿Meses?

—Sí, como mínimo unos meses. El invierno seguro. —Calla, y de pronto prosigue—: Se me olvidaba lo mejor. Te he llamado para avisarte de un peligro inminente para ti, pero no pierdas la calma, es sólo un peligro técnico, por así decirlo. En cuanto los rusos reciban la documentación, se irán a hacer trabajos forzados quién sabe dónde, igual creen que a un sitio normal. —Por

un instante la voz grave al otro lado del tabique ríe con deleite—. El día en que los trasladen, es posible que los alemanes reparen en ti, ándate con ojo: entonces nuestro apoyo puede serte útil, o incluso necesario.

Me espabilo al pensar en las precauciones indispensables para el futuro inmediato.

—Gracias —digo—. Perdona por cómo te he hablado apenas he entrado, pero es que no puedo más.

Al otro lado de la pared oigo pasos y voces de hombre. Espero a que se alejen con los ojos cerrados, aturdida. Después llamo:

—¿Paolo? —Nadie contesta—. ¿Paolo? ¿Te has ido? —Sigo esperando, miro y veo que ya no está el hueco en el tabique. Me levanto, tengo las piernas entumecidas y estoy un poco mareada.

Salgo al frío helador de diciembre. Me dirijo a mi barracón, bordeando pensativa la alambrada, tratando de distinguir mi viejo campo en la oscuridad. Pero de repente me paro y me agacho porque a pocos pasos de mí oscilan linternas y se cruzan palabras en alemán, órdenes que estallan en mis oídos como latigazos por ese remoto deje de irritación en la voz de los SS.

Están justo delante del barracón en el que duermo yo: sacan a mis rusos de sus camastros y los hacen formar en el patio. Comprendo que se van esta misma noche: la puerta del barracón está abierta, ellos salen de uno en uno, los guardias los van parando, les apuntan en la cara con sus linternas, ellos parpadean y muestran su documentación. Tenues faros de vehículos avanzan despacio al otro lado de la alambrada y se detienen en fila delante de la entrada del campo. Los rayos de luz horadan las tinieblas con insidiosa lentitud, y temo que me descubran. Si Paolo no me hubiera citado para hablar, me habrían cogido. No sé dónde refugiarme. Avanzo pegada a los barracones y vuelvo a meterme en el retrete. Escucho desde detrás de la puerta las impersonales voces alemanas, las súplicas de los rusos, el zumbido de los motores y el ruido de pasos.

Prefería el odio abismal del campo de concentración.

Lentamente, los sonidos se alejan y se pierden en la noche, dejando una estela de lamentos ahogados, un murmullo de ropa, un arrastrar de pasos precipitados pautados por breves gritos autoritarios y el ruido sordo de botas

militares que avanzan imperiosas.

La puerta del retrete se entreabre con cuidado y, en la abertura, se enmarca el rostro de Jeanine, que mira a un lado y a otro.

—¿Carlà?

—Aquí estoy. —Salgo de detrás de los váteres, donde me había tumbado en el suelo.

—Vamos, date prisa —dice, cogiéndome de la mano—. ¡Tú sigue con tu manía de estar sola, y yo venga a correr! —me susurra con un gesto reprobador—. ¿Te crees que hablamos por hablar?

—Cállate, por favor —le suplico con un hilo de voz.

—¡Que me calle, encima! ¡Cuando me estoy jugando el pellejo por ti!

Tirando de mi mano, Jeanine me precede, corremos pegadas a los barracones y nos paramos de golpe al doblar cada esquina; por fin se tira al suelo, y cruzamos a gatas el sendero entre un barracón y otro, nos ponemos en pie de nuevo y bordeamos otra hilera de construcciones, y otra vez a gatas no sé cuántas veces más, el campo es infinito, por fin una puerta se entreabre y nos colamos por la rendija a un interior oscuro. Nada más entrar nosotras, alguien vuelve a encender la bombillita azul sobre la estufa, y Jeanine se tumba ruidosamente en un jergón.

—Lo hemos conseguido.

—¡Esos criminales ahora hacen los traslados de noche! —exclama una voz de hombre.

—Eso no es de ahora, siempre lo han hecho —replica Paolo, apoyado de pie en la puerta.

—Estudian todas las maneras de multiplicar las molestias y atontar al prójimo —exclama el estudiante gascón, sentado en un camastro.

Mientras charlan, Jeanine los observa, con las manos detrás de la nuca, canturreando una cancioncilla infantil francesa:

*Malborough s'en va-t-en guerre
mironton mironton mirontaine
qui sait quand reviendra...*[\[10\]](#)

—Y si lo cuentas por ahí —insiste Paolo en francés—, te toman por loco: ¿qué hay de malo en hacer viajar a la gente de noche? ¡Es una cuestión de fuerza mayor por la escasez de trenes y lo abarrotados que van! —exclama con sarcasmo.

—De eso se trata: de destrozarle los nervios al prójimo sin dejar nunca de tener razón —corroborra el estudiante gascón.

Jeanine se incorpora de pronto.

—¡Ya está bien de política de altos vuelos! —interviene—. Es una manía que tienen, y ya está.

—No le falta razón —aprueba Paolo—, les estamos haciendo el juego.

—Ya sólo por criticarlos los secundamos en sus fines —suspira el gascón.

—¿No será que los sobrevaloráis vosotros? —resopla Jeanine, encogiéndose de hombros—. ¡Ni que fueran tan listos!

Un niño llora, y una voz ahogada de mujer lo consuela. Son rusos.

Me he quedado de pie junto a la estufa, el estudiante gascón se me acerca.

—Siéntese, señorita, me han dicho que habla bien francés. —Se da aires novelescos de conspirador.

—No lo hablo mal.

—Los rusos están en sus literas —prosigue él—, ¿lo ve? No intervienen, nos han dejado un rincón al fondo. ¡Qué pueblo más hospitalario! ¡Qué alto sentido del vive y deja vivir! —Y, sin dejarme meter baza, se lanza a una disquisición sobre el alma eslava.

Mientras tanto, Jeanine me llama:

—Carlà, vente aquí a mi lado, date prisa, que es hora de cerrar.

A los otros fugados les gustaría acercarse para interrogarme. Algún que otro ruso se asoma a mirar.

—Puedo quedarme a hablar con usted, si le pesa demasiado esta promiscuidad —me dice el gascón.

—Gracias, pero tengo sueño. —Me tumbo junto a Jeanine, que se pega a la pared.

—Fíjate —me dice, riendo—, somos las dos únicas chicas posibles aquí dentro. Tenemos dónde elegir.

—Pero yo tengo sueño, Jeanine.

Jeanine aplaude.

—¡Bien! Polò dormirá solo esta noche. —Ríe de contento por hacerle este desaire—. Si acaso luego te dejo un momento —añade después.

Las siluetas se van tumbando en los jergones por parejas, distingo a una mujer de unos treinta años, sucia y desaliñada, con la pelambreira desgredada.

—¿Es la Piojosa? —le pregunto a Jeanine.

—Sí. —Reímos con complicidad debajo de la manta.

Paolo se acerca.

—Yo me voy.

—¡Pues vete! —suelta Jeanine enfadada, y él se marcha.

—¿Adónde va? —pregunto yo.

—A beber.

—Pero ¿dónde?

—Salta la alambrada y vuelve al amanecer. Lo hace a menudo.

—¿Y no lo pillan?

—A éste no. Hay extranjeros de fuera que de noche se acercan por aquí a vender alcohol. Es muy largo de contar ahora. Aprovechemos para dormir. — Me coge la mano y se acurruca.

El silencio se extiende como una sábana y, en algunas camas, se oyen jadeos y cuerpos que se mueven. También algún insulto vehemente.

—¡No arméis tanto jaleo! —reclama Jeanine, incorporándose de repente—. Que no estáis solos, está esta señorita italiana. —Se vuelve hacia mí y me dice bajito, con tono orgulloso—: ¡Aquí tenemos vida nocturna!

El silbido de una alarma se propaga en la noche, sigue silbando cuando ya el zumbido de los aviones se infla en el silencio opresivo y, al instante, comienza un nutrido bombardeo que parece arrancarlo todo de cuajo al otro lado de las finas paredes de madera. No se puede huir porque en Dachau, tanto en el campo de selección como en el de concentración, no hay refugios para los extranjeros, sólo para los alemanes de las oficinas.

En la oscuridad que se abate sobre nosotros, el frenesí de las camas se intensifica, como excitado por la voracidad de las bombas. La puerta chirría y se abre de par en par. Una silueta masculina asoma tambaleándose.

—No es él —dice Jeanine disgustada.

—Jeanine —grita el hombre con voz ronca—, te voy a matar.

—Huy, es François —me revela Jeanine con una risita alegre. Se vuelve del otro lado para darle la espalda—: La tiene tomada conmigo. Como me acosté un día con él, ahora quiere que lo haga siempre. ¡Ni que fuera suya!

El francés borracho enciende la luz. Un estremecimiento de miedo se extiende por el barracón. Es el estudiante pálido, apenas un muchacho, que entreví cerca del retrete durante el paseo de presentación.

Jeanine, que se ha vuelto a esconder debajo de la manta, grita:

—Apaga, cerdo.

François agarra el atizador de la estufa y se abalanza, gritando entre dientes:

—Te voy a matar.

Unos hombres saltan al suelo desde las literas, alguien apaga la luz.

El borracho vuelve a encenderla.

Una bomba, que parece subir desde los cimientos de la tierra, levantándose como una tapadera, explota con un tremendo estallido. Un instante después, lo que se tarda en constatar que nuestro barracón sigue en pie, los hombres se lanzan sobre François.

—Apaga —le ordenan con violento desprecio—, nos ven desde fuera, maldito cerdo.

Apagan la luz, la encienden, la apagan otra vez.

El trueno profundo parece alejarse, un silencio ominoso lo domina todo.

—¡Cerdo! —La voz argentina de Jeanine modula claramente la palabra y se expande en una alegre carcajada. Un grito le hace eco, y el borracho se precipita en la dirección de la voz de Jeanine.

Unos hombres lo frenan, insultando a la muchacha.

—¡Jeanine! —grita el joven, fuera de sí—, ¡Jeanine! —En su voz resuena una desesperación angustiada.

Jeanine vuelve a chillar:

—¡Cucú! —Y se ríe.

Todos la cubren de insultos vulgares e imprecaciones.

—Cucú —bromea ella—, cucú.

—Tíradle un cubo de agua en la cabeza —grita uno.

—¿Dónde está?

—Cerca de la estufa.

—Que nadie se mueva —responde el muchacho con voz cortante—. Tengo un cuchillo. —Los hombres se apartan.

—Poned dos jergones contra las ventanas y encended la luz.

Encienden la luz, François está delante de Jeanine y de mí con los ojos desorbitados. Jeanine profiere un grito, el borracho se abalanza, y yo me interpongo.

—Dame el cuchillo —le digo.

—Dejadme en paz —me responde, y se acerca, apuntándome con el cuchillo—. Quitaos de en medio.

—Dame el cuchillo. —Avanzo yo también hacia él, mirándolo fijamente.

No tiene más de dieciocho años, parece un colegial. Nadie a nuestro alrededor se atreve a tocarlo por miedo a que me haga daño. Él retrocede, suplicándome.

—No quiero nada de ti. Déjame en paz. —Sigue retrocediendo entre las literas.

—Dame el cuchillo, o te tiro un cubo de agua a la cara.

—¡Cuando bebe se pone hecho un demonio! —se burla Jeanine, alentada por mi intervención.

Al oír la voz de Jeanine, se le encienden los ojos y suelta una especie de doloroso rugido.

—No tengo nada contra ti. —Me mira fijamente—. Vete, te he dicho.

—No —digo sonriendo.

Vuelve a avanzar hacia mí. Con un movimiento brusco trato de arrebatarme el cuchillo, pero es más rápido que yo y me hace un corte. Tenía la mano izquierda sobre el pecho y, al verla teñirse de sangre, siento miedo. Me la agarro con más fuerza. François mira y, creyendo haberme atravesado, suelta el cuchillo y se refugia en un rincón, con una mirada aterrada y feroz.

Me aparto la mano del pecho con aprensión: sólo tengo un corte superficial en el índice.

—Es un payaso —comenta irritada Jeanine.

Entonces el borracho, más congestionado y sombrío que antes, sale de su rincón, derriba a un joven corpulento que lo sujetaba y, recogiendo el cuchillo que seguía en el suelo, grita:

—Te voy a matar. —La voz se le quiebra en un eructo.

Mientras tanto, llego hasta el cubo de agua que una rusa me alcanza a escondidas y lo cojo. Lo balanceo, y François me ve.

—Ya está ésta aquí otra vez, ¿qué querrá ahora? —Mira el cubo—. No me echas agua —implora, con los ojos muy abiertos—. No me echas agua —lloriquea, y avanza blandiendo el cuchillo—. Detenedla, yo no he hecho nada. —Mira a su alrededor, aterrado—. ¡Detenedla! —ladra. Y bruscamente añade—: Te mato. —Se abalanza sobre mí y, en ese mismo momento, le arrojo el cubo de agua encima.

Se desploma, tiritando entre convulsiones. Lo desnudan, lo tumban y apagan la luz. Un zumbido creciente lo cubre todo, un estallido zarandea el barracón, acompañado por los sollozos y aullidos lastimeros del borracho.

—No debería exponerse así por nada —me murmura la voz átona del gascón.

Enciende el mechero y, a la luz de la llama, mirándome a los ojos, me explica que mi gesto ideal es desproporcionado con respecto a la bajeza del motivo. Tiene los ojos verdosos, sus facciones son regulares pero no destacan, es como si estuvieran borrosas. Me cuenta que François es un estudiante de bachillerato que se escapó de casa por diferencias con sus padres. También Jeanine se escapó de casa, corriendo detrás de la chocolatina de un soldadito alemán, como un caballito detrás de un terrón de azúcar, y vino a parar aquí, más que nada para no trabajar. Paolo es un suboficial de la Marina, de carrera, el más inteligente y maduro de todos los que están ahí, pero falto de auténtica energía.

Yo, mientras, miro a Jeanine, que se ha quedado plácidamente dormida. El bombardeo se ha alejado, y su eco nos llega ahogado. El gascón sigue hablando en tono monocorde. Es estudiante de Ingeniería, cayó en una redada en París, pero es de los Pirineos, «donde los bosques son altísimos —dice— y el aire está preñado de aromas silvestres, y la tierra es húmeda y rica». Entorna los párpados.

—Si supiera qué tranquilidad se respira allá arriba, esos montes imponentes, el cielo bajo entre el verdor...

Me doy cuenta de que me he distraído y vuelvo a concentrarme en sus labios.

—Los atardeceres son rosados sin estridencias —murmura—, rosados con pudor, ¿entiende?, no súbitos y rápidos como si todo se incendiase al instante, sino como si todo se viera a través del agua, ¿me sigue?, y ese viento que se te mete dentro, fresco, acre para los pulmones...

No consigo mantener los ojos abiertos, sentada en el jergón junto al estudiante gascón que respira los aromas de su tierra en el hedor del barracón.

Suena el fin de la alerta.

Mi vecino consulta su reloj de pulsera.

—Son las tres —dice.

Un hombre se sienta a mi lado: es el joven italiano pulcro, bien afeitado y repeinado, ese al que Jeanine ha definido como pinturero en el paseo de presentación.

—Señorita, llevo toda la noche observándola y no alcanzo a saber qué opina, cómo juzga todo esto.

—¿Qué opino de qué?

—¡Pues de esta situación horrible, de esta gente! Exprésese con libertad porque no entienden el italiano y, aunque lo entendieran, ¿puede que les imponga usted cierta consideración? Pero los nazis tendrán que expiar su feroz crueldad. Sólo el desprecio y el rencor que siento me salvan de esta promiscuidad.

Me quedo callada reflexionando: yo no consigo sentir asco.

—Creo que no es fácil juzgar —digo por fin.

—¿Consigue sentirse viva en este caos?

—Sí.

—¡Puede que hasta le resulte interesante!

—Sí.

—Pero qué dice, observe un momento las cosas desde fuera: es una monstruosidad que no puede enseñarle nada a nadie. Esto en lo que a nosotros respecta. Por no hablar ya de los que no han estado aquí, cómo les

va a interesar. No hay nada universal en nuestros padecimientos, sólo hay paroxismo, inhumanidad y trivialidad. Yo quiero olvidarlo todo cuanto antes, borrarlo todo.

Me tumbo en el camastro junto a Jeanine. El italiano distinguido se levanta y se va. El estudiante gascón se ha dormido sentado. Un hombre avanza a tientas entre las armazones de madera que sostienen los jergones y despierta a Jeanine. Cuchichean. Jeanine le cuenta sus aventuras con franqueza, sin parar de hablar.

—Menuda *gamine* estás hecha —(una golfilla) comenta el hombre, divertido. Pero a Jeanine parece irritarle el comentario, y se pone a contarle sus respuestas salaces a los alemanes:

—¡Con éstos no me acuesto! —exclama, llena de amor patrio. E, igual de seria y decidida, añade—: Al menos por ahora. —Se echa a reír y le pregunta qué estaría dispuesto a darle.

El francés se sienta a su lado y enciende un mechero, cuya llama ilumina a Jeanine. Ella le lanza una mirada maliciosa.

—Tú mucho decir, pero al final ¡eres como todos!

Es un hombre de expresión despierta y ojos vivos, menudo y bien proporcionado. Le explica que si es de vez en cuando, le hará una buena tarifa; pero si es algo estable, entonces le dará mucha comida y le hará pasárselo bien.

—¡La que te hará pasártelo bien soy yo! —replica Jeanine.

Se sienta ella también, y se intensifica el mercadeo, Jeanine levanta la voz, arruga la nariz, discute y zapatea. Por fin se levanta, soltando una carcajada.

—No me gustas lo suficiente —le dice inclinándose sobre él. Entonces se vuelve hacia mí—: ¡Huy, la Carlà se ha despertado! —exclama, y le dice al francés bruscamente—: Vete. —Y, distrayéndose enseguida, vuelve a ponerse a hablar conmigo—. Eres una *nouille*[*] —me dice—, pero da igual. A mí no me importa. Pero Polò me ha insistido mucho en que no te deje salir. Tienes que hacerle caso porque es el jefe.

El francés enciende un cigarrillo y se va.

—¿Has visto a ése? —me susurra Jeanine—. Le he dicho siempre que no,

me da mucha pena, ¿sabes?, por Polò. No por él, que no lo sabe, sino por la gente que se va de la lengua, la Cepillo, por ejemplo, ésa además tiene la sífilis. No quiero hacerle quedar mal. Pero Polò está sin blanca. Al final me veré con éste detrás de la cocina. —Se incorpora y alarga la cabeza—. Ahí está —rezonga—, ¿por qué viene siempre a dormir aquí?

La Cepillo se para a los pies de nuestro camastro, con un cigarrillo en la boca. La sigue un hombre que la apunta con su linterna, los dos rostros entran en el halo de luz: el rostro blanco, ancho e inexpresivo de ella, y el de él, picado de viruela, con unos ojos que miran impúdicos a la mujer.

—Es el capitalista marroquí —me susurra Jeanine, dándome un codazo.

Los dos contratan un par de zapatos, que él tiene en la mano, a cambio de dos horas de amor. Desaparecen en una litera.

—¡Qué asco! —exclama Jeanine—. No se puede dormir en paz. —Aguza el oído—. Está lloviendo.

La lluvia martillea con fuerza la pared de madera detrás de mi cabeza, mezclando su gemido con el murmullo contenido que circula en el aire irrespirable de este cuarto de techo bajo.

Vuelve a encenderse la lámpara grande, y la luz eléctrica da a los rostros una expresión hosca y aturdida.

—Son las cuatro —dice Jeanine—. Están dispuestos a derrochar electricidad con tal de molestarnos.

Vuelve a entornarse la puerta, y entra de perfil Benito, con un gran bulto bajo el brazo, y mira a un lado y a otro con ojos de endemoniado. Tiene la ropa empapada y pegada al cuerpo, por lo que parece aún más flaco y desvalido, con el pelo aplastado en la frente entre las orejas de soplillo. Avanza de puntillas hasta la estufa, donde se sacude el agua de encima. Abre el bulto, lleno de rebanadas de pan. Las palpa, moviendo la cabeza de un lado a otro en un gesto afligido.

—¡Menuda lluvia, lo que nos faltaba! Justo ahora tenía que ponerse a llover. —Acaricia el pan con la mano, una rebanada cae al suelo haciendo el ruido de una piedra.

Los fugados, siempre hambrientos, han entrevisto a Benito y lo llaman desde sus camastros sin levantarse:

—Aquí está nuestro salvador. Pan para los hambrientos.

—¡El gran Benito! Pan para los sedientos.

—Ven aquí, pan para los burlados.

Y él, dócil y solidario, corre aquí y allá, con una sonrisa modesta y complacida en los labios, negando con la mano.

—No es nada, no es nada. Es pan bueno, lo que pasa es que la lluvia me lo ha echado a perder, quitando eso el pan es bueno. Pero mañana —promete con una expresión misteriosa—, mañana veréis, os traeré huevos —y, aguzando el oído, se lleva el índice a los labios—, ¡confiad en Benito y ya veréis!

—Bien por Benito.

Jeanine es la única que se levanta para ir a su encuentro.

—Pobre viejo —le dice—, con esa cara de perro apaleado, calado hasta los huesos, ¡ten cuidado de no palmarla, viejo mío!

Entonces la puerta se entorna despacio y atrae su atención: una muchacha entra a hurtadillas y mira a su alrededor, circunspecta. Debajo de una guerrera lleva un fino vestido de seda hecho harapos. Cierra la puerta, ve a Jeanine, que la observa, y le sonrío, descubriendo unos dientes largos y amarillos entre unos labios pintados de carmín consumido. Se sienta detrás de la estufa, como hice yo, y habla con Jeanine, mirándola con sus grandes ojos claros y miopes. Lleva el cabello cortado a la *garçon*, con flequillo, y esos pelos largos sobre la frente parecen interminables patas finas que le hacen cosquillas en las cejas hirsutas.

Un joven se deja caer a mi lado y se tumba.

—¡Tú debes de ser la nueva! —dice—. Yo soy Jean de Lille.

Cierro los ojos con la esperanza de poder dormir, pero entiendo que prosigue el rito de la presentación, es una ayuda importante para mí saber a quién puedo recurrir, tengo que mantenerme despierta. Mientras, él me cuenta que lo deportaron como rehén, pero que está casi peor aquí que en los campos de trabajo. Y se pone a explicarme las diferencias que yo bien conozco —pero no se lo digo— entre los distintos campos. Hay de cinco tipos: además de los campos de selección, que son para todos (*Durchgangslager*), hay campos para trabajadores libres, donde están los

voluntarios (*Freiarbeitslager*); los campos para prisioneros de guerra (*Kriegsgefangenenlager*); los campos de trabajo (*Arbeitslager*), donde van a parar los detenidos en las redadas, los rehenes, los parientes de los presos políticos, los partisanos y los desertores extranjeros; y, por último, los campos de concentración (*Konzentrationslager*), donde están las víctimas de la limpieza étnica, es decir, los judíos, los presos políticos, los sabotadores, las prostitutas sin licencia, los homosexuales y las lesbianas, y los presos comunes, tales como ladrones, asesinos, encubridores, violadores, enumera.

—Sin hablar de los llamados campos de la solución final, ¿me sigues?, eso es la aniquilación.

—Sí —asiento.

—Me cogieron en la fábrica —dice—. Soy obrero. Cuando bombardean, me parece oír el estruendo de mi viejo taller. En Lille trabajaba en los altos hornos. ¿Y tú?

—Caí en una redada.

Se inclina y me pregunta al oído:

—¿De dónde te has fugado?

Hago un gesto con la cabeza.

—De ahí atrás —murmuro.

—¿Del campo de concentración? —se asombra—. ¿Cómo es que no te metieron en un campo de trabajo? —Pero rompe a reír—. Bueno, una más, una menos, qué más da —dice, echándome una ojeada—, son cosas que pasan.

Se ha incorporado y ahora apoya la cabeza contra un poste de madera de nuestra litera: tiene un rostro sano, claro, de ojos dorados y decididos; habla despacio, con terquedad, mirando fijamente al frente, maldice a los nazis con un lenguaje obsceno y brutal, en llamativo contraste con la expresión reflexiva y tranquila de su rostro.

Vuelve a tumbarse de lado, acercándose a mí, él también apesta a sudor.

—¡Esta noche han bombardeado a destajo! —me dice—. ¿No has pasado miedo?

—Sí.

—Pues venga, vamos a hacer el amor —suspira con tono resignado.

Niego con la cabeza.

—Ah —dice.

Se relaja. Me mira casi con cariño y, poniéndose cómodo a mi lado, me revela que está harto de esta vida en la que sólo importa el sexo, y que ésta es la primera vez, desde que llegó a Alemania, en que puede estar al lado de una mujer sin tener que ir al grano inmediatamente. Me cuenta que las mujeres son unas sanguijuelas que nunca dejan en paz a los hombres. Todas, ¿sabes? Reconoce que le gusto bastante y que me habría complacido encantado, pero que prefiere hablar, está preocupado, tiene un secreto, se vuelve hasta colocarse casi encima de mí y me pellizca la mejilla.

—Hoy me escapo —me susurra—. ¿Tú qué crees, lo conseguiré?

—¿De día?

—De día, por extraño que parezca, hay menos vigilancia que de noche.

—¿Adónde irás?

—Me he hecho con los papeles de un trabajador libre que la diñó en un bombardeo. También la fábrica donde trabajaba está destruida. Con esa documentación en regla, me presentaré en el Organismo del Trabajo. Después de un par de meses de *boulot*[*] ejemplar, me darán un permiso. Y cuando esté en Lille, me echaré al monte. Aquí lo tengo todo. —Saca la documentación, orientándola un instante hacia la luz, y me guiña el ojo—: ¿A que soy listo?

De repente su próxima libertad se confunde para mí con él mismo y, al escucharlo, siento un arranque de simpatía, como si pudiera liberarme a mí también. Me levanto de la cama para ir a acostarme a otro lado, y le digo:

—Ten cuidado, Jean.

—¿Te he molestado? —pregunta el obrero, sorprendido. («*Ch't'ai emmerdéé?*»)

—No. Pero es mejor que duermas, si no, para cuando lo necesites, estarás hecho polvo. Tienes pocas horas.

—No te falta razón, pero ¿sabes? —me tira del brazo—, no le haría ascos a un revolcón contigo, ¿eh? —dice, mirándome con candidez.

Me río con ganas.

—Buena suerte.

Basta, ya no quiero escuchar ni ver nada ni a nadie, quiero dormir. Avanzo por el ambiente húmedo y maloliente en busca de un jergón vacío. Ojalá Jean de Lille consiga escapar.

Pero la recién llegada del flequillo me hace un gesto desde detrás de la estufa.

—Eres de allí, ¿verdad? —me pregunta en francés.

—Sí.

—¿Aquí hay perros?

—Hasta ahora no he visto ninguno.

—¿Se muere mucho?

—No creo.

—Éstos... —mira a su alrededor— ¿son de fiar?

—Sí. Ninguno de los otros sabe quiénes somos, y entre nosotros nos ayudamos a la fuerza. Pero dime: ¿ha pasado algo desde que me...?

—¿Cuánto hace de eso?

—Siete semanas.

—¡Venga ya! —exclama, encogiéndose de hombros.

—Italiana, del cuarto Block, en el barracón.

—¡Ah! —me interrumpe ella—. Quizá... —Y calla.

—¿Qué? —insisto.

—Los detalles no los sé. Estaba dentro por un... —Zanja la explicación con un gesto, y prosigue—: Bueno, total, como ves, era presa común, no me mezclaba con las otras categorías. Pero ya lo sabes, ¿no? Todos sin sopa por la noche y... —Vuelve a callar. La recorre un escalofrío—: Anteaayer pescaron a dos ahí fuera y los acribillaron en el patio. Una chica chillaba, y le dieron cloroformo.

—¿Quién?

—No lo sé, una judía, dicen. Yo ya no aguanto más.

—No estés aquí en medio, vete a un rincón.

—Tengo frío —dice.

Se levanta y se aleja.

Jeanine me llama:

—Es francesa, pero no me gusta, tiene el cuello y las orejas raras. Pero si

aun así la aceptan entre los nuestros, por mí vale. Yo no digo nada. Vamos a dormir, deben de ser casi las seis, y a las siete tenemos que desaparecer porque toca recuento en los barracones.

Oímos que se cierra la puerta.

—¡Será Polò que vuelve! Pero no le voy a dejar que me vea, para que aprenda a no irse por ahí —declara Jeanine—. ¡Qué va! Es el carbonero.

Entra un hombre pálido y como descoyuntado, con una corbata ajustada al cuello.

La Cepillo sale jadeante, despeinada y con la cara roja.

—Tranquila, querida —dice el carbonero—. Te ha impresionado el bombardeo, ¿verdad?

—Sí.

Le acaricia el pelo. Asoma el rostro del marroquí, que observa a la pareja con una sonrisa de enterado.

—Te he buscado en todos los barracones —dice con dulzura el carbonero.

Se sienta en un jergón vacío cerca del de Jeanine y del mío. La Cepillo se tumba, apoyando la cabeza en el regazo de su amigo, que le rodea el rostro con el brazo.

—¡Miradla qué guapa! —dice, acariciándola con la mano manchada de carbón.

Me incorporo y, en la penumbra de la litera de madera, miro el rostro desdibujado de la mujer.

—Parece la publicidad del bebé Cadum.

Jeanine hace una pedorreta, la Cepillo se incorpora enfurecida.

—Cállate y métete en tus asuntos.

—¿Qué asuntos? —salta Jeanine, mirándola con actitud retadora.

—No pienso decírtelo.

—Pues dilo, que yo tampoco pienso callarme.

—Sabes perfectamente por qué estás tranquila aquí.

—Pero ¿por qué reñís? —interviene amable el carbonero.

—¡Es una niñata! —La Cepillo se encoge de hombros y vuelve a tumbarse con la cabeza apoyada en el regazo del amigo.

Jeanine resopla, irritada, pero no dice nada.

Me levanto, sonriendo al bebé Cadum para complacer al carbonero.

La puerta se abre de par en par, dejando que un alba opaca se filtre, y Paolo entra silbando.

El gascón se despierta sobresaltado y me mira.

—Es horrible —dice—, no hay manera de dormir ni un instante; mira los rusos, en cambio, no oyen ni ven nada, es como si no estuvieran. La civilización occidental destroza los nervios y nos vuelve susceptibles.

Y se lanza a aclararme los efectos perniciosos sobre el sistema nervioso de un estilo de vida demasiado acostumbrado a las comodidades desde hace generaciones.

Jeanine está alerta.

—¿Dónde has estado durante las bombas?

—Ya lo sabes —contesta Paolo.

—¡Mentiroso! —le dice a la cara en su italiano oxítono. Y, en señal de protesta, se vuelve boca abajo.

—Mejor para mí —replica Paolo—, me muero de sueño.

Jeanine se encoge de hombros, despechada, y luego se duerme.

El gascón ha llegado a lo zar Pedro el Grande.

La Cepillo quiere que el carbonero se desabroche los pantalones.

Me alejo, avanzando entre la gente hacinada. En un rincón, la recién llegada del flequillo está haciendo el amor con François en el suelo, entre arañazos, mordiscos y risitas agudas. Me dirijo al centro del barracón, justo debajo de la lámpara.

—Señorita —me llama el italiano pulcro del pelo negro y lustroso de brillantina—, ¿no encuentra un sitio tranquilo?

Me siento a su lado, suspirando.

—No lo encuentro, no. A este paso no llegaré al final de la guerra. Donde estaba antes era distinto: hombres y mujeres separados, y a mí me volvía loca el silencio demasiado inmóvil de la noche.

—¿Ya siente añoranza? —Me cuenta que tiene una novia alemana, que se quieren mucho, que no puede vivir lejos de ella, que está en contra de los nazis.

Vuelvo a levantarme sin despedirme siquiera y me topo con Paolo, de pie junto a la ventana. Me agarra del brazo.

—Carla —dice entre jadeos—, ya me está dando.

—¿El qué?

Se le están alterando las facciones. Jeanine da un grito desde su cama y se lanza hacia él.

—Polò, Polò —lo llama sin voz, abofeteándolo.

Paolo se derrumba, lo sujetamos agarrándolo de las axilas.

—Apartaos —grita Jeanine.

Se le escapa un hilillo de baba, tiene los ojos fijos y se le aflojan las piernas, como dislocadas. Mientras tratamos de arrastrarlo hasta un jergón, se nos resbala de los brazos y cae hacia atrás, golpeándose la nuca contra el suelo, y empieza a dar patadas y a retorcerse. Se le inyectan los ojos en sangre, le rechinan los dientes con un crujido duro, la espuma de la saliva le corre por la cara.

Jeanine se sienta sobre su pecho, sin importarle los golpes y las patadas, y le levanta la cabeza.

—Es el *delirium tremens* —me explica—, sujétale la cabeza. Dadme agua.

Paolo pone los ojos en blanco y tuerce la boca ruidosamente. Jeanine se moja el borde del vestido y le refresca la frente. Con manos hábiles trata de apretarle las mandíbulas.

—Siempre se muerde la lengua. Lo presiento cuando está a punto de pasarle. No debe estar encerrado, lo sabe. Aquí se ahoga, no debe cansarse, no debe mojarse con la lluvia, pero él, nada, ¡míralo ahora, qué pinta, como una cucaracha panza arriba! ¡Bebe, bebe! —Mientras le refresca y le cierra los ojos, se inclina rápidamente a besarle la frente—. Estate quieto, rinoceronte. Yo me voy con él a propósito, me doy cuenta enseguida del día en que está *loufoque*. Que te estés quieto, te digo.

Con una contorsión más fuerte, Paolo la derriba, y Jeanine se golpea con el borde de una cama.

—¡Que lo sujetéis os digo! —grita ella desde el suelo—, ¡si no, se va a hacer daño, se va a abrir la cabeza!

Se levanta de pronto y se abalanza sobre él, que patalea para zafarse; algunos hombres la sujetan, mientras otros tratan de inmovilizar a Paolo, que, liberado del peso de Jeanine, se ha puesto a aullar como un animal.

—¡Bebe! —le grita ella, obsesiva, mirándolo fijamente—. Bebe todo lo que puedas, desgraciado, canalla. Sujetadlo, atadlo os digo, hoy está más agitado que de costumbre.

Por fin consiguen atarlo y lo llevan hasta un jergón.

Jeanine se levanta de golpe.

—La otra noche le dio en el retrete —me dice—, yo me había ido con él porque me di cuenta, se puso a pegarme, tanto que se me ocurrió que quería estrangularme y me fui corriendo. Pero, una vez fuera, no fui capaz de dejarlo allí así, conque me quedé al otro lado de la puerta escuchando. Le duró mucho. Yo estaba helada. Aullaba como un perro rabioso. Cuando ya no se oía nada, volví a entrar, me senté en el suelo a su lado y le apoyé la cabeza en mi regazo hasta que se despertó. Mientras, los hombres entraban a orinar y luego se iban. Pero ¿sabes lo que te digo? Me dan ganas de mandarlo al cuerno.

Se apaga la luz, y flotamos en la lechosa y tétrica claridad del amanecer que se cuele por las dos ventanas. Parece que la lluvia cayera con más fuerza, justo encima de nosotros.

—Se acabó la juerga —suspira Jeanine—. Dentro de poco empezará el jaleo de las desinfecciones. A las ocho. Hay que largarse, ponte la falda de la primera rusa que pilles, tu mono apesta a Alemania a kilómetros. ¿Y ahora cómo hago para trasladar a este paquidermo? —Señala a Paolo—. Es una pena, pero con el peligro de una irrupción alemana, tenemos que estar siempre alerta, dormimos con un ojo abierto y otro cerrado. ¿Me crees si te digo que a veces me parece que estoy cansada? No lo puedo dejar roncando así. No vaya a ser que lo tomen por un cuatrimotor y den la alarma. —Se ríe en silencio.

—Polò, despierta, Polò. Maldita guerra, Polò.

Frenéticos, los fugados se encaraman a las ventanas y saltan fuera,

desapareciendo en la lluvia.

—Escabullíos —apremia el carbonero—, ya vienen para el recuento.

Corro hacia el retrete.

La Cepillo se me planta delante.

—Vete, en el retrete hay guardias apostados.

Me dirijo al montón de basura. Vislumbro en la grisura la alambrada del campo de concentración. Está inmerso en un silencio que se me antoja ominoso y mortal. La lluvia me cala hasta los huesos. Oigo un ruido de pasos. Me tiro al suelo. Quisiera no moverme ya más, incorporarme a esa basura siempre presente.

Ruido de camiones, gritos, silbatos militares.

Sueño que voy con Jeanine a robar una oveja entre unas rocas peligrosas. Encontramos un cordero y le partimos las patas, pero en realidad es un niño pequeño. No sabemos dónde esconderlo y lo enterramos de noche. Después vamos a un pueblo unidimensional en el que no conseguimos entrar, pero lo bordeamos furtivamente. Por fin llegamos a una casita. Tiene la puerta abierta de par en par y, dentro, la luz está encendida. Sale a nuestro encuentro una hermosa muchacha morena vestida con un camisón, lleva el largo cabello recogido en la nuca.

—No la mates —le susurro a Jeanine.

—¿Y por qué habría de matarla? —me contesta.

La flanqueamos y, empujándola fuera de la casa, la avisamos de que van a venir unos ladrones a llevarse su tesoro.

—No vuelvas a entrar —le advierte Jeanine, y me hace un gesto convenido—, ya voy yo a ponerlo a salvo. Tú sal con Carlà, que no te vean, porque si no, te matarán.

La hermosa muchacha me sigue por la carretera, y yo le hago tumbarse en una zanja a los pies del muro.

—Ahí están —digo, y le cubro la cara con una sábana.

Le hago una seña a Jeanine, que me está espiando. Jeanine golpea puertas y tira muebles al suelo, después se acerca de puntillas con una hachuela hasta la muchacha tendida en el suelo y le parte el cráneo. Oigo voces y me siento sobre la cabeza de la víctima, y Jeanine sobre su vientre. Cuando vuelve el

silencio, quito la sábana; ante mí yace una anciana alegre con dos dientecitos afilados que le asoman sobre el labio inferior; me mira pasmada, le sangran los ojos.

La levanto a pulso, la meto en un saco, apretándola bien, y me la cargo al hombro. Jeanine tiene el tesoro. Cuando llegamos a las rocas peligrosas, arrojamos a la mujer y el tesoro a un barranco y vamos a entregarnos a la comisaría.

—¿Qué haces aquí?

Alguien me zarandea. No consigo mover los miembros, los siento enormes y flojos como esponjas empapadas de agua.

Vuelvo la cabeza: hay un guardia alemán inclinado sobre mí. Me embarga un terror que me nubla el juicio.

—¡Soy inocente! —grito—. Soy inocente.

Los ojos azules del guardia se contraen.

—Levántate, que te va a dar algo.

—Me he caído.

El guardia se saca una cantimplora del cinturón y me vierte en la boca un chorro de coñac.

—Vuelve a tu barracón, es la hora de la desinfección.

Al oír la palabra *desinfección*, me vuelve a la mente la realidad; sin embargo, en la inercia de mi cuerpo, me parece no estar viviendo, sino soñando todavía. Pese a todo, tengo un destello de lucidez.

—Quiero ir al retrete —digo.

—Pues ve, que te da tiempo.

El guardia me ayuda a levantarme y me sostiene. Me acuerdo de repente de que es un nazi, reúno fuerzas y echo a correr delante de él, chapoteando en el agua entre salpicaduras. Me alcanza, me agarra del brazo, abre la puerta del retrete y me empuja dentro. Un tragaluz difunde una pálida claridad, y la lluvia martillea insistentemente, acompañando la sordidez del lugar con su lamento incesante y monótono. La Piojosa está sentada en una taza.

—Tienes sueño, ¿eh? Aquí se está bien. Yo también vengo a descansar. Ay, hija, no me gusta esta vida, por eso no me va bien. Trabajo lo necesario para procurarme el mínimo indispensable para comer y fumar, no creo que

sea mucho, pero no me divierto en absoluto. El problema es que esta disposición mía me hace mal. A Jeanine, por ejemplo, le va bien, tiene dieciséis años, saca placer de esto, ¡no tiene ni que regatear! A mí, en cambio, no me quiere nadie.

La puerta se abre de par en par, y el guardia entra de nuevo.

—¡Tú, largo! —le dice a la Piojosa—. ¡Venga, largo! —Se vuelve hacia mí—: Vete tú también y tápate.

Me vigila hasta que entro en mi barracón. Me tumbo junto a una rusa que da de mamar de un pecho blanco y duro a un recién nacido cubierto de costras, y vuelvo a quedarme dormida.

Voces duras e irritadas me arrancan las mantas. Me incorporo en la cama.

Unos cuantos guardias van de un lado a otro del barracón con impacientes gestos de apremio. El nazi, al tirarme de la ropa para despertarme, me ha desgarrado el mono, que se me cae a pedazos mientras trato de quitármelo para la desinfección. También François y la francesa del flequillo han caído en la trampa. Un guardia arrastra un saco en el que cada cual tiene que meter su ropa. Otros guardias, de pie delante de los camastros, mandan desnudarse a todo el mundo, hombres y mujeres, uno a uno. He escondido el mono debajo del jergón sin que nadie se dé cuenta. Los rusos están mudos y pálidos. Una mujer blanca y corpulenta, totalmente desnuda, estrecha contra sí a su hijo, negándose a desnudarlo.

Los guardias la observan, molestos.

Ya estamos todos desnudos, de pie entre las armazones de madera de las literas. Es la tercera vez que me veo atrapada en una desinfección. Los rusos están convencidos de que se los llevan al matadero.

Los hombres calibran con calma socarrona sus posibilidades, y las mujeres, abrazadas a los hijos, rígidas y aterradas, se niegan a salir de sus rincones.

Los guardias nazis sacan sus revólveres y empujan a la gente hacia la puerta.

Las masas inermes se arraciman como rebaños bajo la lluvia que se agita sobre ellas, hurgando en su piel. Los guardias arrojan el saco lleno de ropa a un vehículo parado delante del barracón.

Voy a parar entre François, vergonzoso, y la francesa del flequillo, que se muestra menos recatada.

Envueltos en sus gabardinas, con el martilleo constante de la lluvia sobre las viseras lisas de sus gorras militares, los nazis nos disponen en columnas.

Los SS saltan al camión, que se pone en marcha, y nosotros recibimos la orden de seguirlo a pie en fila india.

El vehículo acelera, y echamos a correr para no quedarnos atrás, apremiados por una motocicleta que nos sigue ruidosamente, chocamos unos con otros, los guijarros puntiagudos de la grava se nos clavan en la planta de los pies descalzos, empapados por el chaparrón que se abate sobre nosotros.

—¡Aquí hasta la lluvia es nazi! —masculla la chica del flequillo, que corre a mi lado.

Con un chirrido por el brusco frenazo, el camión se detiene delante de otro barracón. Con la inercia de la carrera, los de las primeras filas se golpean la cara contra la portezuela trasera. Algunos sangran por la nariz. Los guardias bajan ágilmente, saltando sobre sus botas de cuero. Del barracón salen otros seres desnudos que se estremecen en contacto con la lluvia que se les echa encima.

Todos los ojos están tan cargados de odio, inyectados en sangre por el furor de la humillación y la sed de venganza que, si los nazis se dieran cuenta de ello, no se moverían con esa calma e insensible frialdad, sino que vivirían en la angustia de su destino. Pero no, sí que lo saben, nuestra rabia es mera caricia y, sobre su impasibilidad, el odio resbala como la lluvia sobre sus gabardinas de buena factura.

Los nuevos desnudos se unen a nosotros. Los guardias vuelven a saltar al camión, que se pone en marcha. Echamos a correr otra vez como una jauría de perros, temblando de frío y de rabia, con el cuerpo helado por fuera y ardiente por dentro; los guardias, sentados en el camión, nos siguen con la mirada, examinando nuestros cuerpos e intercambiando sin gestos comentarios y apreciaciones sobre nosotros. Recorremos el largo patio del campo entre gritos de dolor por los guijarros y los escalofríos de la lluvia, saltando y manchándonos unos a otros de agua sucia, sujetándonos unos con otros, bordeando los barracones, persiguiendo el camión que ora acelera, ora

reduce la velocidad, acosados por la bocina arrogante de la motocicleta que nos sigue.

Nos detenemos una vez más, ya somos cerca de un centenar.

Los ya desinfectados se asoman a las ventanas del barracón para mirarnos con tristeza pasmada o para observarnos con comentarios mordaces, según el humor. Cuando paramos delante de un cobertizo de cemento, donde el camión descarga los sacos de ropa, estamos todos cubiertos de barro por el agua que han levantado nuestros pasos. Algunos extranjeros adoptan posturas obscenas delante de los SS para provocarlos, pero éstos no se fijan en nosotros. A mí me obsesiona la idea de que no tengo nada que ponerme y que no podré salir cuando acabe la desinfección, seré la única desnuda, y esta perspectiva me atormenta tanto que, en comparación, la afrenta de la desnudez impuesta me parece soportable.

Mientras esperamos delante del cobertizo de cemento, la lluvia amaina y cesa casi enseguida.

Los cuerpos chorreantes parecen despertar de repente: las mujeres se ponen a chillar, ya no son los gritos breves y atormentados de antes, los hombres desnudos se ríen a carcajadas.

Los guardias se sienten casi alegres y nos empujan a manotazos, como se hace con las vacas en las ferias de ganado; echamos a correr de nuevo, sin que nos guíe el camión, todos mezclados. Las formas blandas de las mujeres hacen plaf, plaf, algunas muchachas que lloran tropiezan a cada paso, ocupadas como están en tratar de cubrirse con las manos, una mujer desgreñada, con un niño de pecho en brazos, cae al suelo.

Los primeros se han equivocado de camino y dan marcha atrás, los vemos de frente, un montón de carne y de pelos, gritos y órdenes, vuelven a empujarnos.

Los niños que caminan desnudos se agarran a las manos y a los muslos de las mujeres y lloran maquinalmente, mirando a su alrededor sin entender, comprimidos y friables en la atmósfera saturada de pasiones. Por fin, empapados en sudor y febriles, llegamos a un gran edificio de cemento.

Nos meten en grupos de treinta en una habitación oscura de unos doce metros de lado, con unas duchas fijadas al techo de las que cae sobre nosotros

un líquido caliente, con olor a azufre, que quema la piel como un ácido.

Todos tratan de apartarse y saltan en la penumbra chillando para protegerse de esa lluvia de desinfectante que se nos clava y forma regueros a nuestros pies.

A continuación pasamos a una amplia habitación llena de grandes fregaderos con pequeños recipientes de jabón líquido y toallas de tela basta. Las mujeres se apelonan todas a un lado, una parte trata de taparse unas a otras, otra parte más reducida tiende a exhibirse. Los hombres, en su mayoría excitados, se lavan, salpicando a las mujeres, y se acercan a ellas riendo.

La chica del flequillo se seca, contorsionándose en actitud provocadora, y grita:

—¡Cerdos!, no perdéis ocasión, ¿eh?

—¡A ver si te crees que somos tontos! —contesta uno, avanzando hacia ella. Aun desnudo se ve que es un recién llegado.

François hace un torpe intento de restregarse contra la muchacha.

—Para —le dice ella, azotándolo con la toalla—. A mí este descaro no me gusta.

François hace otro torpe intento de restregarse contra la muchacha.

Introduciendo la pierna en el fregadero para lavársela, ella le dice:

—Eres un crío, me recuerdas a mi adolescencia. Puedo enseñarte muchas cosas. Pero que sepas que a mí me gustan los rincones oscuros y los hombres tímidos que necesitan hablar mucho. Champán, cigarrillos.

François, con su mísero torso desnudo, la mira y la escucha extasiado con ojos viciosos.

Ella le sonrío desde lo alto, como una diosa, su cuerpo es delgado, ligeramente caído, marcado con cardenales y restos de sarna.

El llanto de los niños se vuelve oscilante y nervioso, más desorientado que nunca. Las madres los besan furiosamente al lavarlos.

Alguien me palmea el hombro.

—¡Qué agradable sorpresa! —Es el estudiante gascón—. De modo que no soy el único de los nuestros al que han pillado.

A un primer sentimiento de hastío le sigue la esperanza de que me ayude.

—No tengo ropa —me apresuro a decirle—, ¿cómo voy a salir de aquí?

El gascón hace un gesto con la cabeza.

—Entiendo que *noblesse oblige*, pero esta vez no habrá más remedio que robar. No se preocupe, yo me encargo.

Se vuelve, señalándome a unos extranjeros que agarran por detrás a las mujeres desnudas y se restriegan contra ellas apresuradamente, mirando de reojo a un lado y a otro con aire asustado.

—¡Qué talento para convertir al hombre en bestia! —Hace una mueca.

Tres guardias irrumpen en el lavadero y llaman la atención a los extranjeros con desdeñosa indignación. Al aparecer ellos, todos los rostros se quedan helados, y salimos en silencio hacia la sala de desinfección del vello. Nos hacen entrar en grupos de doce, un guardia nos cuenta en la entrada, hombres y mujeres mezclados.

La puerta se cierra detrás de nosotros. Unos hombres con batas blancas nos reparten a cada uno un tubo de pomada para untarnos en ingles y axilas: es contra las ladillas.

En cuanto terminamos de aplicárnosla, entra otro grupo de doce, mientras el primero pasa a la sala del cabello. Unos enfermeros con guantes de goma rapan la cabeza a quienes tienen piojos.

Yo no tengo (me los quité con petróleo en Thomasbräu) y paso de largo junto a un grupo reducido de seres peludos.

A continuación vamos a la sala de las enfermedades cutáneas. Cada una de estas salas es más bien un cuartito, muy bien iluminado con potentes bombillas. En cada uno hay tres médicos especializados y varias enfermeras. En el del vello me han preguntado las generalidades de costumbre, a las que he dado respuestas falsas, como es natural, y luego me han entregado una tarjeta que debo presentar a los médicos de cada especialidad, en cada sala, y en la que se consigna el éxito de las consultas, llevadas a cabo muy escrupulosamente. Los médicos son casi todos jóvenes y fríos, se los ve desorientados y cansados. Tras la sala de las enfermedades cutáneas pasamos a la de los órganos genitales; sólo aquí se examina a las mujeres separadas de los hombres. Después, en la sala de los pulmones nos hacen una radiografía del tórax; en la sala siguiente nos auscultan el corazón, el médico es un hombre mayor y parece muy nervioso, como si no aprobase el proceder y

estuviera a punto de dejarlo todo y echar a correr. Pero también él nos examina atentamente y dicta su diagnóstico a la enfermera. Al llegar mi turno, me escruta: «El corazón está bien», me susurra, y luego dicta en voz alta: soplo en el corazón, etc. Después, nariz y garganta. Para terminar, la vacuna del tétanos en el pecho, muchos se desmayan, sobre todo los hombres.

A su pesar, las madres se sienten contentas de las visitas médicas a sus hijos.

Salimos a una gran sala detrás del cobertizo donde hemos dejado la ropa. Las prendas, todavía calientes por la desinfección, están amontonadas en largas mesas numeradas según el barracón correspondiente, en función del saco del que provengan.

Los extranjeros se empujan para sacar de los montones sus efectos personales. Yo busco al gascón con la mirada. Surgen peleas salpicadas de comentarios sobre la configuración anatómica. Encuentro al estudiante gascón, ya vestido, y me entrega un vestido.

—Póngaselo de prisa y vámonos. Lo he cogido de la mesa de los voluntarios.

—¿Cómo? —pregunto sorprendida—. ¿A los voluntarios también los desinfectan así?

—¡Pues claro! Éste es un rito edificante, es parte del culto al cuerpo practicado en el templo nazi del Palacio del Deporte: el hombre verdadero es sano, la desnudez es sana. Bonita mía, ¡no hacen nada sin una noble causa! Tienen que reformar la humanidad, ¿no? Y para sus brutalidades les sobran causas justas. Para compensar, veo que usted también ha conservado su cabello —ríe—, ¡la clase se reconoce a primera vista!

El vestido cálido y nuevo me da escalofríos de gusto. Salimos, y fuera vuelven a rodearnos los guardias. El estudiante gascón tira de mí y me arrastra detrás de un barracón.

—Fotografías y huellas dactilares —murmura—. Debemos evitarlo a toda costa. Juntémonos con esos de ahí.

Centenares de personas vestidas de todas las maneras, en fila de a tres y con una escudilla de aluminio en la mano, hacen cola delante del largo barracón de la cocina. Es la hora del rancho.

Los que ya tienen la comida vuelven atrás para tomársela en su barracón.

—¿Nos dan de comer? —pregunto hambrienta.

El gascón suelta una risita mientras camina deprisa.

—No, sólo pasamos por delante para confundirnos con los ya desinfectados. Las fotos implican la muerte. Envían los carnés con las fotos al departamento de policía que se ocupa de buscar a los extranjeros sospechosos del Gran Reich. Si la persona en cuestión está limpia, le dan el *Ausweis*.^[11] En caso contrario, es castigada de acuerdo con la ley marcial alemana, según la cual, no se sabe por qué razón, a todos se nos considera militares alemanes y, por lo tanto, desertores. Has dado un nombre falso, ¿verdad?

—Sí.

Mientras el gascón diserta sobre la abstracción propia de los regímenes totalitarios, llegamos al barracón.

Encontramos a algún que otro fugado asomado a la ventana.

—¡Bueno, pues un día más que hemos comido! —exclama Jean de Lille.

—¡Sí, otra cosa que hemos conseguido! —asiente el estudiante gascón.

—Una preocupación menos, ¿no? —dice alegremente la francesa del flequillo, que nos ha precedido en la fuga.

—¡Aquí está nuestra santa! —La voz fresca de Jeanine se propaga en el aire—. ¿Dónde demonios te habías metido?

—Estaba en la desinfección.

Ríe con gusto.

—Ya ves tú de qué sirve, ¡con estos jergones tan asquerosos! —Se da una palmada en la frente—. Estos nazis, a quién se le ocurre. Y tú estás loca: Polò y yo hemos acabado en el retrete, tú no debes alejarte de mí, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo? ¡Que está el retreteee! Por cierto, Benito tenía algo que decirte, tú te lo pierdes.

—¿No me lo puede decir ahora?

—Francamente, no te lo mereces; pero, bueno, vamos —se ríe.

Salta por la ventana. Lleva una blusa de cretona de un blanco immaculado que realza sus pechos firmes, una falda oscura, calcetines blancos y zapatos de lazo. A la cintura se ha atado un jerseicito rojo.

—¿Te has acicalado? —La miro riendo.

—¡Parece que tú también! Vamos. —Me coge de la mano y me lleva, con paso aún más firme y veloz entre la nieve que cae densa y se posa suavemente sobre nosotras y sobre las cosas—. ¿Eh? —Ríe—. Es el intérprete que te decía, querida —me susurra al oído—, me ha renovado, pero, chitón, que si no me lo roban. —Levanta la voz—. ¡Qué quieres! La Cepillo me tiene envidia, por eso dice que tengo la sífilis, y por eso los alemanes me mandaron aquí. ¡Pero todo el mundo sabe que me he escapado! ¡Yo no vengo del hospital como ella! —Se enjuga los ojos con el dorso de la mano y se sorbe la nariz ruidosamente—. ¡Tengo dieciséis años, perdóname! —Llora.

Estamos detrás del montón de basura, donde nos encontramos con Benito, que me da un gran pedazo de pan y dos pepinos. Jeanine resopla y suspira. Por fin se saca de la blusa un par de medias de algodón.

—Te las regalo —me dice—, pónelas enseguida, anoche vi que tienes las piernas moradas. —Vuelve a reír, con los ojos brillantes de malicia y un hoyuelo en la mejilla.

Me vuelvo un poco para ponerme las medias, no tengo gomas para sujetármelas; Benito se saca del bolsillo unos cordeles. Los ato entre sí y me los pongo, las medias se sujetan perfectamente con dos cordeles anudados a otro atado alrededor de mi cintura.

Jeanine aplaude contenta.

—Ahora, vamos.

Me abraza y echa una ojeada a Benito, que se la come con los ojos como un perro, y, movida por un impulso repentino, me dice:

—Adelántate tú, luego te alcanzo. Oh, un momentito nada más, es tan amable, el pobrecito, y está tan solo, y en el fondo tampoco es tan feo.

Vuelvo al barracón, respirando la inconsistencia de las cosas en la niebla que se va levantando. Me apoyo en la alambrada para contemplar a lo lejos el campo de concentración. Las hileras de barracones, miserables y apacibles. Qué estarán haciendo mis compañeras. Las veo en mi cabeza, sus rostros asustados, fanfarrones y angustiados, reducidos a un enjambre de insectos horribles y maravillosos.

—Un día de lo más propicio —dice Jean de Lille, nervioso y pálido—. Es la hora: éstos están ocupados en fotografiar a los desnudos y en dar de comer a los vestidos.

Estamos solos en el barracón, aún no han vuelto los rusos. Paolo y Jeanine, Benito y la Piojosa, la Cepillo y el carbonero, la chica del flequillo y François, el estudiante gascón, el prisionero francés de Jeanine, el italiano elegante, el marroquí, el obrero de Lille y yo.

—Es la hora —repite Jean de Lille.

—Me voy —le advierte el carbonero—, tú date prisa. —Le hace un guiño y sale.

—Sí —aprueba Jean de Lille.

Jeanine se lanza hacia él.

—Me voy contigo.

Paolo tira de ella hacia atrás.

—Tú te quedas aquí, y no hay más que hablar.

—Me voy contigo. —Jeanine estalla en sollozos histéricos.

—La guerra terminará pronto —la consuela el obrero de Lille, acariciándole la cabeza.

El estudiante gascón me susurra al oído:

—Si te apetece, si quieres, lo dejo todo, y nos vamos nosotros también.

—Me la han jugado, esos cerdos me la han jugado —gime Jeanine, abatida.

—Tengo hambre —dice la chica del flequillo.

—Cálmate, Jeanine.

—¡Llévame contigo! —Jeanine se aferra al obrero, gritando.

—¡Basta! —Paolo le da una bofetada, la Cepillo le tapa la boca. El obrero de Lille es presa del pánico.

—¿Quieres llamar la atención? ¡Entonces lo haces a propósito!

—¡Cálmate tú también! —replica Paolo.

Jeanine alza el rostro, bañado en lágrimas.

—Ya llegará vuestro momento —dice el obrero de Lille.

Les estrecha la mano a todos.

—Buena suerte.

—Buena suerte.

—Ánimo, alegra esa cara —dice Paolo—, ¡pareces un fugado! Venga, hagamos el saludo ritual.

Y, con un hilo de voz:

—Por la libertad, hip, hip...

—Hurra —responden en voz baja los demás, con expresión firme y decidida.

—Adiós.

Entornan la puerta, el obrero de Lille se cuela por la estrecha abertura.

Ninguno de nosotros dice nada.

De pronto la muchacha del flequillo empieza a temblar, aferra a François y lo arrastra hacia un rincón, en el suelo. En nuestro silencio tenso, sus palabras sin sentido cobran dimensiones gigantescas.

—¿Sabes lo que me gusta? A oscuras, como mucho a la luz de una vela metida en el cuello de una botella vacía, la cera chorreando sobre el cristal, que un hombre te posea ahí, en el suelo. Tenerlo pendiente hasta el final, ¿sabes?, que no sepa lo que quieres, si estás dispuesta a entregarte, si es el momento oportuno, excitarlo y desalentarlo cuando menos lo espera, y volver a estimularlo hasta que ya no se domina y te desea a toda costa, y, mientras tanto, no saber tú misma qué harás, si huirás o te perderás con él.

Abrumado, François murmura palabras incomprensibles.

El ulular de la sirena lacera el aire. Es la del campo de concentración, que denuncia una fuga, la muchacha del flequillo lanza un grito y se aferra a François.

Todos nos levantamos de un salto y aguzamos el oído por las ventanas.

La muchacha del flequillo sale del rincón gritando:

—Mi amigo, lo han cogido, lo presiento, lo presiento.

—¿De quién hablas?

—Tenía que escapar hoy de allí.

—¿Por qué no has dicho nada?

El carbonero entra corriendo, jadeante.

—Están ahí, con los perros. Marchaos corriendo, son muchos.

Jeanine me coge de la mano. Nos escabullimos, pegadas a los barracones, hacia el montón de basura. Los perros policía ladran sueltos por los campos, resuenan disparos en el aire, gritos, los motores de las motocicletas surcan la llanura.

—¡Pobre Jean de Lille! —murmura Jeanine.

—Tengo miedo, Jeanine, no me dejes sola.

—Y pensar que ayer mismo no te conocía —susurra ella, apretándome la mano con fuerza.

—Ya —le digo—, sólo ha pasado un día.

Roma, 1954

SEGUNDA PARTE

BAJO LAS PIEDRAS

MIENTRAS LA CABEZA SIGA VIVA

I

El bombardeo duró tres horas, desde mediodía hasta las tres. Ese día estuve segura de que iba a morir. Me pasé el rato temblando, acurrucada en un rincón del sótano sin respirar mientras el silbido se precipitaba sobre mí, hasta que la bomba me estallaba en los tímpanos y, entonces, me ponía otra vez a temblar: «Ya no puedo más».

Cuando acabó, me quedé aplastada contra la pared, negándome a hacer caso de quien me arrastraba de allí y me aseguraba que las fortalezas volantes se habían ido. Por fin dejé que me sacaran al aire libre. Dondequiera que mirara, una carnicería, pólvora, llamas. También había caído una bomba en el hotel, pero por suerte no había derruido el sótano: se había quedado en la segunda planta. Las piernas no me sostenían, se me estremecía todo el cuerpo.

Un polaco que me ayudaba siempre, un joven obrero deportado, veinteañero como yo, me acompañó hasta una habitación en la primera planta, y me arrojé sobre la cama.

Volvió poco después y me dio a beber coñac, me anunció que Maguncia había sido destruida, lo cual quería decir que los americanos, que llevaban dos semanas parados a veinte kilómetros del Rin, entrarían en la ciudad de un momento a otro. Para nosotros la guerra había terminado.

Era el 27 de febrero de 1945.

Me levanté.

—Johann, vámonos de fiesta.

—¡Ya no nos mata nadie!

Bebimos, y decidí acicalarme mientras él iba a buscar a nuestros compañeros.

Me precipité escaleras abajo hasta el sótano para coger mi maletita, sentía en mí una fuerza, una alegría y una urgencia tremendas. Volví a subir corriendo. Me lavé de los pies a la cabeza y me puse ropa limpia.

Después me miré en el espejo de cuerpo entero del armario: qué sana estás, tienes toda la vida por delante.

—¡De fiesta, nada! —dijo el polaco, entrando sin resuello—. Los nuestros se han quedado abajo, tenemos que darnos prisa.

Lo seguí a regañadientes. Pensé que me mancharía los pantalones.

Ya había oscurecido.

La calle estaba llena de gente y de voces, por todas partes había llamas. Ese espectáculo siempre me provocaba una bárbara alegría, una necesidad de ayudar, de correr riesgos.

—Detrás del portón, a la derecha, en esa plaza de ahí abajo.

Nos encaminamos a buen paso, cogidos de la mano, y estábamos a punto de franquear el umbral cuando un crujido ensordecedor nos hizo dar un salto atrás; el portón, en llamas, se derrumbó.

—¡Luzi! ¡Johann! —nos llamaban nuestros compañeros, atrapados más allá. Nos habían informado mal: cuando el refugio se había derrumbado, ellos ya estaban fuera.

—Hoy no es mi día —le dije al polaco—. Ya van dos veces que lo presiento. —Pero, volviendo con los compañeros, entre preguntas y respuestas pensé: ¡que me voy a morir hoy!

La casa adyacente al hotel se había venido abajo. En la puerta una muchacha alemana suplicaba a los que pasaban que la ayudaran a salvar a su familia.

—Vamos —dije.

Pero sólo éramos tres, el polaco, un belga y yo, cuatro contando con la alemana. Los demás habían desaparecido. Era una muchacha práctica: retenía del brazo a los transeúntes que escapaban y trataba de convencerlos.

Juntamos siete hombres. El octavo, un soldado alemán, se resistió.

—Por favor, he vuelto hoy mismo del frente. Tengo tres días de permiso.

Dejad que vaya a ver a mis hijos.

Éramos once en total, de los cuales dos mujeres.

Apartamos piedras y escombros a un lado de la casa derruida.

De un montón de ruinas sacamos una enorme viga que nos cargamos a los hombros.

Subimos por una escalera de mano hasta una zona de la primera planta que había quedado intacta, con una sola pared en pie. Nos procuramos una mesa de madera con la que hicimos un puente entre la primera planta de la casa y una brecha en la pared contigua del hotel. En esa parte salía agua por una tubería rota.

Eran las seis de la tarde. Nos repartimos la tarea de esta manera: seis de nosotros debían empujar la viga desde lo alto con todas sus fuerzas contra el lado de la casa derruida que habíamos desescombrado y que daba al refugio para abrir un paso a los sepultados; los otros cinco se encargarían de transportar cubos de agua para arrojarlos sobre el fuego que ardía a nuestro alrededor e impedir así que, una vez abierto el agujero en la pared, las llamas entraran por él las primeras.

Cambiábamos de lugar cada cuarto de hora, menos la muchacha alemana que nos había pedido ayuda para salvar a sus padres.

Yo me turnaba con el polaco.

En el primer turno le tocó a él empujar la viga junto con los demás y, en el segundo, a mí. En el tercero, cuando le tocaba a él, resbaló sobre la mesa y se torció el tobillo. Yo, que esperaba el momento de ir a coger agua, le dije:

—Lo has hecho aposta. Ya van tres. —Y volví a coger la viga.

Empujando con todo el cuerpo para darle el máximo impulso, tres personas delante de mí y dos detrás, me afanaba con tanto empeño que olvidé el miedo.

Sentimos que el cemento cedía, los hombres encargados del agua saltaron a nuestra planta para ayudarnos con los últimos golpes, cuando un grito se elevó de un corrillo de espectadores que se había formado en la calle.

—La pared se derrumba.

Pero no era la de la casa adyacente que tratábamos de echar abajo, sino el trozo que aún quedaba en pie en la planta donde estábamos nosotros.

Soltamos la viga.

Sólo duró un instante: me dio tiempo a mirar la pared detrás de mí y darle la espalda cubriéndome el rostro con los brazos, ¡qué estúpido final!, pensé. Y nada más.

II

Después sólo recuerdo que estaba atada en medio de una hoguera, y tuve la clara sensación de hallarme en el infierno. Me colgaron boca abajo de los pies, la cabeza y los brazos me pesaban insoportablemente, mientras las piernas y el resto del cuerpo se balanceaban en el aire sin querer bajar. Me vi rodeada por el jefe y las compañeras, lo cual terminó de aniquilarme al pensar que tendría que pasar toda la eternidad con ellos.

Cuando me recuperé un poco, estaba en un compartimento que traqueteaba en la oscuridad, me dolía todo el cuerpo de manera atroz, y la voz rota del polaco decía: «Espacio, espacio, oh, Dios mío, oh, Dios mío».

Después recuerdo unas salas blancas iluminadas por una tenue luz, con hileras de camas de las que provenían gemidos e invocaciones, y aunque en ellas reconocía el purgatorio, quise abandonarme un momento en una de esas camas blancas. En lugar de eso pasé allí un tiempo infinito en la noche, tratando en vano de escapar.

Al día siguiente recuperé la conciencia unas horas.

Me contaron que la pared se abatió sobre nosotros, hundiendo el suelo y la planta de abajo y precipitándonos a un sótano.

Se salvaron un soldado alemán, que se tiró al suelo al pie del muro, considerando en un instante que éste caería en oblicuo; el mayordomo belga, que tuvo la valentía de saltar a la calle, por lo que se libró con una simple fractura de fémur; y el polaco, a horcajadas sobre la brecha del muro del hotel con su tobillo torcido.

Un ladrillo desprendido de lo alto del muro cayó con tanta fuerza que describió una parábola y fue a estrellarse precisamente contra la sien derecha

del soldado alemán, parado en la acera de enfrente, que nos había rogado que lo dejáramos volver con sus hijos; se desplomó, muerto en el acto.

El polaco se apresuró a saltar a la pata coja hasta el borde de la planta que se había hundido y en medio de las llamas bajó al agujero abierto por el muro derrumbado. Rebuscando encontró los demás cuerpos, pasó por encima de ellos hasta dar conmigo, me cogió en brazos y me cargó al hombro, sujetándome con una mano mientras con la otra trataba de agarrarse para subir a pulso. Y según parece, mientras me levantaba con un solo pie para sacarme de allí, yo le dije «*Drecksack*»,^[12] tratando de zafarme de él.

Empezó a trepar por los escombros y las brasas ardientes, pero no lo conseguía y volvía a resbalar una y otra vez entre las llamas fosforescentes que se habían liberado, inextinguibles, del muro caído.

En ese momento, el teniente alemán que residía en el hotel y había acudido desde la oficina anexa al oír el estruendo y los gritos, al enterarse de que me había quedado sepultada y que la misma suerte había corrido el polaco al intentar salvarme, arrió la escalera de mano a las ruinas para mirar abajo y llamó.

El polaco me subió, estirando los brazos, y el alemán me agarró y me dejó sobre los escombros. Sin mi peso, el polaco logró auparse fuera.

Me arrancó la ropa en llamas, y después se arrancó la suya. Juntos me bajaron de la escalera. Por lo visto, me puse a gritar sin parar: «*Die Füße runter!*».^[13]

Me llevaron hasta la escalera del hotel, donde todos me rodearon. Yo seguía gritando: «*Die Füße runter*».

Entonces el teniente alemán y el polaco me pusieron de pie entre los dos, sujetándome por los brazos y por la cintura. Parecía que me recobraba y que miraba a mi alrededor, pero perdí el conocimiento.

Me tendieron sobre un sofá, me abofetearon y me arrojaron vinagre a la cara. Yo lloraba, y seguí murmurando en mi delirio:

—Bájenme las piernas, por favor, bájenme las piernas.

El teniente Gauli fue a buscar un automóvil.

—La llevo al hospital, hay que ingresarla enseguida como si fuera alemana. Y ay de quien trate de impedírmelo.

Era conocida en el barrio por ser siempre la primera en presentarme voluntaria para el *Löscharbeiten*, el auxilio a los sepultados.

Al rato volvió al volante de un coche, y el polaco se sentó detrás conmigo en brazos.

En el hospital, abarrotado de heridos, el teniente quiso que me pusieran en la cama de un alemán que estaba menos grave que yo, que tuvo que tumbarse en el suelo.

Una vez allí, ordené a Dios que me llamara enseguida, después pedí un espejo y, al verme con la frente reventada, las mejillas y los labios lacerados y cubierta de sangre, dije:

—Se acabó. —Y volví a desmayarme.

El polaco se quedó a mi lado toda la noche porque, gritando como una fiera, trataba una y otra vez de arrojarme de la cama con tal fuerza y astucia que él a duras penas conseguía volver a tumbarme.

Tenía la espina dorsal contusionada, quemaduras de fósforo por todo el cuerpo (catorce), una brecha en la cabeza, el hombro derecho dislocado, rotas por detrás y por delante las costillas del lado izquierdo del cuerpo, y la pelvis fracturada. Pero yo no me daba cuenta de nada.

Hasta el día siguiente no se fue el polaco, con el pie escayolado y las quemaduras vendadas, junto con el teniente alemán y unos cuantos hombres, a sacar a los demás del sótano. Tres habían muerto, cuatro agonizaban y murieron al ser trasladados, menos la muchacha alemana, estudiante de Física en la universidad. Le había caído un cubo sobre la cabeza y le había partido el cráneo, y se le había quedado atascado en el cuello durante veinticuatro horas. Tuvieron que serrárselo. Pero tenía una vitalidad tal que sobrevivió aún catorce días, luchando contra la muerte, lúcida y determinada hasta el final.

Las personas a las que queríamos salvar de los escombros excavaron un pequeño túnel bajo tierra con picos y puntales de madera, en la pared opuesta a la nuestra, y salieron al aire libre por su cuenta.

III

Tengo que proseguir mi relato combinando lo que recuerdo con lo que me contaron.

Al día siguiente amanecí en una pequeña habitación silenciosa. Volviendo los ojos, vi dos camas ocupadas detrás de la mía, y otra al lado. Quien yacía en ella tenía el rostro cubierto con la sábana.

Persuadidos de que no duraría mucho, después de haber espantado a los demás enfermos del pasillo con mis gritos, los médicos me atiborraron de morfina y me trasladaron a la sala 18, en la planta baja, que hacía las veces de cámara mortuoria del pabellón quirúrgico desde que la de verdad había sido destruida.

Solían dejar allí a los muertos una noche y, a la mañana siguiente, los trasladaban al cuarto de baño para ceder el sitio a los demás, hasta que pasaba a recogerlos el coche fúnebre.

El primer mes hubo tantísimos muertos que con frecuencia veía junto a mi cama uno o dos en camillas.

Llevaban a la sala 18 a los pacientes que entraban en coma, para facilitar la asistencia a aquellos que estaban en los pasillos, porque la frecuencia de las defunciones provocaba tantos cuadros de depresión y de histeria que incidía en el estado físico de los heridos, cuyo deseo de vivir se resentía pese a los cuidados que recibían.

Naturalmente, yo no sabía nada de esto. Tengo entendido que los primeros días, en cuanto cesaba el efecto de la morfina, yo gritaba automáticamente, con tanta fuerza que me oían en todo el edificio, y no me calmaba hasta que me inyectaban nuevas dosis de droga, cada vez más potentes, que me sumían en un torpor agónico. Todas las mañanas me limpiaban y me curaban las grandes quemaduras con una pomada hecha de aceite de hígado de bacalao, pero yo no era consciente de nada.

Al parecer me negaba a que me dieran la vuelta en la cama, siempre con el arma de los gritos bestiales, y en varias ocasiones tuvieron que suministrarme narcóticos para curarme la espalda, colocarme el hombro

dislocado y coserme la brecha de la cabeza.

Recuerdo que una vez, al despertar, mi mano izquierda tocó un cuerpo sin querer, un costado, un vientre, un muslo, carne a fin de cuentas, que estaba en mi cama, bajo mis sábanas, y no era la mía, y estaba fría. Movida por la curiosidad, acaricié y palpé ese cuerpo, levanté las sábanas para mirar y vi con horror que ese cuerpo extraño me pertenecía, era el mío, marmóreo e insensible. Entendí al instante que estaba muerta. *¿Y los dolores?* Eran los de la descomposición: en efecto, de mi cuerpo emanaba un hedor a pescado podrido.

Así pues, la conciencia sobrevive a la muerte del cuerpo. Recuerdo con precisión esos momentos porque sentí el terror más inimaginable de mi vida.

¿Se habían dado cuenta los médicos y las monjas de que estaba muerta? Eso era lo primero que había que averiguar, si quería evitar que me trasladaran como a los demás y me enterraran, que me entrara tierra en los ojos, la nariz y la boca.

Veía. Lo que significaba que no me habían cerrado los párpados, era buena señal.

Poco después entraron dos médicos acompañados de una monja, yo abrí mucho los ojos y los miré fijamente. Recordaba a algunos muertos de los lager cuyos ojos abiertos tenían cierta apariencia de mirada, como si parpadearan entre las pestañas a quienes estaban por ahí.

Los médicos se acercaron a mí, y uno dijo:

—Nunca había visto una resistencia como la suya. Pero debe de haberle quedado una lesión en el cerebro, tiene algo anormal en la mirada.

Oía.

Entró otra monja.

—Cuando estoy de guardia por la noche me da miedo. Noto siempre esos ojos fijos sobre mí.

Con tal de que no me comprueben el corazón, pensaba, en el paroxismo de la felicidad que sentía por haber conseguido mi propósito.

—¡Quién sabe si estará bautizada! —suspiró la primera monja—. Quizá su alma espere los sacramentos para irse en paz. Cómo no se me ha ocurrido antes. Haré que le den la extremaunción.

Pensé en articular unas palabras. Mis labios se movieron:

—*Ich muss nicht sterben.*[14] —Me salió una voz ronca.

Me miraron desconcertados. De modo que, con concentración y perseverancia, quizá pudiera devolverle la vida a mi cuerpo pedacito a pedacito. En mi exaltación me reí con un gorgoteo.

—Vamos —dijo uno de los médicos, haciendo una mueca—. Qué lástima, tan joven.

Una vez más no recuerdo nada.

Parece ser que el fraile se acercó a mí varias veces los días sucesivos, pero nada más verlo me ponía a gritar como una loca, por lo que se alejaba, perplejo, preguntándose si tenía pecados mortales demasiado oscuros en el alma. Me llamaban *das schwarze Teufelchen*, el diablito negro. Yo no lo recuerdo.

Sí recuerdo, sin embargo, que, una vez, al ver llegar al fraile, le dije a Dios: «¿Qué quieres de mí? Después de todo lo que me has hecho».

Al fraile le di a entender que quería confesarme, que esperase un momento. Debió de avisar a las monjas, porque acudieron conmovidas, dando gracias al cielo, prepararon un altarcito y luego se retiraron.

Hablando despacio y deleitándome con las palabras, me inventé que era holandesa y enumeré culpas y pecados imaginarios; satisfecha de mi venganza, pronuncié el acto de contrición.

El polaco venía a visitarme a todas horas y, al parecer, yo le susurraba siempre que fuera a robar porque necesitaba mucho mucho dinero.

Durante quince días no probé bocado, rechazaba hasta la más mínima gota de té; al parecer estaba delgadísima y tenía unos ojos negros como de endemoniada.

Después pasé a alimentarme con leche diluida en agua tibia que el polaco me daba a beber con un biberón. Chupaba con glotonería, sintiendo correr el líquido por el esófago, convencida siempre de estar devolviéndole la vida a mi cuerpo milímetro a milímetro, por obra exclusiva de mi voluntad.

Al cabo de veinte días había recuperado también el brazo derecho y el tórax.

Me creía astuta porque, mientras los otros moribundos se agitaban y se

destapaban, provocándose así pulmonías que aceleraban su muerte, yo me quedaba tapada hasta la barbilla, gritando que me cubrieran en cuanto notaba la más mínima rendija. En efecto, era marzo y había vuelto el frío, la sala 18 no tenía puerta ni cristales en la ventana, por lo que estábamos en medio de una eterna corriente.

Empezaba a percibir la realidad. Vi que me lavaban y me medicaban todos los días, y que el hedor a pescado podrido no provenía de mi cadáver, sino de la pomada que me aplicaban sobre las quemaduras.

Noté que, en cuanto sentía que un aro me atenazaba la cabeza, me la vaciaba y me estrujaba por dentro hasta dejarme seca, sin pizca de sangre ni de saliva, y de mi boca salían sonidos lastimeros, me inyectaban algo que me devolvía poco a poco cierto equilibrio. Me informé: era morfina. Ya no dormitaba, sino que estaba atenta a lo que les ocurría a mis vecinos.

Con frecuencia, cuando un enfermo entraba en mi habitación, recobraba el conocimiento y se debatía, suplicando que lo devolvieran al pasillo. La sala 18 tenía una funesta reputación en el hospital, todos la consideraban la antesala de la muerte, pues la fatiga del terror te la aceleraba.

Pero la enfermera jefa, Schwester Vincentia, no tardó en encontrar la manera de calmar a los enfermos.

—¡Quién ha dicho que vayas a morir! ¡Luzi! ¡Luzi! —me llamaba. Yo respondía.

»¿No ves que Luzi está vivita y coleando? ¿Y sabes cuánto lleva aquí? Más de tres semanas.

Se tranquilizaban de inmediato. Y tal era el poder de la confianza que a veces se quedaban traspuestos, luego se despertaban y me llamaban de pronto con aprensión:

—¡Luzi!

—*Ja. Wie geht's?[*]*

Conversábamos incluso. Yo seguía hablando mientras ellos agonizaban. Las primeras veces me callaba enseguida en cuanto reconocía el hálito de la muerte, pero notaba que se asustaban; entonces me acostumbré a seguir diciendo todo lo que se me ocurría. Que pronto nos encontraríamos mejor, que si yo moría antes los protegería desde el más allá, y que lo mismo debían

hacer ellos, que era italiana y no odiaba a nadie, y cosas por el estilo.

Ya sólo vivía para entretener a los moribundos, y esta insólita actividad me absorbía de tal manera que multiplicó mis energías.

Los esperaba ansiosa, llevaba la cuenta de los recién llegados.

Fueron diecinueve las personas, hombres, mujeres y niños, a las que acompañé a morir, a solas con cada una de ellas.

Al principio se quedaba una enfermera o una monja que los velaba hasta el último instante, pero después vieron que mi compañía los relajaba, mientras que su presencia a la cabecera de la cama les suscitaba recelo.

—Luzi —me decía en voz baja sor Vincentia—, ésta tiene el vientre hecho pedazos, te la encomiendo a ti.

»Éste no te llevará mucho tiempo: ya no sufre.

Me identificaba tanto con ellos que, cuando ya no sabía qué decirles, canturreaba al son de sus estertores. A veces, al cantar

*Bajas de las estrellas, oh, Rey del Cielo,
y vienes a una cueva al frío y al hielo[*]*

se me saltaban las lágrimas. Callaba cuando notaba que los gemidos me quebraban la voz y por mi ánimo pasaba el silencio de la muerte.

Schwester Vincentia me había cogido cariño. A veces se acercaba a observarme, me apartaba el pelo de la cara y me daba un beso fugaz en la frente, antes de retirarse meneando la cabeza.

Durante no sé cuánto tiempo nos acribillaron varias veces al día.

Después de trasladar a los enfermos al refugio, donde buena parte se quedó hasta que cesó el peligro del todo, Schwester Vincentia volvía a subir, se ponía a rezar junto a mi cama y no se separaba de mí mientras duraban las explosiones. Entonaba el avemaría, y yo le respondía. En los repentinos intervalos en el estruendo de chasquidos y zumbidos, nos sorprendíamos recitando a voz en grito como posesas:

*Ave Maria, gratia plena.
Sancta Maria, Mater Dei.*

Bajábamos la voz al instante, aturdiditas, pero nos quedaba una alegría profana. Una vez una esquirla mató a una moribunda, y una bala le alcanzó a un muerto en el cráneo.

Había aviones solitarios, llamados Japos, que de vez en cuando, a saber por qué, la tomaban justo con nuestro edificio.

Un día, cuando conversaba con mis moribundos, la hermana quiso llevarme al refugio, pero le cedí mi puesto, el único que quedaba, a una niña de diez años con las piernas amputadas a la altura de los muslos que estaba conmigo en la habitación.

—Ésa se nos va esta misma noche —me dijo la monja—, mientras que tú aún puedes durar un poco más.

Schwester Vincentia era una hermanita de la caridad de unos cincuenta años, flaca, de tez cetrina, que trabajaba día y noche, levantaba a pulso a los heridos cuando los camilleros ponían pegas, era expeditiva y ecuánime.

Una mañana se desplomó: se le había reventado una hernia.

La ingresaron en la habitación contigua a la mía. La operaron sin demora. Se comunicaba conmigo golpeando la pared con un palo.

Después, aún con la faja herniaria, levantaba a pulso a los heridos que de noche suplicaban que los movieran un poco para mitigar sus dolores.

—Oye —me dijo una noche—. Tú no quieres morir.

—No.

—Te lo digo porque eres valiente. Ahora tendrías una buena muerte. Una paciente mía que, como tú, no quería morir y estaba menos maltrecha volvió diez años después a mi hospital, y me repetía: «¡Ojalá me hubiera muerto entonces! Después no he hecho más que sufrir. Ya no aguanto más». Por fin le entregó a Dios el alma que durante tanto tiempo había querido hurtarle.

—¿Sí? Pero yo no soy esa mujer y, dentro de diez años, volveré a propósito de Italia para decirle que hice bien en vivir. ¡Basta con que me cure, tarde el tiempo que tarde, ya verá usted!

—¿Vendrás de verdad?

—Sí.

—Pero ¿serás sincera?

—Sí.

—Ya lo veremos.

Un día, la segunda hermana del turno de día, Schwester Johanna, una lozana monja de piel blanca y mejillas coloradas, se subió a una escalera, quitó el retrato de Hitler, lo arrojó al suelo y lo pisoteó con frenesí, y estrechando contra su pecho un crucifijo y besándolo apasionadamente lo colgó en el lugar del retrato.

No se impaciente el lector de que progrese en mi relato a base de decir «un día», «una noche», «una vez», pero no tengo idea en absoluto de cómo se sucedió el tiempo en ese periodo de mi vida.

Una noche, una hermosa mujer que parecía sana y fuerte falleció sin haber recuperado el conocimiento. Llevaba dormida tres días.

La hermana del turno de noche, Schwester Petra, me dijo que la habían violado los negros. Me preguntó si no oía el bullicio de la ciudad en cuanto la oscuridad se extendía. Y, alzando los ojos claros al crucifijo, dijo:

—Señor, estás a punto de morir en la cruz por ellos, y los hombres se han olvidado de ti.

Pregunté a qué día estábamos. Faltaban ocho para Pascua. La noticia me conmovió. Yo también me había olvidado de Cristo. No estaba enfadada con él como con Dios, porque Cristo había sufrido, y ahora más que nunca podía entender yo lo que eso significaba. Me pareció oír voces ebrias y risotadas en el jardín del hospital. Se acercaba la Pascua y a nadie le importaba. Su soledad, la gratuidad de Su sacrificio me encogieron el corazón.

—Puesto que estás a punto de morir —le dije—, te acompañaré a Ti también.

Vino Schwester Petra, jeringuilla en mano.

—¿Qué es?

—Tu morfina.

—No la quiero.

—No puedes prescindir de ella.

Como yo insistía, me dijo que yo no me había visto la espalda, que era una caverna con la punta de las costillas rotas asomando, el tórax y los pulmones al aire.

Cuanto más hablaba, más me exaltaba yo.

—¿La estás oyendo? —le decía al crucifijo—. ¿Estás bien atento a lo que dice?

—Pero te lo advierto —declaró la monja, cediendo—, no atormentarás a los enfermos ni alertarás a los negros con tus gritos de costumbre. Al menor gemido, te duermo.

La primera noche no sólo fue una serie de punzadas desgarradoras, un dolor integral sin un instante de tregua, no sólo fue un espasmo de todo mi ser que, en ayunas como estaba, se había acostumbrado rápidamente a la morfina, sino también una vigilancia constante para no proferir un grito. Al amanecer tenía las mandíbulas tan rígidas que no podía abrirlas, estaba empapada en sudor, y el corazón me latía enloquecido. Perdí el conocimiento y desperté con el tubo de oxígeno en la boca. El médico estaba ahí.

—No puedes dejarla tan de golpe. ¡Hay que reducir las dosis poco a poco!

Yo no atendía a razones.

—No discutamos —dijo, encogiéndose de hombros—, total, no lo conseguirás.

Tenía una nueva ocupación apremiante: vencer a la morfina.

No pegué ojo durante seis días y seis noches.

Schwester Petra, que era muy guapa, pasaba todos los ratos libres de su turno de guardia haciéndome compañía. Me trenzaba coronas de flores en la cabeza, me prometía que nunca dejaría mi tumba sin flores y que siempre rezaría por mí.

La noche de Viernes Santo me recitó a la luz de una vela toda la escena de la pasión de Cristo, cambiando la voz y el gesto según si representaba a Pilato, a Pedro o a Judas.

Me dijo que mi rostro expresaba tal sufrimiento que ya no sabía qué

inventar para aliviármelo un poco.

La noche de la Resurrección, Cristo entró en mi habitación, que era al menos el doble de grande que la de costumbre, con mi cama en el centro.

Era alto, sin barba, serio, y llevaba una túnica verde.

Cerró la puerta tras de sí y vino a sentarse en el borde de mi cama. Me miraba sin hablar. Entonces me apretó los pies con la mano y negó con la cabeza.

Me desperté cuando estaba a punto de decirle algo.

Schwester Petra me dijo que había dormido una hora entera. Se arrodilló junto a mi cama, y juntas rezamos el rosario, que yo escuchaba extasiada porque no me lo sabía entero.

IV

Las muertes se fueron espaciando.

A los cuarenta días, hice de vientre por primera vez. La fiebre que me devoraba desde el principio bajó de golpe. Dejé de ingerir leche aguada —¡el único alimento que no había rechazado hasta entonces!— y empecé a tomar consomés de verdura y fruta cocida.

Ya me había desintoxicado de la morfina.

Los médicos también se mostraron de acuerdo en que podía vivir. Dieron la orden de que me trasladaran con los pacientes destinados a sobrevivir. Pero había cogido cariño a los moribundos y no quise dejarlos. ¿Qué consuelo habrían tenido al entrar en esa habitación si quien no había muerto ya no estaba allí?

Trajeron a otra alemana, ésta de veintidós años, intervenida de una cuchillada en el abdomen. Tenía un amigo, un apuesto joven griego, que sufría por ella. La muchacha, que se llamaba Cunegonda, tenía tanta sed que consiguió convencer a su amigo de que le trajera cerveza. Vacío la botella de un tirón. Su estado no tardó en agravarse, la herida se hizo purulenta, ella se puso amarilla y convocó a sus familiares. Me confió que durante la guerra

había traicionado a su novio para juntarse con el griego, y ahora Dios la castigaba por ello, pero cuando se curara expiaría su pecado toda la vida. Su sufrimiento era más moral que físico, murió.

Al cabo de un tiempo, el griego volvió a visitarme con una actitud algo fanfarrona, se había enrolado en el ejército americano, iba armado hasta los dientes, hablaba alto y exhibía una alegría excesiva.

Prodigaba numerosos consejos a mis vecinas.

Luché diez días contra la muerte de una muchacha morena de diecinueve años, también alemana, guapa y callada, que no tenía recursos pero se plegaba dócilmente a lo que yo le sugería. Una vez, sin embargo, eludió mi vigilancia y, empapada en sudor, arrojó al suelo las mantas en una ventosa noche de abril, pese a todas mis recomendaciones. No tenía familia. La pulmonía se la llevó. Entonces aún no había penicilina en Europa. Me llamó hasta el último instante.

Esa muerte me afectó profundamente.

Al día siguiente me trajeron a una mujer muy bella, esbelta, de tez diáfana. Era una doctora, en coma por morfina. Cada cuarto de hora imploraba: «*Morphin! Morphiiin!*», con ávidos gemidos. Murió invocando con un grito a su diosa morfina.

Se oía el trino de los primeros pajarillos entre los árboles. Rogué que me sacaran al jardín. Pusieron ruedas a mi cama. Al respirar aire puro después de dos meses de encierro me quedé traspuesta, sintiéndome cómoda por vez primera en el envoltorio de mi cuerpo torturado.

Empecé a hacer proyectos.

Conocí a otros pacientes italianos con los que negocié la venta de una bicicleta. Estaba decidida a volver a Italia con este medio en cuanto mi estado me permitiera caminar, para recuperarme con ese bonito viaje deportivo de mi larga inmovilidad, que ya empezaba a pesarme.

—¿Cuánto me queda todavía? —le pregunté al médico.

—Nueve semanas —contestó él alejándose bruscamente.

Empecé a contar los días como si se tratara de una fecha exacta.

En mi habitación murieron aún un par de personas, y, para distraerlas, venían dos italianos a tocar la guitarra.

Una vez que una abuelita cada vez más inquieta se acercaba a su final, iniciamos los tres nuestro concierto, y ella se abandonó al sonido de la música. Pero llegaron sus familiares y se pusieron a despotricar, quejándose de que era un sacrilegio y una vergüenza, y despertaron a la anciana de su beneficioso torpor, por lo que ésta se enteró a traición de su propia muerte, y lloró y se rebeló como ninguna joven lo había hecho nunca, con una especie de avaricia que resultaba más irritante que conmovedora. Una nieta inconsolable, la más indignada de todos, al marcharse tras el fallecimiento cogió la bicicleta del polaco y se alejó pedaleando deprisa. También él la había robado.

El polaco me traía montones de cosas, vestidos, ropa interior, manteles, vino, fruta en almíbar y cosas por el estilo, todo ello robado, naturalmente. Tenía esas mismas atenciones con monjas y enfermeras. Recuerdo sobre todo numerosas mortadelas rosa.

A veces lo sorprendía confabulando largo rato en el pasillo con Schwester Vincentia.

Así como los primeros meses no pensaba nunca en él, ahora, sin embargo, empezaba a esperar su llegada, me impacientaba si tardaba y, movida por no sé qué propósito, fingía disgusto ante los besos, a menudo mezclados con lágrimas, que me daba por toda la cara.

Cuanto mejor me encontraba y más le hablaba de mi inminente curación, contando minuciosamente los días y las horas transcurridas, más se ensombrecía él. A veces me abandonaba de repente. Se presentaba por la noche, borracho, se dejaba caer al suelo de rodillas y, cubriéndome la mano de besos, me pedía perdón. Se había vuelto pendenciero. La tenía tomada con los franceses y los americanos. Aparecía con la cara magullada y aire receloso. Apeataba a vino. Profería vagas y oscuras amenazas.

Yo no entendía nada. A veces les pedía a los camilleros que lo expulsaran; otras, me entristecía que se hubiera echado a perder de esa

manera en el mejor momento.

A primeros de mayo, los agentes de sanidad americanos hicieron una inspección. Yo estaba en el jardín, bajo una encina, entre una hilera de camas. Enseguida me di cuenta de que los otros, los alemanes, tenían miedo. Sin que nadie les preguntara, juraban y perjuraban que nunca habían sido nazis. Siempre me ha disgustado la vileza. Cuando se pararon delante de mí y se enteraron de que era italiana, el de más autoridad dijo en tono rutinario:

—No fascista.

—Al contrario, fascista —le contesté yo.

Llamaron a un intérprete, y empezó el interrogatorio.

Resultó que había sido fascista, miembro del Guf,[*] una fanática, y que en Alemania había sido una antinazi convencida, pero en lo que concernía a la idea fascista, excepto sobre la alianza con Hitler no podía formular juicio alguno, al estar los problemas italianos fuera de mis intereses directos desde hacía demasiado tiempo.

Al concluir el interrogatorio, me expresaron su admiración por mi sinceridad y mi dignidad. El oficial me hizo llegar un gran paquete militar. Y, desde ese día, me colocaron bajo su protección. De vez en cuando venía alguno de ellos a visitarme y me traía regalos, nos entendíamos por señas y en alemán.

También uno de esos días, el profesor de esa unidad del hospital, al que los pacientes saludaban obsequiosamente cuando pasaba por sus camas en el jardín, fue detenido por haber estado inscrito en el partido nazi, aun sin haber llevado a cabo ninguna actividad política. Mientras se alejaba, flanqueado por dos policías, todos apartaron la mirada. Entonces yo grité:

—Adiós, hasta pronto, profesor Niessen.

Su mirada me resarcíó, y lo vi alejarse con paso más vivo.

Al día siguiente fue liberado.

Me presentó a su mujer y a sus hijos; los niños se encariñaron conmigo, venían con frecuencia a visitarme y me traían flores y pasteles.

También vinieron los representantes de la Cruz Roja francesa, buscando a

sus compatriotas. Schwester Vincentia los llevó hasta mí. Cuando me oyeron hablar de Reims, París y tal con acento francés y se enteraron de que había nacido y crecido en Francia, me cogieron afecto y ellos también me traían de vez en cuando tabaco y chocolate.

Los últimos en llegar fueron los italianos. Obsequiosos, hablaron de mi estado con la monja, arrugando la nariz, y me dijeron que pronto volvería a la patria y que fuera pidiendo que prepararan mis papeles y mi historial clínico. Después de mucho hablar, se marcharon.

Día tras día, pedía a la enfermera jefe y al médico que me dieran los documentos. Las heridas por las quemaduras de fósforo habían cicatrizado, dejando paso a una piel lisa y brillante; también la espalda se me había curado. El plazo llegaba a su fin. Me contestaban con evasivas. Lloré. Por fin obtuve mi expediente, en un grueso sobre rojo sellado.

En cuanto me quedé sola en la habitación abrí el sobre, así, por matar el rato.

Leí que estaba parálitica de cintura para abajo por lesiones en la séptima y la octava vértebras dorsales, que sufría incontinencia fecal y urinaria, así como insensibilidad. Podía recibir el alta del pabellón quirúrgico porque allí ya no podían hacer nada por mí. Se recomendaba un tratamiento a base de corrientes eléctricas, masajes y gimnasia pasiva, con reservas sobre la posibilidad de llegar a caminar con corsé y férulas en las piernas debido a la fragilidad de los huesos contusionados y fracturados por todo el cuerpo. Se adjuntaban radiografías de la columna vertebral, del tórax y de la pelvis en todas las posturas.

Quizá todo esto el lector lo haya intuido desde el principio.

Pero yo no.

Estábamos a final de mayo y, en esos tres meses, no había dudado ni un solo instante de que fuera a curarme. Para mí las únicas opciones habían sido morir o vivir.

Comprendí entonces una infinidad de señales, de intentos por parte de todos de guiarme hasta esta idea, de detalles sobre mi estado; por ejemplo, tenía un catéter permanentemente introducido en la vejiga y una cuña de cristal entre las piernas; algunas mañanas me despertaba entre heces. ¿Cómo

había podido no intuirlo? Cuanto más rebuscaba en mi memoria, más me sumía en un asombro obtuso. Yo, yo clavada a una silla de ruedas para toda la vida, entre orina y mierda.

No lo creí.

Pero la maligna razón me repetía que era verdad. Estás paralítica.

No.

Cogí una botella de coñac que había sobre la mesita de noche y me la tomé de un tirón. Me pasé el día delirando y vomitando. El polaco me besaba y se daba de cabezazos contra la pared. Cedió a mi presión y me trajo más coñac. De nuevo me lo bebí de un tirón y vomité toda la noche. A la mañana siguiente, una tercera botella. Durante todo el día vomité y sufrí diarrea. El polaco no me dejó sola ni un instante. Schwester Vincentia discutía con él, nunca la había visto tan alterada.

—Si no tienes ánimo —me repetía él—, moriremos juntos.

La segunda noche nos bebimos otra botella cada uno. Schwester Vincentia dio orden de detenerlo. Después la tomó con todos y al final me insultó y se burló de mí:

—¿Ésa es toda la fuerza que tienes? Me das asco. Eso ni es fuerza ni es nada. Debería darte vergüenza. —Y cosas por el estilo.

Me parecía que todo el mundo a mi alrededor lloraba.

—No estoy paralítica. *Ich bin nicht gelähmt*, no estoy paralítica.

Pero, aunque pensaba beber hasta morir, la sola idea del coñac me revolvía las tripas. El malestar que produce una borrachera así es de verdad lo más repulsivo que pueda imaginarse. Tras veinticuatro horas de arcadas y contorsiones, con un sabor a excrementos en la boca que me daba náuseas sin cesar, acabé por caer en un profundo sueño.

Estuve mal durante días. No podía comer, beber, hablar ni pensar. A ratos me atravesaba como un rayo esta idea: estás paralítica. Como una cuchillada. Pero no se me quedaba clavada.

Un amanecer me desperté fresca y lúcida, los pájaros cantaban entre los árboles. Escuchaba admirada sus límpidos trinos, exuberantes y vívidos. Por eso no me había muerto. Ahí me quería Él. De acuerdo: aceptaba el reto.

V

Esa misma mañana mandé llamar a Schwester Vincentia, no habíamos vuelto a dirigirnos la palabra desde la noche de su regañina. Le pregunté si podía seguir en su bloque o si debía abandonarlo a la fuerza.

Me contestó que nadie me había echado sino yo misma.

Teníamos los ojos empañados las dos, pero conversábamos en un tono cortés, eludiendo mirarnos.

Dije que quería comprar una silla de ruedas.

Ella asintió pensativa.

—¿De cuánto dispones?

—De lo que tenía ahorrado para la bicicleta. —Se me quebró la voz.

Cogió un vaso de la mesita de noche y se lo llevó.

—No quiero desorden. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

Pero regresó enseguida, con una extraña expresión adusta, y se puso a alisar por todos lados la colcha blanca, y a doblar y desdoblar las toallas colocadas en la cabecera de la cama.

Dije que quería acostumbrarme a sentarme y a desplazarme en silla de ruedas. Tenía que procurarme libros para estudiar, quería perfeccionar mi conocimiento de idiomas y retomar la filosofía. Concluí diciendo:

—No vuelvo a Italia: estoy muerta.

Ella me habló de mis padres, del dolor de mi madre.

—Hace diez meses que no tienen noticias mías.

Uno de esos días asistí a la procesión del Corpus Christi, desde la esquina de una calleja del hospital. La grava estaba cubierta de flores. Tiernos niños y clérigos con velas desfilaban cantando. Cuando pasó la imagen, los fieles a mi alrededor se arrodillaron.

Mataste a Tu hijo, con eso está todo dicho, le dije a Dios.

El polaco acogió con enorme alivio la noticia de que me quedaba en Maguncia. Me enteré de que había decidido seguirme, habría tenido que cruzar la frontera clandestinamente; le preocupaban sus posibilidades de

encontrar trabajo en Italia. Reparé en que se había dejado bigote y patillas, quizá para tener un aspecto más meridional. Siempre había tenido simpatía a los italianos, alegrándose si alguien lo confundía con uno de ellos. Reparé también en que hablaba en voz alta, gesticulaba, se contoneaba al andar y lanzaba miradas de reojo. Ya no era esquivo. Tampoco se mostraba ya sombrío ni impulsivo como antes, cuando le hablaba de mi curación. Por otra parte lo fui viendo menos: ya no venía todos los días y, cuando lo hacía, solía quedarse poco rato. A veces me parecía distinguir el sonido de sus pasos y notaba que me embargaba una cálida sensación. Me rascaba la pierna hasta dejarme señales: es pura sugestión, me decía a mí misma, *no sientes nada*.

Conseguí de los americanos un bono que me permitía tomar prestados de la universidad todos los libros que quería.

Me despertaba al amanecer y durante tres horas estudiaba ruso, que ya conocía un poco. Después me bañaba y hacía gimnasia en el agua bajo la supervisión de la masajista: sentada en la bañera, extendía los brazos y me tocaba la punta de los pies; con las manos en las caderas, giraba el busto; de rodillas, me incorporaba hasta sentarme sobre las pantorrillas y luego volvía a la posición inicial.

Después de comer leía los libros de filosofía que cogía en préstamo o que Johann robaba para mí en la universidad, la *Ética* de Spinoza, las tres *Críticas* de Kant, donde encontraba la racionalidad que no hallaba en la vida. A eso de las cinco me vestía y me sentaba en la silla de ruedas para tomar el aire en el jardín.

Había hecho amistad con una niña rusa, amputada de un brazo, que no tardó en ser repatriada. Cuando se despidió de mí, me regaló el perro de trapo raído al que siempre se abrazaba con su única manita.

—Se llama *Tobik* —me dijo, entregándomelo con delicadeza.

Vivía con ese perro, no me separaba nunca de él. A los niños convalecientes que corrían hacia mí en cuanto me veían salir del edificio, unos saltando a la pata coja, algunos renqueando, otros escayolados, les contaba cuentos cuyo protagonista era *Tobik*; y, mientras hablaba, le enderezaba una oreja flácida, lo hacía ladrar o le levantaba una pata. Al poco tiempo, cada vez que me veían me preguntaban:

—¿Qué ha hecho ahora *Tobik*?

Me rogaban que les dejase tocarlo y, para ellos, era el colmo de la felicidad cuando permitía que alguno lo cogiera un momento; era un premio que concedía a quien se lo hubiera comido todo o se hubiera dejado curar sin rechistar, a cambio de una notita de su enfermera jefe que dijera: hoy fulanito se ha portado bien, con la fecha correspondiente.

También los adultos que estaban tomando el aire se acercaban y escuchaban las historias que me inventaba, cada vez más apasionantes conforme mi público se hacía más numeroso.

Un soldado alemán en silla de ruedas, con una pierna gangrenada que iban a amputarle al día siguiente, me pidió con seriedad, en medio del corrillo de niños, que le prestara a *Tobik* para la ocasión.

Me lo devolvió con un pequeño collar de cuero que había hecho él mismo.

Como *Tobik* era demasiado blando y se le salían briznas de paja por todas partes, el médico del pabellón decidió operarlo. Delante de mis niños, congregados en el quirófano, mudos, con el corazón en un puño, se puso la mascarilla blanca y los guantes de goma, mientras Schwester Vincencia le pasaba el instrumental meneando de vez en cuando la cabeza; el médico sajó la espalda del perro, la llenó de paja, la volvió a coser y me lo devolvió solemnemente. Era un doctor de unos treinta años, moreno, con entradas y ojos oscuros, que al atardecer venía a charlar conmigo a mi habitación.

Como mi silla de ruedas estorbaba en el pasillo, se decidió que por las noches la dejase bajo el porche. Pero al día siguiente encontramos las ruedas desinfladas y el freno desatornillado: habían sido mis pequeños amigos, en su entusiasmo por curiosear una de mis pertenencias.

En una pequeña habitación de la unidad de aislamiento había una niña de diez años con el cuerpo totalmente quemado por haber tocado un cable de alta tensión. Había oído hablar de mí y le había pedido a su madre que fuera a llamarme. Me miró fijamente con sus grandes ojos y por fin me pidió que le regalara a *Tobik*. No lo hice. Después me arrepentí, pero si se lo hubiera dado, todo habría acabado. Yo misma le había cogido cariño a ese perro y no conseguía dormir si no me lo ponía al lado en la cama, con el hocico debajo

del brazo. «Sólo nos tenemos el uno al otro», le decía.

Fui enseguida a ver a la niña quemada y, sin reparar en la gravedad de su caso, le propuse que dijera a mis amiguitos que estaba así por haber jugado con mi silla de ruedas.

—Les diremos que hay un punto, no se puede decir cuál, por donde pasa una corriente eléctrica fortísima, que hace muy peligroso tocarla. Sólo yo puedo hacerlo. ¿Me has entendido? ¿Lo recuerdas bien? ¡Mira que vendrán a preguntarte!

Esa misma tarde les conté a los niños la terrible desgracia que le había ocurrido a una amiga mía por subirse a mi silla en mi ausencia. Se miraron entre sí como diciendo: tonterías.

—¿No me creéis? Id a hablar con ella. Yo os espero aquí. —Y les indiqué dónde encontrarla.

Volvieron con un aire aún incrédulo, pero en el fondo estaban asustados. Desde ese día pude dejar la silla tranquilamente bajo el porche. Las monjas me contaban luego que por la mañana los niños venían a observarla a una distancia prudencial, desafiándose unos a otros; alguno alargaba el dedito hasta tocar un radio de la rueda o un tornillo, y lo retiraba enseguida, diciendo que le había dado corriente.

Visitaban continuamente a la niña de las graves quemaduras, que ya no ocultaba su carita desfigurada ni se sentía tan sola como antes; estaba excitadísima y narraba, con nuevas variaciones cada vez, su extraordinaria aventura con mi silla de ruedas, una historia a la que otorgaba más crédito que nadie, y los niños la escuchaban religiosamente como a una heroína. Yo también iba a verla, y conversábamos con seriedad todos juntos sobre lo extrañas que eran tantas cosas de la vida. La madre reía y lloraba.

En un momento dado, a la niña se le llenó la carne de gusanos y murió.

Al cabo de quince días de sentarme en la silla y de hacer gimnasia, me di cuenta de que era jorobada. En el jardín alguien siempre se las apañaba para tocarme la joroba. Tal vez me había excedido en el esfuerzo: la espalda no me sostenía, no podía sentarme erguida en la silla. Además siempre tenía la

tripa hinchada, y con frecuencia también las piernas y los pies, que se me amorataban por un problema de circulación. No sentía vergüenza. Miraba mi cuerpo como si se tratara de un pariente desgraciado. No vales más que para dar guerra, le decía, dándole palmaditas cariñosas. Bauticé a mis piernas con el nombre de Lazzaro la izquierda y Cunegonda, la derecha.

—Cunegonda está torcida —decía, y la monja me enderezaba la pierna derecha.

Lazzaro era el marido de Cunegonda. Él era más firme, más derecho, todo un hombre, mientras que ella siempre se torcía y debía de ser algo melindrosa.

Schwester Petra, la monja del turno de noche, enfermó por agotamiento grave y la sustituyó una joven enfermera de la Cruz Roja, Schwester Luise, dulce y delicada, viuda de guerra de un ingeniero. Una noche me trajo a la habitación un cuadrito de la Virgen, que ella misma había pintado, recortado y cosido para mí en sus ratos libres.

La mañana de mi vigésimo cumpleaños, al despertar encontré mi habitación llena de flores, regalitos y notitas que Schwester Luise había colocado sin hacer ruido. Los pacientes se habían transmitido la fecha en secreto para darme una sorpresa. Pasé el día recibiendo visitas, flores, ramitos de muguete, racimos de grosellas y regalos. Tenía un nudo en la garganta por la bondad del corazón humano.

El único que no apareció fue el polaco. Se presentó hacia las dos de la madrugada, muy agitado, tambaleándose, y me pidió que me casara con él. No podía vivir sin mí. Necesito tu ayuda, no sabes en qué estado me encuentro. Dicho esto pareció calmarse y me puso en el anular derecho una alianza de metal.

Schwester Luise consiguió a duras penas convencerlo de que se marchara porque ella se arriesgaba a perder su trabajo, ya no era como antes, ahora había horarios que respetar.

Movida por el optimismo que sentía entonces, le propuse a la enfermera que me acompañara al día siguiente a la ciudad, adonde vivía él, un antiguo cuartel, para hacerle una visita sorpresa. Así es que hacia las cinco empezamos mi aseo y, en cuanto ella terminó su turno, salimos.

La fresca brisa matutina me ensanchaba los pulmones. Schwester Luise me empujaba a paso rápido por la acera, y yo me sentía como una recién nacida a la que llevara de paseo su madre.

En pocos meses, como hormiguitas, los alemanes habían reconstruido su ciudad; por todas partes se veían viviendas con las paredes hechas de mesas de madera, y los tejados, de planchas de aluminio, con papel en las ventanas en lugar de cristal, macetas con geranios y violetas floridas en los alféizares. Las calles estaban limpias, los escombros amontonados con orden.

Cuando llegué al inmenso patio del antiguo cuartel pregunté por él. Enseguida me vi rodeada de mujeres desgreñadas y hombres de facciones duras, vestidos con camisetas de tirantes. Se pasaron la voz. Vi acudir a una muchacha de rostro amable y limpio, una morenita ágil, alemana, que parecía estar esperándome, algo turbada.

—Busca a Johann, ¿verdad? Venga, venga conmigo. —Y, dirigiéndose a los curiosos con expresión como de revancha, añadió—: ¡Es la hermana! La hermana del hospital. —Nos precedió por el patio, con la mano apoyada en el reposabrazos de la silla y la cabeza alta—. ¡Qué joven es! —exclamó sin poder contenerse más—: Me la imaginaba vieja y malvada.

Y me explicó que le había suplicado a Johann muchas veces que nos presentara, pero él la cortaba sin miramientos, diciendo que yo no quería conocerla. Y una noche que lo siguió hasta el hospital, le pegó tan fuerte que ya nunca más se atrevió a hacerlo. Llevaban juntos tres meses, desde marzo. Su familia ya no la trataba, sobre todo su padre, que se había enfermado del disgusto (como para dar a entender: no sólo sus parientes, sino también los míos se oponen a lo nuestro). Era dependiente en un comercio.

Schwester Luise declaró que se hacía tarde y debíamos volver enseguida, que ella era responsable de mí.

—Un momento nada más, que lo llamo. Me molerá a palos —dijo, enseñándonos los moretones que tenía en brazos y piernas.

Pero Schwester Luise se opuso, y dimos media vuelta. La muchacha nos acompañó un trecho: quería adivinar la impresión que me había causado, si le permitía a mi hermano casarse con ella, cuándo nos iríamos a Varsovia, cómo eran nuestros padres. Se veía que yo había sido una pesadilla para ella, y

seguía sin dar crédito a sus ojos:

—*So nett!*[15] —repetía.

En un cruce nos abrazamos, llamándonos hermanas, y se me saltaron las lágrimas mientras apretaba con demasiada fuerza mi mejilla contra la suya.

Schwester Luise y yo recorrimos el camino de vuelta al hospital sin pronunciar palabra.

Con la diligente ayuda de Schwester Vincentia y Schwester Johanna, Luise me devolvió a la cama.

—Polaco sinvergüenza —dijo.

—Tiene una novia alemana —anuncié—. Sería mi cuñada, porque yo soy su hermana.

—Ahora son todas unas mujercuelas —dijo Schwester Johanna, ruborizándose.

En cuanto me quedé sola, me destapé, pues sentía que me ahogaba. Lo primero que hice fue quitarme el aro de metal del dedo y lo arrojé por la ventana abierta.

No era capaz de hablar. Por fin: me las pagará, articuló mi mente, y sentí alivio. Aferrándome a este nuevo propósito, debía establecer mi nueva línea de conducta y atenerme a ella. Pero, en cuanto me distraía, recordaba las veces en que Johann no había sabido disfrazar bien su impaciencia por marcharse, así como las torpes excusas que inventaba: una vez, que tenía que permanecer oculto porque buscaban a los extranjeros para repatriarlos; otra, que tenía que trabajar para ahorrar dinero; sus proyectos poco sólidos; tantos pretextos distintos. Su nueva actitud fanfarrona; pedía perdón a todas horas.

Ni siquiera me había preguntado nunca si lo amaba.

Y yo, mientras, tan tranquila, ciega y sorda.

Sólo porque estaba paralítica. Recordé con una punzada de dolor que dos veces me había ido de vientre en sus brazos, cuando se disponía a sentarme en la silla.

En marzo aún estaba moribunda. Él podría haber desaparecido entonces: yo ni siquiera me habría dado cuenta.

Se consideraba obligado a amarme. *A mí.*

Cuanto más hundida me sentía por dentro, más me embargaba la ebriedad

de la lucha. Mi alma gozaba revolcándose en la humillación mientras mi rostro lloraba con extraños sonidos nasales. Me hallaba, pues, en un momento combativo cuando evoqué la cara, el cuerpo vivaracho de su novia sana, y lo comparé conmigo. Por primera vez sentí una vergüenza tan profunda por mi estado que perdí el sentido de las cosas y me quedé dormida.

Me despertó una voz conocida. Era él, hablando a voces con Schwester Vincentia; abrió la puerta de par en par y se precipitó en mi habitación, seguido de la monja, que decía con amargura:

—Nunca se conoce del todo a nadie.

—¡Tengo que hablar contigo! —me dijo él con arrogancia.

La monja me hizo una señal a su espalda, preguntándome si debía dejarlo. Asentí con un gesto y le indiqué la campanilla con la mirada. Salió, cerrando la puerta.

Él debía de haberse envalentonado con el alcohol. Me acusó, casi gritando, de no haberlo amado nunca, de haberlo tratado siempre como a un esclavo, de no tener un corazón femenino.

Asumí enseguida un aire contrito (el corazón me martilleaba en el pecho por el triunfo que me concedía).

—Tienes razón —contesté en voz baja, mortificada—. No te amo. Has sido siempre tan bueno, tan generoso conmigo que nunca me he atrevido a decírtelo.

Cuando hubo entendido el significado de mis palabras, se rio con desprecio hasta que se puso pálido, y me dijo que tenía que haber imaginado que era falsa, traicionera, una auténtica italiana, precisó.

—Tienes razón —repetía yo, con una indiferencia de la que me enorgullecía.

Me echó en cara que me hubiera dejado besar.

—¡Estaba tan enferma entonces! Cómo iba yo a entender...

Debería haberme parado ahí pero, en lugar de eso, hice mal en no resistir la tentación de añadir, con un destello de desdén:

—Ahora en cambio lo veo claro. Ahora ya estoy curada, aunque paralítica.

Al decir esto él ya no aguantó más, perdió toda su garra y me rogó que

me casara con él porque sólo me amaba a mí. Si no me hubiera conocido nunca podría haber sido feliz con la otra, pero ya no, pensaba en mí a todas horas y se pasaba el tiempo bebiendo y haciendo el amor para no tenerme siempre delante, se embrutecía, y eso no era vida.

Cuando dijo «haciendo el amor», se me encogió el corazón.

—Estoy muerta —declaré, y toqué la campanilla.

—¡No me rechaces! —Se oían pasos que se acercaban—. Ella sabe que te amo a ti, se lo he confesado todo, lo ha entendido, es buena, nos hemos dejado.

Sonreí con sorna.

—Tú siempre me has despreciado —dijo él, hablando deprisa—. Tú me odias.

—¿Ves como eres inteligente? Por eso ahórrame tu compasión. —Estaba a punto de romper a llorar.

—¡No es verdad! —protestaba él—. Cómo has podido pensar eso. No has entendido nada.

Los camilleros, a una señal de la monja, lo flanquearon. Él los miró pensativo. Después se volvió hacia ella con un gesto impetuoso:

—¿Quién de los dos inspira más compasión —le preguntó—, Luzi o yo?

Cuando se marchó, me abandoné por fin a sollozar bajo las mantas. ¿De verdad valía la pena vivir?

VI

Me desperté sobresaltada con un ruido sordo, como si me hubiera caído, y me vi con las manos aferradas a los bordes del colchón, el corazón acelerado, metida en una cama, sola, a oscuras, sin nadie que pudiera entender mi pesar ni ayudarme, la propia sor Vincentia me había aconsejado morir.

Aflojé los dedos, tenía que respirar hondo. Cerré los ojos y esperé.

No había sucedido nada.

Johann nunca había existido. En efecto, *antes* nunca me había interesado.

No.

Johann existía y, de la misma manera que me había apegado a él después de que me salvara la vida, ahora me desapegaba. Sin más. No estaba derrotada. «No me abatas», le murmuré a Dios, pero no era una acusación, lo sentía solidario conmigo. Por lo demás, hasta el peor padre siente alivio cuando un hijo se las apaña solo y no lo necesita a cada momento. Me imaginé todas las súplicas, lamentos y quejas que los hombres le alzaban: «Quién sabe lo cansado que estarás Tú también», le dije con un suspiro, y me puse a reflexionar sobre la vida.

Empezaba a verlo con claridad, me parecía estar preparándome para algo muy lejano y difícil por lo que quizá lucharía toda la vida pero que al final conseguiría. Estaba serena y confiada, y me quedé dormida.

Hacia las nueve me despertó una caricia de Johann, que estaba ahí mirándome; le sonreí y le guiñé un ojo sin querer.

—¡Fuera! —resonó la voz de sor Johanna, que había entrado en la habitación de repente—. ¡Los horarios de visita son igual para todos, jueves y domingos de tres a cinco! —Y, con la cara congestionada, desapareció por la puerta con un gran revuelo de faldas.

Justo después se asomó sor Vincentia, que lo invitó a salir con un gesto. Se pararon a hablar en el pasillo. No se entendía lo que decía él y, luego, ella respondió claramente en tono tranquilo:

—Todo va bien, pero déjala en paz, ella no te ha pedido nada. Luzi no necesita a nadie.

Hacía rehabilitación y gimnasia y dedicaba cada rato libre al estudio.

La gente ya no moría, pero aun así se reconstruyó la auténtica cámara mortuoria. A mi habitación traían mujeres de mediana edad, recién operadas de cálculos o de ovarios, de talante irritable, que llamaban por cualquier cosa y no paraban de quejarse.

—¡Luzi! —me interpelaba sor Vincentia—. ¿Por qué no me llamas? ¿Cómo es posible que tú nunca necesites nada? —Y de vez en cuando entraba con un refresco en las horas de calor, o un albaricoque, y me friccionaba el trasero—: Así estarás bien fresquita. —Me levantaba un pie y lo examinaba.

Por la tarde recibía algunas visitas: alemanes ingresados en el hospital; soldados americanos y aquellos franceses con los que había trabado amistad y que tenían derecho a entrar a cualquier hora.

Si venía Johann, le susurraba: «Vete, el doctor no quiere, tú no eres militar, debes atenerte a los horarios», y delante de él mostraba un humor expansivo con los soldados, un repentino arranque de confianza. A veces salía con ellos. «¡Adiós! —me disculpaba con Johann, que llegaba acalorado—. Ya me había comprometido, ahora no puedo desairarlos.»

Los soldados empujaban mi silla por las calles de Maguncia, la gente se quedaba mirando nuestra pequeña comitiva, y yo sonreía, pensando en el efecto que debían de causar tantos sanos y jóvenes vencedores alrededor de mi cuerpo derrotado, y volvía a contemplar los árboles y los rostros de los viandantes, como un espectáculo.

A menudo el polaco nos seguía en bicicleta, más delgado que en tiempos de los alemanes, mal afeitado, con los ojos brillantes. Los chicos franceses me avisaban cuando llegaba. Y juntos nos reíamos de él.

Congeniaba más con los franceses que con los americanos porque no nos costaba comunicarnos y veíamos las cosas de manera similar.

Tanto con unos como con otros, solíamos ir al parque de la ciudad. Incluso me sentaban a veces sobre la hierba de un paseo, bajo una encina. Jugábamos. Había puesto de moda entre los americanos el juego de las prendas. Tenían que jugar en italiano. Al ver a esos chicarrones, blancos y negros, sentados en círculo en el prado con expresión diligente y concentrada, saltar cuando se decía su número y trabárseles la lengua al pronunciar las frases del juego, no podía contener la risa, y ellos tampoco, por lo que armábamos tal jaleo que atraíamos a corrillos de curiosos, que nos observaban, contagiándose de nuestro buen humor.

Los americanos en especial me colmaban de atenciones y, a cada salida, aparecía uno nuevo que pedía permiso para unirse a nosotros.

Una tarde, cuando ya se ponía el sol, paseaba por el parque umbroso con mis dos mejores amigos franceses, y uno de ellos estaba levantando el reposapiés de la silla para que se estirara Cunegonda, hinchada y empapada en sudor, cuando Johann se abalanzó sobre él. El otro se lanzó a por el polaco

desde detrás, pero entonces éste sacó una navaja, ellos le retorcieron el brazo, y tuvieron que acudir otros soldados aliados, que se lo llevaron a rastras de allí.

Un tiempo después se coló en mi habitación saltando por la ventana, con una expresión tal que me asusté. Por suerte estaba sola, pero me mostré preocupada por que los guardas nocturnos lo detuvieran, aunque en realidad yo misma les había encargado que lo hicieran porque me esperaba que irrumpiera así en cualquier momento. Me salió tan bien que, al cabo de apenas cinco minutos, cuando planeaba raptarme para liberarme y hablaba de los médicos y los celadores como si fueran mis verdugos, se dejó convencer de marcharse enseguida para no causarme problemas.

Cuanto más fácil me resultaba dominarlo y enseñorearme de su estado de ánimo, menos peso tenía en mi corazón. No tardó en llegar el punto en el que me avergonzaba de él al verlo sucio, desaliñado y ojo avizor entre los alemanes endomingados y, más todavía, comparado con los americanos y los franceses, tan erguidos bajo sus pulcros uniformes caqui. Hasta los regalos que me traía tenían un aspecto de objetos robados que se me antojaba ya inadmisibles: recipientes de verduras aliñadas con vinagreta, a la usanza alemana de encurtir cualquier comestible, pollos, conejos o huevos. Se los sacaba de la camisa con un gesto furtivo demasiado espontáneo, por lo que lo apremiaba a que lo escondiera todo rápidamente en la mesita de noche o en la maleta que guardaba debajo de la cama. En cuanto lo veía llegar, me preocupaba que me pusiera en evidencia. El recuerdo de su novia alemana, que al principio reavivaba mi maldad, ahora ya no me suscitaba sino indiferencia cuando muy de tarde en tarde me volvía a la mente.

—Ésta no es manera de alejarlo —me reprochaba sor Vincentia—. No tienes compasión.

—Ni quiero que la tengan conmigo.

—¿Nunca te preguntas qué le has dado tú a él?

—No lo he confundido con nadie. Que la próxima vez aprenda a distinguir a las personas antes de tomar la iniciativa.

—Eres tú quien lo provoca —replicó ella.

—Tendrá que añorarme mientras viva.

Recuerdo que en ese periodo yo estaba siempre nerviosa y sensible. Me despertaba de noche para repasar listas de vocabulario de idiomas extranjeros, construir frases y pensar; todo me encogía el corazón, el gorjeo de los pájaros antes del alba, el rumor de las hojas de los árboles al anochecer, los feroces chillidos de los niños mutilados y tullidos que jugaban con salvaje fruición en el jardín, todo me empañaba los ojos, me hacía sentir un calor, un «sí» dentro de mí.

Estaban también los problemas de los alemanes. Ellos tenían hambre, y yo, provisiones que me regalaban Johann y los soldados, y que les cedía gustosa: sor Vincentia se ocupaba del reparto. Pero sobre todo los alemanes tenían favores que pedir a las autoridades de ocupación, permisos especiales, certificados, licencias varias, y yo frecuentaba a los americanos. Me abordaban, respetuosos, para rogarme que intercediera por ellos. Me confiaban largas peticiones, con expresión hambrienta me dejaban sobre la mesita de noche grosellas o espárragos. Yo adjuntaba una nota y entregaba los escritos a los americanos. Con frecuencia estas personas recibían una cita de las autoridades militares y obtenían lo que necesitaban, aunque lo habrían obtenido igualmente sin mi ayuda. Pero preferían que lo gestionara yo y me consideraban alguien importante.

Uno me entregó una carta para que la hiciera llegar a América. Todavía no se había restablecido el servicio civil de correos. Se corrió la voz y, cosa curiosa, se esforzaron mucho más en darme una carta de lo que lo habían hecho por concesiones útiles. Les entró una auténtica fiebre epistolar. Los soldados americanos, que enviaban estas cartas con su propio remitente, me rogaron que no abusara porque les estaba prohibido incluir misivas civiles en su correo y no querían líos con la censura militar. Pero no había manera de hacer entrar en razón a los alemanes sobre este punto, duplicaban las grosellas y los espárragos, y al final me veía con un sinfín de hojas y sobres en la mano.

Decidí hacer la criba por mi cuenta, eliminando las cartas demasiado serviles o descabelladas. Por la noche, después de cenar, me iba en mi cama a

la sala de medicación y, junto con otra paciente del bombardeo del 27 de febrero sobre Maguncia, una divertida alemana de unos cuarenta años, iniciábamos la lectura secreta. Schwester Luise nos ofrecía frambuesas espolvoreadas de azúcar y nos ayudaba en sus ratos libres.

Las cartas que no valían las rompíamos, las arrojábamos al váter y tirábamos de la cadena, y al día siguiente les decía a los interesados que las había enviado por vía marítima. Las más sensatas, en cambio, se las entregaba a los soldados y decía que habían salido por vía aérea.

Recuerdo que un alemán escribió a un lejano pariente de su mujer, del que, como se leía, no tenía noticias desde hacía veinte años, para proponerle establecer en Renania una fábrica de papel higiénico; le explicaba que ésta era una mercancía muy apreciada en Alemania, ansiada desde hacía años porque Hitler, sucio como era, había saboteado su producción; le pedía una suma exorbitante de dólares —a vuelta de correo, antes de que alguien le robara la idea— para los gastos iniciales de implantación.

Tras el difícil descifrado, Fräulein Schwarzmänn exclamó:

—¡Qué hallazgo! Hasta entonces y para no perder tiempo, con esta carta me limpio yo el trasero.

Una mañana de finales de julio vino a verme un señor con una carpeta. Era de la administración del hospital: quería saber cuándo iba a dejar libre mi plaza.

—No lo sé.

¿Cómo? ¿Qué hacía la Cruz Roja italiana que no atendía a sus heridos?

—He aplazado yo misma mi partida.

No me entendía.

—Muchos de los extranjeros se quedan un tiempo en Alemania.

Quizá esos extranjeros corrieran con sus propios gastos.

—Pero ¿quién paga aquí por usted?

Por ese motivo debía marcharme, pero no tenía de qué preocuparme, procederían a repatriarme de oficio.

Para ganar tiempo me inventé la historia de que mis padres se habían trasladado a Francia y me esperaban allí, mientras yo aguardaba una respuesta importante.

Me concedieron dos semanas de prórroga, pero tuve que firmar una carta que establecía que si no me había marchado a los catorce días, la administración dispondría de mí sin limitación de ningún tipo.

Dos días después recibí una carta del Ministerio de Sanidad francés, por petición del hospital, que estipulaba que, al haber nacido en Francia, podía trasladarme allí cuando presentara:

- a) mi certificado de nacimiento,
- b) el certificado francés de residencia de mis padres,
- c) una carta suya de llamada, con el sello del cónsul, en la que declararan prestarse garantes de mi manutención.

Cumplidos los veintiún años, después de un mínimo de seis meses de permanencia en territorio francés, y por el privilegio que me confería el haber nacido allí, podía optar a dicha ciudadanía y, desde ese momento, me beneficiaría de los derechos que amparaban a los inválidos de guerra franceses.

Mi caso no era fácil porque resultaba evidente que, en mi estado, no tenía nada que aportar a las arcas francesas, pero el representante del Ministerio de Sanidad, desplazado a Maguncia, me encomendaría a las relaciones que allí tenía.

Tuve que confesar a mis amigos que mis padres residían en Italia y que había engañado a la administración porque no quería regresar a mi casa. No se dieron por vencidos, pero, al carecer de parientes en Francia, no pudieron hacer nada.

Con sus uniformes gris verdoso y su brazalete sanitario, los italianos se presentaron una mañana a la cabecera de mi cama, convocados por la administración a pesar de la prórroga. Eran los mismos de la primera vez, con sede en Wiesbaden; tenían esa actitud poco solícita tan típica de los hombres italianos respecto de las mujeres a las que consideran feas o poco atractivas, mientras que a las guapas se lo ponen todo fácil. Me apresuré a despacharlos, declarándome italofrancesa de París y exagerando mi acento, lo que los animó a echarme un par de piropos.

La sola idea de volver a Italia me afligía.

Pasaba de la nostalgia más absoluta por mi país al extremo opuesto, un espanto rayano en la aversión, sin etapas intermedias.

Soñaba a menudo con mi madre y, por la mañana, me sentía desvalida y cansada. Evocaba en mi memoria a los amigos, a antiguos admiradores, recordaba algún que otro episodio y me reía yo sola, emocionada, pero la idea de regresar, de volver a tener trato con ellos, me dejaba fría. Si además imaginaba las escenas del reencuentro, ya directamente me congelaba. No me atraía ningún rincón de Italia donde hubiera estado antes. Desconfiaba especialmente de mis parientes. «Has querido hacer lo que te daba la gana, y mira el resultado. Deberías habernos hecho caso. Esto te tenía que pasar a la fuerza, eras demasiado así, demasiado asá.» Mi más mínima iniciativa suscitaría un coro de protestas: «¿Es que no tienes bastante con lo que te ha ocurrido?». Y me abrumarían con un sinfín de prohibiciones por mi bien.

Y, en medio de todo esto, mis padres, divididos entre el orgullo de no parecer afectados en lo más hondo por mi desgracia y la aprensión de que me ocurrieran nuevas desventuras. En la imposibilidad de moverme en la que me hallaba, mi padre habría acabado inevitablemente por llamarme al orden: «No está bien, eso no se hace», con arreglo a su intransigente criterio sobre lo que era decoroso o indecoroso para una hija por el mero hecho de ser mujer.

Pensaba en las ingenuas ideas de mi madre sobre lo que es noble y lo que no es digno de interesar a una persona «como es debido»; pensaba en todo lo que había visto, observado y aprendido. Era ella la hija sin experiencia. Pero ¿cómo hacérselo entender? Creería siempre que debía guiarme, armada con mi desgracia: «¿De qué nos ha valido perseguir los ideales? ¿De qué sirve, te pregunto yo? Debajo de tu muro no había nadie, y te caíste tú».

Yo no estaba de acuerdo.

La sensatez de los adultos —«yo también a tu edad quería hacer esto y lo otro, a tu edad uno siempre cree que..., pero después uno se calma y comprende que...»— me había envenenado la adolescencia. Yo no era como ellos, yo no me calmaría, no me rendiría, no me encauzaría. No te desanimes, al final la verdad siempre vence, me repetía. Si parecía triunfar el mal, era por los valores positivos que lo hacían eficaz, por su alegría de vivir, su

inteligencia del mundo, su falta de prejuicios y su osadía; si el bien parecía oprimido, era por su apatía, su sentimentalismo, su ignorancia de la realidad, que luego no se lamentara cuando abriera los ojos demasiado tarde: le había faltado energía, no había sido un bien verdadero, sino mera pasividad.

Mi cerebro trabajaba de noche sin interrupción hasta el amanecer, como si sólo entonces pudiera dejar la guardia y descansar.

Por momentos recordaba como una novedad que estaba parálitica, y este hecho volvía a reconciliarme con todos, con mi juventud y con el recuerdo de mis padres. Sentía un nudo en la garganta, las lágrimas resbalaban por mis mejillas: «Mamá, papá, adiós».

Desde que había aceptado el desafío de Dios, sabía que iría a Rusia, «allí donde se prescindía de Ti», pero mis dos amigos franceses se oponían a ello y primero quisieron probar en otra parte.

Me acompañaron al mando americano, situado en un edificio municipal de la ciudad baja. Allí me recibieron varios oficiales, uno después de otro, me escucharon todos amablemente, cada uno volvió a interrogarme desde el principio y me hizo contar todo con detalle, después de lo cual me declararon que no les era posible mandarme a América. Podía, sin embargo, regresar a Italia, recurrir a la beneficencia del Vaticano, que me pondría en contacto con alguien dispuesto a correr con mis gastos de viaje, estancia y cuidados: en Estados Unidos abundaban estos filántropos, y cabía pensar que pudiera encontrarse uno para mí. Expliqué que hablaba varias lenguas, por lo que podía trabajar para subvenir yo misma a mis propios gastos. Si hubiera gozado de buena salud, por supuesto ellos mismos me habrían contratado encantados, pero en mi estado... Me felicitaron por saber tantos idiomas (se los había enumerado todos), me animaron a seguir estudiando y me transmitieron sus mejores deseos.

Los franceses me acompañaron al organismo internacional de atención a los supervivientes de los lager, situado detrás del palacio barroco de los príncipes electores, a orillas del Rin. El gran río era hermoso y refrescante de ver en el sofocante calor de ese agosto continental. Pero dicho organismo se ocupaba exclusivamente de los judíos perseguidos. Había, no obstante, otro organismo alemán en el extremo opuesto de la ciudad, junto al parque

público, que podía servirme. Allí atendían sólo a los expresos políticos alemanes internados en los lager; pero no nos dejaron marcharnos hasta que hubieron demostrado, especialmente a los dos franceses, que la actual administración alemana ofrecía a las víctimas propiamente dichas de la tiranía nazi, que había oprimido a todo el mundo sin discriminación, un resarcimiento, aunque tardío, mediante la asignación de un apartamento, un automóvil, un frigorífico, una cuantiosa pensión y privilegios varios, entre los que se contaba el reparto semanal de paquetes de alimentos y de medicinas difíciles de conseguir entonces.

Decepcionados, pues éste era el último intento para mí, y ya no me quedaba más opción que la de Rusia, los franceses se obstinaron en que el organismo alemán me entregara un paquete de alimentos para resarcirme de las molestias, pero los funcionarios rehusaron, sintiéndolo mucho, lo que provocó airadas críticas por parte de los franceses ante tamaña hipocresía, y me sacaron de allí. Ese día fulminaron con la mirada a todo el que se volvió a mirarnos a nuestro paso, tratándolo de odioso nazi. Yo, en cambio, me sentía alegre: partía esperanzada como en un juego de azar y, a cada fracaso, ante esos rostros compasivos mi corazón contestaba, batallador: «¿Y se supone que debería rendirme?».

Los franceses, que querían ver mi caso solucionado, tuvieron que renunciar porque se marcharon esa misma noche, uno trasladado a Berlín, y el otro, tísico, a un sanatorio en los Alpes. Tenían veintitrés y veintidós años respectivamente.

Pasamos juntos toda la tarde. El que se iba a Berlín estaba triste y nos miraba a su compañero y a mí con preocupación. Nosotros, en cambio, bromeábamos. Hablamos del amor. Yo dije que era predilecta del Señor porque me daba todo lo que le pedía, quizá un poco demasiado al pie de la letra. Había querido sacrificarme, y Él se había precipitado a sepultarme bajo un muro; había sostenido que, para la mujer, el amor tal y como solía concebirse era un sometimiento al hombre, y Él, diligentemente, me había reducido a no poder amar...

—*Dieu nazi!*

Por aquel entonces, cada una de las potencias vencedoras tenía aún su propio cuartel general en las capitales alemanas, y los Estados más pequeños tenían una representación para el reagrupamiento de sus deportados.

El mando soviético estaba ubicado en una casita verde cercana al cuartel donde vivía Johann.

Al décimo día del ultimátum del hospital, me presenté allí por la mañana con Schwester Luise.

Pregunté por el camarada comandante. Un hombre de unos cincuenta años, corpulento, con una voz fuerte y grave, vestido con un uniforme verde botella y altas botas, salió entonces de la casa y se acercó hasta el jardín delantero. Se sentó en un banco al que arrimó mi silla de ruedas y se puso a escucharme.

Yo dominaba el italiano, el francés y el alemán; entendía, leía y escribía en ruso y polaco; recordaba bastante bien el latín y el griego clásico; sabía algo de rumano y estaba estudiando inglés; suponía que a los rusos les interesaría una políglota de formación humanista, y que la sociedad comunista, por su propio planteamiento ideológico, reconocía a cualquier ser humano el sacrosanto derecho al trabajo.

Mientras me devanaba los sesos para recordar alguna frasecilla inteligente, muy ensayada en mis noches de insomnio, que debía introducir mi petición explícita de ir a Rusia y que ahora se me escapaba, el capitán se levantó, fue a arrebatarle la escoba a un soldado y se puso a barrer con brío, criticando su lentitud. Después volvió a sentarse a mi lado, resoplando y lanzándome una mirada alarmada. Me entraron ganas de reír al pensar en mi discursito artificioso y opté por decirle alto y claro que quería afincarme en Rusia porque estaba parálitica, no quería que en Italia se me compadeciera y se me tratara como quien ha sobrevivido a sí mismo, cuando en realidad era más fuerte ahora que antes en tanto en cuanto entendía cosas que los demás no alcanzaban a suponer siquiera, era capaz no sólo de ganarme el sustento, sino de ser útil a los demás, y no le tenía miedo a la vida.

—Tú no eres una *Tikaj do matko*.[\[16\]](#)

—Nosotros volvemos con nuestra madre, sí, pero sólo después de haber

combatido bien —repliqué, herida en el amor propio por ese insulto a mis compatriotas.

Él rio con ganas: «*Kharasciò*», dijo, y ordenó que me trajeran un paquete con un chuletón de buey rojo y fresco como hacía años que no veía uno, un bloque de mantequilla, un sobre de azúcar, una hogaza y unos pepinos.

Sin embargo, parecía dispuesto a marcharse, estaba de pie delante de mí.

—¿Y bien? —le pregunté—. ¿Me inscribís para Rusia?

—Pero ¿lo dices en serio?

—Sí.

—¿Cómo se te ocurre?

—Adopto la ciudadanía rusa.

—¿En tu estado? —preguntó, señalando mis piernas.

—¡Bravo! —repliqué—. Lo felicito.

Nos miramos, estudiándonos el uno al otro. Volvió a sentarse. Se dio una palmada en los muslos y dijo:

—¿Tenía que pasarme esto precisamente a mí?

—Sí. —Ahora ya estaba segura de que no me despediría con un pretexto cualquiera.

A nuestro alrededor se había formado un corrillo de soldados; se comían con los ojos a la joven y paciente Luise y, quizá para darse importancia, le pedían al perplejo comandante una *bubulka*,^[17] fuego, o le preguntaban la hora con aires muy campechanos, hasta que él se impacientó y, estallando en una ira desproporcionada, amenazó con mandar fusilarlos a todos al instante. Desaparecieron. Aún con el ceño fruncido, volvió a dejarse caer sobre el banco.

—¿Sabes? —me dijo por fin—, la tierra de uno —se detuvo sobre esta última palabra— es siempre la tierra de uno.

Arrugué la nariz.

—¡Venga ya!

Él volvió a fruncir el ceño.

—¿Has sido partisana?

—No.

Vaciló, escrutándome.

—¿Fascista?

No contesté.

Apoyó los codos en las rodillas y el ancho rostro colorado entre las manos.

—Vamos. Contesta —dijo en voz baja en un tono seco y a la vez leal.

Yo tenía dieciocho años cuando, tras el armisticio del 8 de septiembre del 1943, el gobierno de Badoglio le dio la espalda a su aliado en plena guerra y, entonces, empezaron las redadas alemanas, en un clima extremo de confusión de ideas y de terror, cada cual abandonado a sí mismo, ocultándose, como si los ideales de un tiempo hubieran sido abolidos y los juramentos fueran palabras que se lleva el viento; entonces quise ponerme a prueba, para comprobar si también yo me echaba atrás a la primera dificultad. Como ahora, perseguía sin descanso la decisión más acertada. Después de mucho pensar, comprendí que la única manera de saber quién estaba en posesión de la verdad, si los fascistas o los antifascistas —se decían tantas cosas que ya nadie alcanzaba a entender nada—, era averiguarlo yo personalmente. Para ello, entendí que lo mejor para mí era ir a aquellos lugares de los que se decían las cosas más impactantes: los lager nazis. Por eso me escapé de casa el 8 de febrero de 1944 y me presenté voluntaria para ir a Alemania en calidad de simple obrera, con los retratos de Mussolini y de Hitler en la mochila, segura de que estaba haciendo lo correcto. Pero, cuando llevaba un tiempo en un campo de trabajo cerca de Frankfurt del Meno, mis compañeros y yo organizamos una huelga en la fábrica, la IG Farben, donde trabajaba en el taller Ch 89. De resultas de esa huelga me enviaron a prisión y, desde allí, me transfirieron a Dachau. En octubre me fugué de allí para sobrevivir y me oculté un par de meses en Múnich. Tras la muerte de unos amigos que me ayudaban, una polaca embarazada llamada Dunja, que murió de parto, y un francés al que mató la policía, me fui de allí. Me dirigí a mi primer lager, recorrí un trecho en tren sin billete, escondida en el retrete, y otro trecho a pie, durmiendo de noche en los refugios antiaéreos, en los carros para ganado abandonados y en los barracones de las extranjeras; trabajé también unos días de jornalera para unos campesinos cerca de Donauwörth; a mediados de febrero llegué a Maguncia. Allí me encontré con un antiguo compañero de la

IG Farben, Johann, uno de aquellos con los que organicé la huelga en la fábrica. Él escapó a tiempo, por lo que no fue detenido. Trabajaba de lavaplatos en un hotel de Maguncia, con un nombre falso. Consiguió que me contrataran a mí también. Llevaba una semana trabajando allí, estaba a salvo, era camarera en el Königshotel, donde... —Se me quebró la voz—. Y aquí estoy.

El capitán no volvía en sí de la sorpresa.

—¡Una huelga! ¡Te fugaste! Pero ¿los alemanes no volvieron a detenerte?

—Hacía tiempo que ya no había comunicaciones.

Se encogió de hombros. Se puso a recorrer el jardín de un extremo a otro y, luego, regresó junto a mí. Se inclinó y me dijo al oído:

—No menciones el voluntariado, tú has sido fascista, pero con ánimo sincero de camarada. Verás que en Rusia recibirás un trato bueno y humano. —Pero cambió de idea—. No puedo ponerte en la lista. *Nie magu* —silabeó.

Hasta ese momento nunca había pensado que pudieran rechazarme. No podía respirar del calor que hacía y, sintiéndome agotada y sin más recursos, me abandoné a llorar en silencio, sólo con los ojos.

Él me aferró la muñeca.

—*Padaschdi, dúschenka.* [18]

Desapareció en el interior de la casa y volvió con dos vasos de vodka.

—Si al menos estuvieras casada con un ruso —suspiró.

—Pero ¿seguro que una vez allí podré divorciarme?

—¡Claro! —Y, como si se lo hubiera pensado mejor, añadió—: ¿Por qué, es que hay tal marido?

Solté una risita nerviosa. Johann había nacido en Rusia, hablaba el ruso como yo el francés, y no tenía papeles, podía pasar por ruso. Pero esto no se lo dije al capitán.

—¿Cuánto tiempo hace falta para preparar una boda? Sólo dispongo de cuatro días, después me echan del hospital.

—Trae aquí al hombre, con vuestra documentación. De lo demás me encargo yo.

Cuando Luise y yo nos alejábamos, me volví a mirar al capitán y me pareció que me seguía con expresión aturdida, la cabeza me daba vueltas de

una manera extraña, quizá por el vodka, mi felicidad era máxima, Señor, no había obstáculos que no pudiera superar.

En el camino de regreso quise pasar por el cuartel. Luise se opuso. Entonces le rogué que me dejara delante de la verja, que avisara a Johann y se marchara. Ya me llevaría él al hospital. Ella no estaba en absoluto decidida, pero insistí, y al final me hizo caso.

Johann pareció muy contrariado de verme. Era mediodía. Hubiérase dicho que lo estorbaba, que no sabía qué hacer conmigo. Nada que ver con el aire suplicante y doliente de cuando venía a verme al hospital o me seguía durante mis paseos con los soldados: estaba cada vez más irritado. Por fin empujó mi silla hasta el patio del cuartel, se paró delante de una escalerita, me cogió en brazos y me subió a toda prisa, como si temiera ser visto, y luego me dejó en una habitación vacía, sobre un catre pegado a la pared. «Vuelvo enseguida», dijo, y se fue corriendo.

Pasó una hora, dos, tres. No había vaciado el catéter desde esa mañana temprano y temía haberme mojado. Me toqué para comprobarlo, por suerte seguía seca. Pasó más tiempo. Traté de llamar. Nadie me oía. Llamé más fuerte. Percibí un ruido de pasos que se detuvieron al otro lado de la puerta. Volví a llamar. La puerta se entreabrió. Por la abertura asomó la cabeza de una mujer, que cerró la puerta y volvió con otra. De una en una, con miradas indagadoras, fueron entrando varias personas.

Hablaban todos a la vez: la culpa era de esa golfa que los miraba con desprecio cuando era peor que las demás, una descarada que le robaba el novio a una desgraciada como yo, pobrecita, *so lieb*, qué lástima daba; y él que se dejaba mangonear por ella, no la dejaba ni a sol ni a sombra, el muy celoso, desde que había vuelto su novio de la cárcel había adelgazado tanto que parecía un cadáver, con veinte años que tenía, y ella un día le decía que sí y, al día siguiente, pasaba por delante de él con el tonto del novio sin saludarlo siquiera.

Se estaba poniendo el sol.

Pedí que me llevaran al hospital. Parecía algo difícilísimo, voces y contravoces, órdenes y contraórdenes, me levantaron entre cuatro. Por fin volví a mi silla, que seguía en el patio. No había ni rastro de Johann. Nos

pusimos en camino, éramos media docena entre prostitutas y hombretones, todos indignados, me miraban de reojo como si les diera lástima.

Las monjas me recibieron con alivio. Se apresuraron a despedir a mis acompañantes, que se habían puesto a comentar el episodio con dos criadas.

Esa noche tuve fiebre alta. Había vuelto con la silla anegada y el catéter fuera de la vejiga. A la altura de los isquiones, mis nalgas estaban duras y al tacto ardían como brasas. Deliraba. Dios me había castigado para que no me envaneciera; ya lo conocía, ya no me enfadaba con Él.

Schwester Luise me veló enojada y, al día siguiente, las demás monjas también se mostraron ásperas y frías conmigo. Johann no vino en toda la mañana. Conseguí conmovier a la masajista, que tenía automóvil, y le pedí que fuera a buscarlo y me lo trajera. Por la tarde se me abrió una llaga en la nalga de la que salió mucho pus, entre un hedor insoportable, pero aun así la fiebre no bajaba de cuarenta. Por fin Johann apareció a última hora, la masajista no había podido dar con él antes.

Le pregunté si seguía dispuesto a casarse conmigo. Me hizo repetirle la pregunta. Se me arrojó al cuello, me besuqueó la cara, como al principio de mi hospitalización, y me preguntó por qué había cambiado de idea. Me costaba contestarle. Por fin podríamos marcharnos, empezariamos de cero, pidió perdón a una señora que había ingresado en mi habitación ese mismo día, a un celador, y le besó las manos a sor Vincentia, que masculló «*Armer Kerl!*»^[19] mirándome con resignación. Entonces él la abrazó con tal vehemencia que le ladeó la cofia y por poco la tira al suelo.

Estábamos todos emocionados, le acaricié la cabeza. Pero, una vez sola, me recompuse: pese a la fiebre, había reparado en su exceso de entusiasmo y sus miradas huidizas. Eso a mí no tenía que importarme, lo único que contaba era lograr mi objetivo, a toda costa. «Pero qué caro me lo haces pagar», le dije al de ahí arriba.

En esos tiempos era fácil reunir la documentación necesaria. Bastaba solicitarla en la oficina correspondiente mediante una simple declaración refrendada por cuatro testigos. Se podían dar datos falsos sin ningún problema. Eso fue lo que hicimos: Johann dio un apellido ruso y se declaró ruso; yo di el nombre con el que me había presentado en el hotel y bajo el que

había ingresado en el hospital.

Al día siguiente, el decimotercero del ultimátum, fuimos al mando ruso con dos parejas alemanas como testigos. Me retumbaba la cabeza, aunque la fiebre me había bajado a treinta y ocho después de que se me abriera una llaga en la otra nalga, y me parecía balancearme sobre mi silla como un objeto inanimado.

El comandante escrutó a Johann y llamó a dos soldados, que lo flanquearon.

—¿Eres ruso? ¿De dónde? ¿Por qué no te has presentado antes en tu mando?

Johann, que ahora en ruso se llamaba Janka, explicó que había esperado a que yo estuviera en condiciones de afrontar un largo viaje.

—Este matrimonio te conviene a ti también, te libras de que te abra expediente. —Y, con voz dura, añadió—: ¿Has sido SS?

—No.

—Examinadlo.

Los soldados cogieron a Janka del brazo y lo llevaron dentro. Los hombres de las SS tenían un tatuaje con dos rayos en la axila, en el hombro o en cualquier otra parte del cuerpo.

En posición de firmes declararon que no tenía señales, pero el capitán quiso comprobarlo él mismo. Después hizo que me llevaran dentro también. Entregamos los documentos alemanes, que el comandante arrojó sobre la mesa como diciendo «lo dejaré correr», firmamos en un registro, y un escribano militar nos expidió un certificado a cada uno. El camarada oficial pareció relajarse, le dio un puñetazo flojo a Janka en la espalda.

—Has tenido suerte de que ya esté casado —gritó jovial con su vozarrón; un comentario que hizo desternillarse de risa a los soldados presentes.

Después ignoró por completo a mi cónyuge, echó a los soldados con grandes aspavientos como si fueran gallinas y me preguntó si esa boda iba en serio.

—No, pro forma, así me será aún más fácil divorciarme. —Él pensaba como yo: no estaba hecha para ataduras.

Empujando mi silla por el pasillo, me informó de que el primer convoy

salía dentro de una semana y que, mientras tanto, él respondería por mí en la administración del hospital. Si podía, me acompañaría en la primera etapa hasta Homburgo, en Sarre, porque era una muchacha valiente, leal y, sí, también hermosa.

Janka quiso que fuéramos al antiguo cuartel, a mí no me apetecía lo más mínimo, pero me sentía vacía y conciliadora después de la tensión pasada. Debían de estar esperándonos, pues enseguida vinieron a nuestro encuentro hombres, mujeres y niños que aparecían por las puertas situadas en los cuatro lados del patio. Janka buscaba a alguien con los ojos. Al llegar al pie de la escalera quiso cogerme en volandas para llevarme arriba, entre los aplausos y los golpes de tos de los presentes, pero, acordándome de mi última visita y pensando en el mal olor que emanaría de las llagas de mis nalgas al levantarme de la silla, le dije que me encontraba mal y que quería volver al hospital.

Mientras hablábamos, alguien lo llamó aparte con muchos aspavientos. Cuando volvió conmigo estaba muy pálido y alterado.

—Se ha cortado las venas. —Y quizá porque en absoluto me vio descompuesta, repitió con rencor—: Se ha cortado las venas. —Paró a un chico de unos doce años que pasaba por ahí y le dijo—: Quédate con ella, llévala donde te diga. —Y se marchó corriendo.

El chico me miró fijamente, disgustado. Le prometí chocolate para resarcirlo, pero nada disipaba su mal humor. Cuando, camino del hospital, le propuse apostar a ver quién me tocaba la joroba al pasar por nuestro lado, se le iluminó el semblante, y se divirtió maniobrando la silla de manera que a los viandantes les fuera fácil tocarme a hurtadillas. Yo los iba contando mentalmente: un número impar me traería suerte, uno par, no; conté siete.

De nuevo en la cama, relajada y atontada, pensé en todo el trajín de esos días, corre aquí y allá, resuelve esto y lo otro, afánate por ir a Rusia, si seguía así me exponía a llegar allí justo para morir.

Janka volvió a aparecer la víspera de nuestra partida para hacerme el equipaje. Cuando terminó, se arrodilló junto a mi cama y escondió el rostro

en mi brazo.

—Tú eres fuerte, me ayudarás —murmuró.

—Desde Sarre puedes regresar aquí sin problemas, marcharte a otro sitio donde nadie te conozca, a Worms o, mejor aún, a Mannheim, con ella, recuperar tu verdadera identidad, casarte de verdad y presentarte ante la representación polaca de esa ciudad. Ella querrá seguirte. Yo sólo necesitaba que me integraran en el convoy. Una vez allí, tu presencia ya no me es necesaria.

Él volvió a ponerse de pie.

—Tú eres buena con todos salvo conmigo.

Al día siguiente a las diez llegó el automóvil del comandante soviético. Era alrededor del 20 de agosto.

—Me marcho —dije, despidiéndome de sor Vincentia—. Nos vemos dentro de diez años.

—Si Dios quiere.

Pero cuando me disponía a subir al automóvil, aferrándome al reposabrazos de la silla, escondí el rostro en su delantal y me eché a llorar desconsoladamente.

—*Versuch' zu beten*[20] —me dijo, tendiéndome el crucifijo para que lo besara. Y, tras una pausa, añadió—: Quién sabe si encontrarás algún día lo que tu extraña mente anda buscando. Levanta la cabeza, ponte derecha, nosotras dos no podemos abatirnos.

El viaje fue agradable. Iba sentada entre cojines en el asiento trasero, al lado del capitán. Conducía el chófer.

Seguíamos a una columna de camiones, en uno de los cuales iba también Johann, mientras que el último vehículo era carcelario: allí estaban encerrados los rusos que, durante la ocupación alemana, se habían alistado en las SS. Los comandos soviéticos los buscaban por todas partes y, cuando daban con ellos, los detenían y los enviaban a la URSS, donde un tribunal militar los juzgaba por traición.

El paisaje era grato, corríamos hacia el sur. Cuando, al bordear un viñedo,

mencioné Italia, el capitán me miró, dio orden de parar y se apeó del automóvil. Se adentró cauteloso entre las vides y regresó con dos racimos de los que colgaban unas pocas uvas doradas.

—¡Están verdes! —se disculpó.

Los hombres de los camiones cantaban al unísono, con voces imponentes:

*Jesli saftra vainá, jesli saftra f pachot,
but sivodnia k pachodu gatof.*[\[21\]](#)

En la frontera de Renania con Sarre nos pararon primero los americanos y luego los franceses: cambiábamos de zona de ocupación.

Hacia el crepúsculo llegamos al campo de tránsito, cerca de Homburgo.

El capitán me besó tres veces en las mejillas, a la usanza rusa, y yo me agarré a su cuello.

Me subieron a una ambulancia, y partí.

El hospital se encontraba en los alrededores, en un altozano, era muy amplio, con numerosos pabellones, uno de los cuales estaba reservado a los rusos.

VII

Los rusos me acomodaron en una bonita habitación de la segunda planta con dos ventanas, muy luminosa, que Johann me decoró pomposamente con dobles cortinas de terciopelo y tul, jarrones, libros que iban desde manuales universitarios de física hasta tratados de quiromancia, así como un grueso edredón adamascado que aún conservo y utilizo; también la antecámara estaba a mi disposición.

Desde el principio me asignaron dos mujeres rusas, una de día y otra de noche, que se encargaban de la limpieza, porque de la asistencia propiamente dicha se ocupaban una enfermera de la Cruz Roja y una monja, ambas alemanas. No tardaron en sustituir a las rusas por una huérfana polaca de

dieciséis años llamada Barbara que había ido a parar a los lager. Era una muchacha rubia, con ojillos claros y alegres, de actitud diligente y juguetona. Barbara se instaló en mi habitación, y Johann pasó a la antecámara, donde le pusieron una cama.

Johann interpretaba su papel de marido, hacía los honores a los rusos del pabellón que venían a visitarme y por las noches se presentaba con amigos del campo de tránsito.

Trató de acercárame, pero yo lo rechacé indignada, furiosa.

En realidad esperaba sus tentativas de acercamiento, curiosa de ver cómo procedía él y qué sentiría yo, pero, llegado el momento, la conciencia de mi estado se imponía sobre la curiosidad. De día pensaba que perdía la compostura *por obligación* y que en realidad mis negativas eran para él un alivio; que insistía sólo por puntillo masculino. Yo mostraba una actitud altiva; pero mandaba vaciar con mayor frecuencia el orinal, me peinaba, me procuré agua de colonia e incluso intenté mover las piernas a escondidas.

¿Y si ningún otro hombre desea acercarse a mí?, me preguntaba por las noches. ¿Y si ésta es mi última oportunidad? Él me quería ya de antes y, por ello, puede sentir aún cierta atracción. Pero ¿y otro?

¿Y debía yo aprovecharme de un sentimiento alimentado sólo por el recuerdo, siendo una carga para él?

Aunque quizá —albergaba una minúscula esperanza— pudiera conocer algún día un amor verdadero...

Siempre había sentido absoluto respeto por este misterio. Valía la pena renunciar, aunque perdiera la última oportunidad, antes que contaminar la idea dulce, secreta e intensa que tenía del amor. ¿Qué podían ser en comparación los manejos de un vago contacto con Johann entre catéteres, el orinal que podía volcarse en cualquier momento, el olor a orina, las llagas, mi piel insensible y yo misma, que igual ni siquiera tenía la expresión adecuada? Algo penoso. No, mejor salvar las apariencias con el aire indiferente de quien tiene otra cosa muy distinta en la cabeza.

Llegada a este punto, se imponía mi sentido de la ironía, y me echaba a reír bajo las sábanas al pensar en las molestias que debía de estar tomándose él para urdir un encuentro amoroso conmigo.

Tenía fiebre. Cuando me lavaba, me palpaba con los dedos las llagas de las nalgas a derecha e izquierda, dos surcos viscosos excavados entre los bordes rígidos de la herida, que secretaban un suero maloliente, y pensaba en Johann.

Éste no tardó en perder la paciencia; en privado me dirigía miraditas intencionadas, con esa fría premeditación típica masculina que tan embarazosa resulta y que a mí me humillaba; de un día para otro empezó a mirar mal a todo el que venía a visitarme. Pensé que su cambio de actitud era una manera de preparar el terreno para su regreso a Maguncia, decidido desde el primer instante, y por despecho me mostraba amable e ingenua mientras espiaba su lucha interna, dividido entre el sentimiento de culpa y el deseo de provocar una pelea que justificara su huida.

Una noche que tenía reunidos a unos cuantos amigos en mi habitación, un soviético llamado Piotr, hombre apuesto y campechano, le propuso cederle mis favores; era sifilítico, por lo que un matrimonio ascético, dijo con una risita, era precisamente lo que necesitaba. Como respondiendo a una señal, todos estallaron en interminables carcajadas.

Johann salió de la habitación y, cuando la puerta se abrió, lo entreví sentado en la antecámara, apartado, con expresión abatida y malévola. También el ruso lo vio y, con voz estruendosa, soltó:

—Italiana, cástate conmigo. ¿Qué haces con ese fantasma?

A la mañana siguiente Johann entró sin llamar, con su acordeón en bandolera.

—Te estás burlando de mí. Me marcho —anunció.

—¿Tanto te costaba reunir el valor de decírmelo?

Me miró con odio, a punto de replicarme, pero se volvió bruscamente y salió dando un portazo. Era el 30 de agosto, había aguantado diez días.

Una mañana encontraron mi cama mojada y el catéter obstruido, y no hubo manera de sustituirlo por otro de tan tumefacta como estaba la zona. Perdía orina gota a gota al no poder retenerla y en pocos días se me formó una única llaga.

El doctor del pabellón, un caucásico de tez cetrina, tímido y taciturno, mandó llamar a los especialistas alemanes. No tenía dolores, pero deliraba,

pues la fiebre no bajaba de cuarenta y un grados. Ya no secretaba orina. La piel del bajo vientre estaba tirante, con una protuberancia. Resultaba imposible insertar un catéter. Treinta y seis horas después fui trasladada de urgencia al quirófano en plena noche. Vi la carne de mi pubis rasgarse en varias capas, haciendo «cri» bajo el bisturí como un tejido de raso bajo la uña, un chorro de orina le salpicó en la cara al cirujano, que no perdió la compostura mientras yo estallaba en una carcajada ante las miradas severas de los ayudantes, y me introdujeron en la tripa un grueso tubo de goma por el que de entonces en adelante saldría la orina.

Tras la cistostomía suprapúbica pensé que, aunque no me era de ayuda, mi cuerpo no me hacía sufrir. Podía considerarme afortunada de ser insensible. El pobrecito estaba mal, pero yo vivía tranquila, si advertía su sufrimiento era sólo por el reflejo soporífero de la fiebre.

Ya fuera por la enfermedad, que me convertía en el centro de atención, o por sentirme libre de Johann, tenía una despreocupación, un brío que a todos alegraba, todo el mundo me sonreía con simpatía. A primeros de septiembre las visitas eran ininterrumpidas: rusos del pabellón y del campo de tránsito, así como extranjeros de otros edificios.

No sé cómo se me ocurrió redactar un bonito cartelito plurilingüe, que mandé colgar en la puerta, en el que se leía:

HABITACIÓN DEL BUEN HUMOR

Y, debajo, las tarifas de las visitas. Una audiencia individual costaba un cigarrillo por minuto, o chocolate; las colectivas tenían un precio distinto. Se pagaba al entrar.

Quizá lo que me animó fuera la vestimenta de los extranjeros: aunque habían salido harapientos de los lager, al desvalijar almacenes y roperos alemanes no sólo arramblaron con todo lo que pudieron, sino que se encapricharon también de algún que otro adorno, por lo que se veían toscas muchachas con guantes hasta el codo, campesinas bonachonas que lucían sombreritos de flores demasiado apretados; jóvenes con ceñidas guerreras alemanas, pantalones negros de ceremonia, sandalias y un vaporoso pañuelo

de algodón rojo al cuello; hombres sensatos tocados con flexibles sombreros de fieltro de ala ancha, a la manera de los pícaros.

Barbara me hacía las veces de secretaria. Alguien llamaba a la puerta, ella le pedía sus datos personales y su profesión. Cerraba la puerta y me lo describía. Esperábamos un poco para darnos tono, y nos entraba la risa floja. Lo hacíamos pasar. Al verlo avanzar, paquetito en mano, mirando de reojo libros y cortinas, nos reíamos como locas. El visitante fruncía el ceño y cuanto más se ofendía, más nos reíamos nosotras, naturalmente, mientras lo invitábamos a acomodarse, le ofrecíamos un dedal de vino y le servíamos en una bandeja una rebanada translúcida de pan negro con una sombra de mermelada, pepinillos y otras golosinas. Nuestra risa era contagiosa, pues el visitante terminaba por unirse a nosotras, y entonces yo le rogaba que nos ayudara a atraer a sus amigos a la broma. Los primeros clientes se convirtieron en aliados. El ruso jovial, Piotr, nos tomó cariño y no tardó en otorgarse el papel de animador de nuestras veladas colectivas: nos hacía publicidad en el campo y, como disfrutaba de cierto prestigio, siempre nos traía nuevos visitantes.

—Si ese Janka es soviético, yo soy canadiense —me dijo, guiñándome un ojo.

En pocos días nos hicimos muy populares. Y si alguna vez no se me ocurría nada que decir y me quedaba callada, el visitante se reía igual que si hubiera dicho algo gracioso. Se presentaban con talante divertido ya de antemano.

Yo decía un montón de tonterías. Por ejemplo, tenía un trozo de espejo roto, desconchado, y Barbara me preguntó que por qué no lo tiraba. ¡Por Dios, si venía de las ruinas de Pompeya! Y narré el hallazgo de manera tan dramática y verídica que un par de improvisados expertos en antigüedades vinieron a pedirme permiso para examinarlo.

De vez en cuando la tomábamos con alguien en concreto. A un tenientito checoslovaco muy altanero le confié que mi padre era barrendero municipal, y mi madre, lavandera por horas, y que en Italia todas las hijas de basurero sabían latín y hablaban dos lenguas modernas como mínimo.

Vino a visitarme hasta un sacerdote italiano, vestido de paisano a causa

de los rusos, con la intención de salvar mi alma y confesarme. Me enfrasqué en un razonamiento filosófico muy sesudo según el cual Dios era perfecto por su desapego, que lo hacía objetivo, en pocas palabras: por su insensibilidad.

—Quién sabe —concluí pensativa— si no descubriremos algún día que Dios es paralítico.

Pero por lo general sólo pensaba en animar a la gente. Cuando entraban los antiguos deportados, a la defensiva, con ese aire de quien ha sido maltratado por el destino, y poco a poco su expresión se transformaba, primero con una alegría febril, forzada, que al cabo del rato se hacía más natural y se les iluminaba el semblante, cada vez se me alegraba el corazón.

Entre todos había algunos más asiduos y, para poner orden, escribí una lista donde los numeraba con derecho de precedencia. Barbara me los anunciaba por sus números. Algunos pagaban un suplemento para obtener mejor número en la lista. Acudía de vez en cuando el médico caucásico, que nos animaba a cantar y se apartaba para escuchar, melancólico.

Cuando alguien me preguntaba por mi marido, por un instante me quedaba de piedra, olvidaba mi nuevo apellido y confundía su nombre con el mío; en general, de cara a terceros, mi estado civil me parecía un juego más.

Mis visitantes solían pedir cita para contarme sus penas y pedirme consejo; yo les exponía lo que habría hecho en su lugar. Después, por la noche, reflexionando sobre sus dificultades, me asaltaban tales dudas que me entraban palpitaciones. Pero ante sus rostros preocupados respondía segura, impertérrita. Para alegrarles el ánimo, les leía la mano. El dibujo de las líneas en la palma se me antojaba una historia geológica precisa, como la formación de los ríos, montes y valles en la tierra. Recuerdo la línea de la vida de un joven ruso de mirada dócil y pasmada: era bien honda, muy sana, pero se detenía inexplicablemente en la mitad de la palma. Después me enteré de que había estado en las SS. Los soldados de la estrella roja y los compañeros lo trataban como a uno más; sólo cuando lo veían con la mirada vacía y perdida le daban un codazo compasivo, como para decirle: no pienses en ello. Se había presentado espontáneamente al mando soviético de la zona, después de meses de vacilaciones y ocultamientos.

Con Barbara habíamos adoptado la costumbre de consultar las cartas, a

las que luego obedecíamos religiosamente. Una vez nos impusieron quedarnos en la cama hasta las dos de la tarde, y a todo el que llamaba a la puerta le gritábamos entre risas:

—¡No podemos, las cartas no quieren!

Otra vez nos hicieron asearnos a las cinco de la mañana.

Esos últimos días de septiembre hacía un tiempo desapacible, no teníamos calefacción, y el cristal de una de las ventanas estaba roto. Por la mañana la habitación amanecía inmersa en la niebla.

Una tarde sufrimos un temporal semejante a un bombardeo, con el resplandor de los relámpagos y el estruendo desgarrador de los truenos. ¿Podemos irnos a dormir?, les preguntamos a las cartas. No. ¿Es que va a venir alguien? Sí.

A las diez llamaron tímidamente a la puerta. Nosotras, que bostezábamos ateridas, nos sobresaltamos, y Barbara corrió a abrir: era Adamo, el inocente del pabellón. Ni siquiera lo habíamos incluido en la lista, ni recibido nunca en audiencia individual. Le ofrecimos una silla y lo cubrimos de atenciones; le leí la mano, las líneas estaban como borrosas; le toqué una musiquilla con la armónica, mientras él sonreía, con las mejillas sonrosadas, atontado de gusto. A las once consultamos las cartas: contestaron que sí. Lo despachamos deprisa y corriendo, Barbara lo acompañó a la puerta, cerró con llave y sacó de debajo de la cama la caja en la que guardábamos nuestras ganancias, que nos repartíamos todas las noches y contemplábamos durante horas.

Piotr cambiaba por ropa y dinero lo que nos daban los clientes. Barbara tenía predilección por las medias de seda, la lencería transparente y los bolsitos de todas las formas y tamaños; yo me había aficionado a vestir larguísimos camisones afelpados, chales de lana, pieles de conejo y un manguito de astracán persa, como si fuera a viajar al polo. De esa época conservo aún un vestido de encaje azul con volantes. Tenía sortijas, cadenas, relojes y cuatro mil marcos, equivalentes a cuarenta mil liras italianas de entonces, una cantidad nimia en Alemania, donde un kilo de pan de centeno pegajoso como la cola costaba sesenta marcos en el mercado negro, pero nada desdeñable en Italia y, confiaba yo, también en Rusia. No nos iba nada mal con el comercio del buen humor.

La enfermera de la Cruz Roja consideraba a los extranjeros como posibles partidos, pero, temerosa de que se burlaran de ella, los acosaba a preguntas e iba de decepción en decepción. Según la costumbre de las muchachas alemanas de la época, me regaló un cuadrito donde ella misma había bordado la siguiente leyenda: *HUMOR IST WENN MAN TROTZDEM LACHT.*[\[22\]](#)

La fiebre oscilaba, porque aunque se me había reventado el absceso en la entrada de la uretra, por otro lado se me había abierto una tercera llaga en el hueso sacro: no conseguía mejorar mi estado físico.

El último día de septiembre ocurrió un drama.

En la planta baja de nuestro pabellón vivía un comunista alemán de treinta y cinco años que estaba haciendo las gestiones necesarias para obtener la ciudadanía soviética, en nombre de los tres años de campo de concentración que había sufrido a causa de su ideología. Tenía grandes y brillantes ojos castaños hundidos en un rostro abotargado. Convivía con una muchacha alemana de dieciocho años, emocionada de estar en unión libre con un mártir político. Él engatusaba a todo el mundo con su voz debilitada, poniéndose como ejemplo y recordando los tormentos que había padecido. A mí me entristecía y me mortificaba que me resultara tan tedioso. A él, por su parte, como compañera de reclusión que era —solíamos hablar de Dachau—, le decepcionaba mi frivolidad, como no podía ser de otra manera.

El padre de la muchacha, un inválido en silla de ruedas, estaba también ingresado con nosotros por intercesión del exprisionero. El viejo soldado no perdonaba al joven «idealista» que le hubiera quitado a su única hija sin casarse con ella; este hecho era para él una deshonra, y acusaba sin tregua a su esposa de no haber sabido educar a la hija y haberla echado a perder; ella se defendía, preguntándole por qué aceptaba los privilegios que le venían del amigo de su hija si tanto lo odiaba.

—¿Y adónde voy a ir? —gritaba él, exasperado—. Ya no tengo casa ni trabajo, ¿qué quieres, que me mate?

Para vengarse, la muchacha se dirigía al joven llamándolo «nuestro benefactor» delante de su padre.

Entre los dos hombres había una incompatibilidad total.

—¿Qué culpa tengo yo de que lo hayan perseguido? —me susurraba el viejo—. ¿Qué puedo hacer yo? —Y, en el fondo, pensaba que el joven exageraba y era un astuto engreído.

Por su parte, el joven le ilustraba el amor libre con argumentos abstractos y se lamentaba conmigo de la mezquindad retrógrada del pobre inválido.

Una tarde, al volver de un paseo en el automóvil del exprisionero, madre e hija, huéspedes ellas también del pabellón ruso, tuvieron que echar abajo la puerta de la habitación y hallaron al viejo muerto en el suelo.

Se había puesto una soga al cuello, había atado el otro extremo con un nudo corredizo al pomo de la puerta cerrada con llave, y se había arrojado de la cama, del lado opuesto a la puerta, estrangulándose.

Supimos que el convoy se ponía en marcha de nuevo el 3 de octubre. Pero el médico caucásico me comunicó que el urólogo alemán se había opuesto a mi traslado. Yo, que en mi imaginación ya me veía de viaje, me rebelé y le insté a que me dejara marchar con los demás heridos porque, como ciudadana soviética que era, no estaba sometida a la autoridad de un alemán, y le dije que me quejaría al mando ruso de Maguncia. Con sus modales humildes y tristes, hizo un gesto de impotencia, no se atrevía a llevarme consigo, mi estado era grave, podía morir, tenía septicemia, era mejor para mí saberlo.

El largo convoy, al que se habían unido más vehículos en Homburgo, se puso en camino hacia Leipzig, segunda etapa del viaje. El campo de tránsito se vació, y de nuestro pabellón quedamos sólo Barbara, que no había querido marcharse sin mí, y yo.

Piotr, que tantas veces me había instado a abandonar a Janka por él, «¡Me estoy curando!», decía, no se despidió de mí.

Los médicos alemanes tomaron posesión del pabellón. La atmósfera cambió por completo, ahora reinaba el silencio, había horarios, y flotaba en el ambiente un olor a medicinas. Barbara quitó el cartel del buen humor, pero la monja se enfadó y mandó que lo devolvieran a su sitio.

Como si no pudieran esperar más, los alemanes me sometieron a

exámenes médicos, radiografías, análisis, hipodermocclisis, inyecciones intramusculares y endovenosas, enterocclismas y transfusiones sanguíneas, todo ello observada por una decena de doctores a las órdenes del enjuto, distinguido y pensativo profesor Ort, que tenía el cabello blanco y corto.

Elegí al jefe del departamento, el doctor Hasslocker, como número uno y último de mi lista, borrada del todo. Me enteré por la monja que era un misógino salvaje de resultas de un desengaño amoroso: le dije que podía fiarse de mí porque, a causa de un maleficio de la guerra, era una especie de sirena moderna, mitad mujer, mitad pez, que no podía traicionar a nadie, sino sólo alegrar el corazón de los navegantes de paso.

En las breves pausas entre tratamientos, la hermana traía a mi habitación a hombres y mujeres alemanes de los alrededores, pidiéndome encarecidamente que los animara. Venían a la sala del buen humor, pues sentían terror por los rusos, que arramblaban con lo poco que les había quedado tras los bombardeos y los saqueos; se sobresaltaban al mínimo ruido, se levantaban dando un respingo, circunspectos. Si conservaban la dignidad, los premiaba con alimentos, porque nos pasaban raciones muy abundantes, y ahora recibía también paquetes de la Cruz Roja francesa establecida en el hospital; pero si despotricaban con animosidad, los dejaba marchar con las manos vacías.

Pensaba alguna vez que, precisamente por no ser dueña ni de mi propio cuerpo, tenía ventaja respecto de los sanos, pues estaba libre de muchas pequeñas angustias y de toda avidez material.

En cuanto se fueron los rusos, un grupo del cuerpo sanitario francés vino a hacer una inspección. Al hablar mi lengua materna me pareció recuperar un poco de alegría. Algunos de los muchachos venían a saludarme todos los días, eran muy jóvenes, voluntarios, antinazis acérrimos, comentaban con saña los juicios de Núremberg, que se iniciaban entonces, se irritaban a la vista de los alemanes, los cuales se retiraban con expresión abatida nada más verlos aparecer. Estaban disgustados con todo el mundo, incluidos los aliados, en especial con los americanos, los últimos en llegar, pero también desconfiaban de los rusos. Para estos chicos ningún pueblo tenía suficiente conciencia política. Yo admiraba su fervor aguerrido, pensaba en el

sufrimiento humano y me perdonaba mi reticencia a profundizar en las cuestiones políticas porque estaba enferma y desaprobaba el odio.

Por las tardes venía a hacer punto a mi habitación una doctora alemana de unos treinta años, Ellen Marder, viuda de guerra de un escritor y con tres hijos pequeños a su cargo. Era muy alta, con unos penetrantes ojos azules y una risa franca. Me decía que tenía un temperamento impredecible, igual que su marido. Me dio una de sus novelas. Era la historia de un joven que moría, una de las obras más desoladas e inquietas, con un sentido más intenso de la soledad y la inanidad que he leído nunca. Al parecer, en vida había sido un hombre muy sociable y divertido, con muchas ganas de vivir. Se había marchado al frente absolutamente convencido. A la fuerza, pensaba yo, con esa inquietud desesperada en el corazón, la guerra tenía que ser para él el pretexto más extremo.

Ni la doctora ni los franceses admitían que yo estuviera paralítica.

Tras diez días de tratamientos, análisis, lavados y curas reconstituyentes, el profesor Ort avanzó con cautela que podía intentar operarme. Al desplazarse y superponerse, las dos vértebras afectadas habían formado la joroba; desde luego habría sido mejor que me hubieran operado y puesto las vértebras en tracción seis meses antes, en el momento de la lesión: ahora el callo óseo era tal que no podía garantizarme que lograra descomprimir la médula. En cualquier caso, no me tocaría si no le entregaba por escrito mi autorización explícita.

—¿Podría morir?

—Sí.

—¿Podría curarme?

—Quizá.

No me detendré en describir la excitación que se apoderó de mí. Y yo que creía haberme adaptado a la parálisis, haber considerado los aspectos positivos... Vi una intervención divina en el hecho de no haberme marchado con el convoy ruso. Para eso me había quedado... para curarme. Me pasé la noche pensando en Italia con exaltación y deseo, me sentía en armonía. También la reserva del primer momento había sido una defensa. En mi imaginación ya me veía en pie, corría, con el rostro al viento, despeinada, el

pecho a punto de estallar por la velocidad del aire. La divina providencia. Sollozando de gratitud, me abrazaba a la almohada, cubriéndola de besos como loca. ¿Cómo había podido vivir sin caminar? ¿Cómo había podido soportar semejante desgracia? Había sido una pesadilla.

Pero el alba, con su lenta claridad acostumbrada, me devolvió a la realidad. Podía morir. No, porque ahora entendía algo de las señales de la naturaleza y sabía que aún no había llegado mi hora. ¿Y si moría? Creía tener por delante qué sé yo qué, pero en realidad había alcanzado cierto conocimiento y comprensión de la vida, superado unas cuantas pruebas, y no tenía nada más que hacer en este mundo. Pero el caso era que moriría también aunque no me operasen.

Me había expuesto a la muerte por los demás. ¿No podía exponerme a ella por mí misma? Me consideraba fuerte, pero al primer obstáculo verdadero me echaba atrás.

A la mañana siguiente firmé el consentimiento expreso para la laminectomía.

La intervención se fijó para el 20 de octubre. Estábamos a 16.

Johann se presentó inesperadamente, estaba más grueso, venía acicalado y con regalos para mí, entre ellos una radio Telefunken.

Cuando se enteró de mi decisión, se opuso.

Los médicos declararon que no podían hacer nada sin su consentimiento.

Arrojé al suelo las sábanas.

—¿Qué quieres de mí? ¡Mírame! ¿No ves en qué estado estoy?

El tubo de goma asomaba del hueco de mi bajo vientre, entre las protuberancias angulosas de las caderas.

Su coartada:

—¿Y quieres que te vuelvan a sajar, para sus experimentos de exnazis?

—Quiero vivir. Ya no soporto este cadáver en que se ha convertido mi cuerpo.

—Basta. Tú estás más viva que yo.

No hubo manera de convencerlo de que diera su consentimiento, decía que no y que no, siempre más autoritario e inapelable, recorría la habitación con la actitud exaltada que ya había mostrado en Maguncia cuando estaba en

pleno idilio con su novia alemana y yo no sospechaba nada.

La rabia trémula de la impotencia se apoderó de mí. Sí, mi astucia al aprovecharme de él se estaba volviendo ahora en mi contra, pero yo jamás me había atrevido a interferir en sus asuntos. ¡Cómo! De no haber sido por las complicaciones vesiculares que tuve después de que él se marchara, a estas horas quizá estuviera en Rusia, sola. Y en un mes y medio él no se había molestado en preguntarse siquiera si estaba viva o muerta, y bien que me había dejado tirada, febril, a sabiendas de que ya sufría septicemia, pues se lo había dicho el médico ruso. Y, ahora, cómo se atrevía a imponerme nada, como si fuera mi dueño. Con qué derecho.

Mandé llamar a los franceses, que acudieron enseguida. Soy de los suyos, pensé.

Cuando me hubieron escuchado brevemente, me invitaron a trasladarme antes de que Janka hablase con la dirección rusa del campo de Homburgo y me sacara de allí. Cuatro muchachos se pusieron a mi disposición: montaron guardia a la entrada del pabellón, subían de tanto en tanto para informarse y tranquilizarme, me ofrecieron su protección de manera resuelta, casi novelesca. Un médico alemán se las apañó para alejar de allí a Johann con el pretexto de acompañarlo a ver al profesor, y la enfermera de la Cruz Roja se llevó consigo a Barbara.

Era la mañana anterior a la fecha prevista para la operación. Uno de los franceses estaba de guardia abajo; otro, apostado delante de mi puerta, y otros dos desmontaron de prisa las cortinas de mi habitación, vaciaron el armario e hicieron mi equipaje, antes de tumbarme en una camilla. Cuando todo estuvo listo, los franceses que estaban de guardia cargaron mis cosas en una camioneta, y los otros dos me levantaron en la camilla y me sacaron en andas, bajamos las escaleras y recorrimos a la carrera senderos de cemento y de grava y atravesamos parterres, hasta la parte opuesta del hospital, donde se hallaba el pabellón francés; de tanto en tanto les parecía que nos seguían y aceleraban el paso; yo me balanceaba, tumbada boca arriba en la camilla, contemplando el cielo gris claro.

—Esto es el rapto de la sabina. —Nos parecía estar haciendo una travesura.

Me llevaron a una habitación en la planta baja, de las dimensiones de un salón, y la decoraron sin tardanza, mientras discutían exaltados sobre el plan de acción para mi tutela. Y, para hacerlo mejor que los rusos, colocaron plantas sobre el alféizar de la ventana y un buen brasero encendido cerca de mi cama. Yo estaba feliz. Dos se apostaron en mi puerta, turnándose cada hora, mientras conmigo se quedaba la joven Madeleine, una muchacha de cabello negro y ojos celestes, entregada a su misión con celo ingenuo.

Por la tarde oí la voz airada de Johann y aquellas, determinadas, de mis guardaespaldas. Se marchó, y los muchachos franceses me relataron radiantes su victoria. Pero lo vieron volver armado y con el uniforme del ejército soviético, por lo que, inquietos, me invitaron a cambiar de estrategia, pues no podían prohibirle la entrada.

Entró. Estábamos a solas los dos.

—Soy un soldado ruso —declaró.

—Pues pienso pedirles a los franceses que me lleven a Maguncia, y allí te denunciaré al capitán ruso como espía polaco.

—Y yo, como última voluntad, pediré que me fusilen ante tus ojos.

Tras lo cual nos echamos a reír. Y, como si jamás hubiera habido la más mínima discordia entre nosotros, estudiamos lo que debíamos decir a los rusos si me buscaban: por lo delicado de la intervención, había preferido someterme a ella rodeada de compatriotas, con los que, sobre todo después de la anestesia, podría hacerme entender mejor.

Él, sin embargo, puso la condición de poder asistirme: de lo contrario, en calidad de soldado ruso, sabía lo que tenía que hacer.

—Tu chantaje sólo se sostiene mientras yo quiera ir a Rusia.

—¿Es que ya no quieres?

—Quién sabe. —Pensaba en el éxito de la operación—. Pero iré algún día, aunque tenga que esperar veinte años. Los rusos eran los más solidarios en los lager y son los que mejor se han portado conmigo.

Me pasé la noche en vela. Si tenía que morir, no estaba dispuesta a desperdiciar ni un minuto de vida. Los franceses tocaron el acordeón, y Johann bailó danzas cosacas.

Sólo Barbara, que había dado conmigo a última hora, lloraba perdida,

sorbiéndose la nariz.

—¿Por qué me has dejado? Yo me quedé por ti —decía. Y luego se distraía contemplando la compañía, hasta que volvía a acordarse de su suerte y decía con un mohín—: ¿Qué voy a hacer yo sola ahora?

VIII

Cuando hubo partido con el bisturí el callo óseo, el profesor Ort vio que la médula no estaba seccionada en dos, como cabía esperar después de meses de fricción contra las puntas vertebrales, sino en forma de ese, comprimida entre dos troncos de columna desplazados uno sobre otro y aplastada *sólo en parte*. Extirpó las láminas clavadas en ella y, tras cuatro horas de intervención, tuvo que limitarse a enderezar la espalda dejando las vértebras afectadas unas al lado de otras y renunciando a tirar de los dos muñones de espina dorsal hasta hacerlos encajar, pues mi corazón ya no aguantó más. Me modeló una cama de escayola en la que me tendieron.

Lo primero que recuerdo es que creí que se me había derrumbado encima otro muro del que nadie me ayudaba a liberarme.

Durante no sé cuánto tiempo sentí dolor, un dolor enorme, oscuro y desmesurado en un cuerpo inmenso y pesado que se hundía en la cama como el plomo.

Entre el silencioso ir y venir de los franceses, Johann saltaba a cada gemido mío, tendiéndome esto o aquello, ansioso por adivinar lo que podía necesitar, pero yo nunca me contentaba con nada y descargaba mi ira sobre él.

La doctora Marder me contó después que, en el momento de la operación, señalándome ya dormida por la anestesia, suspiró y dijo:

—Sería mejor que no despertara.

—¡No! —exclamó entonces Johann, con los ojos anegados en lágrimas—. No, Luzi no. —Le faltaban las palabras en otra lengua—. Aquí —dijo por fin, golpeándose la frente con los dedos—, aquí... *solang der Kopf lebt*.^[23]

Lo encontraron fuera de la sala de operaciones, tras cuatro horas de espera, no se atrevía ni a respirar y preguntó con la mirada: ¿está viva?, antes de desplomarse; tuvieron que reanimarlo con inyecciones.

Una mañana, al tocarme me encontré flaca y menuda, y no voluminosa como yo me sentía. Tenía un vientre, dos piernas y dos pies. Dentro, miles de alfileres que se me clavaban en cuanto alguien rozaba siquiera mi cama. De repente una pierna saltaba en el aire, tirando de la médula como una cuerda, yo apoyaba encima la palma de la mano, y ésta se relajaba. Tenía también un clavo en la tripa, fui a quitármelo, pero me encontré un tubo de goma: recordé entonces el catéter suprapúbico y lo dejé donde estaba.

En cuanto me adormilaba, me despertaba la duda de que mi cuerpo ya no estuviera ahí. Sí, ahí estaba. A ratos me abandonaba a la dicha del dolor; una inyección era una puñalada; el contacto de los demás, una descarga eléctrica sobre los nervios desnudos; movía arriba y abajo el catéter para aumentar la sensación de quemazón.

Pronto descubrí que podía mover un poco la pelvis: incómoda, agitaba el trasero durante horas en la cama de yeso, deleitándome con el dolor de los alfileres que se me clavaban con fuerza. ¡Imaginaos si podía desear calmantes que me atenuaran el sufrimiento! Ello me valió una reputación de excepcional resistencia al dolor.

Resumiendo, la relación entre mi cuerpo paralizado y el resto del mundo aún no era de sensibilidad clara al contacto, sólo acertaba a distinguir entre placer y dolor.

Pero, por más que apretaba los dientes y los puños, tan tensa que temblaba, ordenando mentalmente a mis piernas que se movieran, éstas quedaban inertes. Soñaba que corría, me despertaba jadeando, y cada vez tenía la sensación de haber llegado una centésima de segundo tarde, ya se me habían puesto rígidas las piernas, me parecía notar cómo se quedaban inmóviles.

La directora del cuerpo sanitario francés, madame Martineau, de mirada responsable y solícita, venía todos los días a informarse de mis progresos y a dar disposiciones sobre mí:

—La destrucción tiene lugar en un instante, mientras que la

reconstrucción lleva mucho tiempo y mucha paciencia. *Ne soyez pas pressée, ma petite Lucette.*[*]

Para distraerme del dolor, retomé el hábito de la lectura y adquirí el de escuchar la radio. Con la voz vibrante del locutor me llegaban largos relatos del juicio de Núremberg que mis amigos comentaban con horror y yo con una angustia sin fin.

Algunos alemanes buscaron verme, pero ello disgustó a los franceses.

La monja del pabellón ruso vino a visitarme y, con aire de conspiradora, me rogó que intercediera si podía para que admitieran en el hospital a dos alemanes cuyo estado era de gran gravedad —«Simples soldados llamados a las armas que se limitaron a cumplir con su deber»—; habían llegado en un vagón de mercancías lleno de heridos alemanes expulsados de la clínica universitaria de Estrasburgo; a los otros ni los mencionaba, pero ¡esos dos!, hablaba en nombre de Cristo, era una obra de caridad, «No tardarán en morir», añadió como último argumento.

Los franceses, corteses y secos, me lo impidieron, dándome a entender que no tenía derecho a ocuparme de semejantes cuestiones: aún había muchos extranjeros muriendo entre el polvo.

Por lo demás, ellos trataban a los pacientes en su pabellón, y hacían todo lo posible para excluir a los alemanes de la asistencia que los propios rusos ateos aceptaban, aunque fuera religiosa.

—Pero nosotros estamos preparados, no los necesitamos. —Y, a los doctores que los examinaban, les decían, corteses—: Gracias, *merci beaucoup*. —Y a solas añadían—: ¿Cuándo llegarán los médicos franceses? ¿Y nuestros sacerdotes? Ah, la sede central de París no entiende la importancia, la urgencia política que representa para nosotros...

En efecto, el hospital se estaba llenando de enfermos extranjeros de todas las nacionalidades, algunos esqueletos de apenas treinta kilos, todos variopintos, desubicados, expectantes. Conocí a varios italianos que, al enterarse de mi situación, venían a visitarme, efusivos.

—¡Somos italianos! —repetían, sacudiéndome el brazo con fuerza, atenazando mi mano entre las suyas.

Un véneto de edad avanzada y tez macilenta, con una fea úlcera de

duodeno, me farfulló entre dientes:

—Cuando tenía el estómago bien, no tenía nada que echarme a la boca. Y ahora que hay comida como para un regimiento, no puedo tomar ni papillas.

Pese a todo, era un hombre sereno, me gustaba charlar con él, me contaba su historia, había sido emigrante, tenía dos guerras mundiales a la espalda, una mujer prolífica y varios hijos que trabajaban por todos los rincones del mundo, había sido prisionero de los alemanes.

De la noche a la mañana, el mando polaco de Saarbrücken reclamó los servicios de Barbara.

El comunista alemán se marchó porque su novia y la madre de ésta habían sido expulsadas del hospital. Por lo demás, él sentía que, detrás de la deferencia formal por su pasado, había una muda acusación por ser alemán.

—La raza maldita ahora somos nosotros —suspiró al despedirse de mí.

Ese mes trabé amistad con una estudiante ucraniana llamada Dunja Babiak, una muchacha pálida y desnutrida pero voluntariosa, aquejada de tuberculosis renal, con la que intercambiaba lecciones de gramática, ella del ruso, y yo del francés. Aplicarnos al estudio nos daba una impresión de normalidad en la incertidumbre de las circunstancias.

Me relajaba con los italianos: cocinaban espaguetis con tomate; de sus paseos por el campo se traían puercoespines, caracoles y achicoria, con los que nos deleitábamos en sabrosas cenas.

Johann se había marchado, no recuerdo cuándo ni importa ya. Simpatizaba con los italianos tanto como aborrecía a los franceses, a los que consideraba corruptos, altaneros y políticamente culpables, junto con los ingleses, de haber engañado a Polonia en los tiempos de Danzig con sus garantías, para después entregársela a Alemania y, por último, dejarla arrinconada entre los nazis por un lado y los bolcheviques por otro. Ya cuando estábamos en el pabellón ruso, a veces me decía entre dientes: «Soy un auténtico polaco: no hago más que cambiar de dueño».

Piotr se burlaba de Polonia, nación de petimetres, delante de Johann, que no podía responderle. Pero yo no era consciente de su dolor.

—He renunciado a mi patria por ti —murmuraba con amargura, y como en tiempos de los alemanes siempre se había jactado ante ellos de ser polaco,

exhibiendo la P en la solapa como una condecoración, no creía en la fuerza de sus sentimientos, y en mi corazón lo consideraba mera retórica para enmascarar su propósito de volver con su novia.

—Tu dueño es siempre el mismo —le repliqué—. Sólo ha cambiado de sexo, ya no es alemán, sino alemana.

Se repartía entre Maguncia y Homburgo como entre dos familias; conmigo se quedaba pocas horas, venía en motocicleta, más que nada para cerciorarse de que no estuviera al caer alguna de mis ventoleras. En la práctica vivía con la otra, Grete, y en un par de semanas había vuelto a florecer, se lo veía más robusto, bien afeitado y bien vestido, con la ropa interior limpia y un aire de prosperidad que no le perdonaba.

Yo podía confesar que no era su esposa, decir que se trataba de un matrimonio falso no consumado y recuperar así mi libertad, pero no era tan inconsciente como para no tener en cuenta el peligro que entrañaba esta revelación. La atmósfera era insegura. El juicio de Núremberg, además de provocar una recrudescencia del odio hacia los alemanes, también nos había sumido a nosotros los extranjeros en un estado de vigilancia política, como si cuestionaran nuestras posturas, había reavivado los espíritus nacionales.

Cada cual observaba que su propio pueblo jamás habría cometido los atroces delitos del nazismo. Nosotros los italianos, que suscitábamos recelos por el eje Roma-Berlín, decíamos ser buenos, humanos, incapaces, pese a vivir en un clima de dictadura, de caer en el fanatismo de los nórdicos a causa del sentido crítico latino, del freno del escepticismo, fruto de milenios de civilización y experiencia histórica.

Mi necesidad de ir a Rusia se había desvanecido sola, casi sin yo darme cuenta. Cuando imaginaba mi porvenir en la Unión Soviética, tenía una nueva sensación de vileza, como si mi independencia frente a la parálisis tuviera un límite llamado Italia.

Johann me advirtió de que, en cuanto pudiera soportar la fatiga del viaje, nos marcharíamos. Haríamos una parada en Varsovia, donde, tras presentarme a sus padres y pedirles consejo, decidiríamos qué hacer. Bien afeitado, razonaba con expresión seria, volviendo los ojos despacio, muy en su papel de marido; y yo lo miraba preguntándome quién era, no lo conocía,

no teníamos nada en común, y la idea de vivir a su lado se me antojaba inconcebible.

Para acallarme, de tanto en tanto aludía al hecho de que era un soldado ruso, y a veces asomaba vestido de uniforme, pero apenas se quedaba unos minutos, impaciente. Su inquieto ir y venir y la libertad para disponer de su tiempo sin disciplina no me convencían.

De cabello moreno y tez lozana, Olga era una muchacha del lugar, de unos quince años, que me había tomado cariño y me había erigido como un modelo al que imitar. Consideraba a Johann un aventurero tenebroso, y le parecía que era su deber seguirlo a todas partes, con un odio rayano en la fascinación. Así que se marchó a escondidas a Maguncia, con los medios de transporte que encontró y con bastante imprudencia por su parte dada la época, y lo buscó basándose en las indicaciones de lo que yo le había contado. Lo encontró en una habitación del antiguo cuartel, con el uniforme del ejército americano puesto, sentado en la cama en la que estaba tumbada su Grete. Sintióse perdida, ¿no se le ocurrió otra cosa que decirle que yo la había mandado allí desde Homburgo para pedirle un despertador! Volvió esa misma noche, pálida pero orgullosa, a relatarme el éxito de sus pesquisas.

De modo que no era soldado ruso; a saber qué manejos se traía con tanto cambio de uniforme. Sin duda debía de evitar llamar la atención de las autoridades sobre su persona y su existencia: ya no me intimidaba. Retomé el hábito de fumar y ahora me pintaba los labios con carmín.

Después de diez días sin verlo, una tarde que charlaba con el italiano de la úlcera y con dos franceses, apareció en mi habitación y, al verme irritada, dijo que iba maquillada como una francesa y que no me hacía ningún bien frecuentar a esa gente. Me encogí de hombros, y él me dio una bofetada, en realidad apenas un cachete, pero los franceses, mis paladines, se interpusieron, así como el italiano, y él me instó a decir que no me había hecho daño, que era mi marido y que debían marcharse, pero yo no dije nada. Llegaron a las manos. Él golpeó en pleno estómago al italiano, que cayó al suelo cuan largo era; a una señal de los primeros, irrumpieron otros franceses en la habitación y lo inmovilizaron, mientras uno iba a buscar las esposas. Él se mostró consternado y tan dócil que sus guardianes se relajaron, momento

que aprovechó para, de un tirón repentino, zafarse de ellos y escapar por la ventana abierta.

Lo buscaron en vano en el jardín del hospital.

Los franceses me trasladaron a la primera planta para evitar que en su ausencia pudiera entrar por la ventana a pegarme.

Por la noche, sola en la cama de mi habitación de la primera planta, oí un ruido sordo, una silueta colgaba en la penumbra ante la ventana, golpeándose a ratos contra la pared como un ahorcado, y luego se posó sobre el alféizar. Oí el roce del diamante en el cristal y el estruendo de la hoja al hacerse añicos sobre el suelo, sentí un soplo de aire frío, el pomo giró, y Johann saltó dentro del cuarto. Encendió y apagó la linterna, y se sentó en el borde de la cama.

—Convéncete de que te seguiré adondequiera que vayas. Ya no soy la misma persona que era. Tu maldad me ha hecho hombre.

A oscuras, en el silencio, lo oía respirar con fuerza.

—Escúchame bien: o pides de aquí a mañana volver al pabellón ruso *por iniciativa propia*, en cuyo caso te esperaré el tiempo que tú quieras y estaré a tu lado...

—En Maguncia —lo interrumpí yo.

—En Maguncia o donde a mí me parezca, nadie puede prohibirme que busque en otra parte lo que tú no me das aquí.

—¿O?

—O pasado mañana actúo yo, y partimos para Rusia inmediatamente. Contesta.

Contesté que era parálitica, no tenía las ideas claras, necesitaba tiempo para tantas cosas, no podía pensar en él.

—Te acuerdas de la parálisis sólo cuando te conviene.

—Lo he aprendido de ti.

Salió por la ventana, saltó al árbol en el que se había ocultado para otear mientras los franceses rastreaban el jardín y yo me trasladaba a la habitación que estaba justo delante, y se deslizó hasta el suelo.

A la mañana siguiente me vendaron los ojos y me sometieron a un examen neurológico en el que me clavaban alfileres, me aplicaban pequeñas ampollas calientes y frías sobre el cuerpo y las piernas, me pellizcaban y me

daban golpecitos con el martillo en las articulaciones de las extremidades inferiores. Resultó que no tenía sensibilidad epidérmica, pero había recuperado la sensibilidad profunda de los movimientos, la temperatura y el tacto, alterada y atenuada como a través de una tela. Volvía a percibir los estímulos de los intestinos y la vesícula, pero aún no controlaba dichos órganos. Mis intestinos no funcionaban como es debido. Un médico me propuso insertar un conducto de emisión artificial de las heces, un tubo de una materia especial con una llave en el extremo para abrir y cerrar según fuera necesario; de este modo, evitaría mancharme y que los excrementos me infectaran las llagas. Me volvió a la mente la frase de Johann sobre los experimentos de los antiguos nazis; contesté que, habiendo sido operada de laminectomía hacía apenas un mes, por ahora no pensaba someterme a más intervenciones.

—Ya lo hablaremos más adelante —contestó flemático el doctor, sonriendo con seguridad.

A la mañana siguiente, tres soldados rusos entraron en mi habitación a paso de marcha: dos de ellos, uno de los cuales era Johann, llevaban una camilla; y el tercero con el casco me señalaba.

Toqué la campanilla con la alarma convenida. Los ojos azules de René Payoux, el viejo (veintitrés años), aparecieron en la ventana superior de la puerta. Al poco entró un pequeño pelotón de franceses, seguidos de René con el casco.

Rogaron a los rusos que esperasen.

Le susurré a René que le pidiera a Johann la documentación.

Él me lanzó una mirada sarcástica, tendió una hoja de papel y aguardó, en jarras y con las piernas separadas. Quise comprobarlo yo misma: el documento parecía en orden, con todos sus sellos y sus firmas.

Llamaron a la doctora Marder.

Cuando vio a Johann, se rio con alivio: ¡él sabía bien que no podía marcharme así!

—¿Usted sabe lo que me ha hecho Luzi? Los azuzaba para que me

metieran en la cárcel, y no es la primera vez.

Frau Marder no quería saber nada; lo que había entre nosotros no era asunto suyo. Ella trataba a las personas directamente.

—Yo los conozco a ambos. Usted, Janka, es un buen muchacho que no quiere acabar con la vida de Luzi. —Le recordó el día de la operación.

—Luzi tiene que entender que voy en serio —contestó él, algo turbado ya.

—De ahora en adelante Luzi lo entenderá, vaya si lo hará, yo misma me encargaré de que así sea.

Le pedí perdón, le prometí que cambiaría mi actitud, que me portaría mejor con él, lloraba, en parte por lo que estaba diciendo y en parte por el miedo terrible que había pasado.

Él debía marcharse esa misma noche a Maguncia, donde, tras la «incursión» de Olga, se había alistado voluntario en el Ejército soviético de Tierra. Cuando yo decidiera partir, lo desmovilizarían con la condición de hacer el servicio militar en Rusia en la ciudad en la que fuera ingresada. Pregunté por el capitán; hacía tiempo que ya no estaba allí, se decía que lo habían repatriado.

Los otros dos rusos, sin embargo, no se plegaron; habían recibido la orden de llevarme con ellos.

Los franceses reclamaron una solicitud escrita.

El soldado del casco, que era sargento, la presentó.

Los franceses declararon que debían sometérsela a sus superiores, ahora ausentes, y que ellos no estaban autorizados a entregar a nadie.

Al estar casada con un soldado soviético, los franceses no tenían ningún poder sobre mí.

Pero, desde el momento en que había entrado en esa habitación, me hallaba bajo jurisdicción francesa, que los rusos habían invadido de manera abusiva.

Los primeros en comportarse de manera abusiva habían sido los franceses, el día en que me habían sacado del pabellón ruso.

No, porque me habían sacado con mi consentimiento.

Pero era ciudadana soviética.

Pero me había refugiado con los franceses para presentar mi demanda de divorcio, lo cual me exoneraba de la ciudadanía rusa.

Johann aguzó el oído.

—Bueno es saberlo —dijo.

Se amenazaron unos a otros con elevar sus protestas al alto mando.

El ruso del casco zanjó las cosas declarando que volverían al día siguiente con disposiciones tales que nadie se atrevería a impedirles cumplir con sus órdenes. Y, dirigiéndose a mí con desprecio, me dijo:

—Y tú también, camarada, tendrás que responder de tu conducta. Quien tiene el honor de ser soviético lo defiende.

Salieron con su paso firme y marcial. Llamé a Janka, que los siguió sin mirar atrás.

Esa misma tarde vino un mandamás de la sanidad francesa: había recibido una nota de protesta del oficial al mando del campo de tránsito ruso de Homburgo.

Los muchachos franceses se llevaron una buena reprimenda por haberme raptado arbitrariamente en lugar de dejar que obtuviera el traslado ateniéndome a las ordenanzas vigentes.

Esa tarde vino un agente de la policía francesa a contarme que el incidente diplomático estaba asumiendo tales proporciones que, dándose la circunstancia de que los franceses no tenían la razón de su parte, con todo su pesar no tenían más remedio que devolverme a los rusos.

Por fin, a las diez de la noche, uno de mis cuatro amigos, Jean, me anunció que el siguiente convoy hacia Rusia salía dentro de cuarenta y ocho horas, y que acababa de enterarse, de manera extraoficial, de que yo estaba en la lista y a Janka le había sido asignada mi custodia y la de los rusos detenidos por haber sido SS, so pena de muerte.

A medianoche, arrebujaada en bufandas y abrigos, Frau Marder, que estaba informada de todo, vino a ofrecerme una solución: antes del amanecer, un tren de mercancías con dos vagones de soldados alemanes heridos pasaría por la estación de Homburgo en dirección a Baviera. Podía irme con ellos, la enfermera alemana de la Cruz Roja que me había atendido en el pabellón ruso estaba dispuesta a acompañarme. Si quería marcharme, tenía que

prepararme enseguida, clandestinamente, pues los franceses, al haberse comprometido con los rusos, estaban obligados a impedir mi fuga. Me entregó mi historial clínico, pero en él figuraba mi apellido ruso. Le conté la historia de los nombres falsos. Eran las dos de la madrugada, se marchó corriendo, mientras entraba a escondidas la enfermera de la Cruz Roja, que preparó mi equipaje. A las tres volvió a aparecer Frau Marder con un duplicado del historial expedido con mi verdadero nombre, que llevaba quince meses sin llevar. Me dejó también el original, por lo que disponía del documento por duplicado: «Por lo que pueda pasar», dijo.

A las cinco de la mañana vino a buscarme una ambulancia alemana, a la que subí, junto con la enfermera y mi equipaje.

El francés del turno de noche, Jean, subió con nosotras, pasó por el almacén, donde sustrajo cinco cajas de víveres de la Cruz Roja que me regaló. La ambulancia volvió a ponerse en marcha.

En la estación me trasladaron a un vagón de ganado, instalada en mi cama de yeso sobre la paja, entre el hedor de los heridos alemanes. Era aún de noche cuando, con un sonido estridente de chatarra, el tren se puso en marcha. No me despedí de mis amigos, ni siquiera de Frau Marder, y eso que todos ellos me habían auxiliado y ayudado sin preguntarme nada, ni una palabra.

IX

Aquella primera mañana en el vagón de ganado, entre el hedor fluctuante de carne putrefacta, pomadas y paja empapada de orina, cortado a oleadas por el frío que se filtraba entre las rendijas del entablado, en la penumbra, entre los rostros demacrados de los heridos tumbados y aquellos amodorrados de los que iban sentados contra las paredes, que se tambaleaban zarandeados por las sacudidas del vagón, en ese silencio apagado, interrumpido sólo por los lamentos y las peticiones de auxilio, me pareció que podía morir.

Con cada zarandeo del tren, que me repercutía en punzadas en la espalda

y las piernas, estrechaba a *Tobik* con fuerza contra mi pecho.

Viajaba por segunda vez en un vagón de ganado. La primera vez estaba sana, la idea del dolor no me sobrecogía, y mis compañeros, por desmejorados que estuvieran y por mucha diarrea que sufrieran, mostraban una actitud de viva indignación por la injusta ofensa, una mirada agresiva, una mueca de desprecio en los labios. Ahora, sin embargo, estaba quebrantada, mi ánimo ya no era rebelde, sino angustiado, y mis nuevos compañeros estaban destrozados por dentro. Siempre estaré con los que sufren, pensé.

Un hombrecillo vestido con una bata blanca saltaba ágilmente entre los cuerpos. Alguien suplicó una calada de cigarrillo, entonces me acordé de los paquetes de víveres de Jean y le encargué al hombrecillo que repartiera el contenido entre los soldados. El reparto provocó una breve animación que no tardó en apagarse.

Un muchacho guapísimo, con la cabeza vendada y manchas de sangre en las vendas, que yacía a mi lado sobre la paja, volvió hacia mí unos ojos febriles y torció la boca en una mueca: por fin entendí que me estaba sonriendo.

En un apeadero, dos jóvenes alemanas con un uniforme que nunca había visto saltaron al interior del vagón y, sosteniéndoles la cabeza, dieron de beber a los heridos con una expresión tan absorta que parecía que no debiera perderse ni una gota del insípido aguachirle.

Un soldado francés se asomó, y el enfermero, en equilibrio entre los cuerpos, le gritó:

—*Italienerin! Italienerin.*

Me dirigí a él en francés y conseguí que me diera un paquete de alimentos.

Quería repartirlo, pero una voz dijo:

—El viaje es largo, tendrá hambre, quédesele.

Los demás se mostraron de acuerdo. El tren chirriaba sobre los raíles. Con una vocecita que resonó cristalina entre el estruendo, le ordené al enfermero que arrojara el paquete por la puerta del vagón. Protestaron.

Desde ese momento, al detenernos en todas las estaciones más perdidas,

hacía que me bajaran del vagón en camilla y me llevaran al puesto de socorro, donde reclamaba alimentos y medicinas presentando mi historial clínico italiano (los rusos los escondía en el fondo del baúl).

Al segundo día de viaje ya nos conocíamos entre nosotros y con los heridos del otro vagón, a los que hacíamos llegar parte de nuestro botín.

Para pasar el rato, me puse a hablar en dialecto renano, interpretando el papel de una campesina de «Menz am Rhoin»; el muchacho desangrado que yacía a mi lado era mi novio, la enfermera, mi rival, le había disparado en un ataque de celos; estaban también el alcalde, el cura y otros personajes que se fueron uniendo a medida que los mutilados iban participando en el teatrillo, representando cada cual su papel con vehemencia.

Se dieron situaciones tan enrevesadas y cómicas que tuvimos que bajar el telón para recuperar el resuello.

Por la noche cantamos a coro largo rato:

*Wo die Nordseewellen rauschen an den Strand,
wo die gelben Blumen blühn im grünen Land
und die Möwen schreien grell im Sturmgebraus,
da ist meine Heimat, da bin ich zu Hans.*[24]

En nuestras pausas y, sobre todo, en las paradas del tren, oíamos, como una respuesta del vagón vecino:

*Im grünen Wald, dort, wo die Drossel singt,
und im Gebüsch das muntre Rehlein springt,
wo Tann' und Fichten stehn am Waldessaum,
verleht'ich meinter Jugend schönsten Traum.*[25]

Absortos en articular las vastas palabras *mar* y *bosque*, olvidábamos el angosto vagón, las sacudidas, las heridas supurantes, el hambre y los escalofríos.

La tercera mañana, un herido entró en coma y murió. Por la tarde, otro sufrió una crisis.

En la primera parada mandé llamar una ambulancia, declarando que me encontraba mal. Subí, acompañada del alemán de la crisis. En el hospital de la región me asignaron una cama que le cedí a él. El médico se opuso, no era posible.

¿Por qué? ¿Qué podía pasar?

Se arriesgaba a perder el puesto.

—Por eso han aplastado ustedes a los indefensos: para no perder el puesto.

Habida cuenta de que la orden, que me hizo poner por escrito, provenía de una extranjera tan segura de sí misma, el médico aceptó a mi protegido.

Recurriendo a este mismo ardid en cada pueblo, conseguimos hospitalizar a los heridos que, incapaces de soportar los rigores del viaje, deliraban o perdían el conocimiento.

Con el oro que yo poseía y el escaso dinero de los soldados alemanes, compramos coñac.

La cuarta tarde mi novio me buscó la mano, me la apretó y movió varias veces los párpados de sus grandes ojos grises: me comunicaba que se estaba muriendo. El enfermero aludió a una conmoción cerebral. Le acaricié la mano toda la noche, se la besé, murmurándole que lo quería, que durmiera en paz, que ya lo velaba yo; en cuanto callaba, me apretaba los dedos hasta que volvía a hablarle en voz baja; al amanecer su mano estaba empapada en sudor, muy fría, y su perfil mostraba una línea pura, infantil. Tenía diecisiete años.

La puerta estaba entreabierta; a lo lejos se divisaba entre la niebla flotante el resplandor de un lago en la aurora. Era el Selbstmörderinnen See, llamado el lago de las suicidas por el gran número de mujeres que se habían arrojado a sus aguas en los primeros meses tras el final de la guerra.

A mediodía llegamos a la estación de Múnich, donde moría el tren. Llovía bajo el techo oscuro del cielo, era el 23 de noviembre.

Me subieron a una ambulancia, sola, sin que me diera tiempo a darle las gracias a la enfermera alemana de la Cruz Roja que me había cuidado todo el

viaje.

Hacía casi un año que no estaba en Múnich: contemplé desfilar la ciudad por la ventanilla de la ambulancia, ruinas, paredes medio derruidas, interiores de casas partidas en dos como escenarios teatrales, barrios y más barrios desiertos, aún más lóbregos bajo el agua que lavaba las piedras y caía densa y regular.

X

Era de noche y aún estaba sola en las urgencias de un gran hospital moderno de la periferia de la ciudad, a oscuras, en ayunas desde por la mañana, con la vejiga llena y dolorosa, entre heces, exhausta tras cinco días de violento traqueteo en el vagón de ganado, traslados dolorosos en camillas y ambulancias, discusiones y tensión de la alegría ansiada; sin noticias de mi equipaje, con *Tobik* mirándome a través del botón fosforescente del único ojo que le quedaba.

Por fin entró alguien, giró el interruptor, iluminando la habitación blanca y, atareado, se dirigió a una mesita donde se puso a abrir y cerrar cajones y a hojear papeles. Vestía bata y tenía grandes bigotes grises.

Lo llamé, y me contestó con brusquedad que esperara, sin mirarme.

Lo observaba y, cuando me parecía que alzaba los ojos, esbozaba una sonrisa, pero él no me veía. Salió.

Me desahogué con *Tobik*, hay que ver qué mala suerte teníamos, pero no debía preocuparse. Sentí una presencia a mi espalda y volví la cabeza: el hombre de antes, que había vuelto a entrar sin que me diera cuenta, me observaba ahora, de pie a la cabecera del carrito con ruedas en el que yacía. Sonrió, interesado de pronto en mí, y señalándome el perro de trapo, me preguntó cómo estaba. Más animada, le expliqué que el pobre perro tenía hambre, frío y sueño, había viajado en un vagón de ganado y se había quedado parálítico tras un bombardeo.

—¡Pobre animal! —Asintió con la cabeza y, empujando mi carrito,

añadió—: Vamos.

Pasillos, ascensores, patios, me sentía mareada y aturdida, puertas acolchadas que se cerraban blandamente sobre mí. Entorné los párpados y vi que ahora me empujaba una monja corpulenta; me rodearon hombres de blanco de aire docto, echaron una rápida ojeada a mi historial; una pequeña silueta femenina con una bata de rayas se escabulló por delante de mí y robó los zapatos que estaban sobre la cama, junto a mis pies, porque en el último mes me había entrado la manía de los zapatos y siempre tenía un par a mano. Alguien gritaba lejos de allí.

Me llevaron hasta una habitación pequeña y estrecha, abarrotada de extrañas camitas con altas paredes laterales, dispuestas de dos en dos y llenas de correas; me dejaron en uno de esos lechos.

Mascullando que le daba asco, sucia, asquerosa, ¿qué horas son éstas de presentarse?, la monja gorda se dispuso a lavarme con la ayuda de una celadora. Me enjabonaban, me daban la vuelta y me curaban las llagas con gestos bruscos y desmañados. Les pedí llorando que tuvieran cuidado, pero me mandaron callar con rudeza y prosiguieron su tarea con tanta premura que rompieron mi corsé de yeso.

Alguien me arrojó una escudilla de metal sobre la mesita de noche.

En mi duermevela me parecía entrever, a la luz verdosa de la lamparilla, rostros astutos, pasmados, burlones, que se movían a mi alrededor.

Dormitaba cuando una joven enfermera de la Cruz Roja de hermosa voz, la primera voz humana de ese lugar, se inclinó sobre mí:

—¿Es tuyo este lindo perrito?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—*Tobik*.

—¿Está paralítico?

—Sí —suspiré. Y añadí—: Sobre todo está triste, se muere de pena.

Mis ojos lloraban contemplando el rostro amable de Schwester Gisela.

—Tú no estás loca —me susurró ella al oído—. Llama si te molestan. —
Y me puso en la mano el interruptor del timbre.

Durante la noche, la enferma que yacía a mi lado primero gimió

voluptuosamente y después se puso a gruñir, como enzarzada en una lucha cuerpo a cuerpo. Los altos bordes que nos separaban me impedían ver. De repente se abalanzó sobre mí, rozando mi cara con la suya, entre jadeos asmáticos. Llamé al timbre. La enfermera acudió y encendió la luz general. Mi vecina se incorporó, era una muchacha bellísima, con los ojos inyectados en sangre y las muñecas ensangrentadas, echaba baba por la boca, mientras un pecho firme y rosado asomaba por su camisón rasgado.

—*Lieber Gott!* ¡Otra vez te has desatado! ¿Cómo lo has hecho? No, no te voy a atar, no, pero tienes que portarte bien.

La muchacha se calmó. Antes de marcharse, la enfermera me instó al oído que tuviera cuidado, era peligrosa, la única de las que había allí, debían trasladarla de un momento a otro, tenía la sífilis, era italiana, de Milán.

Oía parlotear al fondo de la habitación entre risitas, suspiros y grititos.

Mi vecina no me quitaba ojo.

—¿Quién ser tú? —me preguntó en alemán con voz gutural.

Le contesté en italiano. No me entendía. Sólo hablaba ese alemán balbuciente con los verbos sin conjugar. Pero las sonoridades del italiano debían de gustarle; se quedó de rodillas en su cama hasta las primeras luces del alba, contemplándome y escuchándome.

Los días siguientes me los pasé tratando de convencer a los médicos de que no estaba loca, ellos me escuchaban con aire desenvuelto y fatuo, haciéndole carantoñas a mi perrito de trapo mientras ponían boquita de piñón, me pellizcaban la barbilla tirando de un lado y de otro, y se alejaban deprisa.

Durante un examen médico, irritada, le cogí yo también al doctor de la barbilla, preguntándole con su mismo tono distraído cómo estaba, ¿eh?, pobrecito.

Plantaba los ojos en los de la monja gorda y la tosca celadora y, con voz tranquila y altiva, les daba órdenes, sin apartar la mirada de ellas durante todo el rato que estaban cerca de mí; se fueron ablandando, la expresión de sus rostros se suavizó.

Pero me sentía más a gusto con las locas. Me tenían afecto, un afecto primitivo y sumiso, y se mostraban muy celosas unas de otras. Tenía que poner cuidado en no mostrar preferencias, cuando en realidad sentía

predilección por mi impetuosa vecina, que pegaba puñetazos a todas las demás y las dominaba con su vitalidad desenfundada, pero bastaba con que la llamara en italiano para que se acurrucara, mansa. Tenían una necesidad de humanidad, de razón y de afecto que me encogía el corazón. Había alguna que otra traicionera, con un destello bestial en la mirada extraviada. Las nueve eran maliciosas, socarronas, indecentes y muy quisquillosas. No entendían lo que les decía, pero percibían la intención que había detrás de mis palabras. Tenía que estar alerta como un domador de tigres. Exigían justicia de mí y recurrían a mi sentencia para la más mínima riña entre ellas; frenéticas, no paraban de pelearse.

Recuerdo a una judía rumana, solitaria, que no se trataba con las demás y monologaba sin interrupción sobre los nazis y las cámaras de gas. En cuanto entraban los médicos, seguidos de celadores blandiendo jeringuillas, le corría un temblor por todo el cuerpo, retrocedía y se escondía debajo de la cama, desde donde profería unos gritos ensordecedores. Un enfermero le inyectaba algo que la agotaba de golpe; la arrastraban de debajo de la cama exánime, la arrojaban sobre el colchón y le ponían la camisa de fuerza. Esta escena se repetía dos veces al día. Los médicos observaban la operación encogiéndose de hombros, incómodos e indiferentes.

Una mañana no pude resistirme y les dije que debería darles vergüenza, las locas eran mejores que ellos: por muy locas que estuvieran, al menos no me mataban. Al contrario, me protegían.

La italiana sifilítica me tapó la boca, aterrada. Le aparté la mano.

—Déjame hablar, querida, sé lo que me digo.

Mientras que los señores doctores, en su lucidez, no tienen conciencia, se creen superiores por ese vislumbre de razón que ni siquiera saben emplear con humildad; bonita hazaña aterrorizar a una mujer muerta de miedo.

Mis ocho locas me habían rodeado, apiñándose alrededor de mi cama, y callaban expectantes.

Que se atrevieran a negar los médicos que desde que yo estaba en esa habitación las enajenadas estaban más tranquilas, la propia monja lo había reconocido, y eso que no habían pasado más que seis días.

Hacía poco que se habían marchado los médicos cuando llamaron a la

puerta, y apareció Johann, cadavérico y polvoriento. Miró a su alrededor y me abrazó.

—¿Dónde te han metido? ¿Qué te han hecho?

Yo también lo besaba como a un salvador.

—¡Me has encontrado! ¿Cómo estás? —Le palpaba el rostro, era él.

La mañana del 20 de noviembre había vuelto a Homburgo, al pabellón francés, para sacarme de allí, y se había enterado de mi fuga. Se había quitado el uniforme soviético y se había marchado tras mis pasos. Me había buscado por todas partes, casualmente había oído hablar de mí al jefe de estación y había emprendido viaje. Llevaba tres días en Múnich, había visitado todos los hospitales, éste era el último, iba de unidad en unidad, presentando su documentación militar soviética, hasta que por fin me había encontrado.

Yo me abrazaba a él, cerrando los ojos.

Ya más calmados, pensamos en el porvenir. Caía la tarde, y, cada vez más abatida y decidida, era consciente de que lo veía por última vez; cuanto más hablaba él, más se me agolpaban en la mente las dificultades, las complicaciones: la imposibilidad. Nunca me casaría. Pero no me atreví a decírselo. Él describía entusiasmado nuestra vida juntos en Italia. Se ensombreció sólo cuando evocó que tendría que ser ruso hasta la muerte, atados como estábamos por nombres falsos. Esta observación me dio pie para decirle que debía volver a Maguncia a toda costa, evitando que los rusos lo detuvieran por desertor, para sacar del registro alemán su certificado de identidad polaco, valiéndose del testimonio del dueño del hotel donde habíamos trabajado juntos, un hombre de nariz verrugosa e inquieta como el hocico de un conejo, que por dinero y por miedo le conseguiría todos los certificados imaginables. Iríamos a Italia en calidad de cónyuges rusos, para que él pudiera cruzar la frontera; una vez allí, nos casaríamos con nuestros verdaderos nombres.

Se mostraba renuente; sin embargo, lo hablamos toda la noche. Por fin calculó que no tardaría más de dos días en ir y volver. Quería que al menos lo acariciara, pero yo le rogué que no insistiera.

—Pero más adelante estudiaremos la manera de poder amarnos. ¿Me lo

prometes? —me dijo.

—Sí.

—Otra separación de cuarenta y ocho horas, pero es la última.

—Sí, la última.

—¿Por qué lo dices así? ¿Estás triste? ¿Tanto te aflige que me marche?

—Sí.

—Te aflige que me marche —repetía contento—. ¿Ahora sí crees que estamos bien juntos?

—Sí.

Lo miraba a él y a las locas que iban de acá para allá de puntillas, esperando una señal mía, de vez en cuando llamaba a una y la besaba. Johann me tendía el rostro, inmóvil.

Se marchó.

Poco después entraron dos hombres a llevarse a mi vecina. La muchacha presentía algo, aferró la mesita de noche y la arrojó contra un enfermero, pegando coces. Se me echó encima: «¡Mamá! —gritaba, sollozando, atenazada a mí—. ¡Mamáaaa!», y me mordía.

Yo la besaba como a una hija. Me la arrancaron brutalmente, yo chillaba más fuerte que ella y me desmayé.

Pero no había tiempo para desmayos. Johann volvería dentro de dos días, para entonces ya tenía que haberme marchado, debía huir una vez más.

Me convocaron a una reunión en el despacho de la unidad médica.

Había un doctor y una administrativa. Hablamos largo rato. Estaban indignados por el error. Paraparesia traumática. Se aclaró el equívoco del perrito de trapo.

Sin dar ninguna explicación, dije que por razones personales me era indispensable marcharme antes de veinticuatro horas. La señora parecía escucharme con el corazón. Al día siguiente me informó de que esa misma noche partía hacia Italia, con parada en Múnich, un tren sanitario de prisioneros italianos procedentes de Rusia. Había reservado una plaza para mí.

Por la noche una ambulancia me llevó al tren con el poco equipaje que pude recuperar. Me colocaron en una estrecha cama del vagón de enfermería.

Era la única mujer entre viajeros y personal masculino de la Cruz Roja. Durante todo el viaje, los supervivientes de Rusia desfilaron delante de mí para saludarme. Me eligieron como su mascota.

A la mañana siguiente cruzamos el paso del Brennero, era el 4 de diciembre de 1945. Los supervivientes de mi vagón colgaron a *Tobik* del techo como amuleto y le metieron un cigarrillo encendido en la boca.

Roma, 1961

TERCERA PARTE

**PRIMERA LLEGADA AL TERCER
REICH**

EN EL CH 89

Poco a poco, había ido formándose una curiosa imagen de mí misma. Me parecía haber sido una muchacha esbelta, de muñecas y tobillos finos, que había vivido las más graves experiencias sin cambiar de aspecto. Pero también me veía con la nariz ancha y la cara un poco de pan, con rasgos algo gordinflones pese a los labios finos y los ojos hundidos.

Cuando rememoraba escenas de rabia o terror, mi pequeña silueta esbozaba gestos contenidos, en medio de un tropel de personas agitadas.

Quizá conservaba en la mente a esta muchacha aligerada para que se deslizara, sin solución de continuidad, en la criatura «mitad mujer mitad sirena» en la que creía tener que definirme ahora.

Pero el rostro que aparece en la fotografía de un carné de fábrica y en el último documento de identidad falso que me expidieron en Maguncia, antes de que la pared se me derrumbara sobre la espalda, es otro: un rostro robusto, pesado, sin sueños. En ese rostro liso de muchacha de dieciocho años, de mejillas infantiles entre el cabello hirsuto, había una soberbia en los labios apretados, con las comisuras hacia abajo, en los ojos negros y fijos, dirigidos con dureza al objetivo.

Al mirar esas imágenes impresas, he revivido las circunstancias en las que la estudiante de buena familia se convirtió en esa muchacha envilecida y testaruda: los primeros meses de estancia en un lager como obrera en la IG Farben.

Los primeros días, Lucia sintió alivio: la vida en un lager no era tan dura como decían. Bien es verdad que se apiñaban veintidós mujeres en un barracón de nueve metros por cinco, pero sólo para dormir, desde las ocho de la tarde hasta las cuatro de la madrugada. El resto del tiempo lo pasaban en la fábrica, en los comedores y en la calle. Si las compañeras de barracón hubieran sido un poco más educadas, la falta de espacio no habría constituido un problema.

Las literas de dos pisos, colocadas de dos en dos como camas de matrimonio, estaban separadas por un pasillo; el cabecero hacia la pared y el pie hacia el centro del barracón. En la pared más larga había seis literas alineadas de dos en dos, y cinco en la pared de enfrente, al fondo de la cual se abría la puerta. Sobre la pared, entre los cabeceros de las literas, había taquillas metálicas con baldas en las que cada interna guardaba sus pertenencias, cerrándolas celosamente con un candado. El espacio libre entre cada par de literas era de un metro de ancho. Las mujeres que ocupaban los jergones de arriba se enzarzaban en perpetuas discusiones con las de abajo por apropiarse de este pasillo desde el que acceder a las taquillas. Las mujeres de abajo sostenían que las de arriba podían abrir su compartimento superior desde sus literas sin ocupar el pasillo. Las mujeres de arriba sostenían que este espacio era de todas, y que debían poder ir y venir de las taquillas a la estufa sin tener que encaramarse y bajarse de la litera cada vez. Estallaban peleas también por la estufa, situada en el centro de la habitación, en el pasillo de cerca de un metro de ancho por nueve de largo entre las dos hileras de literas. Una porque tenía una patata robada que asar; otra, una hoja que secar para liarse un cigarrillo; otra, un cazo con agua para calentar. Nadie quería apartarse de la estufa por temor a que alguna compañera le robara lo que era suyo.

También había altercados por el uso del pequeño lavabo detrás de la puerta. Resultaba imposible conciliar el sueño antes de las diez de la noche, mientras la fuerte luz de la lámpara quedaba encendida sobre los párpados de las mujeres de las literas superiores, por no hablar de la irrupción —a horarios variables— de un guardia nocturno que te plantaba su linterna en la cara, los ladridos de los dos perros lobo que se pasaban la noche correteando

por la grava entre los barracones, así como las frecuentes incursiones aéreas. Las mujeres se levantaban a las cuatro de la mañana, más cansadas que en el momento de acostarse.

A veces Lucia no pegaba ojo, sobre todo si pensaba en el camino que tendría que recorrer a pie antes del amanecer para llegar hasta la fábrica, situada a cinco kilómetros del lager.

Ya desde el segundo día le salieron dos ampollas en el dedo gordo del pie izquierdo y otra detrás del talón del derecho por el roce de las gruesas botas de fieltro y suela de madera, con unas costuras interiores tan duras que se clavaban en la carne a cada paso. Los finos zapatos de ante con relieves de corcho que calzaba al marcharse de su casa se le echaron a perder durante el viaje, al empaparse por completo en Villach, en la frontera yugoslava, el día en que se pasó nueve horas de pie en la nieve, junto a un centenar de voluntarios y de detenidos en las redadas, esperando fuera de la estación un tren en el que proseguir camino. Las compañeras se envolvían los pies en papel de periódico, pero no te regalaban un trocito ni aunque se lo pidieras amablemente.

—Para conseguirlos he tenido que abrirme de piernas —le contestó una francesa, agitándole dos diarios en la cara—. Así que ya sabes lo que tienes que hacer, doña remilgada —dijo, dándose una palmada en el trasero.

—Ten cuidado con lo que dices —le advirtió otra francesa, pegándole un codazo—, es una de ellos.

—No me lo creo —intervino Martine—. Si viniera aquí a espiarnos, no se habría descubierto el primer día. En lugar de presentarse como voluntaria fascista, se habría hecho pasar por miembro de la Resistencia italiana, y nos lo hubiéramos creído.

—Pero es una de ellos —se obcecó la chica de los periódicos—. En la fábrica la han puesto a controlar las máquinas, como a las alemanas.

—Por motivos de clase —replicó Martine—. No es una obrera como nosotras. Ella es universitaria, y eso ellos lo tienen en cuenta.

—Se ve que a ti también te ha sorbido el seso.

—Sí, oye —avanzó otra, con una mano en la cadera—, tú que siempre nos estás dando la tabarra con tu odio a los nazis y tus historias de clase, lo

puedo decir en voz alta, ¿no?, visto que te fías de la estudiante. —Sonrió con los labios apretados—. A ver, ¿cómo explicas tú que una que habla idiomas no trabaje tan a gusto en las oficinas, no duerma en un colchón de verdad en una casa de piedra, sino que haya venido a meterse en un barracón con nosotras, eh? ¿No te escama un poco? ¡Tú fíate y no corras, guapa! —Se le rio en la cara, y luego añadió, tajante—: Yo me ando con ojo.

Martine se ruborizó. Tenía unos veinticinco años, era menuda y muy delgada, con el pelo castaño y corto, la nariz fina y puntiaguda, unos ojos vivos que no paraban quietos y unos labios húmedos que dibujaban una fina grieta roja en su rostro anémico. Se encogió de hombros, subió a su litera y, desde lo alto, dijo en tono desafiante:

—Bien, pues ya lo veremos.

Las cinco italianas del barracón se mostraban más temerosas. Cuchicheaban entre ellas, pero en cuanto Lucia las miraba callaban con sonrisitas falsas para congraciarse con ella. Le cedían el paso. Trataban de adoptar un tono solícito cuando les hablaba, pero ellas nunca le dirigían la palabra primero. Había dos mujeres de Bérgamo de unos treinta años (una de ellas embarazada) que estaban siempre juntas y se disputaban el mismo hombre, un tipo delgado y comedido, de unos cuarenta años, el único de todos los internos que tenía un paraguas del que parecía no separarse nunca, ni siquiera en la promiscuidad del lavadero antes del alba.

Había también una obrera de Sondrio y una aprendiz de peluquera romana, ambas de dieciséis años, inseparables, compartían cada bocado y cuchicheaban por la noche hasta tarde, tumbadas una al lado de la otra, entre risitas ahogadas. Por último, en el piso de arriba de la litera de la esquina, enfrente de la puerta, dormía una italiana demacrada y taciturna, de unos veinticinco años: se había criado en un orfanato, y a los ocho la había adoptado un viejo que había abusado de ella. A su muerte, el viejo había dejado todos sus bienes a sus sobrinos, y a ella ni un céntimo. Después de eso se puso a servir aquí y allá, hasta que se marchó de voluntaria a Alemania, y logró una posición en el lager emparejándose con un cocinero croata y convirtiéndose en su pinche. Era la única que disponía de margarina, embutido y mermelada, que luego revendía por un ojo de la cara y a tocateja.

Después contaba su dinero largo rato, pensativa, como arrepentida de no haber pedido más. Se refugiaba en lo alto de su litera para escondérselo en el cuerpo y para sacar la llave de su taquilla, que llevaba colgada del cuello. Se negaba a abrir la taquilla mientras el resto de las compañeras no se hubiera alejado hasta detrás de la estufa, en la otra mitad del barracón, y la cerraba en cuanto una se le acercaba un paso. Se la quedaba mirando con ojos febriles. Con increíble rapidez, desenvolvía, cortaba y envolvía la mercancía pactada, volvía a cerrar el candado, se colgaba la llave del cuello y, repentinamente relajada, se dejaba resbalar hasta el suelo y le tendía a la compradora el paquetito envuelto, con una expresión a un tiempo modesta y benévola en los grandes ojos grises de su rostro desnutrido.

Había momentos en que a Lucía le llamaba la atención la «avaricia» de sus compañeras, su «apego a las pequeñas cosas», su «estrechez de miras». Es más que tacañería, se decía, es mezquindad. Y, casi a escondidas de sí misma, pensaba que sus padres tenían su parte de razón cuando le decían: «Tú quédate donde te corresponde, déjate de fantasías. A la gente del pueblo no se le puede dar confianzas. No entiende, no aprecia. Lo único que se podría hacer es tratar de darle un poco de educación. Sólo conseguirás que se vuelvan contra ti».

«Son personas como nosotros», le había contestado ella a su padre. «Desde luego —había sonreído él—, pobrecitos, no es culpa suya si no tienen estilo. ¡Como los jorobados! ¿Quieres ser jorobada tú también?» «Qué necesidad tienes de ser obrera —le había replicado su madre— cuando podrías ser mucho más útil en un ministerio. Tú puedes hacer tareas que no están al alcance de los incultos. Créeme, cada cual tiene que estar donde le corresponde.»

Era cierto que las compañeras del barracón no tenían orgullo: delante del *Lagerführer* y de los guardias adoptaban una expresión servil. Y se dejaban tratar como a animales. Por ejemplo, hombres y mujeres debían desnudarse juntos en los lavaderos comunes.

Lucía se presentó en el despacho del *Lagerführer*, un hombre de unos

cincuenta años alto y robusto, que vestía siempre un jersey de montaña y botas, con una fusta que agitaba en el aire al caminar, seguido de dos perros lobo.

Le pidió que entregaran a cada mujer una palangana, una por cabeza, para que pudieran lavarse libremente en el barracón, lejos de las miradas masculinas.

—A ti te doy dos si quieres —le contestó éste divertido—, porque tú eres una muchacha como debe ser y tienes sentido del pudor. Pero ¿ésas? ¡Ésas son mujerzuelas, ¿entiendes?, escoria!

Lucia se empeñó y obtuvo las palanganas, si no para todas las mujeres del lager, al menos para ella y sus compañeras. Cargada con veintidós barreños esmaltados, entró en su barracón.

—¿Lo veis? —exclamó triunfante—. Cuando se afrontan las situaciones, se obtiene lo que se quiere. —Y dirigiéndose a las compañeras, que la miraban perplejas, añadió—: Le he dicho al *Lagerführer* que las internas no son animales.

Tanto las francesas como las italianas se enardecieron con esa revancha y, al día siguiente, a la hora de levantarse, se dispusieron a lavarse en el barracón.

—¡Bien por la estudiante! —reían.

—Ha hecho bien.

—Los cerdos son ellos.

—Ya nada de tener que correr fuera con el frío que hace, ahora es bajarse de la cama y ¡hala!, a lavarse al calorcito.

—Esto es la gloria.

—¡Serán cochinos, puaj!

Se hizo eterno llenar los veintidós barreños con el hilillo de agua que goteaba del único grifo del minúsculo lavabo, que apenas alcanzaba para beber, veintidós mujeres no encontraron sitio para lavarse en los estrechos pasillos entre las literas que ocupaban todo el espacio de la habitación. Tan sólo una docena había podido asearse, cuando, por el altavoz del campo, se oyó la señal para salir en columnas en dirección a la fábrica. Las famosas palanganas acabaron amontonadas fuera, detrás del barracón, y allí se

quedaron, ensuciándose y llenándose de herrumbre.

Lucia reparó entonces en que, a las cuatro de la mañana, hora de despertarse, todo el mundo entraba ceñudo, con ojos de sueño y expresión hosca en los promiscuos lavaderos. Se enjabonaba y se enjuagaba deprisa, sin mirar al vecino, ya fuera hombre o mujer. Y el mes siguiente se dijo que si alguien lanzaba un comentario jocoso o alguna alusión con doble sentido, ¿qué tenía de malo eso? Ponía de buen humor, alegraba.

En realidad, lo que le repugnaba sobre todo era lavarse con esa gente que se tiraba ventosidades tranquilamente y se rascaba la garganta para escupir en los lavabos. Lo que la había movido no era tanto el pudor, sino el hecho de que le desagradaba esa tosquedad. Se lo negaba a sí misma, pero los compañeros se habían dado cuenta de su desprecio. Y, en cuanto la historia de los barreños corrió por los lager, los franceses y los italianos le decían: «¡A la señorita le da asco!», «Pero ¿tú te crees que te miramos? ¡Nos traes sin cuidado!», «¡Ya te gustaría a ti!».

Ofendida, en la cola del comedor, a las siete de la tarde, entre esos cuerpos sudados y apiñados que apestaban a aceite de motor y a sopa, Lucia sintió náuseas y, por temor a vomitar en público, llena de amargura y de desprecio salió, olvidándose de los dos perros lobo del lager, conocidos por morder a todo el que vagara solo o se saliera de la fila.

Corría hacia el barracón cuando, a unos treinta metros por delante, vio surgir de la noche una mancha oscura en la nieve que se precipitaba sobre ella. Era tal su rabia que se detuvo en seco y le gruñó al perro en alemán:

—¡Acércate! A ver si te atreves.

El animal frenó a un par de metros de Lucia, que lo oía jadear.

—Rózame siquiera con la pata, y te estrangulo —amenazó, poniendo las manos en forma de tenaza delante del perro lobo, que rechinaba los dientes y parecía agacharse en la oscuridad para abalanzarse al más mínimo movimiento de la muchacha.

»Bellacos —masculló Lucia, pasando por su lado sin apartar la mirada del animal—. Malvados.

El perro la siguió a poca distancia, con pasos silenciosos. Se vigilaban mutuamente: Lucia andaba despacio, mirándolo de reojo todo el rato; con el

pelaje enmarañado, los colmillos y las pupilas brillantes y las orejas hacia atrás, el animal gruñía sin parar, moviendo el rabo. Sin dejar de mirarlo al soslayo, entró despacio en el barracón y, una vez encerrada dentro, asomó la cara por la ventana: al instante el perro erizó el lomo y le enseñó los colmillos, frunciendo el hocico de ira. La rabia volvió a apoderarse de ella, y salió con rapidez.

—Largo —ordenó al animal, de nuevo en alemán—. Debería darte vergüenza, eres como ellos. Persegúis a una muchacha indefensa. Latigazos, eso es lo que os merecéis, *raus*. —Y, en voz más baja, añadió—: Vete a morder a tus amos.

Con lágrimas en los ojos y sin mirarlo ya más, volvió al barracón, hambrienta, y se dio cuenta de que se lo había hecho encima.

II

En efecto, a la protagonista de este relato se le asignó un trabajo cómodo en el cuarto y último piso del Ch 89. Sólo tenía que controlar termómetros de distinta índole fijados en una máquina con cilindros, émbolos y tubos retorcidos, y apuntar cada hora las temperaturas en una pizarra que había al lado. Si el mercurio sobrepasaba una línea roja, tenía que bajar el interruptor aplicado al termómetro, que encendía una luz en un panel expuesto en la larga cabina acristalada que coronaba las maquinarias como un palafito y en la que estaba sentado el capataz. Éste se reunía con la muchacha y giraba unas manivelas cuya función le explicaba.

En la planta baja del taller se erguían grandes dispositivos negros y grasientos, en las demás plantas —compuestas por galerías a las que se accedía por escalerillas de hierro— las máquinas eran cada vez más pequeñas, complejas y limpias conforme se iba subiendo.

Desde su cuarta planta, Lucia se apoyaba a menudo en la barandilla y se asomaba sobre el chirrido disonante y variopinto de los diferentes engranajes para mirar a los obreros de la planta baja. Trabajaban a la tenue luz de las

bombillas, en el edificio de ventanas perpetuamente oscurecidas, y Lucia tenía que acostumbrarse a la penumbra para distinguir los gestos de los hombres de abajo. A veces, con los ojos cansados por el esfuerzo, se abismaba en la contemplación de las vigas metálicas que sostenían el techo de oscuros cristales inclinados. De vez en cuando uno de ellos lanzaba un destello entre los toldos agitados por un viento mudo en el estruendo de los motores.

Cuando se aburría demasiado, en el intervalo entre una comprobación y otra, la muchacha fingía ir al retrete y se escabullía fuera del taller. Vagaba entre los edificios. Observaba a los prisioneros franceses que trabajaban en el torno en un pasillo negro de pez, adyacente al Ch 89 donde estaba empleada ella. Se demoraba mirando a los prisioneros soviéticos que cargaban enormes sacos a la espalda, a las mujeres rusas, que hacían rodar pesados bidones hacia las vías del ferrocarril interno. Una tarde se aventuró un poco más lejos y tuvo que preguntarle a un guarda en bicicleta cómo volver a su taller. Cuando regresaba a su puesto, ningún alemán le preguntaba nunca nada. Por lo demás, Lucia se fijó en que los alemanes la saludaban corteses, pero parecían evitarla. Los extranjeros, en cambio, se la quedaban mirando irónicamente, pese a que ella los saludaba con una sonrisa cada vez que se paraba a observarlos trabajar. Los prisioneros franceses se pasaban la voz al verla llegar, «*les collabos se baladent*»,^[26] decía alguno con una risita burlona. Los más locuaces eran los italianos del pabellón de al lado: «¡Barreños esmaltados!», gritaba uno con la cantilena de un vendedor ambulante, o «¡Palangaaaanas!», replicaba otro como un eco. Los rusos y los polacos, los que lucían un triángulo en la solapa del mono en el que ponía OSTEN o P, eran los únicos que no se dignaban mirarla siquiera, casi como si fuera transparente.

Los primeros días en el lager a Lucia le daba náuseas cómo comían los obreros, que sorbían ruidosamente la sopa, se manchaban la boca, lamían la escudilla y fingían eructar como si hubieran quedado saciados, entre bromas «ordinarias»: gente «sin modales», como solía decir su tío paterno, ingeniero jefe de las obras de drenaje de las lagunas pontinas, el cual, según se jactaba él mismo, había enseñado a centenares de peones y zapadores a «comer en la

mesa como es debido».

Por cada comedor de la IG Farben pasaban centenares de trabajadores en la pausa de mediodía, escalonada en tres turnos de una hora de duración cada uno desde las once hasta las dos, pero los amigos se citaban para coincidir en el mismo turno, y las parejas se juntaban para compartir banco.

Los comedores de la IG Farben se repartían en dos complejos distintos. Detrás de los edificios que bordeaban el canal, en los comedores de los eslavos comían los del triángulo en la solapa, los rusos y los polacos, a los que se habían añadido los eslovenos.

En perpendicular al canal, a lo largo de las vías del ferrocarril interno, estaban los comedores de los «occidentales»: italianos, franceses, belgas y croatas. Todo se organizaba por pueblos, y los internos tendían a juntarse con sus propios compatriotas, pero al final todos acababan por volver al comedor al que habían ido la primera vez, con los compañeros del turno de trabajo. Poco a poco las nacionalidades se iban mezclando, la única división que perduraba era aquella entre internos del este y del oeste.

Incluso en el flujo ininterrumpido de hombres y mujeres que se acodaban en los mostradores, tropezaban unos con otros y se estorbaban el paso en los angostos huecos entre las mesas hasta ocupar el puesto deseado, los comensales siempre reparaban en los recién llegados. Una señal con los ojos y, una a una, todas las cabezas se volvían hacia el intruso.

Lucia no pasó inadvertida. «Soplona», susurró alguien, estorbándole el paso, o «provo» (de provocadora), pero en general se limitaron a guardar las distancias, dejando como un vacío a su alrededor. Sólo Martine se sentaba a su lado, fingiendo no oír la voz estentórea de Étienne que resonaba en todo el comedor: «¡Martine!». Étienne era su novio, un prisionero de guerra oriundo como ella de los arrabales de París, un joven corpulento de expresión despierta. Para seguirlo, Martine había ido a Alemania como trabajadora voluntaria.

Después de llamarla inútilmente un par de veces, Étienne se decidió a ir hasta su mesa. Lucia trató de charlar con él, pero el joven tragaba la sopa sin decir ni mu, alzando de tanto en tanto los oscuros ojos vivos hacia Martine con una mirada interrogativa y desafiante a la vez.

Acababa de correrse la voz de la «cruzada de las palanganas» cuando, en el comedor de la fábrica, junto a Lucia se sentó un viejo mendigo francés, piojoso, peludo y maloliente, con la nariz llena de mocos. Ese día no estaba Martine.

Cuando la italiana se cambió de sitio, el mendigo la siguió, mohíno y arrastrando los pies, y se sentó nuevamente a su lado, muy pegado a ella. En las mesas vecinas nadie decía nada, todas las cabezas se volvieron para mirar.

Al día siguiente, en el mismo comedor de italianos y franceses, cuando fue a sentarse a una mesa con su escudilla llena, Lucia reparó en que el piojoso no la seguía. Contuvo un suspiro de alivio y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta para sacar su cuchara. Pero no estaba ahí. Rebuscó en los otros bolsillos de la chaqueta y el pantalón de fustán, cada vez más nerviosa, hasta que, al mirar sobre la mesa por si ya la había dejado allí, percibió un silencio insólito. Todos los ojos estaban fijos sobre ella. Bribones, pensó, me la han robado ellos. Con la mayor cortesía le pidió prestada su cuchara a un hombre. Éste rehusó con la cabeza, sin dejar de mirarla. Obtuvo la misma respuesta de una mujer, y de otra más. Un italiano se acercó a ofrecerle su cubierto, pero lo apartaron de un empujón. Una pared de hombres con mono lo ocultó a la vista. El mendigo, sentado en la mesa de enfrente, se levantó, esbozando una sonrisa sin dientes. Tras escupir en el suelo, masculló: «¿Quieres la mía?», ofreciéndole su cuchara a la estudiante. «Gracias», le sonrió Lucia, y en el momento de cogerla le dio tiempo a entrever que estaba sucia, pero aun así la metió en la sopa. Al masticar y tragar, trataba de no rozar la cuchara con los labios y de llevársela a la boca con un gesto despreocupado.

Cuando terminó de comer, restregó con arena en el grifo del fondo del comedor esa cuchara incrustada de mocos resecos que no salían por más que frotaba. Estuvo a punto de vomitar la sopa, que le volvía a la boca entre arcadas. Regresó a su mesa y le devolvió la cuchara al mendigo con una mirada radiante: «Si algún día la pierdes —le dijo—, te daré la mía». Y, con un arranque repentino de odio, se volvió hacia los demás y les gritó: «¡Comemierdas!».

—Y tú, fascista —murmuró Étienne entre dientes.

—¡Pero bueno! —la reconvino Alain, un prisionero de guerra francés de unos cuarenta años que estaba siempre callado—. No se dicen palabrotas, señorita. ¿Qué diría su mamá?

Todos se rieron burlonamente. Habían formado un corrillo a su alrededor. Lucia se abrió paso a codazos y empujones, y Alain la cogió del brazo.

—¿O no será que te estás convirtiendo en un ser humano? —le preguntó con expresión seria.

Pero Lucia se zafó de él y, con lágrimas de odio, le espetó con sarcasmo a la cara al pasar por su lado.

—Si no me rindo ante los perros, tampoco ante vosotros.

Esa noche abordó sin miramientos a Martine en el barracón.

—Hoy te has largado. Me odiáis, queréis machacarme. Los *collabos* sois vosotros.

—Te fastidia, ¿eh? —le gruñó Martine, con la cara encendida—. Sólo quieres los privilegios de estudiante fascista, pero no los inconvenientes. ¡Mira qué lista la niña de papá!

—¿Qué privilegios? ¿Acaso no vivo como vosotros? ¿No trabajo en la fábrica como vosotros? ¿No como la misma bazofia?

—¡Pero si te encantaba! Las dos primeras noches hasta repetiste. La saboreabas como si fuera caviar.

—Tenía hambre, ¿es que no lo entiendes? Me había pasado tres días de viaje, aterida de frío y sin apenas comer.

—Venga ya. Dijiste que la comida de aquí te parecía más que suficiente, lo oí yo misma, ¿te enteras?

—Pues sí, creía que sería peor, ¿y qué? En mi casa vivíamos sólo con la cartilla de racionamiento, porque mi madre estaba en contra del mercado negro. Me hacía tortas de salvado, y yo las devoraba, ¿estás contenta?

—Encima tacaña la mamaíta.

—No, mi madre lo hacía por amor patrio.

—Pues entonces es que además eres tonta —zanjó Martine.

—No vuelvas a largarte —la retuvo Lucia—. ¿Sabes que mi padre es subsecretario de Estado de la República de Salò? Si quisiera privilegios no estaría aquí ahora.

—Bueno es saberlo. Entonces ¿para qué has venido?

—Para saber la verdad.

—¿Y ya la sabes?

—La estoy descubriendo, sin paños calientes y sin aprovecharme de mi posición.

—Eso lo dices tú. Por si te interesa, que sepas que tu capataz en el Ch 89 está hasta el gorro de las quejas de los alemanes sobre ti. Pero ha recibido órdenes de arriba de que «te deje adaptarte», de que tenga manga ancha contigo. Si a cualquiera de nosotros se le ocurriera darse tus paseítos por la IG Farben, no se iría de rositas como tú. Y tus ridículas palanganas, si las hubiera pedido una de nosotras, ¿crees que se las habrían dado? Una bofetada, eso es lo que se habría llevado. Así que estate calladita y tus mentiras filantrópicas se las cuentas a otro. ¿Por qué te justificas? Eres lo que eres.

—Yo no soy una *collabo*.

—Entonces ¿por qué guardas retratos de Hitler y de Mussolini en el fondo de tu mochila?

—Habéis hurgado en mi taquilla. Y luego soy yo la espía, ¿no? Ladrones y soplones, eso es lo que sois.

—Denúnciame al *Lagerführer*.

—Es lo que pienso hacer.

Martine se subió a su litera y se tapó la cara con las mantas.

Lucia dio vueltas y vueltas en la cama toda la noche. Se había olvidado por completo de esas fotografías que guardaba en la mochila (¿cómo era posible?). También la mantenía despierta el hambre. Casi todas las compañeras tenían pequeñas provisiones secretas que a saber de dónde sacaban, pero ella se alimentaba sólo de lo que le servían en el comedor. Y al principio hasta lo había encontrado sabroso. Al cabo de tan sólo dos semanas, cuanto más engullía, más hambre tenía, aunque terminara las sobras de puré de garbanzos y de sopa de nabo y patata que Martine se dejaba en el plato. Reparó en que las otras francesas no habían intervenido en su discusión con

Martine con sus sarcasmos de costumbre. Se habían quedado escuchando en silencio.

III

A la mañana siguiente se levantó triste. Tengo dieciocho años, pensaba, y sólo me entiendo con los perros lobo a las órdenes de los nazis.

Cuando se dirigía en columna hacia la fábrica, cayó en la cuenta de que sólo allí tenía paz. Al acercarse a los edificios de la IG Farben, notó que los ladrillos ennegrecidos le transmitían una sensación de familiaridad, y apretó el paso hacia las volutas de humo que se escapaban de las chimeneas. Dentro de Höchst, la columna aminoraba la marcha al bordear los edificios que rezumaban olores minerales entre el zumbido de los motores. Algunos grupos se desgajaban de la columna para presentarse en sus respectivas entradas. Delante de una plaza, entre macizos bloques de viviendas populares de principios de siglo, Lucia franqueaba un imponente portón de hierro de doble hoja, ante los ojos de dos guardias que la seguían con la mirada desde sus garitas acristaladas, y fichaba, antes de dirigirse a su taller.

Esa mañana no se ausentó ni un minuto de su puesto de trabajo.

Pero a mediodía, camino del comedor de costumbre, al pensar que tendría que encontrarse de nuevo con esos rostros hostiles, vaciló. Decidió ir a almorzar al comedor de los de Bérgamo, una comunidad entera de obreros y peones que no se juntaban con los demás. Ya iba para allá cuando se convenció de que no tardaría en sufrir el mismo rechazo por parte de los nuevos comensales. Por ello de repente decidió unirse a los rusos. Les demostraría a los italianos y a los franceses que era más democrática que ellos. «Desprecian a los rusos —pensaba—, los tildan de atrasados. Se lo demostraré.»

No sabía que las autoridades del lager prohibían terminantemente cualquier relación entre esas dos comunidades humanas, la del este, incluidos los eslovenos, y la del oeste. Se dirigió a la parte trasera de los edificios y

entró en uno de los comedores para rusos y polacos, entre centenares de cuerpos abrigados, voces roncadas de hombre, otras más agudas de mujer y manos que alargaban las escudillas.

Fue hasta una mesa y, desde la primera cucharada, notó un mal sabor de boca: no había ni comparación con la sopa de verduras que daban a los occidentales. En ésta no había más que nabos machacados, sin una pizca de patata. Y el pan negro era tan peguntoso que se quedaba pegado a los dedos.

Dejó la sopa y se fue directa a quejarse a la dirección de la fábrica. Exigió ser recibida por el director en persona. Su aplomo desconcertó a los empleados. Tras pasar por una antecámara, la invitaron a entrar en un gran despacho luminoso, acogedor y sobrio.

Avanzó hacia el señor sentado ante un escritorio de cristal. Iba vestido de claro, era delgado y tenía el cabello pelirrojo cortado a cepillo y unos ojos hundidos en las cuencas tras unas gruesas lentes.

Le declaró, silabeando bien, que el rancho de los rusos era incomible.

El doctor Lopp la miró.

—Entiendo que no alcance a creerlo —prosiguió la muchacha—. Venga a comprobarlo usted mismo —insistió.

El rostro del doctor Lopp mostraba una expresión más perpleja por momentos. Cuando se levantó, Lucia vio que de pie parecía más delgado y más joven que sentado.

—Hablas correctamente el alemán —dijo éste—. ¿De dónde eres?

Lucia le explicó:

—Lo aprendí en el colegio, desde niña siempre he veraneado en el Tirol y en la Selva Negra.

—¿Qué has estudiado?

—Filosofía y Letras en la Universidad de Padua. Mi familia se trasladó al norte siguiendo al gobierno de Mussolini.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho y medio.

—¿Tan joven y ya en la universidad?

—Salté dos cursos, uno en primaria y otro en secundaria.

—Bien —contestó con una breve inclinación de cabeza—. Y, ahora, vete.

—No, no —se obstinó Lucia—. He venido por la comida de los rusos, esa sopa es una vergüenza, contradice las promesas nazifascistas sobre urbanidad.

—¿Cuánto tiempo llevas en Alemania?

—Mañana hará dos semanas.

—*Ach so* —contestó, y volvió a sentarse ante su escritorio—. Tomaré medidas —dijo, y con un gesto de la mano le indicó que se marchara.

—Director —se exaltó Lucia—, como usted bien sabe, una paz que mil años dure sólo puede construirse sobre la igualdad entre los pueblos.

El doctor Lopp pulsó un timbre en su escritorio. Apareció un hombre en la puerta, y el director le señaló a la muchacha con la barbilla. Con un rígido ademán, éste le tocó el brazo, empujándola fuera. Cruzaron una hilera ordenada de despachos, con largas mesas y estanterías de madera de arce sin pulir. El bedel le indicó la escalera de servicio situada en la parte trasera del edificio.

Como represalia, al día siguiente de sus quejas al director Lucia volvió a presentarse en el mismo comedor para rusos y polacos.

Recorriendo con la mirada las hileras de mesas con hombres y mujeres amontonados, nabos rancios, ropa y cuerpos sucios, vio sobre un banco, dobladas en un rincón, dos chaquetas de deportados. Arrancó de una de las solapas el triángulo de tela donde ponía OSTEN, la marca que los rusos debían llevar visible, y más tarde se la cosió en la chaqueta de su uniforme.

Al cuarto día de almorzar con los rusos y los polacos —allí conoció a Johann—, fueron a buscar a Lucia y la llevaron a la dirección. El doctor Lopp se levantó de un salto. Con un gesto le indicó al guardia que saliera, se acercó a la muchacha y le dijo que se arriesgaba a ir a Dachau si no entraba en razón.

Lucia contestó que no necesitaba amenazas, sino justicia para todos los trabajadores extranjeros del Tercer Reich. Se marchó sin esperar a que se lo pidiera, satisfecha de habersele anticipado. Corrió al comedor, pero le cortaron el paso enseguida y la llevaron de vuelta a su puesto, sin almorzar. El capataz le comunicó que habían ordenado su traslado a la planta baja, fuera del taller, donde se ocuparía de cargar y descargar bloques de ácido sulfúrico congelado a setenta y ocho grados bajo cero, junto con los

prisioneros rusos y los sublevados de Varsovia. El vigilante le explicó:

—Ya que tanto los quieres, vete a trabajar con ellos.

No había transcurrido ni una semana, y ya tenía Lucia las manos agrietadas, llenas de cortes que le escocían noche y día, así como llagas en el pecho, de apoyar en él los grandes bloques de hielo sulfúrico que le atravesaban la ropa y los grandes guantes de tela. En el interior de los gruesos zapatos de madera y fieltro, los pies se le habían despellejado y supuraban una agüilla maloliente. Con cada paso, el roce le producía un dolor insoportable.

Hacía frío y llovía (eran los primeros días de marzo de 1944). Junto con los soldados rusos y los partisanos polacos, Lucia cargaba y descargaba bajo la lluvia.

La muchacha se sentía en paz cuando, en un silencio vacío de pensamientos, pasarse la carga de mano en mano se asemejaba a un gesto de camaradería. Por fin la habían aceptado. De vez en cuando un prisionero ruso le indicaba con un ademán que se quitara el OSTEN de la chaqueta.

Los bloques se amontonaban en un camión o a veces sobre un carrito tirado por dos prisioneros a modo de caballos. En ocasiones los obreros tenían que ir a sacarlos de los vagones, en el apeadero frente al canal, para llevarlos en brazos hasta algún taller que siempre parecía hallarse en el otro extremo.

También a Lucia le ocurrió tener que caminar más de un kilómetro con el hielo sulfúrico contra el pecho, hasta llegar al taller. Acompañada por el chirrido de las máquinas, corría entre los bloques de la IG Farben, edificios ennegrecidos que parecían dar la espalda a las calles desiertas.

De tanto en tanto un grupo de internos andrajosos aparecía y desaparecía, aspirados por un portón oscuro.

Algunos días, cuando sonaba la sirena del almuerzo, y Lucia corría a comer, lejos de la zona en la que se alineaban los comedores de los trabajadores franceses e italianos donde solía ir al principio, sentía ganas de dirigirse hacia allí y aflojaba el paso. Pero pasaba de largo con las manos en los bolsillos, esforzándose por no volverse. Que vieran los soldados de

guardia que no le importaba en absoluto no poder entrar. En realidad lo había intentado, pero el oficial nazi le había prohibido el acceso, so pena de trasladarla de su lager al de los Osten.

Lejos de las miradas, Lucia se detenía a contemplar el agua turbia y grasienta del canal, que arrastraba lentamente los desechos de la IG Farben hacia el río. Grumos gomosos flotaban en la superficie. Se decía a sí misma que quizá debiera romper todo vínculo con los «occidentales» y trasladarse con los Osten, aunque el lager de éstos estaba abarrotado, se hacinaban treinta o cuarenta personas por barracón. Los italianos y los franceses entenderían el daño que le habían hecho con sus burlas. Pero el lager de los Osten estaba aún más lejos, y esos tres kilómetros de más la aterraban, pues ya los cinco (que separaban su lager de la fábrica) se le hacían interminables.

A veces los prisioneros franceses la llamaban cuando pasaba delante de su taller con las manos vacías, de vuelta de cargar con una remesa de hielo sulfúrico. Pero Lucia apartaba la mirada.

Al acabar su turno, abandonaba casi a regañadientes la fábrica. Disponiéndose en columna fuera de los edificios, aspiraba los olores acres en la noche húmeda, de la que le llegaba sólo un zumbido ahogado a causa del fragor ensordecedor de las máquinas, que se le quedaba metido en los tímpanos.

Y, por fin —habían pasado seis semanas desde que se había marchado a Alemania—, recibió dos cartas de su madre juntas. Por la noche, al volver al campo, el *Lagerführer* se las entregó durante el recuento.

Cada dos semanas, los *Freiarbeiter*^[27] podían escribir a sus familias un volante postal que había que solicitar en una ventanilla situada en el comedor del lager, y echarlo después en el buzón correspondiente, sin cerrar. La entrega se anotaba en un registro y, si se extraviaba el volante, el interno perdía el derecho a ese turno de correo.

Nada más llegar a Höchst, Lucia escribió a sus padres que estuvieran tranquilos, comía lo suficiente, y el barracón disponía de buena calefacción. Después le dio su bufanda a la italiana de Bérgamo embarazada, a cambio de dos volantes postales, en los que escribió que estaba aprendiendo mucho de esa experiencia, pero que se le habían roto los zapatos y que por favor le

mandaran un par de botas de montaña que se había dejado en casa. Más tarde, en el volante que le correspondía por derecho, suplicó que se dieran prisa en mandarle otro par de zapatos y las botas de montaña, así como *algo de comer*, añadiendo que no se podían entender las cosas desde la distancia.

Lucia comprobó en los matasellos las fechas de expedición y abrió la primera carta. Su madre le contestaba, con su letra amplia e inclinada, que se alegraba de sus noticias. Le decía que ella siempre había sabido que los rumores sobre los lager nazis eran calumnias, «por eso me parecía inútil que te expusieras de esa manera para restablecer verdades que no estaban en entredicho». Había pasado «días atroces» desde que su hija se había fugado de casa sin despedirse siquiera, dejando sólo esa notita sobre la cama vacía, hasta recibir su primera señal de vida. «Ahora que sé dónde estás —escribía—, estoy un poco más tranquila.» Le angustiaban sobre todo los bombardeos, pero también el frío, «hija mía, abrígate bien cuando salgas». Y concluía: «Te lo ruego encarecidamente, Lucia, mantén bien alta tu dignidad».

Firmaba la carta «tu madre que se preocupa por ti».

Hasta bien entrada la noche no se decidió Lucia a abrir la segunda carta de su madre. La caligrafía era más imperiosa (prueba de ello eran las barras de las tes y los acentos). «Hija mía —empezaba la misiva—, no estás bien. ¿Por qué no vuelves a casa? No tienes más que ir al consulado italiano de Frankfurt y pedirle al cónsul en persona que te consiga un trabajo más *conforme*. El cónsul lo entenderá.» Y concluía así: «Esperemos al menos que esta experiencia te sirva para comprender que cada cual tiene que seguir su propio camino sin apartarse. Como decía Manzoni, “las cosas humanas hay que experimentarlas sin exceso”. Hasta pronto, tu madre que te espera».

(Más adelante, la madre se resignó a la «testarudez» de la hija y le envió un paquete tras otro, cuando ya habían sucedido los hechos que narra este relato.)

Lucia guardó las dos cartas en su mochila. Abrió el tercer volante al que tenía derecho y que había recogido la tarde anterior. Al amanecer se vistió sin lavarse y, anticipándose a los demás internos, esperó en la plaza a que se formase la columna para ir a la fábrica.

En el barracón ya no se juntaba con nadie. No hablaba con ninguna

compañera. En el comedor engullía de prisa su ración, terminándose incluso las sobras de sus vecinos, sin importarle si era gente sucia o limpia. Ella misma descuidaba su aspecto y ya no se lavaba. Cuando se quitaba las vendas de los pies (un ruso le había regalado unas de lana) antes de tumbarse, se deleitaba con su propio hedor como una revancha. Alguna mujer le daba un trozo de pan, que Lucia agarraba sin dar las gracias. Jacqueline, la muchacha francesa que le había negado un trozo de papel de periódico, era la más generosa con ella.

Lucia empezaba a distinguir a las dieciséis francesas de su dormitorio, de las que solía encontrarse sólo con cuatro, pues las otras tenían turnos de trabajo distintos (no coincidían a la misma hora en el barracón). Sobre todo estaba atenta a no cruzar una mirada con Martine ni por casualidad, pese a que sentía su presencia.

Algunas noches, apretándose las manos contra el pecho para atenuar el escozor del ácido en la carne, salía del barracón y, seguida por los perros lobo, se paraba cerca de la alambrada de espino, pensando en quitarse la vida.

Las noches de bombardeo, cuando las explosiones estallaban, retumbando en el cerebro, sin que los internos alcanzaran nunca a calibrar la distancia en la oscuridad, se quedaba en su litera o vagaba entre los barracones.

Poco a poco fue dirigiendo su odio contra el refugio antiaéreo del lager. Esa galería de cemento de un centenar de metros semienterrada en la que sólo cabía un millar de internos de pie o sentados en el suelo, de los tres o cuatro mil que contaba el campo, era para Lucia un largo intestino serpenteante que formaba en medio de las hileras de barracones un ligero relieve y sobre cuyo arco la grava chirriaba a cada paso con un sonido que daba dentera, mientras el hueco de la cavidad retumbaba.

Cuando todos se amontonaban «para embutirse en ese intestino», entrando por los dos extremos, sin vías de acceso intermedias, Lucia se decía que no temía a la muerte, pero no quería que las bombas, al caer sobre las salidas, la sepultaran en ese túnel-ataúd, asfixiada con sus compañeros antes de que los auxilios tuvieran tiempo de desescombrar las aberturas obstruidas. Que reventaran todos, a ella le traía sin cuidado.

Una noche se acurrucó en el suelo, fuera de su barracón, y se dejó

empapar por la lluvia de marzo. Arrebujada en su manta, con la espalda apoyada en el entablado desigual de la pared trasera, que parecía querer hacerse pedazos con cada explosión, se rodeó las rodillas con los brazos contra el pecho. Escuchaba el latido acelerado de su corazón en la densa oscuridad del lager, mientras contemplaba las llamas que se elevaban en el horizonte pese al agua que caía del cielo, entre el estruendo de los estallidos cuyo eco reverberaba en lontananza. Hasta que oyó la señal del final de la alerta y las voces excitadas de las compañeras que volvían del refugio.

Al despertar sintió que tenía fiebre alta. Tosía sin parar. No quiso bajar de la litera: «Solicito visita médica», le declaró al guardia.

—Si te quitas el OSTEN de la solapa, entonces sí, puedes ir a la enfermería. Si no, *raus*, a trabajar.

Lucia se levantó y se fue a la fábrica.

Después de comer, en la pausa de mediodía, se unió a los Osten y los P. Cuando no llovía, éstos se tumbaban en el suelo a orillas del canal, detrás de los edificios, bajo los pálidos rayos de sol que atravesaban el cielo blanco hasta ellos, muy cerca unos de otros para calentarse con la tibieza de los cuerpos.

Lucia se tendió junto a Grùscenka. Se habían conocido en el Ch 89, donde la muchacha rusa estaba al cargo de los retretes subterráneos, un puesto estratégico, según decía, que le permitía estudiar el estado de ánimo de los obreros.

Grùscenka era una muchacha harapienta y sucia, pero esbelta y de porte elegante. Lucia se había fijado en que hasta los alemanes se extasiaban contemplando su rostro ovalado, su frente alta apenas abombada, el arco de sus cejas, sus ojos azules y distantes y su fina nariz, un rostro tan perfecto que parecía frío, casi abstracto.

Tenía veinticuatro años, había estudiado en la Academia Naval de Moscú para ser capitana de la marina mercante. La habían detenido cerca del frente. Era una suerte que sólo la hubieran deportado, decía flemática.

Las dos muchachas cuchicheaban sin parar en alemán, lengua que la rusa conocía mejor que el italiano.

Adoptaron la costumbre de tumbarse una al lado de la otra, entre el olor a

podrido que subía del canal y se mezclaba con ese otro, animal, de los monos de trabajo. Soñaban bajo la niebla, en una lengua extranjera para ambas, con robar zapatos y vestidos. Era una ensoñación lánguida y tranquila, en la que el único problema consistía en no dejarse coger. Con su voz cristalina, Grùscenka proponía entrar a trabajar como empleadas domésticas en casas privadas para poder elegir cómodamente la mercancía y llevársela en el momento más oportuno. Lucia, siempre atenazada por el hambre, sugería apuntar más bien al dinero, la comida y las cartillas de racionamiento.

Junto a las dos muchachas dormitaban, uno a continuación del otro, dos deportados polacos, civiles ambos, Johann y Stanislaw, que de vez en cuando decían alguna palabra entre bostezos, sobre todo cuando Johann, atento al parloteo femenino, descartaba o aprobaba con un gruñido una propuesta de la rusa o de la italiana. Stanislaw, que no entendía el alemán, metía baza con sus propios gruñidos en cuanto Johann le resumía la fase en la que estaba el análisis de las muchachas sobre las posibilidades de servir en algún domicilio privado de los alemanes.

IV

Grùscenka y Lucia confabularon felices durante todo el turno de trabajo. La italiana bajaba a los retretes del Ch 89 cada vez que podía eludir la vigilancia del capataz y escuchaba atentamente los consejos de su amiga. La mujer de un guardia del lager la había mandado llamar, por mediación del marido, para que le lavara la ropa en casa. Tanto el *Lagerführer* como los guardias vivían con sus familias en un complejo de casas de piedra a orillas del lager, en la parte que daba a la calle. En uno de esos edificios estaban también las oficinas administrativas, y otro albergaba a un pequeño pelotón de guardias.

Por la tarde, al volver de la fábrica, Lucia acompañó al guardia hasta su casa. Para causarle buena impresión a su mujer, y siguiendo lo pactado con Grùscenka, Lucia se acicaló bien, duchándose en el vestuario al terminar su

turno, y se presentó con su expresión más docta y distinguida. Pero la llevaron directamente a la lavandería, donde estuvo restregando ropa blanca desde las siete de la tarde hasta las once de la noche, vigilada en todo momento por la alemana, que contaba sin cesar las prendas íntimas y siempre le parecía que faltaba alguna. Para no tener que alejarse ni un instante de la extranjera, la esposa del guardia, una mujer de expresión mansa y como asustada, movilizó no sólo a su hijo mayor, sino también a las hijas menores, dos niñas de corta edad a las que llamaba una y otra vez para que le trajeran un poquito de lejía, otro poquito de jabón, una funda olvidada, despachándolas al instante con un gesto de la mano. Las niñas señalaban a la extranjera, deteniendo la mirada en el dobladillo deshilachado o en los remiendos de su indumentaria.

A Lucia le hubiera gustado vestir las últimas prendas propias que aún conservaba, un traje de lana verde oscuro y un abrigo gris con adornos de astracán que guardaba en su taquilla. Pero cuando fue a ponerse el vestido se dio cuenta de que no le cabía: se había ensanchado tanto en poco más de dos meses que se le reventaron las costuras en las sisas y en el costado. Tuvo que presentarse en la casa con la chaqueta y los pantalones de fustán que llevaban todos los internos, que por lo demás desentonaban menos con sus botas de suela de madera (se había quitado el OSTEN de la solapa).

La muchacha tenía de sí misma la imagen inmaterial que se había llevado de Italia, y no se veía tal y como era ahora: robusta, con la cara abotargada y la mirada alerta bajo sus modales educados. Se ofreció como lavandera a todos los guardias del lager, pero no volvieron a llamarla para servir en sus casas. Lo que sí consiguió fue venderles su Omega de oro a cambio de ocho hogazas de dos kilos cada una, su abrigo a cambio de otras cinco, y su vestido, a cambio de dos.

Nada más vender su reloj de pulsera, después de comerse dos hogazas seguidas en una sola noche, tapada con la manta para que no la vieran o refugiada en el retrete, pensó que se estaba comportando exactamente igual que esas compañeras a las que despreciaba por alimentarse a escondidas, ajenas a la mirada famélica de sus vecinas. En los pocos días que tardó en zamparse las provisiones, se pasó el tiempo calculando febrilmente a cuántos

gramos tocarían por cabeza si compartía sus hogazas con los diez prisioneros rusos y los cuatro insurrectos de Varsovia con los que trabajaba en el Ch 89, además de con Grùscenka, Johann y Stanislaw, las veintiuna compañeras de barracón y los prisioneros italianos del Ph 32 que estaban enfrente de su taller, una veintena de hombres envilecidos a los que los alemanes llamaban «los badoglianos»[*] y los franceses, «borregos fascistas», y a los que no podía negar al menos una hogaza. Los prisioneros italianos del armisticio del 8 de septiembre de 1943 eran los únicos, junto con los prisioneros de guerra soviéticos, que no disfrutaban de la asistencia de la Cruz Roja internacional, de la que franceses y angloamericanos recibían paquetes de alimentos. No podía negarles un pedazo de pan.

Por la noche, bajo las mantas, tumbada de lado en su litera, que por suerte era la última de la fila frente a la puerta, volviendo la espalda a su vecina de jergón, Lucia cortaba meticulosamente las rebanadas de pan para repartir, subdividiéndolas hasta el infinito para no excluir a nadie, hasta que se apagaba la luz. Al despertar, escondía las rebanadas debajo de la chaqueta y se las llevaba a la fábrica. Una vez en su puesto, avergonzándose de repente de su racanería, doblaba las raciones, prometiendo a quien se había quedado sin nada que recibiría lo suyo al día siguiente. Estaba tan absorta en esta tarea de división, multiplicación y distribución de los gramos —acordándose de pronto de alguien a quien había omitido— que engullía sin darse cuenta los bocados robados a sus propios cálculos mentales. Después, afligida al ver que se había zampado media hogaza, tenía que volver a empezar de cero todas las cuentas para reducir de nuevo equitativamente las raciones.

Movida por el temor de atiborrarse ella sola si hacía durar demasiado sus reservas de pan, aceleraba el reparto, y fue un alivio para ella cuando, al cabo de seis días, se acabaron por fin las ocho hogazas.

Era el día del cumpleaños de Hitler, el 20 de abril de 1944, y los altavoces de la fábrica y del lager difundían himnos marciales y coros festivos alternados con breves comunicados que exaltaban al Führer.

Tumbados a orillas del canal, en la pausa del mediodía, Grùscenka observaba que los nazis, omnipresentes e invisibles, parecían un ente metafísico. Ella los había vislumbrado un instante en el momento de su

detención y su deportación, pero después ya no había alcanzado a distinguir a ninguno, excepto al *Lagerführer*, que obraba por mediación de los guardias y los vigilantes, apareciendo rara vez en carne y hueso. Por otro lado, el capataz de la fábrica no tenía una mirada nazi, y los pocos técnicos alemanes que había sobre todo parecían preocupados por controlar la violencia reprimida de los extranjeros.

—Ponte en su lugar. Somos entre diez y quince mil obreros, representamos al menos el ochenta por ciento de la mano de obra.

Johann susurró que el guardia alemán de un depósito de alcohol se lo había llevado aparte esa mañana y le había dicho: «Quiero celebrar contigo el nacimiento del Führer: haré la vista gorda y dejaré que te lleves alguna botella. Pero te advierto que, si te pillan, te acusaré a ti más que a nadie».

El último cuarto de hora del descanso lo emplearon en organizar los robos. Saltando por encima de los cuerpos tendidos de sus vecinos, se ocultaron detrás de un cobertizo. Grùscenka propuso contar también con los prisioneros franceses, que podían dar salida al alcohol haciéndolo pasar por un producto de los paquetes que recibían de la Cruz Roja.

—Ellos pueden mantener alto el precio. Pero si lo revendemos nosotros, los Osten y los P —dijo, como si pronunciara el nombre de una empresa—, ¡la gente pensará que lo hemos robado! —exclamó con fingida consternación. Se le endureció el semblante—: Cualquiera puede denunciarnos o chantajearnos. Por eso trata de interesar a los franceses, Lùszia, porque, si no, lo más que podremos hacer con ese alcohol es emborracharnos.

—¡Eh! —rio Johann, guiñándole un ojo—. ¿Qué pasa, es que le haces ascos a noventa grados de fuego en las venas?

Stanislaw, alto y enjuto, con unos ojos brillantes en un rostro apagado, seguía hablando en polaco, metiéndose el puño aquí y allá debajo de la chaqueta y los pantalones, como si tuviera bultos por todos lados. «Alguien que sale cada tarde con un bulto en alguna parte acaba llamando la atención», tradujo Johann. Por eso Stanislaw insistía en que había que constituir una cadena para que no fueran siempre los mismos internos los que sacaran el botín de la fábrica.

Los cuatro jóvenes se apresuraron a hacer tratos para el día siguiente.

Como todos los occidentales, los internos civiles del este formaban en columna en la calle, fuera de la fábrica, por lo que desde los diversos talleres podían llegar en grupos separados hasta los portones, mezclándose también con los prisioneros franceses sin llamar la atención. (Sólo los prisioneros de guerra rusos y polacos debían avanzar en columna nada más salir de los talleres.)

—Tú diles a los franceses que pongan a un par de personas entre un edificio y otro, en los cruces de las calles del perímetro interno de la IG que recorreremos todos los días —dijo Grùscenka—, para discutir la comisión que quieren llevarse a cambio de revendernos el alcohol y, llegado el caso, pasarles el botín.

—Es mucho mejor hacerlo bajo techo —declaró Johann—. Es fácil cambiar de vestuario, nadie se fija. Mejor diles a esos señores: nos indicamos mutuamente los vestuarios en los que cada uno va a lavarse por la tarde, y así, en lugar de meterse cada cual en el suyo, entra por error en el del compañero encargado de sacar la mercancía y se la entrega.

Esa noche, en el barracón, Lucia llamó aparte a Martine. Llevaban ocho semanas sin hablarse, desde que habían discutido por la broma de la cuchara y el mendigo. La francesa invitó a Lucia a su cama, en la única litera junto a la puerta que no tenía otra al lado. Acurrucada para hacer sitio a la italiana, le confesó en voz baja que llevaba tiempo robando azúcar y jabón de la fábrica, ayudada por Étienne y Alain.

—Un día —evocó con orgullo—, saqué medio kilo de azúcar de una sola vez.

Lucia se explayó sobre la cuestión de los vestuarios:

—Allí podemos trabar relación con gente de todas las nacionalidades, hasta les podemos fastidiar su división entre este y oeste. Yo podría seros de utilidad, ¿entiendes? —Y, contando con los dedos, enumeró—: Duermo en el lager de los occidentales, trabajo con los Osten y hablo varios idiomas.

De repente Martine se puso rígida, con los ojos brillantes y los finos labios más rojos que de costumbre, y en tono tajante le aseguró que al día siguiente hablaría con los franceses para que aceptaran a Grùscenka, Lucia, Johann y Stanislaw en su banda.

A la salida de la fábrica, Grùscenka mostraba a los guardias una bolsa llena de trapos inocuos que se dejaba inspeccionar sin oponer resistencia. Alain se interponía entonces, hablando con el guardia con dificultad. Martine aprovechaba para meter el botín en la bolsa de Grùscenka y se ponía a despotricar en voz alta del cómplice que entretenía al guardia mientras los demás pasaban frío esperando. Empujándolo a un lado, ella misma se ofrecía al control, apartando los brazos del cuerpo. Grùscenka suspiraba, con la típica expresión resignada de los Osten, y salía con actitud humilde.

O bien Lucia se guardaba una botella de licor debajo de la chaqueta, sosteniéndola con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos bajo las axilas, como si tuviera frío, y pasaba con la cabeza alta delante de las garitas de los guardias, que cacheaban a los obreros a la salida. «Rápido —suplicaba —, mi columna se está yendo ya.» Un guardia le palpaba rápidamente los bolsillos de la chaqueta y de los pantalones, y la muchacha se alejaba.

Pero tenían que inventar nuevos métodos continuamente. En efecto, un día un guardia quiso que Lucia separase los brazos del cuerpo. La muchacha sacó una sola mano, amoratada y magullada, de debajo de la axila y, con ojos acusadores, la agitó ante sus narices. «¡Fuera, fuera!», dijo el guardia, irritado, y Lucia se escabulló por la puerta.

—El cielo nos protege —le susurró a Martine mientras caminaban juntas en dirección al lager—. Justo hoy a uno se le ha escapado de la mano un martillo y me ha aplastado los dedos. De no ser por eso, ¿qué le habría enseñado al guardia? Mira, las llagas que me han durado semanas ya se me han quitado. Tenía piel de elefante en manos y pies, y ahora ni la más mínima grieta.

Las dos muchachas se llevaban bien y solían quedarse charlando por las tardes en el barracón.

La noche del cumpleaños del Führer, sin que nadie la viera, Lucia rompió y arrojó a la estufa las fotografías de Hitler y Mussolini que guardaba en su mochila. Y siempre comprobaba que el candado de su taquilla estuviera bien cerrado, porque no quería que sus compañeras la creyeran derrotada.

—Sigues sin condenar el fascismo —le dijo Martine una noche a quemarropa mientras se desnudaba en su litera—, le encuentras atenuantes

con respecto al nazismo.

—Tengo que reflexionar —contestó Lucia, cogida por sorpresa—, tengo que encontrar un criterio de valoración que no me falle a la primera comprobación. Aquí he podido ver las cosas desde el otro lado, pero ¿y allí?, no tengo ni idea.

—Ni caso —intervino la chica que conseguía pequeñas provisiones prostituyéndose—. ¿No entiendes que se ha criado entre ricos?

Pero Martine quería saber qué le veía la italiana al fascismo.

Mientras enumeraba los valores de la patria, la entrega a la causa y la fortaleza de espíritu ante las dificultades, Lucia era consciente de lo endeble de su explicación, lo cual le resultaba humillante, y culpaba de ello a Martine.

—¿Por qué la llamas la italiana? —preguntó Jacqueline—. No ves que está siempre con nosotras, es más francesa que tú y que yo juntas.

—No, bonita —le replicó Martine—, con sus compatriotas es más soberbia: una de dos, o bien porque siente más la diferencia de clase, o porque se avergüenza de ser fascista.

—¿De qué soberbia hablas? He nacido y vivido catorce años en Francia, mientras que en Italia sólo he pasado cuatro años. Estoy menos familiarizada con la mentalidad italiana, nada más.

Una tarde que lloviznaba, Lucia vio a Martine enfrentarse a su novio a la salida de la fábrica.

—Es un error querer dejarla en la estacada de golpe.

Rodeándole los hombros con el brazo, Étienne caminaba despacio con Martine bajo la lluvia. Por cómo gesticulaba, se entendía que le explicaba sus razones.

El comportamiento de Martine era errático. Un día le decía a Lucia: «No te dejes intimidar», y otro le mascullaba:

—Hala, sigue defendiendo tu fascismo. La que saldrá perdiendo eres tú cuando quieras deshacerte de ese lastre, y nadie se digne ayudarte.

—Hasta ahora he opinado de cosas que no sabía —replicaba Lucia—. Por eso ahora ya sólo quiero juzgar aquello que conozco, apañándomelas con los valores que tengo, o con los que voy descubriendo.

—¿Y cuáles son esos valores, si se puede saber?

—La solidaridad, por ejemplo, que no tiene nada que ver con el carácter coral del fascismo.

—Eso ya lo veremos.

Los prisioneros franceses que trabajaban en el torno adyacente al Ch 89 eran ahora más amables con Lucia, que volvió a tomar la costumbre de pasar un rato con ellos después de su tarea.

—Quítate ese OSTEN de la solapa —le dijo Alain, el prisionero entrado en años.

—Eso mismo me han ordenado los nazis.

El hombre hizo una mueca.

—Quieres llamar demasiado la atención, no nos sirves.

—¿Te crees que yo os necesito? —saltó Lucia herida en su amor propio.

—Tanto mejor. No nos interesan los que quieren llamar la atención —repetía Alain distraídamente.

Son unos chovinistas, pensaba Lucia, no se codean con los rusos. Sólo se dignan tratarme porque hablo francés. Pero también tenía la sensación de que la estudiaban, como si quisieran algo de ella.

Y, hacia finales de abril, empezó a relacionar entre sí ciertos detalles. Con el mismo tono que empleaba Grùscenka, Martine comentaba que en la IG Farben los alemanes eran minoría con respecto a los extranjeros.

Por otra parte, Martine le preguntaba con frecuencia sobre su infancia y su adolescencia en Francia: ¿qué había observado en el comportamiento de la gente, de los desconocidos, que no se daba en Italia? Y a su vez le contaba que había sido obrera en Renault, en la cadena de montaje, desde los dieciséis años, pero no le había dado tiempo a vivir las huelgas y la ocupación de las fábricas porque justo había estallado la guerra, y los alemanes habían invadido Francia.

Entonces Lucia recordaba las manifestaciones en París, que desfilaban por la calle Monge, donde ella vivía. Recordaba el eco de las consignas que la acompañaba camino del colegio, aquellas palabras coreadas que no entendía.

Así, inesperadamente, una mañana que caminaban en columna al amanecer hacia la fábrica, a Lucia se le ocurrió una idea extraordinaria.

—Martine —le murmuró al oído—, ¿por qué no organizamos una huelga?

—¿Te has vuelto loca? —La amiga le rio en la cara—. Y, además, ¿qué manía te ha dado últimamente de ir diciendo por ahí que te deportaron a Alemania? Ya me lo han referido tres personas. Voluntaria eres y voluntaria te quedas.

Lucia nunca hubiera querido que esa debilidad suya llegara a oídos de Martine, por lo que, al verse descubierta, replicó con voz ahogada:

—Debería habérmelo imaginado: tenéis miedo. Vosotros mucho ladrar, pero nunca morderéis.

V

Algunos franceses llevaban más de un año (esto Lucia nunca lo hubiera imaginado) preparando una huelga en la IG Farben. Alain era un partisano francés que se las había agenciado para ser deportado a Alemania, junto con otros *maquisards* como él, para organizar desde allí una sublevación de trabajadores extranjeros, que, según decían, eran unos quince millones entre hombres y mujeres trasladados al Tercer Reich, de los cuales seis o siete millones estaban empleados en la industria.

Un comando entero formado por cincuenta y dos combatientes se las había apañado para ser detenido en una redada por las fuerzas de ocupación, como prisioneros de guerra o simples civiles. Habían tenido cuidado de ser sorprendidos en momentos y lugares distintos para que los pusieran en convoyes con destino a ciudades distintas. Eran todos obreros cualificados, por lo que estaban seguros de que los emplearían en los complejos industriales más importantes. Por motivos de control y de organización

logística, a la mano de obra extranjera se la concentraba en las grandes fábricas que elaboraban las piezas, y no en aquellas de las que salían los productos bélicos ya terminados. La tarea de los militantes franceses consistía en hacer coincidir la sublevación de los extranjeros, empleados en estos centros, con el desembarco de los aliados en Normandía, para debilitar a los nazis en el frente interno y acelerar así su rendición.

Estos franceses se comunicaban entre ellos en código, convenciendo a algún alemán compasivo e ignorante para que transcribiera los mensajes de su puño y letra y enviara las cartas a su nombre.

Las informaciones más delicadas procedentes de la base de operaciones se las referían de viva voz personas como Martine, que, al ser voluntaria, había podido elegir su destino de trabajo en Alemania. Ayudado por Étienne, Alain había sensibilizado e implicado en el proyecto a una decena de franceses. Y el contacto con los demás corría a cargo de Martine, que, como voluntaria, disfrutaba de una mayor libertad de movimientos.

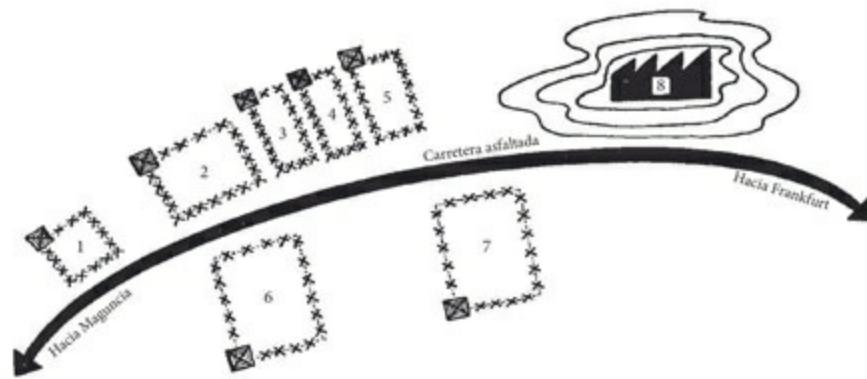
Los militantes franceses habían trazado el mapa topográfico de los lager que cubrían la llanura de la ladera oeste de Frankfurt-Höchst, del lado del Rin.

Los lager de los prisioneros de guerra eran cuatro, unos al lado de otros, autónomos en materia de cocinas y cada uno con su propio *Lagerführer*, pero coordinados entre sí para algunos servicios como la desinfección y el uso del refugio antiaéreo, y divididos según el esquema de costumbre entre el este y el oeste: los dos lager de los «bolcheviques» y de los prisioneros polacos eran los más distantes de la IG Farben, y los más cercanos, los de los prisioneros de guerra franceses e italianos. Y, al fondo, aislado de los demás, el pequeño lager de los insurrectos de Varsovia.

Al otro lado de la carretera se extendían los barracones de los trabajadores civiles, deportados y voluntarios, divididos en dos complejos de densidad desigual: por un lado el lager de los «eslavos», con unas siete u ocho mil personas, y por otro el de los «occidentales», con cerca de la mitad de internos.

Más difícil había sido trazar el mapa humano de la IG Farben, no tanto por la irregular disposición de los edificios como por lo mezcladas que

estaban las nacionalidades. En los talleres no se respetaba la nítida línea divisoria entre occidentales y orientales que sí regía en los lager y los comedores de la fábrica. En un mismo taller había obreros con triángulo en la solapa o sin él, prisioneros de guerra o trabajadores civiles, aunque sí estaban repartidos por plantas. La planta superior estaba reservada a las máquinas de destilación o de control, junto a los laboratorios, trabajos cualificados y ligeros asignados naturalmente a los alemanes. De allí hacia abajo, las plantas eran cada vez más amplias y empleaban a franceses, belgas, italianos, griegos y croatas (en puestos del mismo nivel), hasta la base, compuesta por eslovenos, polacos y, sobre todo, rusos, a los que correspondían las tareas más pesadas.



Mapa de los lager de Frankfurt-Höchst

1. Lager de los insurrectos de Varsovia.
2. Lager de los bolcheviques (prisioneros de guerra soviéticos).
3. Lager de los prisioneros de guerra polacos normales.
4. Lager de los badoglianos italianos.
5. Lager de los prisioneros de guerra franceses.
6. Lager de los eslavos (numerosos ucranianos y civiles rusos deportados en masa): su población asciende al doble de la del lager de los occidentales, pero las dimensiones son las mismas.
7. Lager de los internos civiles y voluntarios occidentales.
8. Edificios de la ig Farben (más de cien talleres).

Sin embargo, esta disposición en pirámide de los talleres sólo facilitaba los cálculos en apariencia. Ningún extranjero podía subir a la galería o a los laboratorios de los alemanes más que para transportar hasta allí el material (un breve lapso), con excepción, por supuesto, de «una de ellos» como Lucia, y no tanto porque la muchacha fuera fascista —los pocos franceses partidarios de Pétain y los rumanos filonazis de la Cruz de Hierro permanecían en las plantas inferiores—, sino porque era de un rango social más elevado, característica de la que ésta se aprovechaba siempre que tenía ocasión.

Por ello, conseguir contar a los alemanes había requerido de los organizadores un tiempo considerable y complicados cálculos. Los encargados de contar sus caras (que desfilaban deprisa a la entrada o la salida del turno de trabajo) solían describirlas de manera que otro compañero no las reconocía: «El que yo digo es otro», contestaba. Era más alto o más bajo, se perdían bosquejando el retrato robot, vale, entonces era otro. Al final el resultado era siempre un número excesivo de alemanes, y tenían que volver a empezar. O, si no, eran todos los mismos, y se reducían a un número demasiado bajo.

Pero también para establecer la distribución y la densidad de las distintas nacionalidades de extranjeros en cada taller fue necesario un trabajo paciente y meticuloso, con vistas a asegurar una programación eficaz de la huelga.

Hay que precisar que la IG Farben no contaba con campos de concentración (reservados a judíos, presos políticos, homosexuales y presos comunes), sino sólo con campos de trabajo y de prisioneros. Por ello, no se llevaban a cabo tareas de exterminio que pudieran desbaratar el cómputo de las masas recluidas en los lager. Una vez tenidas en cuenta las oscilaciones debidas a la llegada de nuevos convoyes, a los intercambios con otras fábricas, a los traslados imprevistos de comunidades enteras porque se necesitaran refuerzos en otros lugares, se podía deducir con una aproximación satisfactoria que la mano de obra extranjera ascendía a entre catorce mil y dieciséis mil trabajadores, de los cuales al menos un cuarto eran mujeres.

Si bien la distinción entre prisioneros de guerra y civiles era evidente a

primera vista, sobre todo porque los primeros vestían uniforme militar, con las letras KG estampadas en grande en la espalda, en cambio resultaba difícil distinguir entre los civiles a los detenidos y deportados en masa de los voluntarios. En efecto, en cuanto observaban el panorama a su alrededor, estos últimos tendían a negar su condición de voluntarios para confundirse con los demás internos.

En un primer momento, para los militantes franceses era indispensable discriminar entre ambas categorías, pues consideraban a los voluntarios menos fiables. Pero, tras perder varios meses en esta averiguación casi inútil, se habían dado cuenta paulatinamente de que, salvo algunas excepciones de subproletarios que en sus países de origen vivían en la más penosa indigencia, la mayor parte de los voluntarios sentía una aversión por los dominadores aún mayor que la que les profesaban los deportados.

Y cuando veían a alguien reírse abiertamente de las atractivas promesas con las que la propaganda nazi atraía a los más ingenuos a su trampa, se daban cuenta de que la persona en cuestión era uno de esos ingenuos y sabían que no se echaría atrás en el momento de la huelga.

El tiempo de que disponían los organizadores disminuía, pues en noviembre de 1943 Martine les informó de que la preparación de la sublevación de los extranjeros en Alemania debía estar a punto para mayo de 1944, lista para estallar en cuanto recibieran el aviso.

Los conspiradores todavía estaban sopesando el número real de alemanes de la fábrica. Habían conseguido establecer su número, sí, pero ahora debían distinguir también entre ciudadanos alemanes de primera y de segunda categoría, diferencia esta que no resultaba evidente a ojos de un extranjero.

Los de segunda categoría, es decir, los *Volksdeutschen*, eran menos numerosos. Provenían de los distintos países englobados dentro del Tercer Reich, como los alrededores de Danzig, Alsacia y Lorena, algunos territorios checoslovacos y algunas zonas holandesas y flamencas. Enrolados en el *Arbeitsdienst* (servicio del trabajo), partían en convoyes hacia Alemania. Constituían buena parte de los obreros especializados, los camioneros y, de manera más general, los encargados del transporte, los contables asignados a las oficinas y a los lager, y los jefes de cocina de los comedores de la fábrica.

Por el contrario, los alemanes puros, es decir, los *Reichsdeutschen*, eran más numerosos. Pertenecía a esta categoría todo el personal dirigente, hasta el último doctor en química; el cuerpo de empleados, formado casi exclusivamente por mujeres; el pelotón de militares que escoltaban a los prisioneros y deportados extranjeros; el núcleo de soldados de la FLAK (fuerza antiaérea) vinculada a la IG Farben, así como el personal de vigilancia.

Entre los *Reichsdeutschen*, los organizadores de la huelga estudiaban con especial atención a aquellos empleados en cada uno de los talleres de la fábrica, los capataces, los *Vorarbeitern* y los técnicos, que, salvo contadas excepciones, eran hombres no aptos para las armas, ancianos o exentos del servicio militar. Todos aquellos aptos para las armas se hallaban en el frente. Estaban también las trabajadoras químicas (*Laborantinnen*) adiestradas para impedir el acceso de los extranjeros a los laboratorios, y evitar así sabotajes que podrían causar daños incalculables, dado que los productos eran inflamables.

Pero los trabajadores extranjeros tenían tanto miedo de que se desatara un incendio como los alemanes. Por lo demás, era ésta la razón de que todos temieran por encima de cualquier cosa que bombardearan la fábrica: con los polvos químicos, los ácidos y los inmensos depósitos de carburante, los edificios explotarían en cadena, sumiéndose en una única hoguera. Todos se alegraban por igual de haber escapado hasta entonces a tal peligro. Sin embargo, el temor creciente del personal de los laboratorios se traducía en la frecuencia cada vez mayor con la que aparecían en las puertas los símbolos que representaban calaveras blancas con dos tibias cruzadas.

En resumidas cuentas, sumando los *Reichs* y los *Volksdeutschen*, resultó que entre el ochenta y uno y el ochenta y tres por ciento de la mano de obra estaba compuesta por extranjeros.

Una vez realizadas estas pesquisas preliminares, los militantes franceses entraron en contacto con elementos de otras nacionalidades. En determinados momentos, las dificultades les habían parecido insuperables. Había

situaciones objetivamente delicadas: gran parte de los polacos no perdonaba a los rusos que se hubieran aliado con los nazis al inicio del conflicto, que los hubieran invadido y que mantuvieran la ocupación de su territorio aun después de haberse pasado al bando de los aliados. Tan sólo los ciento treinta y ocho hombres de la insurrección de Varsovia secundaron en bloque la huelga, antes incluso de que los conspiradores terminaran de exponerles el plan. Eran todos hombres de mirada huidiza y rostro demacrado. Les estaba prohibido hablar con quien fuera, y tanto sus compatriotas como los demás extranjeros callaban a su paso con una mezcla de respeto y aprensión.

Los nazis habían incrementado el espíritu de sublevación de los ucranianos prometiéndoles la independencia de la URSS, habían alimentado el separatismo de algunas zonas lituanas del norte de Polonia, y respaldado la preeminencia de los croatas en Yugoslavia en perjuicio de los serbios y los eslovenos. Y no era fácil convencer a comunidades tan heterogéneas y divididas por pasiones opuestas de que dejaran a un lado sus propios rencores internos para dar prioridad a la lucha contra quien las había unificado, alejándolas de su tierra natal.

Estaba por último el desprecio de los franceses por los italianos, a quienes acusaban de haberles apuñalado por la espalda la víspera de la derrota para arrebatarse a Francia los territorios de Niza y la Saboya.

Sin embargo, pese a este clima de dificultades, distintos prisioneros y deportados de todas las nacionalidades se habían unido a los militantes franceses, tejiendo poco a poco una red clandestina de apoyo y de información. Dado que la base local de operaciones estaba en el taller de los torneros, anexo al Ch 89, se decidió proceder en espiral en la tarea de convencer a los obreros de que se sumaran a la causa, empezando por los edificios más distantes y siguiendo con los más cercanos. Los organizadores querían evitar que la excesiva proximidad llevase a los trabajadores al corriente del plan a pedir continuamente noticias e información sobre el mismo, provocando una animación que tarde o temprano acabaría por levantar sospechas. Por ello, la tarea de persuasión del Ch 89 quedó para el final. Los organizadores de la huelga no olvidaban un solo instante que el soplo más insignificante podía mandar al garete una empresa de esa

magnitud.

Las cosas parecían ir por buen camino, cuando, a principios de febrero de 1944, en el lager de los civiles del oeste apareció esa muchacha que se proclamaba italiana, aparentemente irreflexiva pero demasiado temeraria para resultar creíble. El argumento de Martine, según el cual si Lucia fuera una espía se habría presentado a sí misma como partisana antifascista, convencía a la mitad de los militantes franceses. Presentar a la muchacha como una ingenua que, al experimentar la realidad, se hubiera pasado al adversario podía ser incluso una argucia doblemente astuta por parte de los que estaban al mando, para quienes la estudiante era un mero instrumento. La treta era tan buena que la propia Martine se la había creído. Si después resultaba no ser una espía, no por ello era menos peligrosa, dado lo incongruente de su comportamiento.

Por ello habían considerado varias tácticas. Al principio trataron de desanimar a la muchacha: sus reacciones les proporcionarían alguna indicación. Pero cada cosa que hacía la estudiante se prestaba a una doble interpretación: podía ser una puesta en escena para engatusar a los internos y obtener, por ejemplo, el encargo de ocuparse de las relaciones con los rusos, para después denunciar la conspiración en el momento oportuno; o bien podía tratarse de una manifestación sincera. En efecto, no podía excluirse que el fascismo de Lucia, nacida y criada en Francia, fuera más superficial de lo que ella misma se imaginaba. Así pues, era posible que el enfrentamiento con la realidad la despojase de su admiración adolescente por la mitología del régimen. Martine, que defendía esta hipótesis, es decir, que Lucia actuaba de buena fe, la sondeaba en ese sentido. Pero Étienne, que la consideraba una burguesa astuta y calculadora, guardaba las distancias. Alain vacilaba, con una ligera inclinación por la tesis de Martine. Los demás militantes pensaban que no podía descartarse *a priori* ninguna posibilidad. Si su cautela era excesiva, perdían en efecto a una valiosa mediadora: una vez que la muchacha se convenciera de aprovecharse de su reputación de fascista, y gracias a su conocimiento de idiomas, si explotaba la indulgencia que los nazis aún le manifestaban podría intensificar los últimos contactos y contribuir ella también al éxito de la empresa.

Para ello era necesario que no se enemistara definitivamente con los nazis, sino que les diera al menos una señal de haber cambiado de opinión. De ahí la invitación a quitarse el triángulo de la solapa.

Cuando por fin a Lucia se le ocurrió la idea de la huelga, los franceses decidieron seguir fiándose a medias de ella. Se pusieron de acuerdo para atribuirle toda la iniciativa, de manera que la muchacha se comprometiera ella sola hasta tal punto ante los internos que ya no pudiera traicionar a nadie.

—Si tus excesos los hubiera cometido uno de nosotros —dijo Alain, acercándose a Lucia a la salida del taller—, lo habrían mandado a Dachau sin pensárselo dos veces. Desde luego no se habrían contentado con cambiarlo de taller. Esos prontos sólo te los puedes permitir tú, heroína de tres al cuarto. ¿Y a quién han servido? Ni a ti ni a nadie.

—No acepto lecciones de un perro que no muerde.

—¿Qué pasa, ahora también hablas con metáforas?

—¡Qué culto eres! —se burló de él Lucia.

—¿Te asombra que un obrero sea instruido y conozca la palabra *metáfora*? ¡Cuánto te ha calado la conciencia de clase! ¡Menuda distancia sientes que hay entre nosotros y tú!

—La siento porque existe —le contestó Lucia con tono distraído.

Quería saborear la humillación del prisionero: estaba aprendiendo ella también a ofender con elegancia, con la misma expresión distraída que ponía él.

—Te equivocas, mi pobre muchacha —se compadeció de ella Alain—. Abre los ojos de una vez: aquí no hay distancia ninguna entre tú y nosotros. Compartimos la misma condición social exactamente, todos somos obreros encerrados en un barracón. Antes había una diferencia de clase, y puede que también la haya después, sin duda alguien como tú volverá a refugiarse en su rango. Pero aquí, en Frankfurt-Höchst, en los lager de la IG Farben, te guste o no, somos iguales; bueno, no, tú estás por debajo porque tú te sientes perdida, y nosotros no. Los motivos por los que has venido aquí no tienen ninguna importancia frente al hecho de que ahora estás metida en esto hasta el cuello.

De nuevo sentía rencor por ese hombre.

—¿Y tú por qué me ofendes siempre? ¿Qué sabes tú de lo que me ha

costado lo que he hecho, aunque para ti sólo sean pronto?

—¡Pues porque en tu lugar yo habría hecho algo muy distinto! —exclamó él con repentina jovialidad, y aflojó el paso porque ya casi habían llegado a la puerta—. Si yo pudiera hacerme pasar por partidario de Pétain, por *collabo*, a estas alturas sería el amo. La armaría tan gorda, querida mía, que se morirían del susto.

—Pero si te propongo organizar una huelga, no quieres.

—¿Tú una huelga? ¿Con ese OSTEN en la solapa? ¡Venga ya! ¿Estás de broma?

—¿Qué pasa, acaso no he robado contigo en la fábrica, con el OSTEN bien visible en la solapa?

—¡No sabes lo que dices! ¿Quieres comparar un hurto de nada con una sedición? Vamos, hombre... —dijo Alain alejándose.

VI

Lucia decidió luchar ella sola. Aprovecharía su ir y venir por la fábrica de un taller a otro para extender la idea de la huelga.

Ahora se ofrecía voluntaria para transportar sacos de carbón y rollos de material sintético; una vez pidió que le ataran a la espalda una máquina que pesaba casi un quintal y la subió un tramo de escalera. Se había vuelto muy fuerte. En uno de los controles del *Sicherheitsdienst*[28] para comprobar las características, leyó en el indicador del peso que, en tres meses, había ganado más de doce kilos: pesaba sesenta y cuatro kilos, y medía uno sesenta y cinco.

Pero no debía dejar que la descubrieran, tenían razón los franceses, era imprudente llamar la atención. ¿Y cómo abordar a un desconocido para proponerle unirse a una huelga? Siempre había algún interno que soltaba una valentona.

Emplearía la técnica de la queja. Se desahogaba con cualquier extranjero con el que se topaba: «¿Acaso somos esclavos? ¿Por qué no hacemos una

huelga?». Había aprendido a decir frases como ésta no sólo en ruso y en polaco, sino también en griego y en esloveno. Pero se topaba con pocos obreros, pues la mayor parte trabajaba en el interior de los talleres. Y esos pocos, ante su provocación, se limitaban a devolverle el saludo. Como mucho le contestaban con un gesto, como diciendo: «¡Son sólo palabras!», o, guiñándole el ojo, decían: «¿Por qué no?», y soltaban una risita. Parecía una broma sin consecuencias.

También los rusos, con los que trabajaba en el Ch 89, le sonreían, y alguno le dio una fuerte palmada burlona en la espalda que casi la tira.

En el lager Lucia no consideraba útil divulgar su propósito. Por la tarde, en el comedor, los internos sólo querían tragarse la sopa y contestaban con malos modos cuando alguien los distraía de su letargo. En los lavaderos, al amanecer, era aún peor, se lavaban atontados como autómatas.

En la columna, al ir y al volver del trabajo, los hombres delante y las mujeres detrás, en hileras por barracón, sólo habría podido hablar con sus compañeras de dormitorio. Pero las personas con las que vives, pensaba, son siempre las últimas a las que se debe informar.

En la fábrica, en cambio, todos estaban despiertos y dispuestos a rebelarse. Había más movimiento, las nacionalidades estaban mezcladas. Lo ideal habría sido convencer a los prisioneros de guerra. ¿No había dicho un día Grùscenka que envidiaba a los KG? «*Por principio*, incluso a ojos de los alemanes ellos tienen derecho a la resistencia pasiva. Se exponen siempre menos que los deportados civiles, incluso los soviéticos, ¿entiendes?, por el respeto que tienen los nazis a las virtudes *militares*. Sólo los insurgentes de Varsovia corren más riesgos que nadie.» Grùscenka tenía razón: los KG estaban más cohesionados que los civiles, podían influenciarlos.

En un momento de distracción del vigilante, se coló en el taller de enfrente. Había decidido cambiar de estrategia, asumir un tono distinto en función de las circunstancias. Le pareció mejor adoptar con sus compatriotas una expresión firme y reflexiva: «No podemos seguir así, tenemos que rebelarnos», pero tuvo que alzar la voz debido al estruendo del taller: «Tenemos un arma excepcional: podemos hacer huelga».

Los cinco prisioneros italianos del Ph 32, que la habían mirado al entrar

con curiosidad, intercambiaron miradas extenuadas.

—Con la mala pata que tenemos, ¡no nos faltaba más que darnos este capricho! —le gritó uno, en medio del ruido ensordecedor—: ¿Te imaginas las represalias? —le preguntó.

Lucia volvió a la carga a la mañana siguiente, eludiendo de nuevo la atención del vigilante. Pero los prisioneros italianos siguieron trabajando alrededor del horno, entre las chispas de las placas de metal al rojo vivo que iban introduciendo en las prensas y el chisporroteo de las minúsculas limaduras que salían despedidas por todas partes.

—Ya no somos marionetas —gritaba Lucia, con las manos en forma de bocina delante de la boca—: a partir de ahora actuaremos por voluntad propia.

—¿Te crees que estás en el balcón de la piazza Venezia?[*]

Rápidamente, la muchacha se agachó detrás de una prensa, girando alrededor de la máquina en función de los desplazamientos del *Vorarbeitern*, que, atraído por las voces quizá, pasaba entre los italianos para inspeccionar.

Se encontraron más tarde al volver de los comedores, después de la pausa de mediodía.

—Osten de Roma —la llamó un badogliano—, ¿qué dicen los demás?

—¿Qué quieres que digan? —intervino el vecino—. Se sabe ya: una pompa de jabón.

—¡Bueno! —sonreía otro para sí—. No hay más que intentarlo, y al primer cuarto de hora se sabrá: si no nos liquidan a todos de una sola ráfaga de metralleta, ¡al menos una pequeña satisfacción nos habremos dado!

En pocos días Lucia se acostumbró a hacer frente a los reticentes. Le bastaba una ojeada para decidir si abordar el tema con voz confidencial o desafiante, pero casi siempre era más eficaz un tono seguro, incluso un poco despreocupado.

Los eslovenos, que combatían en Yugoslavia contra los croatas filogermánicos y eran perseguidos por los nazis, empezaron a dedicarle imperceptibles sonrisas de consenso y miradas cargadas de sobrentendidos (trabajaban cerca de la pequeña estación de ferrocarril interno).

Un griego le dio a entender con gestos que, si todos se cruzaban de

brazos, él se apuntaba. Pero si eran pocos y la mayoría seguía trabajando, entonces que no contara con él.

Un interno, un civil italiano que trabajaba en la primera galería del Ch 89, se mostró interesado. A Lucia casi le parecía que el hombre, un inmigrante de la Apulia todo nervios y muecas, la acechaba para exponerle su punto de vista: le hacía objeciones, sugería tácticas, preveía reacciones de los nazis, parecía partidario de la idea de hacer huelga y, de repente, se encogía de hombros y decía: «Nada, imposible, no se puede».

Cuanto más sensatas encontraba las observaciones del italiano, más dividida se sentía entre la necesidad de conseguir de él una promesa de adhesión y el deseo de largarse en cuanto lo veía acercarse con paso quedo. El silbato del vigilante solía resolver su dilema.

Una tarde en la que, tirando de un carrito, Lucia pasó delante de su zaguán, Alain y Étienne le indicaron con un gesto que se detuviera. Eran tres o cuatro franceses ocupados en torno a una máquina que habían sacado fuera y, mientras desatornillaban una rueda dentada y martilleaban unos pernos, le preguntaron qué tal le iba.

—Estupendamente, a pesar de los perros poco mordedores —contestó la muchacha.

—¿Has encontrado a algún primo dispuesto a morder el anzuelo? —le preguntó Étienne con una sonrisita.

Lucia exageró las manifestaciones de consenso de rusos, eslovenos y griegos, y omitió el escepticismo de los italianos.

—¡Interesante! —mascullaba de vez en cuando un francés, fingiéndose concentrado en el trabajo.

—¿No queréis participar? —se aventuró a preguntarle la muchacha.

—¿Nosotros? —contestó éste, desternillándose de risa.

Al día siguiente, Lucia volvió a verlos en el pequeño espacio que había frente a su zaguán, de nuevo agachados, ocupados en alguna tarea con una pieza de la máquina. Como si quisiera recuperar el aliento, la muchacha dejó caer al suelo el saco que cargaba a la espalda y se paró. Explicó que había buenas probabilidades de éxito. Los franceses la dejaban hablar, haciéndole de tanto en tanto, con aire de quien está muy ocupado, alguna preguntita

«técnica» (como decían ellos) sobre sus proyectos:

—¿Y dónde interrumpiréis el trabajo? ¿Delante de las máquinas? ¿Todos metidos en el retrete? ¿Quién dará la señal? ¿Con un pífano o una trompeta?

Lucia notó que miraban a su espalda sin parar y, haciéndose gestos, de repente endurecían el semblante y contestaban con monosílabos.

—¿Sabéis lo que os digo? —estalló enfurecida—. Me importa una mierda la cara que pongáis. —Y trató de volver a cargarse el saco sobre los hombros. Alain y Étienne corrieron a ayudarla.

—¡Qué vulgar se ha vuelto la estudiante! —suspiró Alain mientras le ajustaba la carga, colocándosela hacia la parte alta de la espalda—. ¿Qué te parece, amigo? ¡Ya no se la puede presentar en sociedad!

Lucia no les perdonaba el tono con el que le habían hecho esas preguntas. No encontraba las palabras necesarias para aniquilarlos. Descartó *gusanos* y *animales*: demasiado débiles. Por fin pronunció, indiferente:

—Populacho.

Había empeorado también su relación con Martine, que la provocaba sobre los italianos, insinuando que con ellos fracasaría, sobre todo con los prisioneros de guerra, demasiado abatidos y recelosos.

—Pero ¿es que no los ves? Van por ahí con la cabeza gacha y, si les hablas, te miran como si quisieras engañarlos.

—¿Y acaso no tienen razón? Con los insultos que les dirigís vosotros y los nazis, ¿encima quieres que estén tan contentos?

—Te las das de francesa de nacimiento, pero si luego alguien te toca a los italianos, saltas.

—Es vuestro legado, querida. En el colegio, en Francia, en el patio de recreo me llamaron tantas veces «espagueti» que al final me enorgullezco de ser italiana.

Y cuando Alain la abordó a la salida de su taller.

—No tengo tiempo para esclavos natos —le dijo dulcemente (era una de las frases que se había preparado durante la noche).

Por suerte estaban ahí Grùscenka, Johann y Stanislaw para movilizar a sus amigos en la organización de la huelga. Desde la profundidad de los retretes para extranjeros, Grùscenka describía a los obreros del Ch 89 más

susceptibles de ser captados para la causa. Con su aire perezoso, convencía a más gente que Lucia con su actitud directa (fue ella quien consiguió la adhesión del italiano de Apulia).

Stanislaw corría la voz entre los polacos más de fiar de su lager, mientras Johann, que hablaba bien el ruso, confabulaba con los ucranianos, que lo recibían afables, ofreciéndole un pepino, aunque luego se los veía vacilantes. Los ucranianos eran los más hábiles a la hora de coger coles y pepinos en los campos al ir y volver de la fábrica. Fingían imperiosas necesidades físicas, y los guardias les dejaban alejarse corriendo de la columna para liberarse detrás de un arbusto. Pero se mostraban reticentes a hacer huelga.

Hacía ya tres semanas que Lucia no vivía más que para la huelga (era casi a final de mayo). Le parecía moverse en el vacío, sin aferrar nada. Había defendido su causa con doscientos, quizá trescientos internos, pero los extranjeros eran varios millares. A ese ritmo le llevaría una eternidad contactarlos a todos y, cuando el último se hubiera adherido, el primero ya se habría olvidado del asunto. Además, tras los primeros días de euforia, empezaba a sentir miedo. Los vigilantes de varios talleres la tenían tomada con ella y la echaban si la descubrían en las inmediaciones. En cuanto se acercaba lo suficiente, le preguntaban adónde llevaba rodando ese bidón o empujaba ese carrito e, irritados, le decían que se había equivocado de camino.

La estudiante esperaba que, contagiados por su iniciativa, los franceses participaran en la organización del proyecto. Nunca había puesto en duda realmente su capacidad de lucha, y le parecía que, sin su apoyo, los resultados eran mucho más inciertos, pese a su confianza en los Osten y en los polacos.

Grùscenka tenía la mente ejercitada para captar los aspectos generales de un plan y se ocupaba sobre todo de trazar y regular su realización. Consultaba siempre a los prisioneros militares, tanto a los rusos como a los insurgentes de Varsovia, que trabajaban en el Ch 89. A su vez, éstos confabulaban en el lager con sus compañeros, algunos de los cuales estaban en contacto con los

militares franceses.

La adhesión de los deportados civiles rusos no los preocupaba. La invitación a cruzarse de brazos no era para los Osten más que la continuación de una línea de conducta ya adoptada en su patria: si bien eran pocos los que habían llevado a cabo acciones de guerrilla, todos habían puesto en práctica la resistencia pasiva contra los ejércitos invasores.

No era fácil, en cambio, organizar las instigaciones de los internos del este y el oeste, variar los argumentos, convenciendo a obreros de tan distintas procedencias de hacer huelga juntos, sin proponerles, sin embargo, objetivos demasiado ambiciosos como una insurrección general. Resultó evidente que, en el estado de postración permanente en el que vivían los internos, la idea de volver a meterse en una guerra activa empuñando las armas sólo podía aterrarlos.

Los prisioneros soviéticos, que eran soldados rasos, respetaban a Grùscenka, pues le reconocían madera de oficial, pero habida cuenta de que en la IG Farben la muchacha era una simple deportada civil, y entrenados como estaban en el secreto militar, no la hicieron partícipe del complot con los prisioneros franceses. Le sometían, no obstante, los problemas prácticos más intrincados y se ocupaban de que se obedecieran las órdenes.

—La situación es clara —explicaba Grùscenka a Lucia—. Sólo podemos establecer una cosa de antemano: de qué manera abstenernos de trabajar. En lo demás, tendremos que actuar en función de las reacciones de los alemanes. Pero el primer movimiento es nuestro, que no es poco.

De vez en cuando Grùscenka le confiaba a Lucia un «hueso duro de roer» que le hubieran señalado sus compañeros:

—Emplea tu dialéctica, a ver qué conseguimos.

Otras veces le advertía:

—Cuidado, Lùszia, hace falta que la determinación de abstenerse de trabajar alcance la temperatura más alta en el momento oportuno, y hay que sincronizarla en todos los talleres de la fábrica. Por ello, reduce un poco tus incitamientos en esta zona.

Hacía las mismas advertencias a Johann y a Stanislaw, ambos de diecinueve años y tan poco preparados como Lucia para considerar ante todo

el carácter orgánico del plan general. «Dosificad la propaganda», los instaba Grùscenka, que parecía de vuelta en la Academia Naval de Moscú, se mostraba tranquila, emanaba autoridad con su actitud indolente. «Nos traen sin cuidado esos genios alimentados por la Cruz Roja», decía con una sonrisita despiadada en su hermoso rostro sereno.

Pero a Lucia le habían calado hondo las objeciones que le hacían los «huesos duros de roer». La atormentaban los recursos de los alemanes, sus medios de represión. Se pasaba las noches en vela, rumiando las dificultades. Y, si se quedaba dormida, vivía escenas de terror como aquellas que los insurgentes de Varsovia habían relatado a Johann. Una noche soñó no sólo con la abstención de los franceses, sino también con la defección en masa de los Osten. Sólo Grùscenka, sobre el puente de un buque, permanecía en pie, su figura esbelta envuelta en harapos. Cuando una ola que llegaba hasta el cielo se le estaba desplomando encima, Lucia se despertó gritando.

Le entró miedo de volver a quedarse dormida y, al sentir que los miembros volvían a entumecerse, se despabiló, se puso el uniforme, se calzó las botas y salió del barracón. Fuera, el aire era tan seco que los dos perros lobo del lager percibieron sus pasos desde lejos. Lucia los oyó caracolear sobre la grava. Sin embargo, debieron de reconocerla a distancia con el olfato, pues frenaron su carrera. Uno se alejó, pero el otro se quedó. Al acercarse a ella, Lucia oyó su respiración corta y agitada. Parecía el mismo al que se había enfrentado una de las primeras noches. Le pareció ver la baba en la boca abierta, la gran lengua que colgaba entre sus jadeos, como si la fiera le leyera el miedo en la mente.

Ahora el perro la olisqueaba. La muchacha estuvo a punto de esconder la mano en el bolsillo de los pantalones: «Oh, Dios, no, se lo tomará como una amenaza. —Dejó los dedos quietos contra la tela, fuera del bolsillo, donde recordó que había guardado media salchicha—. Le llega el olor, piensa que la he robado y me percibe como alguien inferior. ¡Pero se va a enterar!».

Y, con gesto impetuoso, le lanzó la preciada pieza comprada con los beneficios de un hurto y vio al animal atraparla al vuelo de una dentellada.

A este mismo perro un día un guardia le había puesto una prenda robada delante del hocico. Y, tras olisquearla con avidez, el perro lobo había

empezado a vagar sin prisa por el lager, olfateando el suelo o aspirando el aire, hasta que de repente se puso a reptar. Entonces, en medio del rebaño de internos apiñados en la plaza del lager, un hombre empezó a gemir, denunciándose él solo antes de ser derribado.

Media salchicha siempre es más que un plato de lentejas, pensó Lucia, consciente de lo pueril de su sentido del humor, echándole cautas ojeadas al animal, que movía el rabo contento a su lado.

Por la mañana se durmió de pie como un caballo, en la pequeña estación de la fábrica donde ella y otros tres porteadores esperaban un vagón de metano que descargar.

Al final del turno Alain la abordó.

—Perdona —lo evitó Lucia—, pero no tengo tiempo de discutir.

—Estamos dispuestos a cooperar —dijo Alain.

Lucia se encogió de hombros y se dirigió a la puerta, mientras el hombre seguía hablándole, sin contestarle y sin escuchar realmente lo que le decía.

—¿No me estás escuchando? —Alain le cogió la mano.

—*Pardon.* —Se sentía aturdida.

—He dicho que habéis hecho un buen trabajo, tanto tú y Grùscenka en el Ch 89 como Johann y Stanislaw en el Na 14.

—No hemos sido los únicos.

—Ya lo sé.

En el camino de vuelta, Lucia se unió a la fila de las italianas de su barracón, que le hicieron hueco sin tantas ceremonias como hacía un tiempo. Aludió a la huelga.

—Cuenta con ello —le contestó la embarazada de Bèrgamo—. Tendrán que arrastrarme por el suelo para obligarme a trabajar.

—Pues a mí —replicó su compañera—, ni aunque me lleven a rastras del pelo. No pienso moverme.

Carla, la obrera de dieciséis años morena, alta y fornida, de rostro colorado y grandes dientes que se había emparejado con un prisionero de guerra badogliano, se interpuso entre Lucia y una de las de Bèrgamo.

—Mi novio y yo también hemos hecho nuestra parte —dijo con voz mansa, volviendo a la estudiante su mirada aterciopelada—, y sin darnos

tanto pisto.

—¡Pues qué suerte, hija! —Reía la aprendiz de peluquera romana—. ¡Eso es mucho mejor que hacer novillos! —A menudo sola desde que su amiga inseparable se había echado «novio», había acentuado su comportamiento infantil con las compañeras.

—No trago a esa cursi —rezongó la muchacha del orfanato, pasándose nerviosa al otro extremo de la fila.

—¿La habéis oído? —lloriqueó Pina, la joven romana—. ¡La cursi es ella, y ya veremos si hace huelga! Ladrona, asquerosa, eso es lo que eres.

—En efecto —contestó muy digna la interpelada—. Conmigo no contéis. Pero no soy una renegada ni una esquirolo. Cuando llegue el momento, diré que estoy enferma.

Esa misma noche, Martine convocó a Lucia a su litera: la fecha de la huelga estaba fijada para el día siguiente. Todos los trabajadores extranjeros serían informados durante el trayecto desde los distintos lager hasta la IG Farben. Y simultáneamente se enterarían también del procedimiento de la operación, que Martine le adelantó en detalle a Lucia, contándole todo lo que la italiana ignoraba.

Con las cabezas muy juntas debajo de la manta, Martine llevaba una hora hablando con Lucia y, justo cuando decía «Coincidiendo con el avance de los ingleses y los americanos, mañana todos los trabajadores extranjeros de Alemania...», se quedó dormida sin terminar la frase.

VII

Al amanecer, los internos salieron a buen paso de los lager, en columna como de costumbre. El anuncio de la huelga circuló de fila en fila: nada más llegar a la fábrica, los trabajadores debían dirigirse a sus talleres, muy despacio aquellos que tenían un corto trayecto que recorrer, algo menos los demás; pero que ninguno se apresurara, pues todos debían encontrarse a la altura de sus respectivos vestuarios en el momento en que sonara la sirena de

las seis. A esta señal, en cada edificio de la fábrica de manera simultánea, todos los extranjeros debían entrar en los vestuarios a los que habitualmente sólo accedían por la tarde a limpiarse la grasa de las máquinas y, una vez dentro, en un primer momento debían fingir lavarse las manos o utilizar los urinarios para desorientar unos instantes más a los alemanes. Después debían permanecer en los vestuarios, sin moverse de allí, hasta nueva orden. Debían recordarlo bien: diseminados por la IG Farben, los extranjeros podrían controlar la situación; pero si dejaban que los alemanes los congregaran, estaban perdidos. Se iría informando a todos los trabajadores de la marcha de la huelga. Pero, cuidado: sin duda los alemanes harían correr rumores falsos. Que nadie diera crédito a esas habladurías. La consigna era esperar instrucciones.

Cuando, uno por uno, todos los extranjeros hubieron fichado en las distintas entradas de la IG Farben, fueron dirigiéndose en fila india a sus talleres, escabulléndose de repente dentro de los vestuarios al oír la sirena del trabajo.

Carla, que con la emoción tropezó y cayó al suelo de bruces, no tuvo tiempo de llegar hasta el edificio en el que trabajaba y se metió en un vestuario del Ch 89 con Lucia.

Tras un par de minutos apiñados en la misma habitación, con la fila de lavabos a un lado y los urinarios a otro, aparecieron los guardias y les ordenaron: «¡Vamos, a trabajar!».

Los extranjeros, unos treinta, los miraron plácidamente mientras seguían frotándose las manos bajo el grifo o fingían que orinaban contra los azulejos de la pared opuesta. Los dos guardias avanzaron hacia los internos para obligarlos a salir, primero a empujones y después a patadas. Pero éstos los rodearon tan de cerca que, inmovilizados por la presión de los cuerpos, de los que sentían tensos todos los músculos, en un silencio absoluto los dos guardias temieron por su vida. El obrero de Apulia, cara a cara con los soldados alemanes, no les quitaba ojo de encima.

—Si estuviéramos seguros de que en todos los vestuarios tienen a sus propios rehenes —dijo entre dientes—, podríamos amordazar y desarmar a estos dos.

Lucia tradujo rápidamente en francés, también entre dientes.

—Pero si somos los únicos —prosiguió el italiano—, nos pueden chantajear: o soltáis a los dos soldados, o lanzamos diez granadas en diez vestuarios. ¡Estamos apañados! —Y concluyó—: Nos conviene dejarlos marchar. —Y, con un empujón, abrió un primer hueco.

Fuera, los silbidos de los silbatos de latón se superponían, eléctricos e imperiosos. De mala gana, los extranjeros abrieron un estrecho pasillo hacia la salida del vestuario, empujando hacia atrás con el peso de sus cuerpos a los guardias, los cuales, sin el menor sentido del decoro, huyeron despavoridos en cuanto llegaron a la puerta.

—¡Aahh! —todos exhalaban un suspiro satisfecho.

—Nuestra actitud no habrá sido muy diplomática —observó un francés que llevaba cuatro años trabajando en Höchst—, pero de verdad era necesario.

—¡Qué bien sienta esto, chicos! —exclamó un italiano, estirándose de gusto.

Pero poco a poco los ánimos se fueron tensando. Algunos hacían callar al vecino y luego, escuchando mudos, asentían con la cabeza: no llegaba ningún eco de las máquinas. Durante unos instantes, ese vacío se llenó con el zumbido inesperado de un motor que pasó como una bala al otro lado de las paredes en las que, pálidos, se apoyaban hombres y mujeres.

—Me duele la tripa —dijo alguien.

Había pasado un cuarto de hora quizá, y aún no ocurría nada.

—Emplearán gases para hacernos salir a la fuerza —dijo una voz de hombre—, y, una vez fuera, nos matarán a todos —gimió.

—¡Maldito cenizo! —lo acalló una mujer.

Pero, presa del pánico, el hombre que había hablado se apartó de la pared y se dirigió a la puerta, por donde desapareció. Más allá de la calle desierta, surgían edificios de plomo sin vida, o eso parecía.

Cerca de un minuto después, el obrero volvió, pasmado.

—¡Funciona! —reveló.

Al doblar la esquina se había topado con el capataz y el corrillo de *Vorarbeitern* de su pabellón siderúrgico. Ociosos delante del portón, lo

habían mirado como a un fantasma. Y él había dado media vuelta y había regresado corriendo al vestuario.

—La huelga funciona... —repetía incrédulo, sin voz.

—Nos han desarmado psicológicamente metiéndonos en el cerebro una imagen temible de su crueldad —empezó diciendo el francés veterano de la IG Farben, que militaba en la Resistencia—: Tenéis que convenceros de que esta imagen que tenemos de los nazis nos la han querido meter ellos en la cabeza para que, por temor a su reacción, no nos atreviéramos a mover un dedo. Basta con recordar que son hombres como nosotros, con sus debilidades y sus miedos, para así...

—¡Cómo te gusta pontificar a todas horas! —se impacientó una mujer.

—Es verdad, tiene razón él —dijo el hombre que había cobrado ánimo después de ver «la parálisis» de los edificios de alrededor—, es un hecho que la huelga funciona.

Mientras discutían, sonó la sirena.

Se miraron entre sí.

—¿A esta hora?

Eran cerca de las siete menos veinte.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado el francés internado en Höchst desde 1940—. Nunca ha sonado la sirena a esta hora, ni una sola vez en cuatro años.

Se oían dos pares de pasos que se acercaban por el suelo adoquinado.

—¡Al refugio! —ordenaron los mismos dos guardias de antes apuntándoles con sus fusiles, pero con el tono normal de mando—. ¡Todos al búnker, rápido! ¡Acaban de señalar una formación de fortalezas volantes nunca vista antes!

Intercambiando miradas entre sí, los extranjeros permanecieron inmóviles, como clavados al suelo entre los lavabos y sobre los reposapiés de los urinarios.

Contenían con dificultad una sensación de fuerza: los guardias se habían quedado en el umbral, no les habían golpeado con la culata de los fusiles pese a sus rostros indignados, hasta que por fin se habían marchado.

El militante francés se enjugaba con la manga el sudor que le empapaba

el rostro. Agarró de la nuca a su vecino.

—Es evidente —le dijo en voz baja—. No estamos solos. Todas las fábricas, ¿entiendes?

Y entonces la *Vollalarm*[29] desgarró el aire con esa ondulación lacerante de las sirenas que, sólo de oírlas, ponían la piel de gallina.

Se oyó un alboroto fuera, voces humanas que sonaban como ladridos, ruidos de pasos que corrían. La alarma se eternizaba.

El francés veterano se asomó fuera.

—¡Imbéciles! —gritaba para hacerse oír sobre el aullido de las sirenas—. ¡Volved a los vestuarios!

—¡Voy a palmarla aquí dentro! —murmuró una voz.

—¡Volved atrás! —se desgañitaba el francés—. ¡La victoria es nuestra!

Un hombre se dirigió rápidamente a la puerta. El francés le cortó el paso.

—Tengo que ir a cagar, no aguanto —dijo el otro temblando y, zafándose de él, salió.

Volvieron los dos guardias acompañados de un civil alemán. Era el capataz del Ch 89 en persona. La idea de que no se hubiera precipitado en el refugio blindado «*nur für Deutschen*» calmó un momento los ánimos. Y los extranjeros repararon en que, increíblemente, el capataz les hacía gestos de complicidad desde detrás de los guardias: señalando con la mirada los lavabos y las paredes, asentía después con los párpados. Los extranjeros se miraron dubitativos. Entonces el capataz se puso delante de los dos soldados y se dirigió con tono áspero a los internos apiñados en el vestuario:

—Al búnker, bribones, *Dreckleuten*. —Mientras, metiéndose el pulgar en el bolsillo del chaleco y moviendo el índice sobre el pecho les indicaba que no, cruzando acto seguido los puños cerrados sobre el vientre, en un gesto que indicaba unas manos esposadas.

Todos apartaron la mirada inmediatamente, adoptando expresiones torvas hacia el capataz para evitar que suscitara el recelo de los guardias. «Gracias por el detalle», susurró Carla en italiano, con las pupilas brillantes.

—¿Lo habéis entendido? —Se guiñaron el ojo unos a otros cuando se quedaron solos—. ¡Querían encerrarnos en el refugio!

—¡Bravo por el capataz! ¿Quién lo hubiera dicho?

Algunos se habían sentado en el suelo, otros sobre los lavabos, calculando en voz alta cuántas horas tendrían que aguantar. Proponían no regresar a los lager por la noche, sino pernoctar allí, ocupando simplemente los edificios y los comedores, con todos los almacenes de víveres. Casi habían olvidado el peligro aéreo cuando sonó la *Vorentwahnung*.^[30]

—Yo me voy con mi novio —proclamó Carla—. Sigo la huelga con él.

Y se lanzó fuera, donde los demás la oyeron gritar, y por un instante vieron pasar su silueta por la puerta abierta, pataleando y debatiéndose, arrastrada de los brazos por dos guardias. Hasta ellos llegaban desde lejos chillidos de mujeres, ruidos sordos de cuerpos y ásperas voces masculinas. Y de nuevo la *Vollalarm*, a oleadas sucesivas, que retorció las vísceras con su ulular.

—¡Los aviones! —gritó una mujer.

Petrificados, en el vestuario los extranjeros escucharon el rugido de los potentes motores, que parecía surgir de todos los rincones de la tierra, el rumor denso y sordo que conocían bien y que precedía brevemente al avistamiento de los bombarderos en el cielo.

—Yo me voy al refugio —decidió un hombre con autoridad, y ya parecía que se propagaran los bramidos de los aviones—. Y ay de quien intente impedírmelo —declaró, volviendo hacia los presentes una mirada homicida. Lo siguieron cuatro más.

Cada cual esperaba de un momento a otro los estallidos de las bombas sobre los edificios, evaluando las sustancias inflamables que hubiera en su taller, decidido a desobedecer la consigna a la primera explosión, huyendo ya en la imaginación hacia las puertas, entre las paredes que se derrumbaban, las lenguas de fuego que se elevaban, atizadas por los ácidos hasta lamer los carburantes. Lucia escondió la cabeza entre los brazos. El rugido de los aviones se intensificaba.

—Cualquier día iban a destruir la IG —dijo el italiano de Apulia, que, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, se balanceaba con un gesto de amargura.

—¿Y tiene que ser justo hoy, cuando nosotros hacemos huelga? —le replicó el francés veterano, que había entendido las palabras del italiano—.

¿Justo hoy?

—Deberíamos haber retenido a los rehenes —se lamentaba el italiano como una cantinela.

En el umbral apareció un obrero jadeante que se agarró a las jambas.

—Es una treta —dijo en italiano. No alcanzaba a hablar porque le faltaba el aliento—. No son bombarderos. —Se enderezó con un esfuerzo—. ¡Decídselo a todo el mundo! —Y desapareció.

Mientras tanto, el rugido de los aviones se aproximaba, poniendo a todos la carne de gallina. La vibración era más fuerte que antes.

—Escoria —murmuró el militante francés—. Hemos considerado todas las reacciones: que nos encarcelen, que nos fusilen, que nos gaseen en masa en Buchenwald, pero no esta maniobra tan básica de hacer fracasar la huelga con una alerta simulada, una falsa incursión aérea. —Estaba sentado en el suelo, abatido—. ¿Podían liquidar de una vez a los obreros extranjeros de todas las fábricas alemanas amotinados el mismo día? ¿Y la producción bélica? ¿Qué hay de la producción bélica? ¿Quién les fabricaría las armas entonces? Sólo podían negar la existencia de la huelga. ¡Era lo más fácil! Cómo no se nos ha ocurrido, me pregunto yo... —Y miraba atontado hacia delante—. Era la primera reacción que deberíamos haber previsto...

—Los hemos subestimado —reconoció con desmayo una joven valona.

—No son bombarderos —repetían los demás franceses e italianos sentados en cuclillas contra las paredes, aterrados por la duda de que sí lo fueran, cuando se sucedieron los estallidos.

Una mujer se precipitó fuera del vestuario, llevándose las manos al cabello desgredado, con un lamento de animal que helaba la sangre.

Lucia se había acurrucado debajo de un lavabo, con la piel de gallina.

—No son bombarderos, ¿eh? —graznó un hombre enardecido que, levantándose de un salto, espetó en la cara a sus compañeros—: La huelga no es un suicidio. —Y, con un amplio gesto de la mano, añadió—: ¡Todos al refugio blindado del Na 14, vamos! —Salió del vestuario, doblado en dos para protegerse de la metralla.

—¡No os dejéis engañar! —suplicaban los militantes franceses y la muchacha valona, que, habiéndose recobrado, impedían el paso con sus

cuerpos a quien quisiera salir.

—Reflexionemos con calma —se desgañitaba Lucia, que se había unido a ellos—. La tensión de la huelga nos está jugando una mala pasada.

El italiano de Apulia, que seguía en el suelo, estiró las piernas, haciéndoles una rápida zancadilla a un hombre y a una mujer, que cayeron rodando.

En el alboroto que siguió, alguien desde fuera golpeó en la espalda a los que obstaculizaban la salida. Éstos se volvieron, y todos enmudecieron de pronto: era un hombre con el brazal del *Arbeitsdienst* en la manga. Entró en el vestuario.

—¡No temáis! —silabeó en alemán—. Es la FLAK.

Sonrió, presionándose el pecho, el rostro congestionado, y, con un breve gesto de bendición, desapareció.

—No son bombas, sino disparos al aire de la fuerza antiaérea —tradujo Lucia.

—Es una trampa para quemarnos vivos.

—No —tronó el veterano francés—. Ese hombre ha dicho la verdad. Es un pastor protestante que se apiada de nosotros, yo lo conozco.

Callaban, exhaustos. Efectivamente, las detonaciones se sucedían con una mezcla de chisporroteos e insólitos ruidos sordos, una retahíla excesiva de ráfagas de ametralladora; no se oía el silbido penetrante de las bombas que se abalanzan, sino esa aspiración más blanda del aire, propia de los cañonazos. Al aguzar el oído, se percibía que también el retumbar de los ecos resonaba demasiado. Pero fuera seguía el traqueteo y el trapaleo de pasos. La joven valona salió para retener a los extranjeros que corrían a los refugios. El italiano, el militante francés de la Resistencia, Lucia y alguno más corrieron tras ella.

—Son disparos al aire —gritaba uno.

—Un bombardeo simulado —se desgañitaba otro.

La gente se paraba, mirando a su alrededor y levantando los ojos al cielo.

—No os dejéis engañar, es guerra psicológica.

Se oyeron entonces los verdaderos estallidos de las bombas, con los silbidos implacables y el fragor de los ecos sordos.

La confusión de ánimo entre los extranjeros era absoluta (se supo después que las bombas las habían tirado en campo abierto, un fuego nutrido sobre un área restringida en la que habían excavado cráteres).

Unos pocos centenares de extranjeros permanecieron en grupitos reducidos en los vestuarios. Lucia se encontró con Martine y Étienne, y se fue con ellos.

Alain estaba apoyado en la pared, con los ojos cerrados.

—Aquí está tu enemiga —bromeó Martine.

Alain se esforzó por sonreírle.

—Nos han dado un buen palo —dijo. Pero abandonó el tono despreocupado y añadió—: A mi edad duele más.

Convencidos ya de que las fortalezas volantes americanas que surcaban el cielo descargarían centenares, millares de toneladas de explosivos, temblaban por costumbre, con apatía.

Pero poco a poco las explosiones se fueron espaciando, los estallidos disminuyeron hasta que a las once de la mañana volvió a sonar la sirena del final de la alerta (la *Vorentwahnung*). Y enseguida se difundió por el aire un carraspeo inexplicable en un primer momento, seguido de una voz que se propagó por los altavoces de todos los talleres. Aunque alterada por la amplificación radiofónica, Lucia reconoció la voz de cabeza del doctor Lopp.

Hablaba con amable firmeza. Decía que la guerra acuciaba, y toda la mano de obra de las fábricas alemanas estaba cada vez más expuesta a la amenaza de los bombardeos aéreos, sin distinción de nacionalidades y de grados, unidos todos en un mismo peligro de muerte.

Voces graves y persuasivas repetían las palabras del director en las diferentes lenguas, holandés, francés, italiano, croata, ruso, polaco, griego y esloveno.

Lucia reparó en que la traducción rusa no se dejó para el final, probablemente en consideración a la fuerza numérica de los Osten.

Debían mantenerse firmes frente a las fuerzas enemigas, proseguía el doctor Lopp, es decir, a las naciones ricas que arrojaban sus instrumentos de muerte sobre mujeres y niños, sobre ciudadanos alemanes y trabajadores extranjeros, sobre enemigos y aliados para aniquilar la civilización.

Tras el rosario de traducciones, el doctor Lopp anunció, quebrándosele la voz con fingida liberalidad, que, pese al racionamiento extremo que sufría el pueblo alemán, habían tomado una medida extraordinaria.

Las versiones que se sucedían sin pausa multiplicaban el suspense.

—Hoy —la voz del director se suavizó—, en todos los comedores, para todos los trabajadores extranjeros empleados en la IG Farben, habrá sopa de guisantes y un huevo duro por cabeza. Repito, en todos los comedores, sin discriminación de pueblos y condiciones, voluntarios, deportados, prisioneros de guerra de todos los países, en la pausa de mediodía para el almuerzo cada cual tendrá derecho a una sopa de guisantes y un huevo duro.

Mientras los altavoces seguían difundiendo el comunicado en las lenguas de los internos, las calles de la IG Farben se llenaron de obreros en un bullir de personas que fluían hacia los comedores.

Un centenar de fanáticos trataban en vano de oponerse a la marea.

—Ahora es cuando no hay que ceder.

Pero los hambrientos se regocijaban.

—Hemos ganado. Les hemos metido miedo y nos han dado un huevo.

—No —ladraban los activistas—. Sólo nos temerán de verdad si rechazamos su limosna.

Se colocaron muy juntos en fila, agarrados del brazo, en el cruce del que partían las calles que llevaban a los comedores del este y el oeste: Stanislaw, Grùscenka, el italiano de Apulia, Lucia, Johann, Martine, Étienne, Jacqueline, un prisionero ruso, Carla, su novio badogliano, un griego, Alain y muchos más.

—Ahora empieza de verdad la huelga —insistían.

Los guardias alemanes observaban sin intervenir. De hecho, la corriente que empujaba hacia los comedores se impuso. Haciéndoseles la boca agua, las hordas se dirigieron a los aromas que venían de las cocinas.

Vencida, Lucia saboreaba a cucharaditas la sopa de guisantes, mientras Martine pelaba meticulosamente su huevo con lágrimas silenciosas que resbalaban por sus mejillas tensas. El altavoz del comedor repetía en francés

y en italiano con una voz masculina y sumisa:

—Se ha hecho frente a la agresión aérea. El peligro ha cesado. Podéis volver tranquilos al trabajo. Y si no aparecen las fortalezas volantes, que obstaculizarían el reabastecimiento, mañana habrá una nueva distribución. Mañana, un arenque por cabeza.

Roma, 1975

CUARTA PARTE

LA DESVIACIÓN

I

He eludido un hecho. De tanto decir que fui deportada a Dachau, terminé por creerlo. Pero no es verdad. Mis compañeros fueron trasladados a ese lager. Yo no. A mí me repatriaron.

Cuatro días después de la huelga, el 6 de junio de 1944 (era un martes), me pararon cuando fichaba a la entrada de la IG Farben y me metieron en una furgoneta de la policía, donde ya estaban Martine y Grùscenka. Sólo nos dio tiempo a decirnos que no con los ojos, a negar y nada más. En la cárcel, el oficial que transcribía nuestros datos nos cacheó, vaciándonos los bolsillos — Martine tenía un cortaplumas, y Grùscenka, un trozo de bramante—, y nos informó de que estábamos acusadas de hurto en la fábrica. En ese momento intercambiamos una mirada de alivio: hacía ya varias semanas que no robábamos. Pero, al subir la escalera, Martine murmuró:

—Estamos perdidas.

Yo, que iba delante, me volví de golpe, y ella me empujó con la mano. No se explicó hasta que llegamos al cuarto rellano:

—¿Desde cuándo te dicen por qué te detienen? ¿Y justo ahora por un simple robo? De aquí no salimos vivas.

En la sexta planta, uno de los dos carceleros que nos escoltaba nos condujo por un pasillo sin ventanas, con puertas cerradas de hierro a ambos lados. Empezó a girar una llave después de otra en las tres cerraduras de la primera puerta, las vueltas de llave no terminaban nunca, sonaba un chirrido intermitente que daba dentera.

Martine se me acercó tocándome el brazo y, sin apartar la mirada de esa puerta de hierro, dijo sin apenas mover los labios:

—Sálvate tú al menos. Juega tu carta fascista.

La miré, tan hondamente ofendida, que ella negó con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Nunca entenderás nada —dijo con un hilo de voz.

La puerta de hierro se abrió de par en par, crujiendo sobre sus goznes. Se extendió un silencioso hedor a minerales y orina, yo le apretaba la mano a Martine. Y Grùscenka, a la que un guardia había agarrado del brazo, pasó delante de nosotras, pálida, con una remota sonrisa de despedida en los ojos. No se volvió. Se oyó otro chirrido dentro, fuera de nuestra vista.

—Grùscenka —llamé—, Grùscenka. —No contestó.

La puerta siguiente se tragó a Martine. Después me tocó a mí. La habitación en la que entré contenía nueve jaulas, cuatro en la pared en la que se abría la puerta, y cinco enfrente, ocupando la pared entera, en lo alto de la cual un ventanuco largo y estrecho dejaba que entrara la luz del día sobre los perfiles metálicos de las celdas.

Me encerraron en la jaula contra la pared, la que estaba frente a la puerta, donde ya había una mujer embarazada con el vientre alto y abultado.

No me detendré en relatar esos días, unos diez. Tuve que acomodarme en el suelo, porque la mujer me propinaba una patada cada vez que me sentaba en el entablado. Castaña, de rasgos poco marcados, me evitaba con repugnancia. Yo me tiraba de los pelos de rabia por no haberme abrigado más. Justo la noche anterior me habían llegado tres paquetes de Italia (de mi madre) a la vez, pero la agitación era tal que aplacé hasta el día siguiente el reparto de mis bienes. Había medias, bragas, tres vestidos, dos jerséis, un par de zapatos y las famosas botas de montaña, latas de leche en conserva y en polvo, tarros de mermelada y galletas. Ojalá me hubiera atiborrado toda la

noche. No hacía más que pensar en las prendas que ahora podría ponerme. Mi error había sido querer desinfectarme primero (estaba llena de ladillas y piojos). Mientras tanto, mi compañera de celda vomitaba un chorrillo de bilis cada vez que aplastaba sin querer una chinche con la mano. Me contó su historia en dos palabras cuando me encerraron.

—¿Qué has hecho? —preguntó sin expresión.

—Me han acusado de robar en la fábrica, pero no lo he hecho.

—Pues yo sí, más de un centenar de paquetes postales.

Era alemana, su marido y ella dirigían una oficina de correos (creo que en O'Kriftel). Habían robado los paquetes destinados a los soldados alemanes que estaban en el frente, los más sabrosos iban al frente ruso, contenían café, chocolate, fiambres, de todo, habían sido meses, años maravillosos. Hasta que llegó la hora de la inspección. Juzgados según la ley marcial, al marido lo habían fusilado en el acto, y ella correría su misma suerte en cuanto diera a luz.

—Para entonces igual ya ha acabado la guerra —contesté yo (no entendía mis propios sentimientos).

Mi frase debió de ofenderla. No volvió a dirigirme la palabra, se hacía la sorda si yo le decía algo. Yo prefería esa muda hostilidad. De noche, envuelta en mi manta en el suelo, la oía mascullar de vez en cuando, acurrucada sobre el entablado, de cara a la pared, *Dreckausländer*[\[31\]](#) y otras palabras de odio oscuro.

Me pasaba los días con la cara contra los barrotes, hablando con las jaulas vecinas. Las placas de hierro que nos separaban no me dejaban ver a las demás detenidas. Ladronas, prostitutas, una homicida, todas extranjeras que hablaban en voz alta en un ambiente de alegre perdición, ocupadas en organizar un ataque colectivo de ventosidades cada vez que entraba un carcelero. Se anunciaban unas a otras que se les escapaba un pedo y se instaban a contenerlo, pronto sería la hora de la sopa.

—*Y a les chleux* —les advertía en cuanto asomaba el ojo de un carcelero por la mirilla de la puerta frente a mi jaula.

Y, cuando entraban los dos guardias con la «bazofia», estallaba el concierto de pedos sonoros y silenciosos, con un hedor que evitábamos

aspirar para dejar que penetrara íntegro en las fosas nasales de los policías. A mi compañera de celda, la única alemana allí, la asaltaba una náusea que la dejaba doblada en dos. Poco a poco se recobraba y se palpaba el vientre con las manos, a la escucha, con una sonrisa en la mirada.

Una noche me desperté y la vi de pie en el entablado. Se afanaba en la penumbra con la rejilla que hacía las veces de techo de la celda. Entreví que estaba atando algo (sus medias, pensé al instante, esa noche la había visto acariciarlas y besarlas después de quitárselas). Metió la cabeza en la lazada. De un salto le agarré las piernas. Se aferró con las manos a la rejilla y trató de darme patadas. Yo la sujetaba con fuerza de las rodillas, de pie, con la mejilla contra su vientre. Notaba al feto moverse despacio al otro lado de la tela y la carne firme.

—Ni me roces siquiera —decía ella en voz baja, rígida de asco, le brotaba un vómito aguado que me chorreaba por el pelo y la frente hacia la boca, en lo que me parecían litros de ácido.

De repente se me ocurrió que podía gritar.

—Ayuda —llamé—, *au secours*. —Cada vez más rápido.

En las celdas de alrededor las reclusas se fueron despertando. La mujer que se erguía sobre mí me suplicaba:

—Gracias, me has salvado, pero calla, por favor. —Me impresionaba la dulzura de su voz—: Ha sido un instante de desesperación, pero ahora cállate. —Paralizada por tanta capacidad de dulzura, dejé de gritar para escucharla—: Ayúdame a volver a poner los pies en el entablado, calla, bien... Así.

—Pero antes saca la cabeza de la lazada —le dije bajito, contagiada por una sensación de fragilidad.

—*Ja, natürlich*, pero, si no me sueltas, no puedo hacerlo, me sujetas tan alto que me aplastas la cabeza contra la rejilla, por favor —dijo, de nuevo con esa voz que me cautivaba—, tienes que sujetarme por los pies. Así, siéntate en el entablado, yo me sostengo con las manos y apoyo los pies en tus hombros.

—No me fío.

—Cógeme por los tobillos.

En las otras celdas aguzaban el oído.

—Lucia —me llamaban, con insólita cautela—, ¿qué te pasa?

Oía su respiración despierta en torno a nuestras siluetas enlazadas en la oscuridad.

—Gracias, gracias, qué estaba a punto de hacerte, hijo mío —repetía mi compañera en un susurro secreto, su cuerpo cada vez más flácido sobre mí.

Entonces, bajando la frente contra sus piernas, que seguía sujetando con el brazo izquierdo, saqué el derecho para agarrarle un tobillo. Pero esa rodilla salió despedida contra mi barbilla, haciéndome tambalear, y enseguida la otra rodilla me golpeó en plena cara. Instintivamente, me llevé la mano vacía a la nariz, que sangraba, mientras ella, con el pie que tenía libre, me propinó una patada en la garganta que por poco me hizo caer hacia atrás sobre el entablado. Estuve a punto de ahorcarla al arrastrarla en mi caída. Pero por no sé qué reflejo conseguí no perder el equilibrio, atenazándole el muslo derecho con el brazo, por lo que ni doblando esa rodilla podía estrangularse. Concentrada en no soltar la presa y en tratar de sujetarle la otra pierna, que lanzaba patadas en todas las direcciones, recibí otro rodillazo en la nariz, de nuevo expuesta. Ya no alcanzaba a distinguir la lluvia de cosas puntiagudas que se abatía sobre mi cara. Recuerdo que al pie que no lograba aferrar se le cayó el zapato, y la pelea me causó un profundo regocijo, tenía calambres en las manos y pugnaba por agarrar lo que fuera. Pero ese instante me costó caro: me aplastó la planta del pie en la cara, adhería cual ventosa los dedos a mis ojos, como si fueran una carne sola. En un vislumbre se me ocurrió que podría morderla si torcía la boca. ¿Y si la lamiera? El cosquilleo de mi lengua la haría apartarse. Para ello tuve que aflojar el otro brazo, y me cayó encima una cascada de rodillazos, patadas e insultos —pero yo había aferrado el tobillo del pie que me aplastaba la cara, doblándole la pantorrilla debajo del muslo, para mantenerla sujeta sentada en el aire como un buda.

—Chinche asquerosa —me penetraba el silbido de su voz—. Qué tienes tú que ver conmigo, quién eres, qué quieres, cómo te atreves, CÓMO TE ATREVES, qué quieres de *mi* vida, es *mi* vida —agonizaba su voz chillona—, asquerosa... *mi* vida, CÓMO TE ATREVES —dijo, con una sacudida

que hizo temblar la rejilla.

Se oyó un desgarró seco que se unió al ruido sordo que hizo su cuerpo al caer de donde colgaba, y yo, que estaba tirada en el suelo, sólo entonces oí el estruendo espantoso de las escudillas y el zapateo rítmico de mis vecinas de celda, que llamaban con voz ronca a los carceleros.

El interrogatorio, ese mismo día, fue extrañamente suave. Me condujeron a lo que resultó ser el palacio de justicia, a una salita que no había visto nunca donde había unos hombres vestidos de paisano sentados a una mesa. En el acta se describió minuciosamente mi rostro tumefacto: numeraron los chichones y las equimosis de la frente, me midieron con un metro los arañazos de las mejillas, el cuello y las manos (no acertaba a explicarme esos arañazos), y tomaron nota del diente incisivo roto y la hemorragia nasal. No sólo me exculparon de toda responsabilidad en el suicidio de la «condenada encinta», sino que me felicitaron por haber tratado de salvar al feto para el Tercer Reich, arrancándolo al arrebató demencial de la infanticida. Como recompensa me concedieron la libertad vigilada. Podía volver al lager. Me convocarían para informarme de mi detención y la de los demás extranjeros. Mi conducta en la celda era un indicio seguro de arrepentimiento. La justicia nazi no ponía en duda mi voluntad de colaborar.

Mi barracón aún estaba vacío, pero mis compañeras no tardarían en volver. El hambre me atontaba. Corrí a mi taquilla. El candado forzado, el espacio vacío salvo por la mochila, en la que sólo quedaban las cartas de mi madre en un bolsillo, junto a los sobrecitos de veneno matarratas que Grùscenka me había regalado (sisándolos de su ración de desinfectante para los retretes) cuando le conté que había visto a dos ratas de alcantarilla hurgar entre los barreños detrás del barracón. En un trozo de espejo entreví unos ojos que me miraban con odio, me volví despacio, aterrada. No había nadie. Clavé de nuevo esos ojos en el espejo.

Traté de forzar los candados de mis compañeras, en vano. Miraba por las grietas de las taquillas por si veía mis cosas, aspiraba los olores. Tras un buen rato con el ojo pegado a un agujero de la taquilla de Jacqueline (tapándome el

otro ojo con la palma de la mano), distinguí algo de color celeste. Ah, era el vestidito de algodón con pinzas en la cintura, el más alegre, que me había mandado mi madre. Qué crueles, se me llenaron los ojos de lágrimas silenciosas por la indignación. Me dispuse a esperar a mis compañeras, apoyada con las piernas separadas y las manos en los bolsillos en la litera frente a la puerta, aquella cuyo jergón superior había sido el de Martine.

Fueron entrando de una en una o de dos en dos, mirándome de reojo, y pasaron por delante de mí andando de lado (pero deprisa). Me arrimo a Jacqueline, la única que me había mirado con un «ooh» de sorpresa que parecía afectuoso, casi contento.

—Quiero que me devolváis mis cosas —consigo articular—. Quiero que me devolváis mi comida.

—¿Ah, sí?

Las compañeras que me habían esquivado se vuelven despacio. Se acercan a mí. Las miro fijamente.

—Ladronas —murmuro.

—Has vendido a los compañeros —dice una, encogiéndose de hombros—. Por eso estás aquí —añade, volviéndome la espalda.

—Sí —interviene otra—, tenían razón los nazis: la estudiante ha hablado, decían. Mírala, qué cara de odio. ¡Y nosotros que no queríamos creerlo!

—Aaahhh. —No acierto a decir otra cosa.

Me abalanzo sobre ellas, propinándoles puñetazos y codazos.

—Has cantado, cerda, traidora —dicen entre ellas.

Yo apuntaba a las taquillas. Mi idea era tirarlas al suelo. Se dan cuenta. Cada cual se parapeta delante de la suya, dispuestas a defenderlas con uñas y dientes.

«Hienas, queríais mi cadáver», dice mi cerebro, pero no me salen las palabras. Sigo repitiendo sordamente:

—Quiero que me devolváis mis cosas. Quiero que me devolváis mi comida.

—¿Y Martine? ¿Y Carla? ¿Por qué estás tú sola aquí? —se suceden las voces delante de las taquillas—. Ellas no han traicionado a nadie, han aguantado los golpes y las torturas.

—Aaaah —vuelvo a decir—. Aaaah.

Era un dolor imposible de controlar. Tenía que hacer algo, pero no sabía qué, ni a quién hacérselo primero.

—Sí —me puse a gritar—. Os he vendido. A base de bien. Acabaréis todas en la cárcel —reía.

En la pelea que siguió, entre el barullo de voces y cuerpos, la estufa cayó rodando al suelo, eructando nubes de humo negro que se extendieron por la habitación. Hienas, asesina, me lo devolveréis todo, hasta la última miga, puerca nazi, ni siquiera nos dimos cuenta de que la puerta se había abierto de par en par. Fueron los latigazos del *Lagerführer* y el silbido de la fusta al azotarnos lo que nos hizo recobrar conciencia de la situación. Nos incorporamos despacio, desde debajo del amasijo de cuerpos vi que la muchacha corpulenta de Bérghamo tenía en la mano un mechón de mi cabello.

—Me han robado mis cosas —dije jadeando en un silencio total.

Sólo entonces reparé en que yo también aferraba una maraña de cabello negro y rizado entre los dedos. Miré una a una a mis compañeras mudas, y el sentimiento de triunfo se me apagó dentro.

—¿Qué te han robado? —me preguntó el *Lagerführer* en tono comprensivo.

—La ladrona es ella —se apresuraron a decir las internas, acercándose unas a otras—. Ha robado alcohol en la fábrica.

—Dadme mis cosas —repetí.

—Dejaba las máquinas sin vigilancia.

—Dadme mis cosas, mi comida.

—Sabotaje —lanzaban caóticamente—, es culpable de sabotaje...

Se alzó una voz trémula:

—Quería que hiciéramos huelga.

Todos los ojos, gélidos como el hielo, se vuelven hacia la mujercilla entrada en años que ha proferido lo indecible, y, con voz más débil, ésta farfulla:

—Para provocarnos, para ponernos a prueba, pero nosotros no...

—¿Qué te han robado? —repite él dulcemente. Con qué dulzura puede expresarse la crueldad, pensé.

—Un bote de leche en polvo —contesto confusa.

—¿Nada más? —dice el *Lagerführer* con amable ironía.

—Nada más —contesto, con voz más firme.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿De verdad?

Asiento con la cabeza.

—Bien. Haré que comprueben las taquillas. Sácalo todo, se cotejará con el contenido de los paquetes que firmaste en el momento de recogerlos. Y si te han roba-do más cosas, no temas, obtendrás justicia. Nadie te pondrá un dedo encima. —Y, dirigiéndose a mis compañeras, dijo—: Se levantará acta. Firmaréis vuestras denuncias.

—¿Qué denuncias? —se asustan las mujeres. No sabían nada. Rumores, habladurías, nada.

Jacqueline interviene:

—La ha buscado su padre, es un hombre del gobierno, no pueden incriminarla.

—Eso ya lo veremos.

El *Lagerführer* sale del barracón, dejando dos guardias armados en la puerta. Los perros aullaban.

—¿Me ha buscado mi padre? —le pregunto a Jacqueline en voz baja.

—Me lo he inventado. ¿Quién te va a buscar a ti?

Magulladas, llenas de arañazos, sangrando por la nariz y la boca, reunimos mis pertenencias sobre mi jergón, mientras cuatro compañeras tapaban la ventana para que no nos vieran los guardias. Faltaban varias cosas, consumidas ya o intercambiadas durante mi ausencia. Cada una sacó una prenda de vestir suya, un terrón de azúcar, una pizca de tabaco, hasta que nos pareció haber juntado el equivalente plausible de tres paquetes. Quedaba la laguna del bote de leche en polvo que yo había denunciado: no estaba. Convinimos acusar del robo a la mujer de Bérghamo embarazada, que había sido repatriada para el parto, por lo que no podrían perseguirla. Si me reclamaban algo, no tenía más que echarle la culpa a ella, esa idea nos tranquilizó. Apaciguadas por el agotamiento, nos sentamos a esperar a que

vinieran a comprobar las taquillas. Pasaron los minutos.

—Tengo hambre —dije.

—Pues come. ¡Con toda la comida que tienes! Mira, todo tuyo, ¿qué más quieres? —dijo una voz.

—¿Hasta el aire que respiramos nos quieres quitar? —dijo otra.

—¿A nosotras también? —dijo una tercera voz desde una litera (¿es posible que fuera Jacqueline?).

Me acurruqué en la cabecera de mi jergón, delante de la comida, sin probar ni una miga de pan. Era, pues, una tregua aparente. Creían a los nazis. Nunca las convencería. Nunca convencería a nadie. ¿A mis padres?, me reí para mis adentros. Las horas pasaban en silencio. De vez en cuando una compañera se levantaba para coger furtivamente algo de comer de su taquilla. Era de mí de quien se escondían: me miraban de reojo (lo sabía). Además, las había denunciado. No podía convencer a nadie. En el fondo, no me convencía ni a mí misma. Ni ganas tenía ya.

En ese duermevela, sentada en la cabecera de la litera, con la mejilla dolorida de apoyarla sobre las rodillas dobladas contra el pecho, sin apartar los ojos del pan y el azúcar al alcance de la mano, recordé los sobrecitos de matarratas. El alivio casi me corta la respiración. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Reflexioné con calma. Pero tenía que darme prisa, si no quería que mis compañeras pudieran salvarme al despertarse. Debían de ser al menos las once de la noche, quizá incluso medianoche. Calculemos. Llegué al lager a eso de las cinco. Mis compañeras aparecieron a eso de las seis y media, siete. Pasaban por el barracón antes de ir al comedor del lager (se han saltado la cena, bueno, la sopa, digamos). Cuando vino el *Lagerführer*, no habría pasado más de una hora. ¿Quién sabe si aún seguirán fuera los guardias? Casi que me voy a hacer pis. No, nada de escaquearse. A ver, como iba diciendo: ¿hacia las nueve ya había pasado todo? ¿Ya estaban todas en sus literas? Más bien a las diez. No te distraigas con detalles. Procede con orden. Seguramente es más tarde de lo que piensas, ¿será la una? Rápido, con calma. ¿Qué pierdes

con morir? Te parece que algo sí que pierdes, pero es la costumbre. Al menos has aprendido latín (me reí). ¿Y mañana?

Al pensar en el día siguiente, y los días sucesivos, me decidí de golpe. Todo el después se me vino encima, me aplastó de una vez, de qué me servirá lo que he vivido aquí. De repente vi los muebles de caoba, las figuras de porcelana, la plata inglesa de mi casa, y me reí con ganas. Me embargó una sensación de placer, veía y borraba, zas, fuera, fuera. Me descalcé febrilmente y, anquilosada, bajé de la litera, tambaleándome por un hormigueo en una pierna, metí la mano en el bolsillo de la mochila y palpé los sobrecitos junto a las cartas de mi madre. Los saqué, qué alivio, los conté, qué sensación más estimulante la de poner fin, había dieciséis. Me sentía ligera.

Cogí mi taza de aluminio y, de puntillas para no hacer ruido, fui a llenarla al lavabo. El chorrito de agua sobre el metal hacía un ruidito que se me antojaba refrescante. Eché ocho sobrecitos en la primera taza llena hasta arriba de agua, removí con el dedo y, tapándome la nariz, me lo bebí del tirón. Deprisa, mezclé los otros ocho sobrecitos en la segunda taza de agua y, tapándome la nariz de nuevo, bebí sin respirar, pero no podía acabármela. Conté trece sorbos. Media taza de agua limpia más, para asegurarme de habérmelo tomado todo. Sentía una gran paz. Quizá debiera andar de un lado a otro como Sócrates. Qué fácil era. Me detuve delante de mi litera. Me moriría en la de Martine. Ella no creería a los nazis. Me encaramé con cuidado, para no despertar a la interna de debajo. Me tumbé boca arriba, acomodándome en la paja de Martine. Todo había acabado. Martine me creería, también Alain, y Étienne y Grùscenka, tan lejana ya, ellos sí que me creerían. Podía abandonarme. Por fin. Fui sumiéndome en un letargo adormilado.

Se me erizó pelo a pelo todo el cabello. Ella sola, mi piel se puso a rezumar un sudor frío entre oleadas de escalofríos que me recorrían una y otra vez de pies a cabeza, me castañeteaban los dientes por su cuenta, algo como un tubo dentro de mi estómago, quizá el esófago, se retorció, sentía rígido el vello sobre mi carne de gallina, a punto de estallar. Pero duró poco. Me arrolló el horror. Sentía en todos los poros el horror de la muerte, los ojos se me salían de las órbitas, lo irreparable de mi gesto me aniquila en ese

horror inubicable con el peso aplastante de algo miserable que era yo.

De esa noche conservo intacta, real, cada vez que pienso en ello (lo hago lo menos posible), la sensación absoluta de miseria que experimenté en un momento concreto del envenenamiento corporal (todo lo demás lo he reconstruido después). Que yo rechazase el universo, la vida, me resultó tan *miserable* —no encuentro otra palabra— que la constatación de esa evidencia superó el horror. Pero aun así prevaleció, en ese caos que era mi cuerpo, la determinación de no pedir auxilio, con la conciencia confusa (e inútil) de que mi voluntad de no rebajarme ante mis compañeras era el fondo más ínfimo de mi miseria.

Quería levantarme, pero no podía. Ponerme de lado, pero no podía. Dos dedos, la mano entera en la garganta, boca arriba con los ojos en blanco me di cuenta de que aunque quisiera —y ahora sí quería— ya no podía gritar, de mí no salía sonido alguno. Se me estremecían las carnes, las fibras, los órganos. Y chorros de vómito me inundaron la cara.

Me desperté en una habitación de hospital, limpia, azul y blanca, con visillos de tul y camas lacadas, con un gotero en el brazo. Era sangre. Me transfundieron cuatro litros, donados por los compañeros del lager, anémicos y hambrientos. Hasta la sangre os quito, pensaba de vez en cuando las semanas sucesivas durante mi convalecencia, en una calmosa desesperación serenamente cruel, hasta la sangre, mientras leía las *Confesiones* de san Agustín, que el párroco del consulado italiano me había regalado.

La mañana en que me tomé el veneno matarratas me encontraron anegada en vómito y sangre, con la mandíbula dislocada. Me salvó la dosis excesiva que había ingerido de una vez. La violencia de la acción tóxica activó las defensas de mi organismo e hizo posible el rechazo. Si me hubiera tomado la mitad de la dosis no habría sobrevivido. Sólo se me dañaron los riñones, para siempre. Hay algo que no sé muy bien qué es, algo vascular, que se me quedó frágil de por vida, y al mínimo esfuerzo orino sangre.

Vino el cónsul en persona. Lo avisó el doctor Lopp.

—¿Por qué no recurrió a mí? Será repatriada de oficio —me anunció.

El cónsul era un señor bondadoso de aspecto juvenil, apuesto, con el cabello entrecano, que sobre todo no quería profundizar en nada. Transmitió noticias mías al Ministerio de Asuntos Exteriores italiano. Le interesaba convencerme de que él no sabía nada y que, en cuanto había sido informado, había removido cielo y tierra para conseguirme la asistencia que me correspondía por mi rango. Me señalaba los visillos, bajando la voz:

—Una clínica para alemanes —me decía—, *nur für Deutschen*. —Y con un gesto travieso de los párpados, precisaba, alzando el índice—: *Reichsdeutschen*.

Estaba incómodo porque no sabía si la suicida era la hija de mi padre o la encarcelada por los nazis, la muchacha golpeada por las internas o la del triángulo en la solapa. Me hacía una pregunta, pero enseguida la retiraba:

—No pensemos más en ello. Ha sido una pesadilla. Pero ya es agua pasada.

Se sentaba muy tieso a la cabecera de mi cama, con su monóculo, del que yo no podía apartar la mirada, inclinándose sólo para subrayar las dificultades que había debido superar para que me recibieran «aquí», dirigía una mirada aprobadora a las paredes, acompañándola con un amplio gesto de la mano. Observaba en su rostro colorado y sanguíneo los capilares que destacaban sobre el fondo blanco de su frente y su mentón huidizo. Era consciente de lo arisca que me mostraba con él. Sólo tuve un breve y débil arranque de simpatía cuando recalcó, con cierta pesadumbre en la mirada, la fuerza de espíritu de mi padre, más todavía: su «auténtico temple de espartano —dijo—, con los medios de presión de los que dispone, no ha pedido nada para usted, señorita Lucia».

—Le traigo sin cuidado —le contesté plácidamente.

El cónsul se despidió.

II

Subí al tren sin que me dejaran volver al lager. Llevaron mis pertenencias

a la clínica. Estuve ingresada allí seis semanas. Los médicos venían a filosofar conmigo. Las monjas asentían, mirando el libro de san Agustín sobre mi mesilla de noche. Un empleado del consulado asistió al inventario de mi vestuario, dispuesto a cursar una reclamación si echaba en falta algo. Odiaba ese vestido de algodón celeste, esos jerséis y esos zapatos de ante, esas medias y esas bragas, tanto que habría querido destruirlos. Estuve tentada de pedirle al empleado que entregara la maleta (obsequio del cónsul en persona) llena de mi ropa a mis compañeras de barracón, pero me di cuenta de que se la habría quedado él. Mandé llamar al párroco, pero en el último momento no me fie de él. Pedí que fuera el único en acompañarme a la estación. Tenía un sidecar. Despotriqué de los nazis, hasta que conseguí que se sincerara conmigo. Le pedí entonces que pasara por mi lager. Se negó. Lo amenacé con denunciarlo. Me llevó hasta allí. Pasé por debajo de la alambrada de espino, alejando al perro lobo de una patada. Oculté la maleta bajo la cama de Jacqueline con una nota. Me dejé puestas las botas de montaña, me puse un par de pantalones que le había comprado al empleado del consulado, un jersey atado a la cintura y, a la espalda, la mochila con el libro de san Agustín y una hogaza de pan.

La apatía no se disipaba. Me pasé todo el viaje fumando, encendía un cigarrillo con la colilla del anterior. Enseñaba mi documentación a los revisores, no contestaba a mis vecinos de asiento, que me consultaban si podían abrir o cerrar la ventanilla. Al cabo de unas veinte horas llegué a Verona; la mañana era soleada, a la salida de la estación había tenderetes con melocotones a tres liras cincuenta el kilo. Me sorprendía a cada paso una agitación olvidada y que en todas partes se hablara italiano. No sabía adónde ir.

De esa mañana sólo recuerdo que vagué por la ciudad mirando a la gente. Me parecían todos rostros sin guerra. Compra un melocotón, me dije, mirando los montones aterciopelados en las fruterías, me ponía al lado de una mujer que los palpaba, y la sonrisa de acercamiento se me moría en los labios ante ese rostro sin puntos de apoyo, todo eran diálogos y gestos que no me concernían, y ahí estaba yo, delante del tendero, estorbando a los clientes, con la mano en el aire que de repente metía en el bolsillo el melocotón

robado, y me escabullía pensativa. Tras doblar la esquina, mordía la pulpa, con la fruta escondida entre las manos, chupando el jugo despacio antes de arrancar el bocado y seguir andando. Pero, al tercer hurto (una ciruela esta vez), me sentí sola, robando no trababa relación con los viandantes.

En una tasca pedí tres platos de polenta tostada con rodajas de tomate encima y dos rebanadas de pan de castañas. Estaba comiendo tranquilamente, cuando en la mesa de al lado dos soldados pidieron pasta. No los vi entregar los bonos de las tarjetas de racionamiento y llamé al dueño.

—Pasta para mí también.

—Ya se lo he dicho, no tiene tarjeta.

—A los soldados sí se la ha servido.

—Qué remedio.

—¿Sin tarjeta? Pondré una reclamación.

—¡Cómo que sin tarjeta! Pues claro que me han dado los bonos.

—Aun así lo denunciaré —dije, haciendo ademán de levantarme.

Sudando de nervios, el hombre se aplacó. Me sirvió al momento un plato de espaguetis con aceite y ajo, un vaso de vino, un trocito de queso curado de oveja y hasta una gruesa rebanada de pan. Saboreaba cada bocado masticando despacio.

—¿Está satisfecha, ha comido bien? —preguntó por fin el dueño, un hombre de unos cuarenta años, de mirada cauta.

Le indiqué que sí con la cabeza y me entró la risa. Me guiñó el ojo.

—¿Qué quería denunciar? Esta comida se la he dado porque he querido, guapa, se la he quitado de la boca a mi propia familia, de nuestra ración.

—¿Cuánto es? —Ya se me había pasado del todo el buen humor.

—Lo que usted quiera, señorita, lo que le dicte su conciencia, son cosas que hoy en día no tienen precio.

—Cuánto es —repetí, endureciendo el tono—. Quiero la cuenta escrita y firmada.

No pagué mucho. Fuera, en la calle, me reía yo sola pensando en el dueño, que no se enteraba. Fui a sentarme al sol en un banco público. Me desperté al atardecer, tranquila y satisfecha.

Conté el dinero que me quedaba de la cantidad (cien liras italianas) que

me había entregado el cónsul, junto con dos cartones de cigarrillos. Ochenta y dos liras. Había gastado cinco en comprar agua en el tren y trece en el almuerzo, me salían las cuentas. Me estiré. Tenía que buscar algún sitio donde dormir, pero antes un retrete, no tenía más que preguntar, estaba en un jardincito en medio de una plaza. Pero los rostros pasaban, cada uno a lo suyo, *como si todo fuera así*, y esperaba al siguiente. Qué necesidad tenía de aguar-me la libertad, me espabilé, podía encontrar yo misma el camino. Sabía que había recuperado un aspecto decente, después del suicidio había vuelto a mis cincuenta y dos kilos de antes, y estaba despiojada y limpia. Volví a la estación; allí me abordaron unos soldados:

—¿Quieres pasar la velada conmigo? —me preguntaron, con sus caras de chicarrones inexpertos y violentos, *repubblichini*[*] con la gorra hacia atrás o calada hasta los ojos.

Recuerdo a dos muy insistentes con los que terminé en un bar. Uno era alto, castaño, alegre y peripuesto; el otro era más bajo que yo, de tez renegrada y humor sardónico.

—¿Sois fascistas? —les pregunté en voz baja.

—Lo puedes decir en voz alta —dijo éste riendo, con mucha chulería—. Cuando la cosa se puso fea, se pasaron todos al otro bando, cuando el barco se hunde, las ratas son las primeras en huir, pero yo aguanto. Esas zorras se acuestan con los alemanes, ¿qué te parece?, pero con nosotros no, les damos asco. —Arrugó la nariz imitando a las chicas que lo rechazaban.

—¿Y tú? —me preguntó el otro, inclinándose sobre mí.

—Vengo de los lager y de las cárceles alemanas.

—Ah.

—¿Cómo es todo aquello? —preguntó el moreno en voz baja.

—Como cuentan aquí —contesté.

—Ah.

—¿Cómo has salido de allí? —murmuró el soldado más alto.

Estaba entre los dos, de pie delante de la barra, con una taza de achicoria con sacarina en la mano, mirándolos en el espejo que tenía enfrente.

—Intenté suicidarme, y me repatriaron a Italia.

—¿Vuelves a casa? Qué suerte.

—Cuidado con los partisanos, no son de fiar —dijo el moreno.

—¿Te esperan tus padres?

Hasta ese día había eludido pensar en mis padres, y hacerlo entonces me agobió. De mis ojos brotaron lágrimas inesperadas.

—No sé adónde ir —dije exhausta.

—Ven, salgamos de aquí.

Paseamos los tres por la calle hasta altas horas de la noche. Les conté por lo que había pasado, mis problemas, el terror de reencontrarme con mis padres, de plantar cara a sus comentarios, les describí con detalle la indiferencia con la que mi padre soltaba cosas que hacían daño, la manera de pensar de mi madre, ajena a cualquier bajeza.

El soldado más alto quería tranquilizarme a toda costa, me recibirían bien, dijo las palabras «Te perdonarán» y a cada observación que yo hacía para desahogarme contestaba con propuestas como: «¿Por qué no vamos a cenar? Hablaremos mejor, con la tripa llena las cosas se ven menos negras».

El soldado bajo, en cambio, negaba con la cabeza: «No van a entender una mierda», pero estaba de acuerdo en que ir a cenar era una idea estupenda.

Como me había atiborrado antes, no tenía hambre, por lo que ellos me veían como una criatura espiritual (intercambiaban suspiros).

En el restaurante, sin embargo, me zampé todo lo que me sirvieron, puede que comiera el doble que ellos.

—Madre mía, comes como una lima —se reía el más bajo, sirviéndome vino.

El otro acercaba su pierna a la mía debajo de la mesa, y ya empezaba a proponerme que nos fuéramos a dormir. Me dirigí al chico moreno, que me parecía más sincero.

—No tengo ganas de hacer el amor con vosotros —farfullé, con la voz pastosa por culpa del vino—, ni con él, que trata de meterme mano por debajo de la mesa sin que tú te enteres, ni contigo, que pareces más leal. Por eso dime cuánto os debo, y quedamos tan amigos. —Esta vez lloré a propósito para conmoverlos y que no me hicieran pagar mi parte.

—¡Deja, mujer!

—Faltaría más. Ni que fuéramos unos gañanes. Un fascista es un hombre

de honor —se prodigaba el moreno, algo achispado él también—. Es natural que no te apetezca, ¡con la mala racha que llevas!

—Yo sólo lo hacía para animarte —protestó el castaño, ofendido—, ¡si estoy reventado! Pero, qué quieres, te he visto tan abatida...

—Ya —le replicó el moreno—, tú te estabas aprovechando, pero yo no, yo no estoy cansado y te haría tocar el cielo —me dijo—. Pero soy hombre de honor y, si no quieres, pues nada, tan amigos. —Me guiñó el ojo—: Pero piénsatelo...

—Claro.

Dije que tenía que ir al aseo. Salí por una puerta trasera sin despedirme de ellos. Estaba orgullosa de habérsela jugado. A lo mejor me habría ahorrado pagar la habitación de hotel, pero de esta manera me evitaba complicaciones. Siempre podía dormir en la sala de espera de la estación. Mientras tanto, ¿quién me impedía irme a dar un paseo? Comprobé el dinero que me quedaba en el bolsillo de los pantalones. Me las había apañado bien, a este paso me alcanzaría para unos días más, antes de tener que volver con mis padres, a Como, a la casa solariega que el gobierno de Mussolini había confiscado para mi familia. Se había acabado lo bueno, tendría que estar de vuelta en casa antes de que anocheciera, mi madre me señalaría con la mirada el reloj de la entrada cuando llegara tarde, peor aún, tendría al ordenanza de mi padre pegado a mí a todas horas, todos estarían al corriente de lo que les había hecho pasar, quizá hasta mandarían al chófer a buscarme si me entretenía en algún sitio, o incluso puede que ya no me dejaran salir si no era acompañada de mi madre, y sólo para ir a esas visitas insoportables, a tomar el té con las señoras, como en Roma. Entonces me había divertido cultivarme una corte de suegras: para engañar al aburrimiento, me entrenaba a congraciarme con las madres de hijos varones, por si acaso. Pero ahora esa distracción se me antojaba insípida. La sola idea de asistir a fiestas y conciertos, mi madre con su velo o su pamelita veraniega que le ocultaba el hermoso rostro, yo con los guantecitos de encaje, esbozando sonrisitas circunspectas y recatadas, los oficiales de punta en blanco poniéndose firmes a diestro y siniestro con expresión orgullosa, el ambiente galante, todo era tan previsible que tenía que recordar mi suicidio para no deprimirme.

Me perdí por las calles oscuras, hasta que me paró una patrulla de *repubblichini*.

—Documentación. ¿No sabes que hay toque de queda?

Escoltada por una decena de soldados metralleta en mano, al ritmo de sus botas de clavos sobre el empedrado, respirando un perfume a adelfas en la oscuridad inmóvil de la larga avenida, esa sensación como de estar desubicada, que me había chafado el placer de la libertad desde que me había bajado del tren, desapareció. De nuevo era yo misma, cada paso cadencioso me devolvía allí donde pertenecía, marchando en columna hacia la fábrica con el resto de mis compañeros.

Reparé en que no había pensado en ellos ni un instante en todo el día, desde que había llegado a Verona, como si nunca hubieran existido, y sentí un temor extraño al descubrir lo fácil que me había sido olvidar esos meses tan recientes, absorta yo también en cada instante recuperado, como si no existiera nada más. Centrados todos en metas insignificantes. No volvería a casa. Me iría a trabajar a una fábrica a Milán, o mejor a Turín, más lejos de mis padres. Pero tenía que ser más lista, dejarme de esos estúpidos hurtos y todo lo que pudiera atraerme la atención de las autoridades, respetar el toque de queda, pasar inadvertida. Si el cónsul había dado el aviso de que me habían repatriado, mi padre no podía no buscarme. Estaba en juego su propio prestigio si yo no volvía a casa.

Llegamos a un edificio que resultó ser una antigua escuela. En un aula con los bancos arrimados a la pared, un oficial me interrogó desde lo alto del estrado. ¿Cuándo había llegado? ¿Por qué no había cogido enseguida un tren a Como, que era el destino de mi billete? ¿Con quién había tenido contacto en Verona? ¿Qué hacía pasada la medianoche en pleno centro de la ciudad? ¿A quién buscaba? Las preguntas iban entreveradas de insultos y amenazas. Yo me distraía comparando los métodos de interrogatorio de los alemanes con los de los italianos, contenidos los primeros, ofendidos los segundos. Parecía que yo le hubiera hecho un agravio personal a ese oficial (un mariscal, así se dirigían a él los soldados). Debía tocarle la fibra sensible, pensé. «Mariscal, yo no tengo nada contra usted —le dije—. Mire mi documentación, lea lo que pone aquí, ¿ve? Aquí está el sello de la cárcel de Frankfurt: *GEFÄNGNIS*,

¿entiende lo que significa? Y también está el certificado del hospital. Me liberaron porque era inocente, pero estuve enferma. Y, por eso, al verme en Italia, donde la gente habla fuerte, con esos melocotones, que se venden libremente por la calle...»

—El sol —dijo él, solidarizándose conmigo.

—Sí, el sol y todo, después de casi seis meses de reclusión en el lager y eso, no me apetecía volver corriendo a casa, me entraron ganas de pasear un poco.

—Entiendo, pero eso díselo a mis superiores. ¿Quién tiene que rendirles cuentas? ¿Tú acaso?

—Si nadie habla, yo soy una tumba —prometí—. Mándenme a dormir a algún lado, mañana por la mañana me voy a Como, y aquí no ha pasado nada.

Había una decena de soldados repantingados en el suelo, unos roncaban, otros seguían la escena despiertos.

—¿Y quién me dice a mí que no eres una puta? Yo aquí no quiero líos. Nos llueven las inspecciones, bonita. Si fueras partisana, no habría problema, podríamos follar tranquilos. Y encima tendríamos el mérito de haberte deshonorado. Aunque se plantara aquí Hitler en persona y nos encontrara a todos empalmados, nosotros tranquilos: se consideraría un acto de guerra —declaró, dibujando una raya en el aire uniendo el índice y el pulgar—. Todo estaría en regla, ¿entiendes? *Pero te han liberado ellos*, con documentos y sellos a mansalva, documentos *suyos*, ¿me explico? ¡Cualquiera se fía! Mira, guapa, igual todo esto es un truco tuyo, pero a mí no me la das.

—¿Y ahora adónde voy?

—¿A mí me lo preguntas?

Trajeron una mesa y la pusieron en medio de la habitación.

—Túmbate aquí. Y si te mueves para hacerle un servicio a quien sea, te llevo ante la Gestapo.

Me quedé dormida de golpe. Me zarandearon de mala manera para despertarme.

—Arriba, tonta, levanta y lárgate. Te lo advierto, si te volvemos a pescar por ahí, estás perdida. —E, irritado por haberme protegido, el mariscal me dio una patada en el trasero a modo de despedida.

Me dirigí a la estación, siguiendo sus indicaciones. Amanecía, hacía fresco, el aire me ensanchaba los pulmones. Pensaba en qué hacer después, caminando a paso ligero para alejarme de esa zona. Doblaría la esquina en el momento apropiado.

Pero aflojé el paso sin querer. Otra vez tenía miedo. A saber qué rencores había entre contingentes locales y de ocupación, entre las autoridades fascista y nazi. La radio del comedor del lager había llamado «gobierno fantasma» al nuevo régimen de Mussolini. Sólo la tropa errante, como los dos soldados a los que había gorroneado la cena, hablaba de fidelidad al aliado leal apuñalado por la espalda, pero ¿y la cúpula? Mi propio padre se molestaba siempre cuando mi madre y yo exaltábamos las virtudes del pueblo alemán. Y eso que su madre, mi abuela paterna, era de origen alemán, de pura cepa, descendiente de familias bávaras afincadas en Italia en los tiempos de Napoleón, que siempre se habían casado entre ellas, una escuela de artistas fundada por los Klaus asociados a Canova. La primera en caer en desgracia había sido precisamente mi abuela Bettina, que se había casado con uno de Apulia de familia noble, el padre de mi padre. Pero ¿qué pintaban ahora los abuelos? Estaba perdiendo el hilo de mis pensamientos. Ah, sí, mi padre. Allí estaba de por medio el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero aquí era distinto, no podía hacer como cuando estaba en Alemania, que para castigarme por mi ventolera no movió un dedo para ayudarme, él, que, por su posición, podría haber venido mil veces a ver cómo vivía. Aquí, si me encontraba con algún compañero suyo, ¿cómo iba a ignorarme? Mi suicidio seguramente había satisfecho su orgullo (cómo pensar que no se lo hubiera contado el cónsul de Frankfurt para jactarse de la asistencia que me había prestado), y ahora no tendría más remedio que mostrarse clemente con la oveja descarriada de su hija. Cuanto más pensaba en ello, más me convencía de que para él era una cuestión de honor dar conmigo. Y ¿quién me aseguraba que el mariscal no estuviese transmitiendo al ejército de Como la noticia de mi próxima llegada? Pensándolo fríamente, puede que no se creyera la historia que le había contado de que vagabundeaba por la ciudad por lo feliz que me sentía, sobre todo si temía que los nazis me habían liberado para utilizarme para sus propios fines. Lo había dejado bien claro.

Así parecía que me había acogido y luego me había soltado por consideración a sus documentos, cumpliendo a la vez con su deber de vigilancia. Maquiavélico como era con las cuestiones de folleto, no se la habría jugado por tan poco.

No me cabía duda ya de que seguramente estaría telegrafando no sólo a Como, sino también a la estación de Verona, y a la terminal de coches de línea de Lombardía, a cada punto de control. No era momento de ir hacia el oeste. Me convenía dirigirme al este, adentrarme en el Véneto. Era inútil que esperara pasar inadvertida. Había visto las fotografías de los buscados, con las recompensas por su captura, en el pasillo de la antigua escuela en la que había pasado la noche, gente del Piamonte, del Friuli, esos rostros medio hipnóticos de los documentos de identidad, con esa inexpresividad fija a la espera del clic de la cámara fotográfica. Imaginaba mi rostro junto a los demás, con una suma aún más alta para quien proporcionara información sobre mí —estaba en juego la reputación de mi padre—, total, pensaba con mi maldad de entonces, ya se las apañaría él después para no pagar (necesitaba odiarlo para insuflarme ánimo). Y era un momento delicado, nadie se fiaba de nadie, ¿quién se habría tomado la molestia de ocultarme? No tenía contactos, ¿con quién podría tenerlos? Con quién establecerlos, así de repente, hija de fascistas, mi madre secretaria del Fascio desde que estaban en Francia, con dos medallas de oro del Gran Consejo por su ayuda a los emigrados (trabajaba noche y día para fundar casas nido, mandar a los niños a las colonias de vacaciones, organizar funciones teatrales, repartir regalos por Navidad y paquetes de alimentos todas las semanas). Hija de fascistas destacados, ahora más que nunca no pasaría inadvertida, repatriada de los lager nazis, Martine había dicho bien alto lo que todos pensarían: que me había salvado jugando mi carta fascista. Peor aún, esa carta se había jugado sola. No había habido cónsul que liberara a Grùscenka o a Martine. Como decía el mariscal, nosotros tranquilos. La estudiante podía permitirse el lujo de ir de Juana de Arco porque en última instancia *no corría ningún riesgo*. Siendo hija de quien era, cualquier cosa que hiciera era un lujo.

Estaba aniquilada por el dolor y por una vergüenza que me paralizaba. Tenía que zafarme de mi condición. Cambiar de nombre en Italia me habría

valido de poco, a menos que lograra cruzar el frente. Pero odiaba a los americanos y al rey. Entonces ¿qué? Tenía que ponerme a salvo, nada más, puesto que no me apetecía enrolarme en las filas de los americanos. Eso en el caso de que fuera factible cruzar el frente. Mi rostro junto a los demás buscados me miraba desde el pasillo de la antigua escuela que acababa de abandonar, como si lo hubiera visto al entrar la noche anterior. Lo primero que debía hacer era deshacerme de la documentación que llevaba en la mochila. Qué decisión más terrible, siempre con el tiempo en mi contra. Eso no me aseguraba la salvación, pero minimizaba el riesgo de que me encontraran.

Y vi avanzar por una bocacalle a un grupo de civiles escoltados por unos SS. Me detuve en la esquina para observarlos, venían hacia mí. Las piernas de los hombres y las mujeres se movían despacio, saltando en el aire cuando las golpeaba una bota nazi. Los SS, que apuntaban a los detenidos con sus metralletas, miraban todo el rato hacia atrás, alzaban los ojos a las ventanas de las casas, vigilaban al grupo de civiles, empujando a veces a los rezagados con los cañones de sus armas.

Al llegar a mi altura, un SS me apuntó con su metralleta (eran seis en total), indicándome con la cabeza que me quitara de en medio. Tienen miedo, pensé, tienen prisa, no me disparan para no despertar al vecindario entero. Me quedé inmóvil, mirándolo. Otro lo adelantó corriendo en mi dirección (pero hacía poco ruido al moverse, como en una emboscada).

—Cuidado, que grito —le dije claramente en alemán (*Pass auf, ich schreie*).

Quizá se sorprendiera de que le hablara en alemán, el caso es que se detuvo.

—Si das otro paso hacia mí, gritamos todos —articulé—. Ten cuidado, es nuestra señal.

En un instante, el sargento de las SS que seguía a los detenidos dijo «*Alt*», se puso delante, enviando con un gesto de cabeza a dos soldados a la cola de la pequeña comitiva, indicó con el índice a otros dos que la flanquearan y a un tercero que se pusiera en cabeza, de cara a los detenidos, todos con el dedo en el gatillo. Llegó a la distancia a la que había estado de mí el soldado a

quien acababa de dirigir la palabra y, con una voz suave que no interrumpió el silencio del alba, me dijo:

—Vamos, a la columna ahora mismo, u os matamos a todos. Cuento hasta tres. *Eins, zwo...*

Me apresuré a unirme a las filas. No se oía más que el estruendo de mis botas. Tenía que librarme a toda costa de la documentación y de la hoja de repatriación. Si me encontraban todo eso encima, estaba perdida. Bastaba con que me deshiciera de la mochila. Me asusté al pensar en el dinero. No, lo tenía en el bolsillo, lo palpé.

—Las manos abiertas —me dijo el soldado, muy cerca de mí—. Como intentes volver a llevarte la mano al bolsillo, te disparo.

Ya me había distraído pensando dónde esconder ese dinero para que no me lo confiscaran cuando recordé que el problema era la mochila. Tras algunas calles desiertas, los portales empezaron a abrirse. Los SS nos empujaban con más rudeza para apremiarnos. Fingí torcerme un pie y, doblándome en dos al simular dolor, dejé resbalar la mochila. Empujada enseguida por el cañón de la metralleta, dirigí la mirada a la mochila, que yacía en el suelo, como si quisiera recuperarla. El soldado la apartó de una patada. Miré rápidamente el número del portal delante del cual había quedado y, trotando a la pata coja, traté de retener en la memoria el perfil del edificio y de las casas sucesivas (fui contando los portales) hasta leer la placa de la calle. Por si acaso, pensaba, por si acaso. Seguí grabándome en la memoria las calles que cruzábamos, fingiendo a ratos apoyar el pie torcido con dolor, abatida de no sentirme renacer, de no vivir la importancia de lo que acababa de hacer, incapaz de saborear mi liberación interior por el ansia de no olvidar el nombre de esa calle, por el esfuerzo de tener que avanzar a la pata coja junto a los detenidos, que me miraban malhumorados, abrumada por un sentimiento de exhibicionismo que se imponía sobre todo lo demás.

III

Que las cosas hubieran ocurrido así es algo que después me negué incluso a mí misma. Hasta que no cumplí los cincuenta no reconocí que había sido repatriada. En un primer momento dije —hasta que me convencí de ello— que después de la huelga me deportaron a Dachau junto con mis compañeros. Sobre todo sepulté lo que había hecho aquel lejano 2 de agosto en Verona como algo que debía borrar de mi memoria. Deseaba que los nazis me hubieran capturado y encerrado, lo deseaba hasta tal punto que, poco a poco, incluso mi primer periodo como voluntaria se convirtió en un episodio borroso, los meses en la IG Farben se desenfocaron, y hasta la estancia en el K-Lager de Dachau se desvaneció, casi como si contuviese situaciones que me obligaran a recordar todo lo demás.

Los recuerdos se restringieron. Giraban en torno a la fuga de Dachau y rebrotaban en el hotel de Maguncia. De toda esa experiencia de guerra conservaba tan sólo unas pocas semanas dispersas de vagabundeo por el Tercer Reich, entre la evasión solitaria y el muro que se me desplomó encima, un tiempo separado —ni siquiera relatado por entero— que planeaba desde alguna parte y no suponía ningún problema. Basta con decir que llamaba a ese tiempo «mi paréntesis alemán», como si fuese un antecedente concluido, el prólogo de la silla de ruedas sin la que no podía desplazarme, el motivo histórico de ese incordio más técnico que otra cosa (me decía a mí misma).

El lector lo ha visto al principio de este libro, cuando relato mi evasión del campo de concentración y mis primeras semanas de vida clandestina. La muchacha de «Thomasbräu» y de «Refugio en Dachau» casi no parece la misma que la del Ch 89 y la fuga de Verona. Tal y como me veía a mí misma en 1953 y 1954 cuando escribí esas páginas, yo era una fugada a la que sólo le preocupaba sobrevivir, apañárselas, evitar encariñarse con nadie para tener mayor libertad de movimientos. Ni rastro de la necesidad de «lucha conjunta» que me animó en la IG Farben, ni de la voluntad de estar entre compañeros que en Verona me llevó a buscar refugio entre deportados desconocidos. Mi ir y venir por Alemania se condensó en una única sensación de fuga, y las imágenes que conservaba de ella estaban todas ligadas a esa percepción amputada.

No fue hasta 1961, al escribir «Mientras la cabeza siga viva» (más adelante diré en qué circunstancias), cuando por fin me atreví a reconocer abiertamente que fui a los lager como voluntaria. Tras quince años de contarlo en secreto a muy pocas personas, a media voz, con un temor creciente a las reacciones de los demás a esa «ventolera» mía, tanto que casi había olvidado su significado. E incluso entonces, en 1961, hablé de ello de manera tangencial, aludiendo a ello sólo como el argumento con el que había tratado de conseguir que el capitán soviético se apiadara de mí y me acogiera en Rusia.

Y necesité después otros quince años para admitir que volví a los lager por propia voluntad. Por qué tanta resistencia. Por qué precisamente mi contramarcha en Verona ha sido el último recuerdo en volver a la superficie. Ni siquiera el año pasado, cuando escribí «En el Ch 89», conseguí llegar hasta mi repatriación. Narré la huelga hasta el momento en que fracasó. Detuve mi memoria en la secuencia de ese fracaso.

Esto es lo que ahora me interesa comprender. De dónde me viene tamaño bloqueo, por qué durante tantos años he podido pasar por alto los nudos esenciales de ese pasado violento, creyendo tal vez que así podría aprender la lección que éste me enseñaba. Cómo una vivencia que me marcó tanto pudo depositarse en el fondo de mí misma casi como si nunca hubiera ocurrido (puesto que volví a mi rango, como vaticinaron Martine y Alain). O quizá sí que me reconcomiera por dentro, por mucho que yo tratara de olvidarla, ya que ahora por fin se me ha plantado delante, ahora que ya no tengo mundos de reserva en los que recomponerme. Me ha vuelto también ese amanecer en Verona, las palabras del mariscal de la República de Salò, el grupo de civiles que venía del fondo de una calle entre los SS, el rostro del cónsul que se superponía a la voz melosa con la que me dijo aquello de la «asistencia debida a su rango» en la pulcra clínica de Frankfurt. Han tenido que transcurrir decenios para volver a hallarme frente a ese salto que di a ciegas en un arrebato de hace treinta años (el tiempo ha pasado y ahora ya peino canas).

Pero para poder reconstruir cuándo comenzó esta represión que ha durado treinta años de mi vida, antes tengo que llenar las lagunas de la experiencia

reprimida, para ver si el que la exigencia social se redujera a una visión individual fue una interpretación mía sucesiva, o si ese cambio en mi ánimo no se había iniciado ya en la realidad vivida, en las duras situaciones que no me atrevía a recordar.

Ya en el vagón de mercancías con destino a Dachau comprendí lo que significaba de verdad estar en el otro lado. Cuatro días hacinada con cerca de cincuenta deportados «arios» (los judíos iban en otro vagón), sin más provisiones que las que nos dieron en Verona —un poco de pan, queso y fruta—, reprochándome el no haber bebido lo suficiente cuando nos ofrecieron agua antes de meternos en el tren. Entre paradas interminables en las que nos apiñábamos contra las puertas cerradas y suplicábamos que nos dieran de beber con un estruendo ensordecedor, para después callar, inmóviles, extenuados por la espera, hasta que el tren se ponía de nuevo en marcha chirriando sobre los raíles entre sacudidas, y nosotros volvíamos a circular por el vagón como una jauría enjaulada.

Recuerdo sensaciones vacías. Íbamos sentados sobre paja, unos entre las piernas de otros para ganar espacio. Yo estaba encogida entre los muslos del hombre que me servía de respaldo, en compañía del cual estuve todo el viaje. Le pedí al otro joven que se apoyaba sobre mí que me dejara levantar un momento las piernas, anquilosadas, y que aceptara apoyar la espalda un rato sobre mis rodillas. Estaba así acurrucada en una especie de postura fetal, salvo la cabeza, que tenía abandonada sobre el hombro del hombre que me estrechaba contra su pecho. Con el rostro sobre mi mejilla, me echaba en el cuello un aliento ácido a carbón mojado. Aspiraba a mi vez ese aroma que me enmascaraba el hedor persistente a diarrea que apestaba todo el vagón. Debía de ser de noche, pues no se filtraba claridad ninguna. Habían desaparecido las rayas de luz que penetraban por las rendijas del vagón. Abrazados de ese modo, discutíamos exhaustos, entre el zarandeo del tren, el estruendo de las ruedas en movimiento y los lamentos por la sed. Él me recalca al oído palabras de recelo, con voz deshidratada y ronca, y yo le contestaba a duras penas con sarcasmo, pues la lengua reseca me arañaba el paladar, mientras

trataba de leer en la oscuridad el tenue brillo de sus ojos cada vez que él levantaba la cara para replicarme.

Mi hombre-respaldo era uno de los deportados del grupo de Verona, tenía veinticinco años.

—Me han detenido por error. —Con estas palabras se me presentó en el momento de nuestra partida.

Pero ya en el vagón reconocí en su manera minuciosa de interrogarme ese no sé qué en la voz, en la mirada y en las palabras, como de tantear el terreno, propio de Martine, Grùscenka y Alain. Intuí entonces quién era, desde luego no se trataba de alguien detenido por error. La tercera noche me decidí a mascullar:

—Déjate de historias. Sé que eres un partisano comunista.

Sentí que se ponía físicamente a la defensiva. Y, poco a poco, me fue desgranando frases de esta índole:

—No estuvo mal tu juegucito en Verona, qué pena que después te traicionaras; sí, sí, cometiste el error de olvidar que te habías torcido un tobillo y, en cuanto nos apiñaron en la Kommandantur, te vi andar normalmente. Los nazis no se fijaron, ya se sabe, ellos creen en los milagros, pero yo soy más escéptico... Qué majo ese sargento de las SS, con ese silenciador tan bonito que tenía podía haberte matado, ¿no? Pero qué va, no lo hizo. Cuando le dijiste cuidado que grito, es nuestra señal, él enseguida bajó la metralleta. Da la casualidad de que hablo alemán, ¿sabes? Pero, dime una cosa: la señal ¿de quién?

—Imbécil —le siseé en el cuello con voz seca—, estoy aquí entre tus excrementos...

—Perdona, eres tú la que se está cagando encima de mí —replicó él.

—Si los deportados no confiamos los unos en los otros, estamos perdidos —proseguí yo—. Son *ellos* los que nos dividen, así nos tienen en sus manos *también moralmente*. ¿No te basta con la mierda del cuerpo? También tienes que ensuciarme la mente.

—¿Qué pasa, quieres que te cuente cuáles son nuestras bases partisanas en el Véneto? Ubicación, organización...

No sé cuántas horas después, nuestro racimo humano estaba de nuevo en

pie (nos sentábamos por turnos en el suelo). Una de las veces que crucé el vagón para llegar hasta uno de los bidones para heces que estaban en esquinas opuestas, siempre con mi amigo-enemigo que me llevaba de la mano entre el ir y venir ininterrumpido de gente, entre gemidos de dolor y de decepción (y de alivio) de quien se lo hacía encima en el eterno recorrido, inesperadamente sentí indulgencia por mi calumniador. Tenía razón, era culpa mía, pretendía que un compañero se fiara de mí cuando yo era la primera que no había confiado en él (no le había contado nada de mi historia).

Después de esperarnos el uno al otro en el bidón, logramos seguir avanzando pegados a la pared, un espacio muy codiciado, quien lo conseguía lo defendía con uñas y dientes. Mi amigo-enemigo se arrimó allí y ya no se movió. Apoyado de pie en la pared del vagón, se quedó ahí, con expresión aturrida, acariciado por un velo de luz que entraba por una rendija cercana.

—Ah —dijo suspirando—, pégate a mí. —Y cerró los ojos, con la boca abierta y el aliento cada vez más seco y maloliente.

Agarrada a su cuello, contra su pecho, medio abrazados porque tenía que hablarle al oído entre el zarandeo, los gemidos y el estruendo de la velocidad, le conté mi vida, el voluntariado, la IG Farben, mis padres, la repatriación, todo. Al hacerlo, lloraba: «¿Entiendes?, me acogieron entre ellos» (aludía a los obreros soviéticos y franceses). Pero tuve que correr hacia el bidón.

Cuando volví a buscarlo, ya no estaba. Por escapar de mí renunció incluso a su puesto en la pared del vagón.

Caminé durante horas de un bidón a otro, en zigzag, escrutando los rostros entre las hebras de sol, pero él también debía de estar moviéndose, pues no lo encontré. Era el cuarto día que nadie nos abría la puerta, y la sed aumentaba mi agresividad (o al menos eso creo), también porque la bolsita de ciruelas que nos habían dado a cada uno al marcharnos había sido un laxante infernal. En cuanto se cerraron las puertas en la noche, me abalancé como una fiera hacia las bocanadas de aire con olor a heno que entraban por las rendijas. Puede que me abriera paso con demasiado brío, por no decir a patadas y codazos, cuando una mano me agarró, un brazo me apretó el cuello y su rostro, inundado por un rayo de luna, me atravesó con una mirada de

odio, mientras su voz decía: «Fascista eres y fascista serás».

Me quedé sin fuerzas por completo, lo miraba medio asfixiada, con la cabeza torcida por la tenaza de su brazo.

—Es todo lo que... —balbucí.

Me soltó y me dijo:

—Es mucha la sed que tengo, pero no tanta como para tragarme tus trolas.

Me apartó de un codazo y se mezcló entre los deportados.

Poco después llegamos a nuestro destino. Él ayudaba a los más exhaustos a bajar del vagón. Era aún de noche, estábamos entre andenes vacíos en medio del campo. Me senté en el borde del entablado para deslizarme hasta el suelo. Él me ayudó.

—La puesta en escena ha terminado —me susurró—, ya puedes volver a casa.

Sólo coincidí otra vez con este amigo-enemigo, cerca de dos meses después, cuando hacía cola delante de una enfermería del K-Lager para recoger una pomada contra la sarna que me roía por todas partes. Él estaba a pocos metros detrás de mí, en la cola de los hombres, formada junto a la de las mujeres. Me hizo un gesto silencioso con los ojos. Me miraba como si verme ahí le quitara un peso de encima. De nuevo con la mirada me propuso cambiarme de puesto en la cola para acercarnos. Con la cabeza rapada y ojeras, parecía una sombra de sí mismo.

Lo había odiado tanto en esos dos meses que me asombraba de alegrarme de verlo. Ahora estábamos alineados, pero separados por un metro insuperable.

—Hola —decían sus labios.

—Hola.

—Tenemos que estar en contacto.

—¿Ahora?

Yo ya había planeado mi fuga hasta en los más mínimos detalles, era sólo cuestión de días.

—¿Qué pasa? ¿Te has rendido?

—¿Yo? —Sentí una oleada de rencor—: ¿No decías que fascista soy y fascista seré? —Pero la rabia no me duró mucho—. Escúchame —le dije casi sin voz, sólo con los labios, de los que él no apartaba los ojos—: te confío un secreto que no le he contado a nadie: tengo un plan de fuga. Escúchame, fúgate tú también.

—¿Y los demás? ¿Es que no piensas en los demás?

Contemplaba al esqueleto que había pronunciado esas palabras. El dolor me ahogaba, cómo comunicarle en esos pocos segundos de los que disponía todo aquello que había acumulado en mi interior durante ese tiempo en el K-Lager de Dachau. Mi cola, menos numerosa, corría más deprisa que la suya. Él seguía adelantando puestos para permanecer a mi lado, exponiéndose a que los demás se molestaran o a que el SS le diera un culatazo en la cabeza. Al fin murmuré:

—¿Los demás? Odio a las víctimas.

Lo miraba, desgarrada por una especie de amor bestial por esas víctimas a las que odiaba. Retrocedí un puesto, empujando a la mujer que me seguía para que ocupara mi lugar. Le pedía con los ojos una respuesta a mi amigo-enemigo, que me miraba desde el fondo de su rostro huesudo.

—Te he buscado —le dije.

—Me han torturado. —Me alargó dos dedos sin uñas, en carne viva—. Y me han tenido dos meses en una celda de castigo. Pero no he cantado.

—Escápate —le dije, retrocediendo otro puesto más.

Negó con la cabeza.

—¿Me condenas?

Volvió a negar, y se le escapó una sonrisa joven.

Me disponía a retroceder de nuevo, pero, más rápida, la Kapo me pegó con la fusta.

—Tienes que vivir, ¿me oyes? —le gritaba ahora, mientras un SS me arrastraba hacia la enfermería.

Me zafé de él y, cuadrándome, exclamé «*Heil Hitler*» ante el guardia, que, no sabiendo cómo interpretar mi voz autoritaria al hacer el saludo nazi, me quitó las manos de encima.

Me dio tiempo a volverme y entrever el rostro de mi amigo-enemigo.

—Tienes que vivir —le repitieron mis labios, con una sonrisa de complicidad—. Vamos —le ordené después al SS, miré un instante a la Kapo con expresión benévola y me volví por última vez hacia mi compañero torturado que, con la boca muda, me deseaba «bue-na suer-te» (¿sonriéndome con la mirada?).

Mi Kapo era un triángulo negro de mediana edad, exdrogadicta, decían que había vendido a su hermano por un poco de cocaína, y ahora nos tenía a nosotras como mercancía de cambio para conseguir barbitúricos.

Mis recuerdos del K-Lager no son borrosos. Puedo resumirlos en unos pocos párrafos.

Dachau me cogió por sorpresa. No imaginaba que pudiera ser así. Se comentaban cosas en Höchst, corrían rumores horribles, pero en nuestra percepción no tenían cuerpo. Era como el ogro de los cuentos, como mucho una pesadilla agobiante en la que las formas se transforman unas en otras y los hechos carecen de realidad.

El asombro fue quizá el sentimiento más fuerte que experimenté a mi llegada a Dachau. Hasta el punto a veces de no dar crédito a lo que veían mis ojos en el momento mismo en que lo veían. Quizá también por ello, una vez de vuelta en el mundo civil, durante decenios perdí esos abismos que se me revelaban sólo en los sueños, cuando una escena del pasado se me introducía en el ánimo como una sanguijuela, en una confusión de apariencias fantasmagóricas que era de nuevo irreal.

El asombro de entonces es algo que aún hoy tengo muy presente cuando hablo con quien nunca estuvo en los K-Lager (campos de concentración) o en los T-Lager (campos de exterminio).

En las doce semanas que pasé en Dachau no dejó ni un segundo de asombrarme la increíble cantidad de padecimientos que el organismo humano puede soportar. Hasta me entraba la risa al recordar cómo me había escandalizado el trato que se daba a los extranjeros en Höchst, donde, en comparación, se vivía en un clima de bienestar y libertad, incluso los Osten y

los P. Y aquí, donde se respiraba lo intolerable, la indignación se desvanecía en una especie de aturdimiento.

En verdad, eso al principio me irritó un poco, me desmoralizaba la naturaleza humana, la increíble rapidez con la que el cerebro pensante (el mío el primero) se adapta a las situaciones más insostenibles. Pero no había razón para desmoralizarse por el hecho de que en los cuerpos debilitados se apagarán también las mentes. La luz de la razón se concentraba en conservar el propio hálito vital. La debilidad del cuerpo entumecía el cerebro, sólo le quedaba energía para aguantar un mes más, un día más, una hora más. Y en pocas semanas me absorbió por completo otro descubrimiento que dio un vuelco total a todos los criterios por los que me había regido hasta entonces.

Me refiero a la absoluta normalidad del delito, de la violencia física, de la delación y la perversión como algo cotidiano en las relaciones, muy pronto todo ello se convertía en algo natural, familiar. Ya en el vagón de mercancías había experimentado un extraño goce de vivir; y una especie de voluptuosidad al llegar al K-Lager, cuando me dejé caer al suelo en medio de un montón de mujeres sobre la grava de una plaza. Y, después, entre patadas, bofetadas y escupitajos, nos pusimos en pie, con un dócil torpor, y nos metieron en un barracón, donde la felicidad de poder tumbarme por fin en el suelo borró de golpe todos los tormentos. Vi en los rostros de mis compañeras, que se estiraban con auténticos gemidos de placer, el mismo gusto por el embrutecimiento que se me liberaba a mí en el sueño.

Los primeros tiempos me humillaba esta capacidad excesiva de disfrutar del más mínimo descanso. No era como en Höchst, donde conservaba la rabia. Aquí estaba tan absorta en lo que hacía, envolverme meticulosamente en una manta, masticar despacito un bocado de pan ensalivado largo rato en un rincón del barracón, que, en el fondo, cualquier otro pensamiento se me antojaba abstracto. Me dirigía a mí misma reproches que no me hacían mella alguna: «Bueno, ¿qué? ¿Para esto has vuelto? ¿Para aspirar a echar un sueñecito llena de piojos? ¿Para babear por la peor bazofia? ¿Dónde ha quedado la lucha? Un par de semanas aquí ¿y ya te has rendido?». Nada. Bostezaba.

«¿Con quién iba a luchar yo aquí?», me contestaba a mí misma.

Los primeros quince días pasaron muy despacio, encerrada en uno de los barracones de aislamiento, en el Block de cuarentena, junto a decenas de extranjeras embrutecidas como yo y como los hombres de las SS que de vez en cuando venían a inspeccionarnos, con sus caras de subproletarios germánicos ucranianos y también tártaros, cuya brutalidad era tan obvia que resultaba hasta inocente. Tenía que repetirme continuamente «son monstruos» para no dejarme engatusar por la *Selbstverständlichkeit*[32] de su manera de divertirse, con ramalazos de crueldad: cuando nos daban una bofetada, volcaban de una patada una escudilla llena de sopa o escupían sobre una manta no lo hacían con animosidad, sino sólo por pasar el rato.

Después vino la decepción más grande. Los nazis no me pusieron con los triángulos rojos —las presas políticas—, sino que me marcaron de negro, como a las «asociales». Y me asignaron un jergón en uno de sus barracones. El Block de los triángulos rojos daba a otra calle interior del K-Lager, y no me resultaba fácil llegar a él. Los hombres estaban aún más lejos, separados de las mujeres. Los Osten y los P, como los triángulos amarillos hombres y mujeres (los judíos), nos eran casi inaccesibles a nosotros los del oeste y el centro de Europa. Imposible saber si estaba allí Grùscenka. Me parecía que las hileras de barracones eran infinitas. Unos decían que éramos veinte mil, otros, que cincuenta mil, y otros, que cien mil internos en la zona, pero no conocía a nadie que hubiera trazado un plano del K-Lager y sus anexos como lo hicieron mis amigos de Höchst, y aún hoy no sabría decir cuántos éramos en total.

Sé que busqué a Martine durante días. No la encontré. Escruté todos los rostros en el comedor, en el recuento, en los lavaderos: nadie de la IG Farben.

Poco a poco acabé preguntándome si de verdad había venido aquí para compartir el destino de mis viejos compañeros, pues cada día me importaba menos no dar con ellos. Llegué a temer encontrarme con alguno.

IV

Tenía que hacer como Grùscenka desde su observatorio en las letrinas subterráneas del Ch 89, mirar a mi alrededor para hacerme un cuadro lo más exacto (y exhaustivo) posible de la situación, y de prisa, antes de estar tan desnutrida que ya no tuviera fuerzas para pensar. El momento mejor para la observación era durante las horas del recuento en la plaza, por la tarde, cuando los internos del K-Lager volvían del trabajo, pero no debía desdeñar el amanecer en los lavaderos, además de los días festivos. Y de noche podía aprender a conocer a mis compañeras de litera, una vez que regresaban de sus turnos en la fábrica o en las canteras.

Mi barracón estaba compuesto mayoritariamente por alcohólicas de todas las edades. Conté veintidós cuando entré. Eran mujeres ajadas, de tez enrojecida por el alcohol, mansas y quejumbrosas por la inedia. Aunque su odio por los nazis era sincero, no eran de fiar: un solo trago de aguardiente les soltaba la lengua a su pesar.

Había también dos ladronzuelas temerosas que nos robaban siempre las raciones. Cuando una prostituta las denunció a la dirección, la acusaron de haberlas instigado a la sublevación, y la mujer fue suprimida en la enfermería con una inyección, como solía hacerse con los incurables (de hecho era sífilítica y estaba en la última fase de la enfermedad). Una noche se robaron la una a la otra, porque ya les resultaba difícil robarnos a las demás el más mínimo mendrugo de pan: habíamos establecido turnos de vigilancia en el barracón, de una hora cada una, de día y de noche. Al menor movimiento sospechoso de las ladronas, nos abalanzábamos sobre ellas y les dábamos una paliza: «Llama a los nazis si puedes». Se apuñalaron la una a la otra, enseguida fueron inmovilizadas por los perros lobo y ametralladas en la plaza.

Las más peleonas eran, sin embargo, las prostitutas profesionales, unas diez, de todas las nacionalidades, la mayoría arrasadas por las enfermedades venéreas. Recuerdo a una joven de Bohemia de mirada velada que palpaba cada objeto con los dedos, caminaba a pasos cortos y, por temor a que la suprimieran, afirmaba con la cabeza bien alta que veía perfectamente; pero cuando las demás le pasaban la mano delante de la cara, no se alteraba.

—¡Qué suerte que tienes buena vista! —se burlaban, guiñándose el ojo

unas a otras.

—Sí —contestaba la joven—. Veo bien.

—Y ¿esto qué es? —le preguntaban enseñándole una patata; la joven alargaba las manos—. No, sin tocar. Adivina, adivina. —Se le iluminaba el semblante cuando acertaba por casualidad.

Pero la «asocial» que más se me ha quedado grabada era una muchacha flamenca que venía de un campo de trabajadores libres.

Cuando aún estaba allí, una noche se fue a dormir al barracón de un eslavo con el que salía desde hacía poco. Después de poseerla, éste se fue al retrete y mandó a otro al jergón en su lugar. Después de varios turnos así, la muchacha receló no sólo de la virilidad del novio —cada media hora volvía a empezar—, sino también de la diversidad —una vez era más corpulento, otra, más delgado—, hasta que reparó en el ir y venir entre literas. Entonces opuso resistencia en una riña muda y vana. No sabía decir cuándo se había puesto a gritar, con tales aullidos que acudieron los guardias. Denunció al eslavo, pero los hechos (y la mentalidad masculina) estaban en su contra: ¿por qué no se había quedado en su barracón? La inscribieron para un burdel en el frente ruso. Entonces ella alzó el puño contra el retrato de Hitler, dirigiendo contra él todos sus ultrajes (éstas fueron sus palabras), y la deportaron a Dachau. Aquí ejercía una prostitución humilde, juntándose en las letrinas con los SS de la tropa más baja, algunos de los cuales tenían cara de campesinos alemanes o ucranianos. Volvía de buen humor al barracón, con sus flácidas carnes de gorda hambrienta y la mirada mansa, y nos ofrecía siempre un pedacito de sus míseras ganancias, una rodaja de salchicha, una rebanada de pan o un tarrito de mermelada.

En dos de las literas superiores vivían tres triángulos rosa, lesbianas danesas (¿o noruegas?) que hacían caso omiso del resto del universo, siempre ocupadas en lavarse y peinarse entre ellas, pulquérrimas para aquel ambiente. Delgadas, demacradas, se cubrían de atenciones y de caricias hasta altas horas de la madrugada, consumidas por un ardor que les hacía parecer felices a nuestros ojos, ajenas al hambre y las brutalidades, completamente inmersas en la ternura que se prodigaban. Cuando las llamábamos, respondían educadamente pero con monosílabos, apresurándose a refugiarse en sus

literas. A veces las veía darse de comer unas a otras de la misma escudilla.

Sólo había un triángulo verde en el barracón, es decir, una delincuente común. Era una prostituta francesa infanticida, desfigurada por no sé qué accidente que la había dejado sin barbilla, casi sin nariz y con una raja en lugar de boca. Tenía los ojos siempre un poco exorbitados, pues la piel le había quedado tirante por las cicatrices. Al parecer hacía unas mamadas excepcionales. Yo misma fui testigo de la insistencia con la que un suboficial de las SS, apuesto y con buen tipo, le suplicaba que saliera, asomado a la ventana del barracón. Un día le regaló hasta tres tabletas de chocolate de una vez, sólo para engatusarla y conseguir así que se fuera con él. Alguien lo denunció. Corría el rumor de que había sido la propia Lulù. El suboficial nazi parecía desesperado, no tanto porque lo enviaran al frente con uno de esos *Strafbataillon* donde la disciplina era más feroz que en la Legión Extranjera, sino por no poder verse más con Lulù. Antes de marcharse le dio su paga, ahorros incluidos, y no sé cuánta comida. Ella mascullaba algo con su boca sin dientes, a través de la cicatriz sin labios, mientras guardaba su botín, y al reparar en que la estaba mirando, me dijo al oído: «Hay muchas maneras de vengarse de ellos, aprende tú también».

Nunca me peleé con esas compañeras que los domingos llegaban regularmente a las manos, excepto las tres lesbianas. Los días festivos siempre había desaires, burlas, delaciones y riñas entre las cuarenta y dos mujeres hacinadas en una habitación de cincuenta y cinco metros cuadrados (11 × 5), repartidas en siete literas de tres pisos y dos plazas cada uno. Se hacían jirones los uniformes, se arrancaban unas a otras los pocos cabellos que les quedaban. Los días laborables estaban taciturnas, como mucho hablaban solas en un delirio febril, después del recuento vespertino, cuando cada cual se tumbaba entre gemidos en el jergón y suspiraba en voz baja, con los ojos abiertos.

Era impresionante oír sus imprecaciones de odio exaltado contra los nazis, a los que siempre acababan denunciándose unas a otras, hasta aburrir a los propios guardias, que se habían entretenido en hacerlas «cantar» a cambio de un trago de aguardiente o un pellizco de tabaco.

Aunque era la única italiana y nadie entendía mi lengua, vivía en el terror

de hablar en sueños. También por este motivo no quería pensar en los antiguos compañeros: ¿y si soñaba que discutía con Martine? Podía traicionarme en francés, dejar que se me escapara una alusión a Frankfurt-Höchst o incluso pronunciar mi verdadero nombre.

No había una sola vecina de litera que no mascullara palabras en un sueño agitado, y me parecía que no era la única que aguzaba el oído para captar algún significado en esos fragmentos de frases inconexas. Al despertar escrutaba cada rostro, buscando en una eventual sonrisa traicionera la prueba de que había revelado algo. Si me descubría, ¿cuánto tardaría la dirección del campo en mandar mis huellas a la IG Farben para cotejarlas con las que tenían allí, en busca de alguna coincidencia?

En cuanto una de nosotras se escabullía, todas las demás se le echaban encima. Obligábamos a las borrachas a echarnos el aliento, y la primera que oliera remotamente a alcohol tenía que rendir cuentas —a base de quemarla y clavarle alfileres— de cómo lo había conseguido.

Yo no podía contar con el apoyo del resto de las internas. A los triángulos negros los rehuía todo el mundo, en particular los triángulos rojos, que temían los chivatazos a los SS. A los «asociales» se los consideraba mucho menos de fiar que a los triángulos verdes, los delincuentes comunes, que tenían su propio sentido del honor. Se decía de un conocido militante antinazi que lo habían puesto a propósito entre los «asociales» para socavar desde el principio su prestigio entre los deportados. Lo consiguieron: el hombre permaneció aislado hasta que se cortó las venas.

En el pasado me había librado por mi notoriedad como voluntaria fascista, el consulado italiano sabía de mi existencia, eran demasiados los factores que obstaculizaban que pudieran deshacerse de mí fácilmente. Y sobre todo, la verdad sea dicha, no me habían considerado peligrosa.

Pero ahora las cosas eran distintas. Reincidente, clandestina, no había nadie que pudiera reclamar nunca la existencia de una tal Elena Pareschi. La falsa identidad misma que había dado a los nazis era su licencia para matarme.

De modo que mantén la boca cerrada. Sólo tu compañero del vagón de mercancías sabe quién eres, pero, aunque te odie, no te traicionará. Sigue con

tu observación del lugar sin llamar la atención, pero date prisa, hazlo antes de que estés demasiado débil como para que te sirva de algo.

Mientras tanto, me lavaba todas las mañanas y todas las tardes de la cabeza a los pies en el lavadero, deprisa, para evitar las quejas de las que hacían cola detrás de mí, pero me esforzaba en lavarme bien la piel con el jabón tosco que nos daban (me atormentaba que mis compañeras me contagiaran la sífilis). Después me restregaba enérgicamente con un trapo para activar la circulación, desnuda entre las internas, que me miraban como si me hubiera vuelto loca.

—¿Te sobran fuerzas?

—Será que quiere que la elijan para el burdel de los oficiales.

—Que no decaiga el ánimo —contestaba yo.

—Conserva las fuerzas mientras te queden —me aconsejaban.

No les hagas caso, me decía a mí misma, y vigílalas. Me entrenaba en dar órdenes a los perros lobo a espaldas de los SS, órdenes mudas con los ojos, con el meñique, con un mínimo gesto. Y así olvidaba el hambre. Pero cuidado con el otoño, cuando llegue el frío no aguantarás. Date prisa (¿para hacer qué?, eso no lo sabía).

Mientras me repetía obsesivamente «todo esto no es normal», tenía una sensación que me dejaba helada y que me quitaba por momentos cualquier esperanza de resistencia: la sociedad del K-Lager no hacía sino llevar hasta el paroxismo la categorización del mundo exterior, *no era una realidad distinta, sino sólo una exasperación inaudita del orden exterior*. Esta sensación se adueñaba de mí durante las horas del recuento, en el comedor, en todas las ocasiones en las que nos apiñábamos de pie. Olvidaba el cansancio, absorta como estaba en la tarea que me había impuesto de estudiar los rostros, de preguntar quién eres de dónde vienes a qué te dedicabas en la sociedad civil. Después, por la noche, me concentraba en reunir cada mínima información como un avaro que vuelve a casa a contar su dinero una y otra vez.

Siempre pensaba en una constante: en Frankfurt, y también en Dachau, no había ricos ni poderosos.

Pero si éste era un hecho comprensible en los campos anexas a los complejos industriales —en una fábrica hacen falta obreros, no señores—, en un K-Lager resultaba sospechoso: ¿es que no había antinazis en la alta burguesía europea? ¿O es que no eran perseguidos?

Los propios judíos eran casi todos gente detenida en redadas en los guetos centroeuropeos, una marea de artesanos, obreros, pequeños comerciantes y algún puñado de intelectuales, especialmente médicos, químicos e ingenieros, es decir, aquellos que tenían un «capital mental» (como decían los nazis) que podía serle útil al Tercer Reich. Los grandes financieros, los *auténticos* ricos estaban a salvo en el extranjero. La discriminación económica era, pues, aún mayor que la racial. ¿No era por casualidad la base de ésta? Las vidas judías como rehenes, como carne de mercadeo... En el breve intervalo que pasé en ese K-Lager, escuché un sinfín de rumores sobre tratos entre los nazis y el gobierno suizo para la liquidación de un stock de judíos. No creo que fuera sólo un sueño de esas masas hacinadas a las que veíamos pasar detrás del patio desde nuestros barracones de *sottomenschen*, situados un peldaño por encima de ellos también porque pertenecíamos a países económicamente más desarrollados, nosotros los deportados arios occidentales.

Los que más sabían del tema eran los triángulos rojos, porque entre ellos el porcentaje de *Akademiker* (así llamábamos entre nosotros a los internos que poseían cualquier título de estudios) era mayor. Una pequeña parte de éstos estaban empleados en las oficinas de inscripción y de administración o en las enfermerías, y mostraban consideración por sus semejantes, destinándolos a las cocinas. Escribanos, contables, enfermeros, pelapatatas (siempre subordinados de los internos alemanes), estos *Akademiker* disfrutaban de mejores condiciones que los que trabajaban en las canteras, los altos hornos o esparciendo alquitrán en las carreteras. Yo los veía con malos ojos precisamente por ello, porque su «capital mental», aunque inutilizado, los mantenía a salvo de muchos atropellos. Podían seguir comportándose según los valores con los que se regían en el mundo «civil» con mucha mayor facilidad que la plebe de los reclusos.

Se lo dije a una enfermera que conocía, una de las pocas reclusas elevada a ese rango (las mujeres solían estar excluidas de las oficinas, eran

consideradas una subespecie más entre los deportados).

—Qué pesados sois con vuestros ideales. Vosotros os los podéis permitir.

No puedo razonar como antes de conocer este infierno (pensaba yo). Y volvía a interrogar a la enfermera, una holandesa a la que todos apreciaban por su incansable dedicación en el *Krankenrevier*. Tenía cuarenta años y un rostro pálido de rasgos finos en el que se leía una expresión como abnegada. No me evitaba como los demás triángulos rojos, sino que contestaba con paciencia a mis preguntas cuando nos encontrábamos al amanecer en la lavandería, ocupadas las dos en restregar ropa con un jabón de arena, en la grisura de la habitación oscura, tanto que a veces nos reíamos juntas de lo absurdo de nuestra obstinada tarea. Me contaba en alemán la clase de gente que había visto desfilar por la enfermería el día anterior. Calculamos que también entre los triángulos rojos las clases medias eran una minoría. Quienes caían sistemáticamente en manos de la Gestapo eran los obreros, los peones. Según ella, esto se debía a que entre los comunistas había muchos más trabajadores que intelectuales. En mi opinión, en cambio, demostraba que la discriminación económica prevalecía sobre la ideológica.

—Perdona, Ellen, si en cuestiones ideológicas los nazis golpean más a los más ignorantes, eso significa que también en política su primer criterio es el dinero, porque es sabido que los ignorantes son los pobres.

—No puedes confundir así las cosas... —replicaba ella, sacudiendo un trapo contra la tabla de cemento ondulado del lavadero—: Las ideas siempre importan, sobre todo si se oponen a brutos como los nazis.

—¡Y tanto que importan! —replicaba yo—. Especialmente la idea de que en este mundo lo que más cuenta es el dinero.

Cada día que pasaba me afirmaba en mi convicción. Entre los católicos, todo era bajo clero. Ellen no soportaba esta idea. Una mañana me vino con la noticia de dos obispos polacos deportados junto a un cardenal holandés.

—¿Nada más? —le pregunté yo riendo.

—También una princesa italiana.

—¡Ah! —exclamé en tono de burla. Y añadí—: ¿Cómo explicas que también entre los prisioneros de guerra italianos, los badoglianos, como se los llama, sólo los soldados estén obligados a trabajar, mientras que los oficiales

pueden negarse a hacerlo, y los de rango superior están incluso exentos? ¿Esto tampoco lo consideras discriminación de clase?

Al día siguiente llamé su atención sobre el hecho de que los delincuentes comunes eran todos de muy baja estofa, criados en hospicios o en suburbios superpoblados. (Las delincuentes se mostraban menos reacias que las demás a contestar a mis preguntas sobre su infancia, les gustaba la idea de que alguien les reconociera que alguna vez habían sido niñas.)

—Insultas a los pobres. —La enfermera dejó de enjuagar la ropa—. Ellos tienen más moralidad que los ricos.

—Eso es lo que estoy diciendo. Un ladrón analfabeto es menos abyecto que el rico que lo mete en la cárcel.

—No me gusta tu manera de razonar. Y a tu edad es peligrosa. Eres demasiado joven para juzgar. Quieres subvertirlo todo. Haces que me arrepienta de haberte dado tanta información. —Y, sin querer, los ojos se le fueron a mi triángulo negro.

—Estás pensando tú también que soy una *asocial* —le dije—. Como los nazis.

Así fue como perdí la confianza de Ellen. Proseguí mis pesquisas yo sola.

En lo que a los nazis concierne, también nuestros guardias eran de ínfima extracción. Me pareció incluso que uno de ellos respetaba en mí su propia infancia cuando le pregunté: «¿Dónde vivías de pequeño?», y me contestó: «En la Selva Negra». Era hijo de leñadores expulsados de su tierra tras su deforestación, que habían emigrado a la ciudad cuando él era niño. Este guardia era un hombretón corpulento que empinaba el codo y se contaba entre los más violentos.

Los oficiales no se dejaban ver mucho, pero por sus modales arrogantes —mi padre los habría llamado *parvenus*— me parecían de origen humilde. Vi a cuatro en acción el tiempo que estuve en Dachau, tres ordenaron dar latigazos y encerrar en la celda de castigo a internos que no se habían presentado al recuento, y otro disparó personalmente a un hombre que trató de huir, y apenas frunció un poco el ceño en un gesto de irritación.

Ahora me preguntaba: si el embrutecimiento de nosotros los extranjeros se lo he achacado a los nazis, ¿a quién he de achacarle el de los propios

nazis? ¿Quiénes son los *Untermenschen*? Se desfogan con nosotros porque les hemos sido asignados como subhombres o, mejor dicho, así nos han asumido ellos mismos. Pero ¿acaso son ellos hombres libres? Reducidos a tareas bajas de negreros, carceleros, exterminadores, saqueadores, torturadores, son, pues, ultrasubhombres. ¿Para quién? Tendrá que haber hombres en alguna parte que no hagan estas cosas, sin por ello ser necesariamente víctimas. ¿Toda una humanidad de subhombres? ¿Esclavos-tiranos y esclavos-esclavos, donde los primeros seleccionan, amontonan y controlan a los segundos? ¿Un universo de esclavos-víctimas y esclavos-verdugos? Imposible.

Reflexiona.

Las industrias bélicas sacan provecho de toda esta mano de obra a muy bajo precio.

El doctor Lopp era muy distinguido. Él mismo no le habría tocado jamás un pelo a un extranjero. Tenía modales educados, compasivos, melancólicos, se le quebraba la voz cuando hablaba por los altavoces de lo despiadado de los bombardeos aéreos, de ese *Massenarbeit* desde lo alto del cielo contra poblaciones indefensas, mujeres, ancianos, niños enfermos, alemanes y extranjeros, enemigos y aliados sin discriminación. Y, sin embargo, empleaba a miles de obreros extranjeros mal pagados y mal alimentados en la fábrica que dirigía.

Cuando más tarde trabajé en las cloacas, levantando un día una boca de alcantarilla coincidí con un insurrecto de Varsovia. Éste me contaba que un industrial alemán de esa ciudad ocultaba en ciertos escondites a los sublevados del gueto, que le pagaban esta protección con trabajo contante, día y noche, a ritmos récord. Yo ya había elegido mi camino, y las revelaciones del polaco no hacían sino reafirmarme en mis convicciones. El hecho de haber entendido que me hallaba frente a esclavos me dio una fuerza infinita, una especie de liberación de la necesidad de refutar a los nazis de manera individual, como si fueran personas que dirigieran sus propios actos. No lo eran. Eran ejecutores de quien había disgregado sus conciencias, a partir de los años veinte, en esa caída vertiginosa del marco que había llevado a la ruina a millones de pequeños ahorradores, a millones de míseros

trabajadores alemanes. Bastaba con no dejarse impresionar por los aires de autoridad que se daban los esclavos-tiranos. Era una máscara detrás de la cual no había nada. Lo que había que hacer era encadenarlos a su esclavitud.

A base de soportar tremendos terrores, había llegado a persuadirme de que no tenían poder alguno sobre mí si no se lo daba yo, hasta el punto de sentirme realmente aliviada. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que mi diagnóstico pudiera ser subjetivo. Para mí su objetividad era indiscutible y lo demostraba el propio efecto que tenía sobre mi ánimo: *ya no sentía miedo*.

V

Los perros lobo fueron los primeros en percibir mi cambio interior. Lo nunca visto, movían la cola cuando me veían (prueba para mí de que había entrado en la realidad).

Mi primer intento con los hombres lobo lo hice una tarde de septiembre. Estaba acurrucada con Lulù en el rincón de la ventana mirando al exterior, en la luz crepuscular, a dos guardias que habían tendido en el suelo a la muchacha flamenca, detrás del barracón. Uno de ellos (el de la Selva Negra) le sujetaba las piernas abiertas, mientras el otro, un soldado de Hamburgo, le agitaba sobre el vientre un ratón que se le retorció en la mano. Se reían, diciéndole que se lo iban a meter por la vagina. Boca arriba, con las carnes desparramadas por el suelo, la flamenca pataleaba. Le veía el blanco de los ojos dilatados, mientras se tapaba la boca con el puño por el terror de que, si gritaba, la matarían seguro. Ahora el hijo del leñador le estaba atando a los tobillos los pantalones bajados.

—Lulù —le dije temblando—. ¿Por qué no les prometes una mamada si la dejan en paz? Una mamada a cada uno...

—¿Estás loca? Se excitan más, y es peor. Hay que sobresaltarlos para que suelten el ratón.

—Está bien, lo voy a intentar. —Y abriendo de golpe la ventana de par en par me puse a cantar a voz en grito, con los ojos fijos en el cielo:

—*Deutschland Deutschland über alles.*

En su sorpresa, al soldado se le escapó de verdad el ratón de la mano. Yo seguía cantando, como si no hubiera visto nada, «*über alles auf der Welt*». Pero saltaron por encima de la muchacha flamenca y vinieron hacia mí. Dirigí una mirada helada (sentía escalofríos) a sus ojos torvos, primero a uno y luego al otro, y, despacio, dije en voz baja en mi mejor alemán:

—¿Desde cuándo está prohibido cantar el himno del Tercer Reich?

Después les pregunté la hora en tono afable, siempre como si no hubiera visto nada, y cerré la ventana. Lulù me regaló al instante una tableta entera de chocolate, y la flamenca volvió al barracón y se desmayó entre mis brazos, haciéndome caer al suelo. Me sentía tan feliz que seguimos besándonos las tres, Lulù, la flamenca y yo, en el rincón debajo de la ventana.

Esos días de septiembre tuve varios momentos de alegría. Había encontrado el tono que desconcertaba a la chusma de los SS (una prueba más de que yo estaba en lo cierto). Me dirigía a los guardias de manera muy formal, los interpelaba con indulgencia, con una rigidez distraída en la voz y una actitud mesurada, con la mirada absorta en otra cosa. Sentía cada vez una gran emoción. Después me sinceraba con Lulù y la flamenca:

—Acordaos: hay que tratarlos como a mosquitos.

Lulù tenía otro admirador: el soldado del ratón.

—Soy su araña —decía, abriendo de par en par la raja de la boca—, ya lo verás.

Tengo que confesar que ya ni siquiera los odiaba. Instrumentos de un poder que no entendían, se engañaban pensando que no eran autómatas sólo porque tenían iniciativas de crueldad a las que no los obligaba ningún reglamento. Encadenarlos a su esclavitud. No te olvides de que cada vez que te desesperas les das una satisfacción. Considera simplemente que, cuanto más se sume alguien en la abyección, tanto más es la crueldad su último destello de humanidad.

Desde los dieciséis años había leído y releído muchas veces *Memorias del subsuelo*. De verdad ocurre como dice Dostoievski: para que su oficio no le haga enloquecer, un carcelero tiene que «poner de su parte», hasta llegar a azotar a los detenidos «por amor al arte», y es la habilidad con la que maneja

el látigo lo que le hace sentir persona.

De modo que ya lo sabes, no hagas de ello una tragedia. No te dejes engañar por un sentimiento de estabilidad, de duración. La única diferencia con los carceleros del zar es que estos nazis han puesto tanto arte en sus atribuciones que han escapado al control de la sociedad que los ha generado. Es una simple diferencia cuantitativa, nada más.

Por ello, no te abandones al hecho de que no tienes elección. En estas semanas has logrado cierta familiaridad con el delito, mira a ver qué puedes sacar de lo aprendido. No basta con conseguir mantenerlos a raya.

Era ya principios de septiembre, y aún no me habían asignado trabajo. Esto me preocupaba. ¿Acaso habían resuelto que no era apta? Podían decidir no darme ya una ración alimentaria que consideraban inútil. Con la cantidad de mano de obra que seguía llegando, un convoy tras otro, últimamente se hablaba de decenas de miles de sublevados de la «república de Paal», polacos robustos, sin contar los judíos de Varsovia que también seguían llegando, músculos de guerreros se decía, resistencia de acero, se hablaba incluso a voces de un nuevo contingente de esos hombres fortísimos que eran los rusos, a los que no tumbaba ni siquiera una jornada doble de trabajo continuado. ¿Qué era yo comparada con eso? ¿No resultaba más barato incinerarme? Yo en su lugar no lo habría dudado.

La sola idea de poder morir me tensaba todos los nervios. Nunca he tenido tanto miedo a la muerte como en ese K-Lager, quizá por la pasión de las cosas corporales que te crea el debilitamiento por hambre, una suerte de ebriedad, ese placer de disolverse en el sueño del que hablaba antes, de atiborrarse de basura.

Primer imperativo, pues: conseguir que me emplearan en algún trabajo. De ese modo tendría la ventaja inmediata (aparte de la de no morir) de entrar en contacto con más gente, quizá con obreros de fuera, y salir así de la segregación en el K-Lager y en mi propio Block al que me reducía mi estado de desempleada —era la única de mi barracón en esa situación.

Hablé de ello con Lulù y con la flamenca, que habían sido obreras en el

mundo civil, una era fresadora y la otra estaba en la cadena de montaje, y me instruyeron sobre las herramientas y los gestos para poder proponerme como obrera sin que me desenmascarasen enseguida. Ahora que ya no tenía miedo, me parecía insensato haber esperado tanto a que me llamaran. Una mañana le pedí a la Selva Negra que me acompañara al *Arbeitsbüro*, «*Schwarzwald* —le sonreía—. *Marsch!*».

Pero, mientras esperaba mi turno, llegó un pelotón de trabajadores de las cloacas. Su capataz estaba diciendo que necesitaba más hombres. De repente me pareció haber encontrado la ocupación ideal, centenares de alcantarillas del mundo exterior a mi disposición, decenas de retretes amontonados en las fábricas, infinitas posibilidades de conocer gente, lo necesario para tejer una red. Nada que ver con encerrarme en un taller detrás de una única máquina. Y me presenté voluntaria para ese trabajo. Lo pedí con un tono pasivo, resignado, mirando a través del *Obersturmführer* sentado ante su escritorio, que me echó una rápida ojeada y me indicó con la mano que me uniera a los desatascadores, volviendo al instante el rostro aburrido al interno que me seguía. Era el final del verano. Podía afrontar la llegada del frío.

Llevaba varios días compartiendo con la flamenca (que tenía mi misma edad) y con Lulù (treinta años) una fantasía que me había proyectado en la mente al inicio, como una película, en las horas muertas, cuando me había convencido de que los exterminios nazis eran una realidad. La idea era la de establecer contacto con los recién llegados, más frescos, que aún no estaban debilitados. Una vez hecho esto, entre varios miles de internos sorprenderíamos a un centenar de guardias desperdigados y los abatiríamos con palas, con tenazas, con cualquier herramienta de trabajo. Una vez desarmados los SS, empuñando sus pistolas ocuparíamos el depósito de municiones, mientras los deportados que estaban al servicio privado de los oficiales se encargarían de asesinar a sus familias. Entonces instigaríamos a todos los demás a asaltar los talleres, los almacenes y las casernas con un argumento muy sencillo (me había repetido tantas veces este discurso que aún me lo sé de memoria): «Sabemos todos que millones de internos judíos y rusos, pero también occidentales, han sido gaseados y ametrallados sin que cayera ni uno solo de sus exterminadores. ¿Qué perdemos con rebelarnos en

masa, unidos, decenas de miles de esclavos? Desde luego no podemos perder más hombres de los que ya nos han matado y de los que nos matarán todavía hasta el final de la guerra. Será una escabechina, sí, pero a cuántos de nuestros torturadores podremos asesinar, ya sólo el placer de verlos cagarse de miedo...» (la frase final no estaba a la altura de algunos de mis modelos, como Tucídides, Julio César o Plutarco, pero me parecía necesaria).

Sin embargo, no tardé en abandonar ese sueño. Los nuevos internos llegaban ya vapuleados al K-Lager, atontados, dispuestos a arrastrarse para evitar una patada, para aferrarse a una escudilla de sopa. Era consciente de la perfecta racionalidad, desde el punto de vista nazi, de esos interminables transportes en vagones de mercancías o de ganado, con las víctimas hacinadas en la oscuridad, hambrientas y sin aire. Una vez en el K-Lager, el espectáculo cotidiano de la muerte de los más indefensos haría el resto. Cada cual, de hecho, se acostumbraba (como yo) a la agonía de su vecino, con la mente absorta en la propia supervivencia, reducido a sí mismo para no morir.

Desde que trabajaba en las cloacas, esa vieja fantasía volvía a tomar cuerpo en un plan que perfeccionaba de noche con Lulù y la flamenca (cuchicheábamos en francés). Me había robustecido porque había aprendido a rebuscar por la calle en los cubos de basura, cuando nos dejaban al amanecer en Múnich o en algún pueblo, y siempre encontraba un botín extraordinario, cortezas de queso, mondas de fruta o de patatas, huesos de caldo con tendones y cartílagos, y hasta cortezas de pan. Mi técnica consistía en cantar distraída un himno nazi con perfecta pronunciación *hochdeutsch*.

«*Die Fahne hoch, die Reihen festgeschlossen*», levantaba la tapa de un cubo de basura, «*SA marschert mit ruhig festem Schritt*»,^[33] palpaba con mano experta los desperdicios, «*Die Knechtschaft dauert noch nur kurzer Zeit*», este verso lo declamaba con particular convicción: la servidumbre durará poco.

El soldado de los SS semianalfabeto me seguía con mirada insegura. De vez en cuando le hacía un gesto cordial, para acostumbrarlo a no alarmarse si me veía alejarme.

Cogí sarna, pero también recuperé unos cuantos kilos. Compartía el fruto de mis incursiones con el sublevado polaco y llevaba a casa puñados enteros

de mondas de verdura. «Tienen muchas vitaminas», se alegraba Lulù.

Entonces ocurrió el incidente que echó por tierra mis planes.

Una tarde, entre las hileras de váteres del retrete, cuando me estaba bajando los pantalones una decena de internas se me echó encima. No me lo esperaba, y acabé en el suelo, con los pantalones bajados que me entorpecían las piernas. Me pegaban y me arañaban de lo lindo, mientras yo, ocupada en protegerme la cabeza con los brazos, no lograba encontrar el momento de contraatacar. Con cada tanda de puñetazos decían:

—Esto por cantar himnos nazis.

—Esto por ser la mascota de los SS.

—Esto por ser la perra de Dachau.

Sobre todo me paralizaba la imposibilidad de lo que me estaba sucediendo. Que mis cantos, tan astutos, fueran *nuestra* arma final contra los nazis me parecía una evidencia absoluta, un método que debía adoptar cualquiera de nosotros. No me daba cuenta de que siempre había reflexionado las cosas yo sola, y que lo que creía haber entendido era evidente sólo para mí. Me sentía tan aniquilada por la infamia que sufría que dejé incluso de defenderme.

Debí de perder el conocimiento, más por el dolor moral que por el daño físico.

No sé a qué hora de la noche volví al barracón.

Lulù, sentada en mi jergón, me iba cambiando las compresas mojadas sobre la cara.

—A mí también me lo hicieron el invierno pasado —en su murmullo desdentado me echaba en la cara un aliento a colilla—, porque se la chupo a los nazis, me dijeron. No lo han vuelto a intentar. Aquellas a las que reconocí...

Hizo el gesto en el brazo de inyectarse algo en vena. Me pareció haber visto mal en la penumbra, haber malinterpretado lo que me quería decir. Pero, al día siguiente, con la claridad del alba, me repitió el gesto y me dijo: «El que se atreve a tocar a Lulù...», cortando el aire con la mano.

De modo que había denunciado a las compañeras que la agredieron. Y, a juzgar por su gesto, éstas habían sido «*gespritzt*», como se solía decir:

suprimidas mediante inyección intravenosa.

Llevaba cerca de tres semanas trabajando en las cloacas, pero ese día el sublevado polaco no estaba en mi equipo, compuesto enteramente por occidentales (era la primera vez que íbamos a cubrir los campos de estiércol). No sabía a quién pedir consejo. Cada gesto me provocaba una punzada de dolor, el llanto me quemaba en los ojos como si despidiera chispas.

Mientras avanzaba trabajosamente por un sendero entre la espesura, en el camino de regreso, tuve la tentación de esconderme detrás de un arbusto hasta que nuestro pelotón se hubiera alejado, y después echar a correr. El K-Lager estaba lejos, y no había perros lobo en un radio de varios kilómetros, encontraría un henil donde aguardar a que terminase de caer la noche, luego en la oscuridad podría huir y poner horas de camino entre mis perseguidores y yo. ¿Cómo no lo había pensado antes? Ahora que me daba cuenta, el trabajo que me había buscado no me ofrecía tantas ocasiones de conocer gente como de evasión.

Les estaba bien empleado por difamarme. ¿Acaso no me habían dejado sin conocimiento en el retrete? Presa indefensa de los perros... ¿Y se suponía que yo debía preocuparme de las represalias que sufrirían a causa de mi evasión? Injusticia por injusticia. *Manganellatrici*^[*] de deportadas, esquiroles, escuadristas^[**] de Dachau. Arrastraba mi cuerpo dolorido, con un ojo hinchado y el labio partido por un colmillo roto. Se iban a enterar.

Pero no te precipites, esta vez no debes fallar. Hay que calcular cada movimiento, prever hasta el riesgo menos predecible. Y empecé a sondear los ánimos a mi alrededor.

En esta fase de mis preparativos me hallaba cuando me encontré con mi compañero del vagón de mercancías en la cola para la enfermería, como ya he relatado. Era hacia finales de octubre (no recuerdo la fecha exacta).

Ya casi me habían desaparecido las tumefacciones de la cara y, desde la paliza que había sufrido en las letrinas, mi rencor por él debía de haberse atenuado. Cuando lo vi tan abatido, habría hecho cualquier cosa para infundirle de nuevo la crueldad con la que me había tratado durante el viaje,

una crueldad que le reproché durante meses en mi corazón y que ahora parecía haberlo abandonado. Precisamente ahora que me entendía.

Mientras me metía en un pozo negro, estaba segura de que él también estaría rememorando nuestro encuentro, se estaría preguntando qué quería transmitirle con mi manera de tratar a los carceleros, por qué ya no recelaba de mí (me había percatado de ello). Quizá aún se pudiera hacer algo.

Si era cierto lo que Lulù me había contado de sus venganzas personales, mis enemigas me habían agredido con la certeza de que yo después las denunciaría. Y, día tras día, debieron de asombrarse de que nadie las convocara al despacho político.

La enfermera holandesa, que hacía tiempo que ya no me dirigía la palabra, me abordó una mañana en la lavandería:

—¿Es verdad que te han dado una paliza?

—¿Quién?

—Unas internas, dicen.

—Eso es mentira. Nadie me ha tocado un pelo. ¿Por qué iban a hacerlo?
—Vas lista, pensé, si te han mandado ellas a sonsacarme, se van a quedar con las ganas.

Esa noche, al volver del retrete, recorrí la hilera de barracones hasta meterme en uno de triángulos rojos. Desperté a una mujer.

—He venido a hablar.

—¿Quién eres?

—La mascota de los SS, la perra de Dachau.

Ahora me doy cuenta de que no elegí el exordio más oportuno para una conversación de paz.

—Espera, que llamo a las otras —me susurró el bulto en la penumbra.

Yo quería que nos encontráramos en el retrete, pero estaba claro que temían una emboscada. Nos arrinconamos en los dos metros cuadrados disponibles detrás de la puerta.

Éramos media docena de manchas claras: rostros muy cerca unos de otros sobre cuerpos agazapados en círculo. Yo repetía una y otra vez las mismas cosas en francés, alemán e italiano: que nuestros carceleros eran esclavos, que debíamos sepultarlos bajo sus propios ritos, hacerles la guerra

psicológica, etc.

—Entonces ¿por qué estamos aquí dentro? —Rio una voz en un alemán balbuciente (no quería, pues, revelarme su nacionalidad)—. ¡Podíamos aplaudir a los nazis cuando éramos libres!

—No he dicho que los aplaudamos.

—Cantar sus himnos es lo mismo que aplaudirlos.

—¿Prefieres morir? —le contesté.

—Antes que rebajarme, desde luego.

—Yo me rebajo más si no busco una escapatoria.

—Conviértete en una bestia como ellos, y ya tienes tu escapatoria —replicó la misma voz en alemán.

Una forma se estaba poniendo de pie y otra se apoyaba en ella para levantarse.

—Quien divide a los hombres en bestias y no bestias es ya de por sí un nazi —me apresuré a decir antes de que me dejaran sola—. Si me dais otra explicación de lo que estamos viviendo, estoy dispuesta a escucharos. Os he dicho lo que pienso, ahora os toca a vosotras. —Las retenía con las manos—. No podemos dejarnos dominar en todo y por todo.

—Dominada estás tú. Aunque me torturen, yo en mi interior sigo siendo libre. —Por una oscilación percibía que se tocaba el pecho con el dedo.

—Y ellos siguen siendo los amos del campo.

—Pero saben que los desprecio.

—Les trae sin cuidado.

Ahora hablábamos las dos solas a la vez, la voz exótica y yo; las otras siluetas, ya de pie, se habían distanciado, eran sombras más densas en las tinieblas que nos rodeaban.

—Yo sólo propongo una estratagema para desconcertarlos —seguía diciendo yo—. Todos juntos debemos desorientarlos para atacarlos cuando se crean más seguros y, pensando los muy ilusos que nos han domeñado moralmente, relajen la vigilancia. —Traducía mis palabras para las sombras de alrededor (se habían incorporado otras en las literas).

—Tú sí que eres una ilusa —dijo la sola voz que me había contestado.

—Y vosotras sois esclavas, *esclaves*, *Sklaven*.

—Te equivocas. —La voz parecía haberse mezclado con las siluetas que se movían entre las literas y, desde un rincón, se elevó alta y clara—: La esclava eres tú, por eso sabes de esclavitud.

De pronto alcé la voz y percibí un movimiento de siluetas y un ruido de pasos mientras decía:

—No queréis luchar, ésa es la verdad, tenéis demasiado miedo, bellacas, agredís por motivos políticos a una pobre puta desfigurada. —(Lo repetí en tres lenguas)—. ¡No se puede caer más bajo!

Me escocían las manos de ira, oía mi respiración jadeante. Calma, me dije, ya basta. Salí con un sentimiento de teatralidad que me resultaba humillante.

Ahora no sabría decir si, en mi angustia, me aliviaba murmurar me escaparé me escaparé mientras me acercaba en la noche a los barracones, aspirando el aire de nieve de finales de octubre.

«El trabajo os hace libres», reí para mis adentros al día siguiente al leer el letrero que coronaba la puerta del K-Lager. No quería, sin embargo, poner en peligro a compañeros judíos o eslavos. Estaba esperando a que volvieran a asignarme al equipo compuesto sólo por arios occidentales. Mientras tanto, era tan laboriosa y disciplinada que los guardias relajaron un poco su vigilancia. Por eso me resultó fácil escapar. Pero todo esto no lo escribí en «Thomasbräu». Lo digo ahora.

VI

Cuando compuse esos relatos en los años 1953 y 1954, me recordaba a mí misma mucho más inmaterial de como en realidad había sido. Estaba también el bloqueo de la memoria debido a la incredulidad respecto del pasado, al miedo de resultar exagerada, y a algo más que trataré de aclarar más adelante. Ahora sólo digo que los hechos referidos en esas páginas son exactos pero hay omisiones. La omisión más profunda deriva de no haber comprendido en los años cincuenta, cuando volví a evocar esas vivencias, que la experiencia

de Dachau me había devuelto a la mentalidad que tenía en Höchst antes de unirme a los partisanos franceses y a los prisioneros soviéticos, cuando para mí todo era cuestión de valentía y de moralidad individual: responder de mis convicciones personales con hechos.

En Höchst trabajábamos todos juntos en una misma fábrica, se daban las condiciones objetivas para que yo también adquiriera una conciencia social.

Pero en Dachau... Incluso cuando no mataba a las personas de manera individual, la organización concentracionaria lograba de todos modos su verdadero objetivo: destruir la conciencia social de los internos. Una cosa es segura: mientras en el mundo exterior trataban de dar una imagen impecable de sí mismos, *en los K-Lager los nazis hacían lo que fuera para ser odiados*, para así aterrorizar a los reclusos menos preparados y suscitar en los más combativos una repugnancia moral tal que no quisieran mancillarse oponiéndose a sus propios verdugos. Y de esta manera se salían con la suya. En efecto, *el odio por los nazis se convertía en una pasión exclusiva, que no unía socialmente a los internos*. Ya de entrada divididos astutamente en comunidades arbitrarias de triángulos amarillos, rojos, verdes, rosas, negros, los deportados se sentían amenazados no tanto en su propia solidaridad social de clases dominadas, como ocurría en realidad, como en su propia individualidad. Y cada cual defendía con uñas y dientes no sólo su existencia física, sino también su identidad personal. De ahí el paroxismo de los comportamientos individuales, en los que la integridad de cada cual hacía imposible una cohesión activa entre los detenidos. Y ya está, los nazis no necesitaban más. Lo experimenté en primera persona. Y yo que creía haber comprendido esto precisamente, convencida hasta el final de pensar en términos colectivos, no fui consciente de haberme *aislado* en la propia estrategia que quería elaborar para mis compañeros. Hasta el punto de *no ver* que mi conducta creaba problemas reales, en particular a quienes se hallaban encerrados en un K-Lager justamente por haberse negado a adoptarla en el mundo libre.

Sólo hoy puedo medir la soledad que Dachau impuso en mi pensamiento, arrinconándome en un *impasse* conceptual (cuyos efectos duraron mucho más allá del derrumbe del nazifascismo). Siempre más arrinconada en una

mentalidad robada al adversario, en la que sólo era cuestión de astucia, de prontitud de reflejos, de habilidad.

Por esto también me había encariñado de verdad con Louis, cuya dureza y cuya soledad —no sé si queda patente en «Thomasbräu»— apreciaba, pero era él quien guardaba las distancias, asilvestrado por una sociedad que lo había pisoteado desde niño. Me quería inaccesible porque, demasiado absorbido ya por sus robos para volver atrás, sólo negándose a establecer vínculos afectivos podía vender caro el pellejo sin tener que arrepentirse de nada. Y en el fondo a mí eso me convenía, porque temía sumirme en un deseo de aniquilación que ya me había atenazado en Höchst y en Dachau. Después de todas mis maquinaciones mentales en el K-Lager, ahora disfrutaba de no pensar, atiborrándome con los bonos de racionamiento, el dinero y las provisiones que me daba Louis. Pero su muerte me destrozó. Esto tampoco lo escribí. Alguien me robó mientras dormía el dinero que me entregó el siciliano y que me había cosido en un bolsillo en el pecho, en el interior de un jersey comprado en Sendlinger-Tor-Platz. Manos ligeras que me cortaron el jersey sin despertarme.

Pero en el mundo de fuera era mucho más fácil apañárselas de lo que nos imaginábamos en el K-Lager. ¿Cómo decírselo a los compañeros? Con el continuo tráfico de convoyes que llegaban...

No conté que volví a Dachau para tratar de comunicarme con mi amigo-enemigo y darle todos los consejos de evasión que lo salvarían.

Caminé una noche entera, una larga noche de diciembre, desde que se puso el sol a las cinco de la tarde hasta el clarear del alba, hacia las siete, cuando vi perfilarse una alambrada. Como no sabía de la existencia de un campo de tránsito en la zona, lo confundí con un anexo de mi lager mortal. Y, de pronto, sentí miedo. Miedo de una venganza de mis compañeros por las represalias que les habría acarreado. Y me tiré al suelo, cubriéndome de nieve fresca para mimetizarme a la vista. Se me puso la piel de gallina sólo de pensar en los perros lobo: ¿reconocerían a su ama atávica en ese ser medio enterrado, empapado? Se me echarían encima, pisoteándome, antes de que

pudiera recobrarne. Y, si ya estaban levantando el hocico en el aire, habrían olido también mi miedo.

Y cómo llegar hasta ese partisano descarnado, en qué barracón estaría, a quién preguntar por él, dónde dar con él. Por qué me metía siempre en situaciones insostenibles por esa maldita manía mía de acudir en auxilio, de afanarme por alguien, de compartir un descubrimiento, una esperanza. Aterida en la nieve, esperando verme de un momento a otro rodeada de perros lobo, que en el K-Lager eran una jauría entera, ya no tenía ganas de salvarme.

Hasta que me froté los ojos. ¿Era posible? Hombres y mujeres salían de los barracones vestidos de paisano, sin prisa, en pequeños grupos, paseaban aquí y allá tranquilamente, formaban corrillos y se separaban. Alguno hasta se había apoyado en la alambrada. El corazón me daba brincos: ¿estaba teniendo una visión o era verdad? Dos tipos se asomaban al otro lado de la alambrada. No es momento de enloquecer, me dije a mí misma, mira con calma.

Parados delante de la verja, a simple vista parecían extranjeros.

Lo intento. Me levanté, sacudiéndome de encima la nieve con las manos mientras seguía mirando a las dos figuras. No había duda, eran de carne y hueso.

Me uní corriendo a los ociosos y, paso a paso, entré con ellos, leyendo el alegre letrero de la puerta: DURCHGANGSLAGER.

Pero ningún fugado podía sentirse a salvo estando tan cerca de su muerte segura. Y volví a escapar, desplazándome siempre sola, supliendo la necesidad de intimidad con los compañeros con diálogos solitarios con los amigos perdidos, Martine, Grùscenka, Alain, Johann, Jacqueline, la flamenca, Lulù, mi hombre-respaldo sin uñas del vagón de mercancías de Dachau, Dunja, el siciliano, Jeanine, Benito, Polò, todos, discutiendo para mis adentros con la voz extranjera en alemán, en una especie de disparatada compañía, con el espíritu de Louis sugiriéndome planes de robos, lugares donde pasar la noche. En lugar de dirigirme a Suiza, que estaba más cerca y

era un puerto mucho más seguro, recorrí en sentido contrario

el itinerario de mi repatriación, hacia Frankfurt-Höchst. El absurdo aparente es que, mientras regresaba hacia los primeros compañeros que había tenido, en realidad me aislaba de ellos mentalmente, más encerrada cada día en mi soledad. Hasta la parálisis, que me arrebató toda esperanza de que alguien pueda escapar jamás a la captura.

Pero esta historia ya la conoce el lector. Ya ha leído la árida crónica (exterior) de esa cárcel absoluta, mientras yacía en un cuerpo que no sentía, que me pertenecía conceptualmente pero que no me respondía, no me conocía, existía por procesos propios que no me concernían, yo dentro de él (¿dónde?) sin poder destruirlo siquiera porque ese maldito cuerpo estaba vivo, era vital en grado sumo, aferrado a su estar ahí, era más fuerte que yo y me mantenía prisionera, me obligaba a cumplir con su voluntad, me vomitaba encima mis borracheras; entonces no supe dónde refugiarme entre las costillas rotas, la espalda abierta, las carnes quemadas, la frente partida y los órganos a la deriva, y me sumí con toda el alma en la estupidez, en esos materiales de relleno, en esa necesidad de darme sentido a mí misma de alguna manera, fútil y periféricamente, para soportar mi desgracia, para zafarme de ese organismo que me inmovilizaba y me mantenía con vida. Y me aferré a ver la bondad en la gente que me rodeaba, a buscar el calor de vínculos afectivos forzados para tratar de fundir el hielo que me ataba y que era yo misma. Porque este cuerpo me oprimía, no quería quedarse solo con sus tempestades que lo agitaban sin tregua dentro del hielo. También por eso confraternicé con las locas del manicomio en Múnich, una corriente unía a esos cuerpos que huían de las mentes que albergaban, organismos que vivían por su cuenta, que parecían nutrirse incluso de los cerebros devastados, florecer contra las razones individuales, incluida la mía.

Era mi manera de desquitarme. Ahí estaba siempre esa estúpida (yo misma) en medio, reprendiendo a los médicos, jactándose de ser amada por las locas. Así también en el vagón de ganado con los heridos alemanes, la

misma solidaridad de los cuerpos en lucha con la muerte había creado un entendimiento visceral, hecho de mierda y de orina, de gangrena, del que me investí con mi pequeño ego petulante, omnipresente, que se hacía transportar de un lado a otro en camilla en las estaciones de tránsito, enrocado en su parálisis en el molde de yeso, blandiendo mentalmente el catéter suprapúbico como un arma, reclamando alimentos, hospitalización, tregua para esos cuerpos humanos abandonados en la paja entre el hedor, los mismos cuerpos febriles y diarreicos de Dachau. Con la espasmódica necesidad de no identificarse con la devastación de su propio soporte corporal, ese pequeño yo, con su frenético proveer, con su obstinación, metafísica ya, de no dejarse devorar, sólo se exaltaba repartiendo lecciones a diestro y siniestro, discriminando a su manera a los sometidos en un extraño racismo que ponía del revés el racismo nazi, igualmente fisiológico, donde los quebrantados de cuerpo eran los apartados de las reglas del juego, los hombres de nadie, a los que había que amar.

Mi cuerpo se fortalecía con mis victorias sobre él. Era una contradicción sólo en apariencia. Apartados de las relaciones de fuerza tradicionales, estos hombres de nadie podían por fin entenderse, ayudarse y, unidos, alzarse por encima de la muerte a la que estaban abocados. La prueba de ello la tenía en mi propia carne. En el vagón de ganado, en el manicomio de Múnich y en el tren sanitario, en menos de tres semanas, con medicación improvisada, sin higiene, las llagas en las nalgas y en el coxis cicatrizaban. Los tejidos volvían a crecer solos, presa ellos también de un activismo, un bullir de células paralelo al de mi pequeño yo animado por el afán de conseguir víveres y medicinas para alimentar a la multitud que gemía sobre el suelo del vagón, zarandeada por el balanceo del tren en los raíles. Al abrazar a las locas, al acariciarles los rostros y los brazos descoordinados, sin yo saberlo mi carne sanaba. Me di cuenta de ello en Merano.

En 1945, para mí estas reglas del juego habían sido palmarias, desesperadas como mi propia devastación. No había nada que entender más que el grueso de la humanidad estaba a merced de factores sobre los que nada podía.

Estaba tan vencida por mi destrucción que la veía en todas partes. En las

matanzas. En los trabajadores extranjeros, aturdidos aún de haber salido con vida de los lager y de los bombardeos, incrédulos de poder arramblar con los alimentos y las prendas que les habían sido negados tanto tiempo, millones de andrajosos de todos los países europeos que habían aprendido a reconocerse, sólo para volver a casa con la aureola de la esclavitud sufrida, dispersos como antes, a disposición de la próxima guerra que los movilizara otra vez, de nuevo baqueteados, descargados en frentes opuestos para mutilarse y machacarse entre sí hasta el próximo *alt*, obligados a tener que dar las gracias a los vencedores.

Veía mi propia imposibilidad de gobernar mi cuerpo extenderse entre la población alemana hambrienta y perdida que, tras ver sus ciudades derruidas, a sus hombres caídos en la guerra, su juventud destrozada, se veía cargar con la culpa del régimen que la había sometido, adulado y embaucado. Yo no soportaba que, en el momento en el que esta gente podía reflexionar sobre los mecanismos que la habían plagiado y comprender que se había dejado inundar por una esperanza de progreso colectivo, por un unísono que no miraba a nadie a la cara y por ello mismo no veía *quién sufría*, en ese momento preciso a esas masas alemanas se les impidiera despejarse la mente y se las arrinconara, machacara, atemorizara, indujera a desconfiar de sí mismas, se las mantuviera ocupadas exculpándose, justificándose, suplicando. Quedaba absuelto quien de nuevo se sometiera como se había sometido a Hitler. Agachar la cabeza, pues, siempre.

Así razonaba yo entonces. Y, constreñida por la no pertenencia a mi cuerpo paralizado, reconocía mi constricción en el aire mismo que respiraba, consciente de la vanidad del rencor que me había llevado a unirme a los deportados en Verona, a fugarme de Dachau para convencer a mis compañeros de que se podía no agachar la cabeza. Y, total, ¿para qué? Para acabar en una silla de ruedas.

Estaba vencida. Aquí me esperaba el enemigo más oculto. *No había salvación colectiva*. El último enfrentamiento era individual, con la muerte. Y era un enfrentamiento tan repulsivo, irracional y desigual que todo lo demás no era nada en comparación.

Cuando miraba a alguien y pensaba que un día moriría, me costaba ser

racional. Ante la desproporción entre la ceguera de los hombres y su aniquilación, me maravillaba que siguieran empeñándose, afanándose, persuadiéndose de algo. Los admiraba por ello. ¿Cómo ocultarles la verdad final (la que llevaba en el cuerpo)? No quedaba otra que distraerlos, alegrarlos, darles confianza, devolverles un tenue criterio de continuidad: al menos no arrastrarse, lo poco que vivimos no regalárselo al miedo, a la angustia, a las diminutas vilezas que desmigajan la nada que somos.

Nunca más algo así: con catorce años desde luego no había podido evitar que estallara la guerra en el 39, ni tampoco podía ahora fingir que nunca hubiera pasado. Había sido una gota en el mar de decenas de millones de personas desplazadas de un frente a otro, de un lager a otro. Había estado ahí, entre tanta humanidad, que desde luego no se podía hacer de ello una cuestión personal. ¿Cómo explicar por qué uno había muerto y su vecino había resultado ileso? Un cálculo de probabilidades que ni el mayor cerebro electrónico podía resolver.

En realidad necesitaba que, dondequiera que me encontrara el día y la hora del accidente de Maguncia —el 27 de febrero de 1945—, las cosas no hubieran podido ocurrir de otra manera. No porque fuera una fatalidad, entendámonos: era fruto de la casualidad que yo estuviera allí. Una sucesión de hechos en los que me había visto envuelta, pero podía haberle ocurrido a cualquier otra persona. Concomitancias humanamente imposibles de controlar. Cuando evocaba el derrumbe, no omitía contar que en ese preciso instante debería haber estado llenando cubos de agua en el hotel adyacente y no en ese trozo de rellano, bajo el muro, empujando oblicuamente la viga contra el refugio de al lado. Pero el polaco que debía turnarse conmigo se había torcido un tobillo. Y yo me quedé ocupada en la viga con los compañeros, equilibrándola para golpearla con más fuerza contra la grieta que se ensanchaba bajo los golpes, echando una ojeada tras cada golpe para ver si el agujero era lo bastante grande, furiosa contra el polaco, contra los sepultados, contra ese maldito cemento, mientras le daba con todas mis fuerzas... Nunca olvidaba al soldado alemán al que un ladrillazo había matado en el acto, al otro lado de la calle, donde creía estar a salvo.

La sola idea de que pudiera haber evitado mi destino me hacía

enloquecer. Me sentía desfallecer bajo el peso de la impotencia que me había aplastado la noche del suicidio, cuando quería volver a la vida y no podía. No soportaba esa idea más de una fracción de segundo. Durante años me atravesó, cuando me veía de repente en el espejo o reflejada en un cristal, en mi silla de ruedas o apoyada de pie en un tacatá, con las piernas rígidas por un corsé fijado a las rodillas. Entonces se me echaba encima mi condición y me aplastaba. Quieta (me decía), me arrancaba lentamente ese dolor, despacito. La parálisis es una complicación práctica que hay que resolver en cada momento, nada más (lo importante era no dejarse afectar por ella).

Por lo que he contado hasta ahora resulta evidente que la desviación en mi ánimo ya se había iniciado en el momento en que vivía los acontecimientos que después reprimí.

Ese gesto de Verona, que fue el acto más social de toda mi vida, se convirtió para mí en un acto moral (que me causaba pudor) nada más llevarlo a cabo, ya en el vagón de mercancías, desde el momento en el que mi compañero de diarrea me lo reprochó. La necesidad de justicia social que me arrastró en Verona se redujo al instante a un episodio incomunicable, una anécdota secreta de mi *historia* personal. Yo era tan voluntarista, mi sentimiento de los abismos sociales era tan reciente y genérico, tan básico (se reducía a una oposición entre ricos y pobres, cultos e ignorantes, esclavistas y esclavos), que desde luego no era capaz entonces de recorrer, sólo con mis propias fuerzas, el camino iniciado en Frankfurt-Höchst, aquel que me abrieron los compañeros que organizaron la huelga en la IG Farben. La sucesión en sí de golpes de efecto me impedía de hecho superar las dificultades que surgían ante mí. Y la necesidad cotidiana de no morir me volvía imperceptibles mis cambios de ánimo, que hoy hacen que me estremezca cuando pienso que, después de deshacerme de mi documentación en Verona para que nadie de mi rango pudiera salvarme, pasé a ser la muchacha de «Mientras la cabeza siga viva» en el hospital de Maguncia, esa Luzi en silla de ruedas que se jacta de haber sido fascista como el último acto de libertad que le ha quedado después de todo lo sufrido.

Entonces, habida cuenta de mi formación, todavía resulta comprensible mi inexperiencia, toda esa mezcla de pasiones...

Pero ¿y después?

Roma, abril de 1977

VII

Heme aquí de nuevo, lector. Han pasado seis meses desde que te dejé en la página anterior. Los he ocupado tratando de responder a la pregunta «¿y después?», en la que me había vuelto a estancar (una vez más).

Fue un empeño extenuante, que casi me llevó al borde de la locura al resucitar los sentimientos, iniciativas y desencuentros de treinta y un años de vida, en busca de ese vacío de la memoria que estaba en todas partes y en ninguna. Se convirtió en una especie de alucinación en la que no hacía sino desmontar y volver a montar recuerdos, revolver pasiones que volvían a despertáreme bajo los dedos de la mente, confundiendo mi propósito, de modo que ya no sabía lo que estaba buscando.

En efecto, resurgieron cosas que no imaginaba, errores, bandazos, obstinaciones, hechos del todo olvidados, reprimidos éstos también, que ahora me parecían los más decisivos. Sin embargo, en cuanto los desenterraba, ya no respondían a mi pregunta. No era nunca la vivencia que estaba examinando, sino la contigua, la de justo antes o justo después, la que me aclararía el motivo de fondo de mi represión. Esta misma, examinada con más atención, era difícil de entender. No sólo no veía la *necesidad* de un silencio tan largo sobre el episodio de Verona, sino que me preguntaba también por qué había reaccionado así y no de otra forma, por lo que cada evocación planteaba un nuevo problema.

Sin embargo, no podía sino admitir que ese enorme agujero en mi memoria había determinado la manera en que se había desarrollado mi existencia. Por otra parte, ten un poco de sentido común, me decía: una mujer

que se casa, trae un hijo al mundo, obtiene un diploma universitario, es profesora y publica varios libros, ¿a la fuerza tiene que haber hecho todo eso porque olvidó que fue dos veces voluntaria a los lager?

Así es que cambié de método. Sigue el hilo de los hechos, me dije, y ya veremos lo que sale.

Pero también eso me resultó difícil.

Los hechos eran tan numerosos y me proporcionaban un panorama tan agitado de mi existencia que no me quedaba satisfecha, todo era como exagerado, las alegrías, los dolores, las cavilaciones, las actividades y las decisiones. Parecía que siempre hubiera estado a punto de tomar el camino correcto, una sucesión de virajes repentinos. Esto también necesitaba entenderlo. Entonces, con toda mi buena voluntad, me disponía a examinar los hechos uno a uno para ver dónde había estado la encrucijada, entre qué opciones, y si luego había dado el viraje o no. Y, así, el relato de mi vida se alargaba durante centenares de páginas.

Tuve que reconocer que tenía entre las manos una inmensa historia, y que no sabía qué hacer con ella. Iba más allá del relato de la distorsión de mis recuerdos alemanes, que habían sido mi punto de partida, pero estaba ligada a éste. Así, no era ni la aclaración que buscaba ser ni un escrito que se sostuviera por sí solo. Adolecía del mismo defecto que había notado en mi propia vida. Esto ya en sí me desmoralizaba.

Pero eso no era lo peor.

Tantas vivencias olvidadas me habían puesto ante una serie de subterfugios de mi memoria. Combinación curiosa, eran casi siempre escenas desagradables y comportamientos cuando menos embarazosos los que había relegado al olvido. Por ejemplo, me volvía a la mente una pelea. Sin querer, me solidarizaba, me sulfuraba: el contraste surgía del hecho de que el otro me había herido en un sentimiento que, ahora lo entendía, tenía sus raíces en la experiencia reprimida de los lager. En cuanto me consolaba, zas, aparecía algún detalle olvidado (qué sé yo, un gesto, una mirada) para demostrarme que no había ocurrido así en absoluto.

Me desalenté. Sabía que era una manera equivocada de reflexionar sobre mi vida, y me lo echaba en cara: no lo soportas, ¿eh? Conservabas una

imagen distinta de ti, ¿eh?

Mi nuevo objetivo pasó a ser desenmascarar mis trucos mentales. Recelaba ya hasta tal punto de ellos que los veía por todas partes. Si se me presentaba un recuerdo positivo, lo rechazaba avergonzada, pensando que se trataba de una trampa al servicio de la imagen ideal que me había hecho de mi realidad.

Ya fuera por la intensidad con la que los afrontaba, o por cualquier otra razón (que también debía entender), los recuerdos no me ayudaban. Llegaron a aliarse en grupo contra mí para bloquearme. Era como un atasco de tráfico. Uno chocaba con otro que a su vez hacía saltar otro, y así sucesivamente, siempre sobrevenían otros nuevos, de manera que las respectivas posiciones cambiaban sin cesar. Y la tomaban conmigo. Todos decían que ellos eran recuerdos verdaderos, y no ese prepotente que quería adelantarlos con el empuje de mi invención. De vez en cuando alguno de ellos era tan convincente que me llevaba a retocar a su vecino, que a su vez se resentía, hasta que ya no era capaz de distinguir lo real de lo imaginario en lo que afloraba a mi mente desde el pasado.

—Ya basta —me dijo el compartimento literario de mi cerebro—, ¿no ves que te has salido del tema? Has visto que tu tesis era errónea, que no puedes achacarle a una única represión toda una cadena de penas y alegrías, de vínculos y de tomas de postura que tienen pese a todo su propia necesidad interna, sus propias motivaciones. Has visto que no puedes remitir cada uno de tus actos a ese bloqueo sobre tu Alemania. Sin embargo, sigues confrontando tu vida real con la que habría sido *si no hubieras olvidado*. No es de extrañar que te sientas muy poca cosa y que ya no distingas lo que pasó de lo que *podría haber* pasado. Este camino no te llevará a ninguna parte. Si sigues así, no llegarás al final de este relato, ni de ningún otro.

—¡Al diablo la literatura! —le contesté—. Quiero saber quién soy, qué hay dentro de mí. Desde hace medio siglo, ¿entiendes?

Así, mientras el compartimento literario de mi cerebro seguía disuadiéndome, desde su rincón el ego quería tener las cosas claras, y, a veces, me levantaba de la cama en mitad de la noche y me sentaba en mi silla de ruedas para correr al armario de los papeles y comprobar en viejos diarios

y agendas, en montones de cartas desleídas, si la invención (en su sentido de redescubrimiento) me había restituido lo ocurrido o me lo había sustituido. Según el veredicto, retomaba mi frenético excavar en el tiempo o me tumbaba, inerte. Pero no podía hacer callar a mi conciencia, del cofre mágico de la mente seguían llegando datos sobre mi pasado que desequilibraban del todo los recuerdos dados por válidos. Incluso cuando dejaba el bolígrafo, la tarea seguía creciendo en mi cerebro como bajo el efecto de una espantosa levadura. Los recuerdos afloraban ya por su propia voluntad, como si hubiera saltado un dique, se me infiltraban hasta en sueños. Dormía y rescribía en sueños escenas ya escritas despierta, y al día siguiente trataba de fijar sobre el papel el lábil rastro de esos cambios nocturnos.

Tras cuatro meses de concentración total, ya no me atrevía a estimular mi memoria. Me quedé en la cama días enteros, a oscuras, mientras fuera lucía el sol de agosto (¿recuerdas, lector?, te dejé en abril), y yo yacía ahí como muerta, por temor a que la más mínima señal de vida volviera a arrojarme encima toda la carga del pasado que se cernía sobre mí en precario equilibrio.

En uno de esos momentos de agotamiento y de cansancio mortal, de repente me llamó la atención el esfuerzo desmedido de mi vida. Es curioso que el cuerpo no tenga memoria.

En mi búsqueda, había encontrado infinidad de informes médicos, radiografías, análisis e historiales clínicos que establecían que había sufrido cerca de quince operaciones quirúrgicas, me habían escayolado la pelvis una decena de veces, había vivido años con fiebre, todo esto al parecer mientras seguía trabajando para ganarme la vida, estudiando, ejerciendo de ama de casa, de madre y de esposa. Periodos enteros en los que no me quedaba postrada en la cama, sino que salía de casa y hasta viajaba. Un verano, en la playa, nadé todos los días pese a sufrir una miocarditis tóxica que me dejaba sin respiración a cada brazada (recuerdo ese latido desbocado). Y, extrañamente, al perseguir el pasado, había desdeñado esto en concreto, no le había dado importancia, era un detalle de nada. Había reconstruido mis sentimientos, mis relaciones humanas, mis actos, pasando por alto las

condiciones de esfuerzo físico en que había ocurrido todo. Una dedicación infinita para reactivar mis músculos y mis funciones. Horas y horas ocupadas contrayendo y relajando la vejiga hasta orinar a voluntad. ¿Y los ejercicios para facilitar las relaciones sexuales? (No había olvidado mi turbación ante los acercamientos de Johann.) Horas de esfuerzos, tumbada boca arriba en la cama, para levantar las piernas como si se doblaran solas, con un gesto descuidado de la mano que pasara inadvertido, un gesto ligero, despreocupado, casi una caricia bajo la pantorrilla, con el que en realidad levantaba a pulso los miembros pasivos, hasta que este movimiento se me hizo tan natural que a mis propios ojos las piernas se me doblaban solas. Horas de flexiones, sentada, hasta tocarme los dedos de los pies con las manos, o boca abajo hasta sentarme sobre las pantorrillas, toda la gimnasia que había hecho ya en Maguncia, los masajes. No sé cuánto tiempo pasé delante del espejo, comprobando si me bajaba con gracia de la cama para sentarme en la silla de ruedas y viceversa. Una brega oculta sin fin para delimitar mi mal físico, sobre todo a ojos de los demás. Sólo de pensarlo, me preguntaba por qué tanto deseo de estar con mis semejantes, en compañía, para qué esas ganas de vivir. A la luz de mi falta de confianza de entonces, se me antojaban indecentes.

Me daba rabia incluso que ese sentimiento de sobrecarga que me había parecido advertir en mi vida viniera de esta fatiga del cuerpo. ¿Dónde encuentra después la fuerza para pensar en los problemas de fondo un minero o un campesino que ha labrado la tierra el día entero? Lo digo por cómo me encontraba yo, confinada por la sociedad en mi lesión.

Era esto lo que no quería reconocer. Había odiado tanto a quien me asimilaba a mi silla de ruedas que me la había quitado de la conciencia. Había expuesto brutalmente el espectáculo de mi parálisis en Maguncia, en Homburgo y en el manicomio de Múnich, para después ignorarla mejor. Pero no era así. La servidumbre del cuerpo continuó también después de la repatriación, más que antes, pues volvía con las piernas prisioneras del ambiente del que había escapado dos veces.

Este sometimiento me llevó un tiempo incalculable: ya sólo las horas que pasé de pie, sostenida por las rodilleras de cartón, fueron innumerables. Toda

esa concentración para que me consideraran una persona normal y no una infeliz (así solía llamarse a las criaturas impedidas). Me estudiaba a mí misma con mirada nazi.

Debía evitar a toda costa dar la sensación de que arrastraba las piernas, levantando con movimientos bruscos una cadera cada vez, como hacían los otros parálíticos que había visto de pie en los gimnasios de fisioterapia: haciendo palanca con las manos aferradas a las barras paralelas, con una torsión lateral del busto lanzaban una pierna rígida que caía pesadamente hacia delante, arrastrando consigo la pelvis con un ímpetu tal que sólo un brusco tirón del tórax hacia atrás conseguía equilibrar.

Para tratar de moverme de manera más natural, se me ocurrió la idea de caminar a pasos muy cortos. Giraba ligeramente los costados con un movimiento continuado que, acompañando a la pierna, pareciera no torpe, sino sólo indolente.

Aún hoy recuerdo esas caminatas como una locura. Iba de un lado a otro de la casa, estorbando el paso con mi tacatá, con el eterno temor de que alguien lo tocara sin querer. El más mínimo empujón para el que no estuviera preparada me desequilibraba, y necesitaba todo un cálculo de equidistancias del tacatá con respecto a mi cuerpo y una dosificación milimétrica de ondulación de caderas para recuperar el equilibrio. Si estaba sola, para ir más rápido me aupaba sobre los brazos además de ayudarme con el tórax. *Alt*, me paraba: los bíceps se te desarrollarán demasiado y te deformarán. Y volvía a caminar a pasitos cortos.

No pasaban ni dos semanas y me volvía la fiebre, con los dolores desgarradores de costumbre. Como un centinela que deja su montura en el cambio de guardia, volvía a desplazarme en silla de ruedas. Pero, en cuanto me recuperaba, los ortopedistas volvían a acosarme para que abandonara la silla de ruedas y retomara las deambulaciones, como llamaban ellos a caminar sobre las piernas pasivas: «Inténtelo de nuevo, *tiene que* conseguirlo. Es sólo cuestión de voluntad». Hasta que, después de doce años alternando estos maratones con largas temporadas de fiebres debidas a abscesos que requerían cada vez la extracción quirúrgica de los secuestros óseos expulsados por los isquiones destrozados, en 1957, en La Riviera, tras una

enésima recaída, mandé al cuerno este esfuerzo de Sísifo, desoyendo los consejos de todo el mundo. El mío era desde luego un caso especial, pues el derrumbe del muro en Maguncia me había aplastado los huesos de la pelvis. En cualquier caso, siempre me ha parecido una comedia digna del emperador Vespasiano, que quería morir de pie, este empeño de los médicos modernos en hacer «deambular» a las personas paráliticas con ayuda de muletas o bastones que les tienen ocupadas las manos, por lo que sólo pueden realizarse mediante esta ficción motriz. Uno se pone de pie para satisfacer la mirada social, y así no se puede vivir.

En efecto, siempre he tenido una autonomía mucho mayor en silla de ruedas. No me veía obligada a pensar cada instante en mi cuerpo y lo hacía todo con mucha más agilidad: me bastaba con controlar la estabilidad de mi silla para que no me catapultase cuando tomaba impulso y, hala, me metía en la bañera o me sentaba al volante del coche o en la butaca del cine. No sólo eso. También desde el punto de vista estético, me parecía que, una vez superado el primer azoramiento, los demás se fijaban menos en mí. Tras asimilar el hecho de que no podía andar, era innecesario volver sobre ello. A la larga, mi cuerpo y, con él, mi situación física, pasaban inadvertidos. Tanto me olvidaba yo misma de ello que, por la mañana al despertarme, a veces me levantaba de la cama sin pensar y acababa en el suelo. Entonces me entraba la risa y volvía a subirme a la cama, con facilidad si estaba sola, con una vergüenza atroz si alguien me estaba mirando, las piernas de repente anquilosadas y más pesadas que una piedra.

Durante años, lo más desagradable para mí fue la compasión de los demás, expresada en forma de admiración por lo que llamaban mi valentía. Tan fuerte era la humillación social de mi condición —omito centenares de anécdotas— que durante un tiempo infinito me sentí parálitica sólo en la conciencia ajena. Lo demuestra un detalle recurrente en mis sueños: estaba siempre sana, pero, dondequiera que fuera, andando o corriendo, siempre llevaba conmigo una silla de ruedas vacía, en la que me sentaba en cuanto veía a algún conocido, inmovilizando de inmediato las piernas.

Hace ya varios años que este detalle ha desaparecido de mis sueños. Ahora en sueños camino libremente aunque haya gente, y nadie repara en

ello. No sólo eso, también me ocurre incluso estar paralítica de manera *natural*, en un nuevo sueño que se alterna con mis caminatas nocturnas, y se repite a intervalos, de manera casi idéntica.

Una o dos personas empujan mi silla de ruedas por calles pedregosas, en un paisaje barrancoso que es siempre el mismo. Cambian los rostros más cercanos de quien avanza con nosotros, columnas de gente que llegan hasta el horizonte. Vamos todos en la misma dirección, y yo me tambaleo sobre las piedras sin sentirme una carga para los que me empujan con esfuerzo.

Desde entonces, ya no me ha vuelto a ocurrir lo de levantarme distraída de la cama y acabar en el suelo.

Por lo tanto, mi parálisis ha sido muchos años la sede del poder ajeno. Ésa es la verdad, y no la pesadez física. Ésta fue relativa: un poco de entrenamiento inicial, después esa mínima dosis de atención a los movimientos que requiere una pasividad de las piernas. La gimnasia le sienta bien a todo el mundo, además es incluso agradable, tonifica y relaja. ¿De dónde he sacado este recuerdo de fatiga corporal que me ha parecido una iluminación? Igual porque en ese momento estaba extenuada. Era un alba después de una de esas noches en las que temía quedarme dormida por si la memoria aprovechaba el sueño para ponerme patas arriba el pasado. Este empeño en tener la mente a raya debió de dejarme en tal estado de agotamiento que todo lo vi en términos de esfuerzo y debió de parecerme fantástico poder abandonarme a una explicación que casaba tan bien con mi necesidad de descanso después de noches de insomnio. Al menos me hizo dormir unas horas (eran los últimos días de agosto).

Esfuerzo hubo, pero no físico, pues —repito— éste era regulable, sino moral, eso sí, y enorme precisamente porque no quería someterme a mi cuerpo, cuando todo a mi alrededor tendía, sin embargo, a aprisionarme en mi minusvalía.

Guiados por esta verdad, los recuerdos aflúan ahora a mi memoria sin enredarse ni contradecirse unos a otros. Eran incluso demasiado nítidos (me dolían un poco), tanto que me tentaba atenuarlos. Ni siquiera necesitaba ir a la caza de episodios reveladores. Tenía de sobra donde elegir.

Especialmente en los primeros meses tras mi regreso definitivo a Italia,

una vez terminada la guerra, tuve que luchar para no dar concreción a las mortificaciones. Prueba de ello es que nunca he podido pensar en ese periodo sin una reticencia aún mayor (si ello es posible) que la que tenía con respecto a la experiencia de los lager. La mente se me retraía siempre en el instante en que me bajaron en camilla del tren de prisioneros de Rusia, en Merano, el 4 de diciembre del 45; y me dejaba ahí, bajo la marquesina de la estación, reclamando mi equipaje y todos los bienes que había reunido en Homburgo con el comercio del buen humor y que habían desaparecido inesperadamente. Quizá el recuerdo de la libertad de movimientos y de decisión que, pese a hallarme en la miseria más terrible, había tenido en los lager me hacía más notorios los obstáculos actuales, como una añoranza dolorosa. Quizá esto también contribuyera a la represión de ese pasado, tan penosa al principio (ahora lo recuerdo).

VIII

En enero de 1946 fui hospitalizada en Bolonia. Da igual que tengas las piernas inmovilizadas, me decía, por suerte tu conciencia no lo está. Estaba decidida a participar en la reactivación social del país. Tendría una vida normal.

Me dirigí a todos los organismos posibles, asociación de víctimas de reclusión, asociación de partisanos, comité de la Resistencia, partidos políticos e instituciones católicas. Me vestía y me peinaba con esmero y, sentada muy tiesa en mi silla de ruedas, me presentaba en todas las sedes locales, empujada por un amigo mío, un joven pelirrojo con pecas en la cara, fibroso y taciturno, con quien me desahogaba.

En cada despacho, mis interlocutores me recibían en un primer momento con expresión conmovida (tan joven y tan quebrantada, decían sus miradas) y, mientras ofrecía mi trabajo a cambio de un mínimo sustento, como hiciera en Maguncia, intercambiaban miradas empañadas, negando con la cabeza: «¡Qué fuerza de espíritu! —decían con voz rota—. No lo dudes, te tendremos

en mente y, en cuanto se presente la ocasión, te llamaremos», y se despedían con anchas sonrisas benéficas.

Pero luego, cuando pasadas unas semanas volvía a presentarme allí, ya no había tono compasivo y turbado, me miraban con expresión nerviosa: «Te dijimos que ya te llamaríamos nosotros», gemían las voces abrumadas.

—¿Sabes, Vincenzo? —le dije por fin al amigo que empujaba mi silla, acurrucada en mitad del pasillo—, el error ha sido mío, me he comportado como una aspirante.

—No te desanimes —me contestó, poniéndome la mano en el hombro—, en mi próximo día libre lo volvemos a intentar.

Había sido un error guardarme de reserva los argumentos más resolutivos. Desde luego, habría sido mejor poder exponerlos con calma, de manera reflexiva y razonada. Pero era mi última carta, y tenía que intentarlo. Me preparé un discursito que resultara convincente y conciso y, cuando me pareció que lo tenía bien adaptado, Vincenzo y yo volvimos al ataque.

Fuimos a la ciudad en la motocicleta de mi amigo. Yo iba sentada en el sidecar, detrás del cual iba enganchado un remolque que transportaba mi silla de ruedas.

Una vez en el despacho en cuestión, decía poco más o menos lo siguiente:

—Puedo proporcionar información útil, el mío es un caso especial, estuve en los lager como voluntaria fascista, en mi recorrido mental hay toda una serie de pasajes que pueden serles útiles, puedo hacer de cobaya social.

Pero me di cuenta de que mis interlocutores se ponían tensos, las miradas se volvían huidizas y las voces, inquisitivas.

Contaba mi historia, y cada vez surgían las mismas preguntas recelosas, la misma incrédula perplejidad. Y, después, el veredicto:

—Te has destrozado la vida por perseguir palabras huecas.

—Precisamente porque me tomé en serio cierta retórica —peroraba yo con tono agradecido—, puse en duda los rumores que corrían sobre los lager y quise comprobar *in situ* su veracidad, y así fue como aprendí todo lo que viví.

—¿Y eso te parece una suerte? —preguntaba mi inquisidor de turno.

—En cierto sentido, sí —contestaba yo, con una sonrisa modesta.

—¿No te tiras de los pelos de rabia? —insistía él, de mármol.

—No —contestaba yo, también de mármol.

—¿No te arrepientes amargamente? —Su mirada recorría mi cuerpo en la silla de ruedas.

—No —contestaba yo, con un inicio de desprecio en los ojos; olvídalo, me decía, lo importante es llevarte el gato al agua, y corrigiendo mi expresión, añadía—: De los errores también se aprende...

—Desde luego, no lo dudamos..., pero tienes que entender que... es un momento delicado, las atrocidades nazifascistas están aún muy recientes, irse de voluntaria no es ninguna tontería, son cosas que hay que sopesar, examinar, para ello se ha creado una comisión de depuración... Tú misma entenderás que, si se puede hacer algo, tienen prioridad los verdaderos deportados.

—Pero si no se lo llevo a decir yo, nunca lo habrían sabido.

—Quizá.

Entonces me curaba en salud para evitarme entonces problemas.

—Bueno, el punto de vista de una mujer es distinto al de un hombre —balbuceaba—. Una prisionera abre un...

—Vete tranquila —dijo la voz quebrada—, no te preocupes, esto queda entre nosotros, no lo utilizaremos en tu contra. —Y con la mirada fija en mis piernas sobre el reposapiés de la silla de ruedas, una mirada de la que desbordaba una cascada de lástima, añadía—: Has pagado de sobra, no lo pienses más, vuélvete tranquila al hospital.

—¡Pobrecita, qué destino! —oí suspirar mientras mi amigo me empujaba fuera del despacho.

—Por otra parte —replicó alguien—, ella se lo ha buscado.

Cuando solicité la pensión:

—Omite que te presentaste voluntaria —me aconsejó un funcionario que se apiadó de mi historia—, te será más fácil obtener la consideración de inválida si te inscriben en la categoría de deportada. Di que te detuvieron en una redada en Verona y relata detalladamente los hechos. Ya de por sí tardarás por lo menos tres o cuatro años en obtenerla. Si a eso le añades el tinglado del voluntariado... Y, en general, hazme caso, no hables de ello.

—Ten paciencia —me decían todos, con el tonillo de cantilena que se suele emplear con quien sufre—, y poco a poco te irás resignando.

Y alguno añadía:

—Ya es una suerte que te hayan reconocido la invalidez. Cuando consigas la pensión, procederás como mejor te parezca. Eres tan joven, Dios mío, qué importan unos años de espera. Los trámites llevan tiempo, ya se sabe, pero mientras tanto estás atendida, se te costean los gastos, ¿qué más quieres? Piensa en los que están en peor situación que tú. —(Toda la vida me he topado con este consuelo humanitario según el cual la visión del mal ajeno alivia el propio.)

En la melancolía que sentía, la lentitud de los trámites se me antojaba calculada, como se me antojaba también calculado el ocioso vagabundear de los convoyes nazis, cuyos deportados, hacinados en los vagones de ganado, estaban totalmente molidos al llegar a su destino. Era consciente de que el enfoque era paradójico: en los hospitales se estaba al amparo, no se pasaba hambre ni sed, se cuidaba y se manejaba a los enfermos como si de niños se tratara. Pero temía que si me adaptaba a años de hospitalización, adquiriría inevitablemente una mentalidad de asistida y, cuando por fin pudiera organizarme una existencia civil, no sería capaz de hacer otra cosa que no fuera vivir de las rentas de mi propia minusvalía, sólo tendría ánimo para ocupaciones no retribuidas, trabajitos sin importancia para salvar las apariencias.

Por eso, de nuevo como en Dachau, debía apresurarme si no quería que la prisión de mi cuerpo me encarcelase también la mente.

Para demostrarme también a mí misma que no estaba marcada por mi lesión, se convirtió para mí en una cuestión de honor mostrarme siempre alegre, fuerte, serena, «no doblegada», no rozada siquiera por la mala suerte, incluso cuando me moría de dolor o las humillaciones me socavaban el ánimo. Para que no me compadeciera nadie, empecé a hacer gala de una libertad imaginaria.

¿Tan sorprendente era que hubiera perdido mi continuidad y no recordara mi verdadera Alemania? Así, yo misma personifiqué durante años la fábula conservadora del espíritu que se impone sobre la materia...

Pero todo esto lo descubrí después. A los veinte años, para mí no tener en cuenta los obstáculos era de verdad la única manera de no verme en el papel que yo más temía, el del hijo pródigo que vuelve vencido al redil, hospitalizado.

Y, por fin, he de añadir una última cosa. El verano de 1946 estaba de verdad harta de luchar. Estaba tan necesitada de tranquilidad y tenía tal cúmulo de tensiones que disipar que buscar refugio en los sentimientos individuales me pareció de pronto el consuelo más deseado. Ahora que me había enamorado de un joven en cuya mirada no me veía inválida, me parecía superfluo estar convenciendo a los demás. Me conformaba sólo con hacerlos callar para quitármelos de encima, sin muchos miramientos en verdad, pero también sin resentimiento.

Recuerdo un detalle, de nuevo en Bolonia, en 1946. A principios de septiembre se extendió la noticia de mi próxima boda (la fecha estaba fijada para el 9). Durante todo el día desfiló ante mi cama una multitud de visitas, no sólo los médicos y los demás pacientes de ese gran hospital ortopédico, militares escayolados, con el brazo en cabestrillo, con muletas, sino también gente de fuera. Me sentía un animal de feria y me entretuve un poco fijándome en la increíble variedad de expresiones con las que todos se preocupaban de una única cosa: mi presunta impotencia *coeundi et generandi*. Entre felicitaciones, alabanzas al santo (mi futuro marido), deseos de que me ocurriera el milagro de quedar encinta (Dios en su grandeza), reflexiones sobre el amor platónico, que vale más aún que el amor carnal si uno se sabe contentar, se entregaban a fondo, absolutamente convencidos de que me hacían un favor, se pasaban la voz para venir a ofrecerme sus parabienes.

Pero me aburrí del juego e hice circular un certificado neurológico que establecía que en mi organismo no había contraindicaciones ni para mantener relaciones sexuales normales ni para lograr un embarazo normal. Para que luego digan que el nazismo ha terminado, me reía yo sola, mostrando mis garantías biológicas a los voluntariosos visitantes. Se miraron ofendidos y no

volvieron más.

Me parecía increíble que fuera a unirme a un joven que, superviviente regresado de la guerra como yo (él de Rusia), estudiante como yo (él de Derecho), me ofrecía un vínculo sencillo, cotidiano, de dos personas que se quieren. Un joven que me daba su amor y su apoyo sin elucubraciones, sin grandes palabras, sino con sencillez, con autoridad natural, autoridad de cabeza de familia a la que por fin podía abandonarme.

Hasta mis laboriosas caminatas se convertían con él en una cosa normal, natural, donde las cuestiones eran puramente técnicas.

A veces, venía a verme al gimnasio cuando estaba entre las barras paralelas, concentrada en mantenerme erguida y en tratar de dar mis primeros pasos (con las válvulas de cartón en las rodillas).

Se apoyaba en la barra, de pie delante de mí, y me miraba. Al cabo de un rato negaba con la cabeza, diciendo:

—Vas mal.

—¿Cómo? —contestaba yo riendo—. ¡Si siempre me controlo en el espejo!

—Ahí está tu error —decía, aspirando el humo, mirando su cigarrillo—. Pareces una de esas chinitas que se vendaban los pies.

—Yo me veo con los ojos de los demás, ¿sabes? —le dije un día—. No quiero parecer un mecanismo.

—Yo no lo diría —dijo, volviendo la cara para estudiarme mejor—, tienes bastante buen tipo, eres un poco culibaja, eso sí —decía en tono reflexivo—, las piernas quizá deberían ser dos centímetros más largas, tres como mucho, pero tienes el talle fino, los pechos firmes, y unos hombros y unos brazos preciosos —juzgó, mirándome el brazo que tenía más cerca con expresión calibradora—. Tienes un cuerpo ágil, por eso haces bien en no auparte sólo con los brazos. Pero deberías activar más los músculos lumbares.

Nos casamos sin un céntimo, en el banquete de boda tomamos pan con mortadela y una garrafa de vino (aunque yo me comí sola un kilo de peladillas).

Después, durante años me abandoné con los cinco sentidos al calor y al torpor animal de una vida de pareja codificada, con los roles bien

establecidos, dejándome guiar por los apetitos afectivos, sexuales, normales y corrientes.

Entre el embarazo, el parto, la lactancia, el destete y la crianza de mi hijo, entre exámenes universitarios (él para obtener el diploma de Derecho, y yo, de Letras), trabajos para ganarnos el sustento (traducciones, clases particulares y solicitudes de becas de estudio), entre tratamientos y gimnasia, excursiones campestres, tareas domésticas y todas esas pequeñas cosas que llenan los días, no quedaban desde luego intersticios para el pasado.

Y yo que antes me preguntaba de dónde provenía la represión de los lager y por qué me había durado tanto. Ahora, en cambio, me sorprendía lo contrario: tras un agujero tal, profundo capilar estratificado, ¿cómo pudo reemerger mi Alemania? Aunque sólo fuera a trozos, a intervalos; «depurada»...

En realidad ha transcurrido casi una vida, en la que han aflorado a mi mente únicamente fragmentos de recuerdos de los lager y los hospitales, y siempre en circunstancias muy concretas de dilema para mi conciencia, circunstancias que se reagrupan en dos únicos periodos, los bienios 1953-1954 y 1960-1961.

Otra cosa que no entiendo bien: por qué demonios mi vivencia alemana me volvió a la memoria *exclusivamente* en periodos de extrema dificultad, de emergencia absoluta a mi juicio en los que estaba en juego mi vida percibida como un estorbo (cuando me preguntaba si estaba justificado que yo siguiera viviendo), y nunca cuando avanzaba sobre un tramo de terreno firme que me daba alas.

La primera vez que volví con la mente a mi Alemania fue cuando las desavenencias con mi marido nos llevaron a la ruptura, hacia el séptimo año de matrimonio.

Recuerdo aquella noche de principios de 1953, no sé bien cuándo fue, pero veo la escena, cuando saqué el tema por primera vez. Estábamos ya muy enfrentados por la educación del niño. «Basta ya con tu actitud de domador —decía yo—, harás de él un esclavo.» «Y tú lo convertirás en un inadaptable», me contestaba él. Después vinieron sus infidelidades, y le

supliqué, entre insultos siseados («Machista, eres como mi padre, un héroe de pacotilla») y lágrimas, que me ahorrara esa vergüenza, y él, riendo, me dijo: «Tienes demasiada fantasía», o, contrayendo su hermoso rostro, se encendía un cigarrillo con calma estudiada y me soltaba: «La soberbia te mata».

—¿Sabes, Domenico? —le dije—, de verdad creo que tendremos que separarnos.

Era después de cenar, al término de una partida de ajedrez que él había ganado como de costumbre. Con su mechón de cabello castaño sobre la frente, mirándome con sus ojos dorados casi cerrados y la cabeza inclinada, me escuchó sin interrumpirme. Entonces se le tensaron los rasgos, cada vez más angulosos, y se levantó diciendo:

—No te hacía tan banal. —Y se fue.

Al día siguiente volví a la carga.

—¿Quieres guerra? Pues la tendrás —me contestó, y esa misma tarde se trajo a casa a una joven colega suya, con quien le había acusado de acostarse, para ultimar unas tareas urgentes (dijo) en su despacho.

Me dirigí a un abogado, que le notificó mi demanda de separación de mutuo acuerdo.

—Tú no eres una esposa, sino una enemiga —profirió él entre dientes.

—Y tú un cobarde.

Me había acostumbrado a murmurarle esta palabra como un suspiro, sabía que le hacía daño, pues, con veinte años, en 1942, siendo oficial de infantería había recibido una medalla al valor en el campo de batalla.

—Te haré entrar en razón —me dijo en voz baja, demudado, asintiendo con la mirada. Demoraba los ojos sobre mi figura en la silla de ruedas—. Me das demasiada lástima.

—¡Querías destrozarme! —Reía yo, dominando la ira con dificultad.

IX

Caí enferma con una de mis entonces recurrentes inflamaciones óseas,

osteomielitis en la cadera derecha. Tenía continuos escalofríos en mis crisis de fiebre ondulante y sufría dolor (a escondidas).

Oía a todas horas bromas y risas en el despacho, sin saber si eran voces imaginarias. Me acostumbré a bajarme de la cama sin hacer ruido para sentarme en la silla de ruedas y, en silencio, conteniendo la respiración, recorría el pasillo a oscuras, alargando las manos entre las ruedas traseras y las paredes, después de cada pequeño impulso, para controlar que avanzara bien recta y no me expusiera a chocar. Cubría el trayecto infinito (seis metros) del dormitorio a la puerta del despacho. Me acercaba, con el corazón en la boca, a la escucha de voces ahogadas, esforzándome por ver por el ojo de la cerradura el ángulo del sofá, esperando oír jadeos contenidos.

Un ruido repentino me ponía los pelos de punta por el terror de que la puerta se abriera de par en par de improviso. A veces me retiraba despacio, con las mismas precauciones que a la ida, otras huía a ciegas por el pasillo hasta el baño, donde me encerraba ruidosamente. Después entornaba la puerta despacito y me quedaba ahí espiando, pero la rendija de la puerta del baño no estaba alineada con la entrada. La del comedor, en cambio, era la ideal. Trasladé allí mi puesto de vigilancia. Me metía en el comedor de noche, cuidando siempre de no chocarme con las paredes y, sin ruido, con un ojo en la puerta entornada, esperaba a verlos salir de puntillas, las siluetas iluminadas un instante por la luz nocturna del rellano, hasta que un brazo cerraba la puerta, anulándolos a mi vista. Permanecía aún un rato en mi puesto sin hacer nada, asimilando la confirmación de mis temores en el vacío de la mente, hasta que el dolor de huesos me traía de vuelta a mi cuerpo con una media tortícolis, y corría a inyectarme un calmante. Eso me decía. En realidad, me drogaba, negándomelo a mí misma, con el pretexto de los espasmos óseos, perjudiciales para el corazón. Había empezado por tomar analgésicos, para pasar después a inyectarme codeína, más tarde opio y papaverina pura, estupefacientes cada vez más fuertes con nombres terapéuticos terminados en «il» y en «án». Me había hecho amiga de media docena de médicos jóvenes, elegidos en razón del hecho de que no se conocían entre ellos, cuya amistad cultivaba separadamente, atenta a que no coincidieran nunca unos con otros en mi casa. Cada uno me daba las recetas

que necesitaba, convencido de que era el único que lo hacía. Luego estaba todo el tinglado de los encargados, amigos éstos también aislados, que iban a la farmacia a comprarme las ampollas. Llegué a ponerme cuatro inyecciones al día. Que no llegara a inyectarme en vena, conformándome con la vía subcutánea, depende quizá del recuerdo de la morfinómana que gritaba en la cámara mortuoria del hospital de Maguncia, o más bien de los espumarajos que me costó en esa cámara de muerte la primera noche sin morfina en la sangre. Pero me quedaron bultitos y pequeñas durezas bajo la piel en la parte alta del trasero y en los muslos, que aún me tiran pese a los masajes.

Pero, volviendo a mis emboscadas nocturnas, abre la puerta de golpe, a qué esperas, me decía mientras seguía fisgando, por favor, giraba despacio las ruedas hacia atrás, por favor (me asustaba yo sola), y volvía a proyectarme en el oído mental los silencios que había escuchado, provenientes del despacho, quizá había confundido una silla que se corre con un crujido del sofá, un murmullo de papeles con un gemido. Quieta, escucha con más atención, distingue, yo no era mi madre, que siempre había preferido ignorar las miserias humanas, entre ellas sus propios cuernos. Yo quería la verdad, pensaba llegar hasta el fondo, saber si era yo la que deformaba las cosas o si las veía como eran en realidad.

En la práctica, tramaba noche y día memorables diálogos con las rivales sospechosas, a las que llamaba por teléfono a escondidas de Domenico y a las que hacía venir a casa cuando él estaba fuera trabajando.

Obtuve por lo general respuestas de enorme sorpresa. No era en absoluto verdad. Cómo se me ocurría una sospecha tan insultante. Daba elementos, demostraba, lloraba (fue entonces cuando se me ocurrió utilizar la carta de los lager), me conmovía y, cuanto más me exponía, más insistían ellas en lo ofensivo de mi proceder. Al final acababa siempre por pedirles perdón. Abandoné esa vía.

Mientras tanto, a Domenico le había dado por canturrear (desafinando) un estribillo que entonces estaba de moda:

*A mí me gustan los ojos negros,
a mí me gustan los ojos azules,*

*pero las piernas, pero las piernas
me gustan mucho más.[*]*

Al repetir *pero las piernas* me miraba, extendiendo ligeramente las manos.

Me encerré con llave en el dormitorio. Él volvía a altas horas de la noche, lo oía girar el picaporte. Se alejaba por el pasillo silbando el estribillo.

—Eres un témpano.

—Ya. —Un destello en los ojos detrás del humo del cigarrillo—. Qué cosa más ridícula, ¿verdad? —Sonreía sin labios—. Para bien y para mal, íntegro. —Hacía años lo había acusado también de eso.

Luego igual volvía a casa como si nos hubiéramos separado en buenos términos, lo cual me parecía por su parte el atropello más refinado. Pero si era yo quien, con expresión mansa, trataba de entablar una conversación amigable, «una explicación franca», decía yo, eludía los temas en los que quería enredarlo, decía él.

—Eres un témpano —repetía yo (sintiendo con angustia que tenía el mismo aire noble de mi madre).

Las pruebas de las traiciones nunca me bastaban. Las acumulaba para no sé qué aclaración. En cuanto volvió a saberse que los trámites para la separación legal estaban en marcha, varias rivales mías, las más rectas, que no querían sentirse responsables de que se rompiera una familia, vinieron espontáneamente a confesarme su «lío» con mi marido y, para demostrarme que no había habido nada serio entre ellos, un desliz —desde ese día era cosa del pasado—, me contaban las circunstancias y las formas del «desliz» con detalles «culpables» que yo escuchaba con avidez mientras apaciguaba sus remordimientos, avergonzándome después, cuando se marchaban, de haberme rebajado a consolarlas.

También mi marido estaba aliviado. Había acumulado tantas afrentas contra mí que la separación por su culpa ya no era una deshonra.

—Los trámites llevan tiempo —me decía, mirando afectuosamente mi

rostro demacrado y mis ojos empañados, con las pupilas dilatadas. Me lo señalaba él—: Siempre estás a punto de llorar, tú y esa mirada vaga...

No sospechaba que tomara drogas. Era partidario del estoicismo en el dolor, llegaba hasta el punto de racanearme una aspirina, cómo se lo hubiera tomado de haberse enterado. Sólo de pensarlo, temblaba de miedo, y me encomendaba a mis encargados, dosificando el intrincadísimo entramado de complicidades.

Él trataba de acariciarme el cabello, y a mí me parecía, en la patética lucidez de la droga, que todo podría aclararse, y empezaba a decirle que... por qué no...

—No —zanjaba él, paciente, alzando la mano abierta delante de mí—, nada de razonamientos, nada de pactos, Lucia. O lo tomas, o lo dejas. Si me quieres, acéptame como soy. Si no, vete. —Y, con una inflexión tierna, añadía, mirándome de reojo—: Ya lo verás, te doblegaré.

Fumaba aspirando despacio centímetros de cigarrillo que se teñían de rojo, hasta que las bocanadas de humo salían de su boca junto con las palabras, subiendo por su rostro como un velo borroso que le empequeñecía los ojos.

—Los trámites llevan tiempo —repetía—, pueden pasar años. A mí no me importa. Si tú quieres separarte antes, puedes irte, nadie te retiene. Pero que sepas —añadía tras una pausa, con una sonrisa entendida—, que con el abandono del hogar conyugal pierdes a tu hijo. Luego no digas que no te lo advertí.

—Sabes muy bien —replicaba yo— que ha habido adulterio en el hogar conyugal, y repetido encima, tengo pruebas, confesiones, y si...

Él negaba con la cabeza, divertido. La ley era su profesión, y conocía el efecto que tenían sus frases sobre mí.

—No tienes mentalidad jurídica —reflexionaba en voz alta.

En esta situación me hallaba cuando resucité por primera vez la sepulta experiencia alemana. A partir de ese momento me pareció tener que dar un nuevo giro a mi vida. No menos enferma, y con un hijo pequeño al que criar,

no sabía qué hacer, no podía huir como lo había hecho entonces, prisionera como estaba de la parálisis, de la fiebre, de la droga, de los cuernos y de los celos, ¿qué otra cosa podía hacer sino buscar una imagen menos prisionera de mí misma? Me vino de manera natural el recuerdo de la evasión de Dachau, en octubre de 1944, que se me había desvanecido los meses precedentes.

Partía del instante en el que había empezado mi huida para rememorar con detalle las peripecias que me habían llevado casi de un extremo a otro del Tercer Reich, desde Múnich hasta el derrumbe del muro en Maguncia, a orillas del Rin. Me parecía el tiempo más libre y feliz de mi existencia, sola, sin papeles, sin identidad, sin refugio, vivía al día, sin saber nunca cuándo y qué comería y dónde dormiría en la etapa siguiente.

Omitía algunos detalles que entonces no juzgaba determinantes: eran superfluos. Por ejemplo, recordaba perfectamente que el hecho de conseguir apañármelas siempre durante ese peregrinar me había hecho sentir una extraña exaltación. Me sentía invulnerable cuando, justo después de un bombardeo, entraba en una casa en llamas a robar comida y ropa, desafiando el paredón, que era el castigo a los *chacales*. Aprovechar los bombardeos para desvalijar las viviendas era el único delito que igualaba a alemanes y extranjeros, unos y otros igualmente castigados con la muerte, en una fosa que debían excavarlos ellos mismos en el lugar del crimen y de la que debían emerger con el busto expuesto a la ráfaga reparadora, sin discriminación de raza.

Arrancaba esas páginas que me agobiaban para contar, en cambio, las caminatas por la nieve, entre los campos o en la linde de un bosque, de un pueblo a otro, ocultándome a la menor amenaza. Distinguía de lejos las personas que podían hacerme daño, por los andares o el porte en la niebla. Me atormentaba retroactivamente por los niños de los Osten y de los judíos a los que divisaba en grupitos al otro lado de las alambradas, cuando bordeaba los campos de tránsito en busca de refugio, que me miraban con los ojos negros de mi hijo en mi memoria alterada. Cuántas veces los sorprendí revolcándose en la basura, en algún rincón fuera de la vista de los adultos, se desfogaban entre grititos felices, para recomponerse de golpe si los llamaba o aparecía algún padre: ponían una expresión triste, irritable, y se echaban a

llorar. Si un soldado nazi los dispersaba, se acusaban unos a otros indignados. Y, en cuanto los adultos miraban para otro lado, volvían a sus juegos.

Una vez, tres niños harapientos con la cara llena de costras estaban jugando a hacer pipí en un tubo de goma, y ganaba el que conseguía lanzar el chorro más lejos. La habilidad consistía en no gastar toda la orina en una sola micción, sino en pasar el tubo de goma de un pequeño pene a otro en varias veces. Estaban tan concentrados en su competición detrás de un barracón, con expresión alegre y relajada, que no vieron llegar a las madres, harapientas y llenas de costras como ellos: «¡Cochinos, sois peor que animales!», los regañaron.

Ahora me doy cuenta de que, en esas noches en que espiaba a Domenico desde la rendija de la puerta del comedor, a medida que mi salud iba empeorando y me inyectaba las drogas a intervalos cada vez más cortos, ese contarme historias de huida era mi manera de reírme a escondidas. Recordaba a los extranjeros que me habían albergado en sus barracones, las amistades breves e intensas, una sucesión de encuentros y alianzas aislados, sin relación entre sí, concatenados sólo por mi vagabundear. Y me sentía libre y ligera.

Me parecía incluso que estaba haciendo algo útil, que estaba realizando una contribución histórica. Me había puesto a leer todas las publicaciones existentes sobre los lager nazis, y me sorprendía que nadie hubiera escrito nunca sobre los fugados, al menos tres millones, que circulaban por el Tercer Reich, compartiendo información y cambiando de identidad a voluntad. Nos reconocíamos por un gesto, por casi nada, y nos hacíamos confianzas en voz baja: mejor largarse de aquí, allá, en cambio, ojo al archivo de tal fábrica de tal ciudad: le habían prendido fuego. El fichero de tal Organismo del Trabajo había saltado por los aires. Bastaba con presentarse a una Kommandantur cercana y decir que se venía de allí. Era imposible comprobarlo. Para los nazis ya era un alivio que nos presentáramos *motu proprio*. Siempre había extranjeros con los papeles en regla dispuestos a dar fe. Entre un *Ausweis* quemado y otro, fui belga valona de Namur y lituana de Wilno. Había veraneado en Namur de pequeña con mis padres, y de las calles y plazas de Wilno me habían hablado Johann y Stanislaw, que habían nacido allí (Stanislaw hasta había hecho un esbozo de su barrio, un día que

estábamos tumbados a orillas del canal en la IG Farben); por eso podía enfrentarme a un posible interrogatorio. Como belga, fui asistenta (*Putzfrau*) en la casa de piedra de detrás del lager de la BMW en Múnich, que albergaba a un contingente de prisioneros americanos que dormían en catres con somier, colchón y sábanas de cuadritos. Recibían tantos paquetes que tiraban el pan cuando se ponía duro y los cigarrillos a medio fumar. Los odiaba tanto por su riqueza, sus comodidades y la relación de igual a igual que mantenían con los SS que los vigilaban —no hacía más que compararlos con el trato reservado a la escoria europea—, que un día les rajé los colchones y las sábanas bajo las mantas bien remetidas y sin una arruga, lo que me valió tener que fugarme. Un poco después me uní a un convoy de campesinos lituanos, después de hacerme amiga de su intérprete, que consiguió que me emplearan como aprendiz en una fábrica en los alrededores de Donauwörth, en Suabia. Los alemanes, sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que no entendía una palabra de lo que decían mis supuestos compatriotas, mi caso interesó a la policía local, y apenas tuve tiempo de poner tierra de por medio, rumbo al Rin.

Pero mi gran hazaña ocurrió antes, en Múnich, cuando escapé del campo de tránsito de Dachau (como Jean de Lille). Había conseguido entrar a trabajar en la Siemens con mi verdadero nombre, la fábrica más humana en la que nunca he estado en Alemania, donde occidentales y Osten comían en el mismo comedor, y los gerentes alemanes venían a probar la comida. Pero se me subió a la cabeza mi pericia y el hecho de que nunca me cogieran, y robé impresos de baja por enfermedad, con su sello correspondiente, en el despacho del médico de la fábrica, gracias a los cuales en lugar de trabajar, me iba de paseo por la ciudad (el lager anexo al complejo de la Siemens carecía de alambrada). Un día me convocaron a la dirección, y no me quedó más remedio que esfumarme.

Resumo porque estas historias ya las he escrito en los relatos novelados que elaboré en los años de mi crisis conyugal, relatos en los que las incomodidades, las fugas, los terrores tenían la inmaterialidad desgarradora, la precisión dissociada que puede causar la droga. Si entre estos textos en parte publicados y en parte inéditos he escogido precisamente «Thomasbräu»

y «Refugio en Dachau», que abren este volumen, es porque son los únicos relatos en los que repasé los hechos vividos sin adaptarlos a un hilo imaginado, sino desarrollándolos como ocurrieron en realidad, salvo por esa mezcla de disociación y áspera percepción que no me parece propia de esos meses fugitivos, sino sobrepuesta por el yo que los evocaba. Así como no pertenece a la realidad, sino a mi imaginación de entonces esa especie de angustia con respecto al sexo que turba a la protagonista, sobre todo en «Thomasbräu»: no era la menor fugada, sino la treintañera cornuda la que percibía los coitos de los deportados como una maraña viscosa de babosas de monstruosas antenas.

Pero hay también otra razón por la que he escogido «Refugio en Dachau». Se ve enseguida que, pese a su distinta sensibilidad, tanto el estudiante de Ingeniería gascón como el empleado italiano de cabello engominado pensaban sólo en no dejar que la bajeza hiciera mella en ellos, en no dejarse *manchar*. Para ellos era importante seguir siendo como eran antes, olvidar los lager lo más pronto posible. Como hice yo misma más tarde, después de la guerra. Esa actitud me concernía. Se ve en cómo insisto, en el relato, en su voluntad de desapego. A diferencia de los demás, que no eran de nuestro rango. Ni los rusos ni Jean de Lille se sentían un peldaño más arriba de lo que habían vivido. Por ello no dejaba de traerlos a la vida, y trataba de recobrarme mediante su recuerdo. Mediante el recuerdo de aquellas familias enteras de deportados soviéticos que daban refugio a los fugados, exponiéndose a ser fusiladas; de la pequeña Jeanine empeñada en ayudar a los demás como si fuera la cosa más natural del mundo; del desnutrido Benito...

Pero ya no esperaba encontrarlos.

Aunque detestaba los juicios de valor de mi ambiente, que me mortificaban, pese a todo me seducían. En la confusión en la que me hallaba no estaba segura siquiera de mi forma de ver las cosas, dudaba de mis propias sensaciones, de mis propios recuerdos, volvía a ellos una y otra vez, no me atrevía a creerme a mí misma. Como ya he dicho, leía libros sobre los lager y, aun sabiendo que los habían escrito oficiales o internos con «capital mental», como decían los nazis (los famosos *Akademiker*), es decir, burgueses que se

habían refugiado en su moralidad preexistente, y nunca obreros, fugados o quien hubiera estado tan expuesto como éstos, desconfiaba de mis percepciones directas. Y, también, al contar historias de evasiones y de clandestinidad en el Tercer Reich que nunca se habían escrito antes, trataba de ajustar exactamente mis recuerdos a los de esos autores que me proponía como modelos imprescindibles, Elio Vittorini entre otros: «Tiene usted que liberarse de la opresión del recuerdo», me escribía en 1957, cuando yo no había hecho otra cosa bajo el fuego graneado de este mismo consejo, repetido por mi padre y por mi tío el de las lagunas pontinas. No había hecho otra cosa, entre las personas sensibles con las que vivía, más que ponerme los lentes oscuros en el cerebro porque las cosas no se miran de frente: hace falta una mínima distancia estética. Y Vittorini consideraba incluso que ese manso, casi idílico «Thomasbräu» con el que me asomaba tímidamente al pasado era un texto demasiado gravado por la opresión del recuerdo.

Este acatamiento literario me impidió también aclarar hasta el fondo esa fuga mía por la Alemania nazi.

En efecto, esos meses, desde finales de octubre de 1944 hasta finales de enero de 1945, retomados y relatados siempre en cuadernos que iba acumulando, concluyen indefectiblemente justo antes de mi reaparición en el lager de Frankfurt-Höchst, a principios de febrero de 1945, que aún no he contado. Esta reaparición fue el objetivo secreto de ese salto que di al unirme a los deportados en Verona, quería comunicarles a mis compañeros el hecho de que no me había librado. Pero en mí no había una resistencia consciente a ese episodio, sino simplemente mi memoria se agotaba siempre en alguna circunstancia anterior. Los recuerdos se dispersaban solos en esa alternancia de desplazamientos y contactos humanos instantáneamente consumados, en la que trece meses de enfrentamiento brutal se habían rarificado y desmenuzado en unas pocas semanas de aventuras trágicamente leves, acumuladas en el vacío.

Esos modestos recuerdos, sin embargo, fijados y pormenorizados sin fin, casi por temor a que se desvanecieran, me dieron tregua. Poco a poco, superponiéndose a mi presente aprisionado, me ayudaron a hacer frente a mis decisiones. Dejé de suplicar en secreto al abogado que esperase antes de dar

curso a mi demanda de separación conyugal. Abandoné mi tormentosa confabulación con mis presuntas rivales. Dejé de espiar detrás de las puertas.

En esa bonanza que siguió a la tempestad, mientras aguardábamos la sentencia legal, Domenico y yo estábamos casi en paz. Habíamos dejado atrás la acritud, la crueldad. Él dedicaba todos sus ratos libres a perfeccionar mis medios de locomoción (creo incluso que en esos meses estuvo sin amante, y quizá, así lo creo ahora, si me fue infiel en nuestra propia casa lo hizo para que esa conducta tan reprochable le sirviera de coartada para poder dejarme al niño sin que ello supusiera rendirse a mi «disparatada pretensión»). Me estaba diseñando una silla de ruedas que aún utilizo: pequeña, ligera y desmontable para asegurarme la mayor agilidad de movimientos sin renunciar a la estabilidad y la comodidad. Domenico no entraba en un ascensor, un cine o un teatro sin medir el ancho de los pasillos más estrechos y la altura de todas las sillas y butacas. Pero los mecánicos le objetaban siempre que la cosa no era factible, que una sillita así no podía tener equilibrio, ¿y cómo regularla si las ruedas traseras sobresalían? Él volvía a medirme las caderas, la espalda, las piernas, y diseñaba de nuevo el modelo desde el principio.

En cuanto me veía un poco tranquila, se presentaba con su carpeta de proyectos bajo el brazo y un buen puñado de tuercas y tornillos, y se sentaba a mi lado con un suspiro de alivio. Me preguntaba si me parecía mejor tal tipo de tuerca o tal otro, si prefería que tal soporte fuera tubular o plano. Y el colmo era que a mí eso me parecía aburrido.

En la primavera de 1955 concluyeron los trámites. Domenico conservó la patria potestad de nuestro hijo, y yo obtuve su custodia condicionada.

X

Como si estuviera apagando fuegos, no paraba ni un momento. Tras la partida de Domenico, mi casa se convirtió en una auténtica jaula de grillos. Refugiaba a expresos, a madres solteras y a media docena de gatos. Estaba a

punto de abrirse el periodo que después he dado en llamar «mi paréntesis de los frentes secundarios». Esos años no hacía más que acumular paréntesis: «el paréntesis alemán», después el «conyugal» cuando Domenico y yo nos llevábamos bien, después «el paréntesis italiano» (pronunciar con sarcasmo), y ahora éste.

La relación con mi hijo, que tenía unos ocho años, era buena. El jaleo que reinaba en casa no le disgustaba, sobre todo porque él contribuía en parte con el constante ir y venir de sus amigos del barrio. Y, cosa extraña, nunca se había mostrado tan dispuesto a hacer los deberes del colegio. Lector precoz, le encantaban las historias. Coleccionaba los cromos que vendían en los quioscos y que pegaba por épocas en gruesos cuadernos. Estaban los romanos, los galos, los carolingios. Si me veía ocupada leyendo, me preguntaba:

—¿Tú por dónde vas? Yo estoy en las Cruzadas.

—Yo en la Primera Guerra Mundial —contestaba yo, o en el Renacimiento, según las clases particulares que tuviera que preparar ese día.

De vez en cuando nos invitábamos mutuamente a los siglos en los que estuviéramos en ese momento. Leíamos el texto escrito en el reverso de los cromos, consultábamos libros, enriquecíamos nuestros conocimientos sobre el personaje con el yelmo o con la espada en ristre que nos miraba jactancioso desde la imagen de colorines.

Ahora ya mis clases iban dirigidas casi exclusivamente a estudiantes universitarios o que fueran a presentarse al examen de bachillerato clásico. Las asignaturas que enseñaba eran italiano, latín, francés y alemán, así como historia y filosofía (mientras tanto, me había sacado también este doctorado con una tesis sobre el juicio reflexionante de Kant). También me ganaba la vida redactando tesis de licenciatura, de las que recuerdo en particular tres, sobre Salustio, La Rochefoucauld y Unamuno. Me pagaban bien.

Otra vez me estoy apartando del tema (qué vicio más arraigado en mí). La verdad es que llevaba un tren de vida más que desahogado para no hacerle pagar a mi hijo las dificultades de mi condición física, razón por la cual contraté para él una niñera, además de la asistenta, que se ocupaba de las tareas domésticas, y la lavandera, que venía a ayudarla (una madre soltera).

Aparte estaba también la casita en la playa que alquilaba en las vacaciones de verano, las excursiones, las invitaciones, quería abarcarlo todo para que el pequeño no se sintiera diferente, hijo único de una madre inválida y sola, como demasiada gente, le recordaba, pobrecito, acariciándole la cabeza entre suspiros.

En realidad, estaba atrapada en ese torbellino para demostrar que era capaz de apañármelas sola. En mi desapego fingido, nada me dolía tanto como las alusiones a la silla de ruedas que le hacían al niño: «Vamos, Lorenzo, sé bueno, ¿no ves que tu mamá está enferma?», decían los parientes; «Corre, corre», apremiaba una voz femenina; «Tu madre necesita ayuda», si se me caía un lápiz o una cerilla: «Recógelo tú, Lorenzo, a tu madre le cuesta agacharse, ¿no ves que no puede?», lanzándome una sonrisa de complicidad pedagógica. Como si hubiera generado una prótesis viviente, una criatura forzada a crecer a la sombra de la desgracia. Lo más trágico para mí era que estas frases y otras similares eran bienintencionadas, pronunciadas con preocupación.

Por otro lado, mis «costumbres» suscitaban gestos de reprobación, sobre todo respecto a las personas poco recomendables a las que protegía. Se notaba que faltaba la mano de un hombre que pusiera freno a mis «extravíos», que me pusiera *en mi sitio*, y el pobre Lorenzo, cada vez más hijo único de una madre no sólo inválida y sola, sino también irresponsable, en resumen, la misma persona exaltada e inconsciente que se había escapado de casa a los dieciocho años, una asocial (como por lo demás ya me habían clasificado los nazis). Y yo, para demostrar que...

Más adelante moderé mi hambre insaciable de libertad y de alegría, esta obsesión por ofrecer ayuda inmediata a los agraviados, en parte porque mis protegidos, acostumbrados al maltrato, me consideraban una ingenua por cuidar así de ellos, hasta el punto de creer que me hacían un favor al vivir a mis expensas. También me libré de mi espíritu revanchista.

No obstante, recuerdo esos años con gusto. Lorenzo se criaba bien, era un niño guapo y fuerte, extravertido, muy activo y alegre. Un día lo sorprendí a él también compitiendo con un compañero a ver quién orinaba más lejos desde el balcón —la diana era una planta de adelfas a dos metros de distancia

—, y me retiré de prisa para no interrumpir el juego.

Al final, sin embargo, no conseguí apañármelas sola. Ese ritmo excesivo de vida, relaciones y esfuerzo por las obligaciones desmedidas que me había impuesto me arrolló, y empezó la deriva.

Otoño de 1960. Fui a parar a un asilo de inválidos, Villa della Pace, en el kilómetro 11 de la Ardeatina, en la periferia de Roma.

Llegué al volante de un inmenso Studebaker beis que había comprado de ocasión y que estaba intentando revender. Lo había adquirido hacía un par de años, cuando aún no existían los automóviles de pequeña cilindrada con los requisitos que imponía mi carné de conducir.

No me detendré a describir la desagradable sensación que experimenté al aparcar entre las formas abandonadas sobre las sillas de ruedas o los bancos, al solecito de finales de septiembre, decenas y decenas de inválidos de guerra que me miraban como a un bicho raro. Volvía adonde tenía que estar, al papel de asistida que la sociedad me había asignado. A los treinta y cinco años estaba de nuevo en la casilla de salida, llena además de deudas y sentada en el suave asiento de ante claro de un coche imponente.

Pero el problema económico y la polémica con la asistencia social eran con todo el menor de mis tormentos. La verdadera causa de mi desaliento era otra.

En esa institución habría un centenar de internos, casi todos acompañados de un familiar, ya fuera por el criterio de la dirección de no aislarlos de su ambiente, o por el ahorro en personal que eso suponía para la administración del centro. Vivían en casitas repartidas por todo el jardín, frente a la verja. Al mirar a mi alrededor, me perturbaba tanto el espectáculo de mi minusvalía física multiplicada en los internos de esa Villa della Pace, que durante días me refugié en mi habitación (individual con baño).

—No se puede —gritaba a todo el que llamara a la puerta.

Cuando, al salir de la habitación para ir a la cabina de masajes o al comedor, me topaba con cojos, mancos, paralíticos, miembros temblorosos por la enfermedad de Parkinson, no sabía cómo alejarme de tanto como me

abatía el tono quejumbroso y lastimero que muchos de estos minusválidos habían copiado de sus parientes sanos, sus perpetuos «Qué suerte tú que puedes andar, qué suerte tú que estás bien», con miradas de reojo, sus interminables conversaciones sobre salud, intestinos, vejiga, estómago, articulaciones, con la mirada febril, ocupados, obsesionados por su organismo. Me escabullía a hurtadillas, siempre tenía compromisos improrrogables.

Pero, una noche de colitis que estaba en camisón en el cuarto de baño, muerta de frío, atenta a los espasmos de mis intestinos para que me diera tiempo a sentarme de un salto en la taza del váter sin poner perdida de diarrea la silla de ruedas, de repente me vi en el espejo de la mente: precisamente yo miraba con ojo estético a mis compañeros de humillación física. Yo me había convertido en ese ojo social que me había amargado la existencia.

Me quedé tan pasmada que olvidé los rugidos de mis vísceras (y se me pasó la diarrea). Estaba ahí, delante de la taza del váter, doblada en dos de vergüenza como ante un confesor. Por una mísera mejoría en mi incontinencia, por unos pocos y esforzados progresos en mi movilidad, me sentía superior a mis semejantes, *me armaba de sus privaciones para volverlas en su contra*. Qué me había ocurrido estos años para llegar a esta vulgar y aristocrática repulsa del contacto físico con quien está enfermo y depende de los demás. Estaba ahí como una asesina que había matado mentalmente a sus subhombres. Con qué facilidad me había vuelto a crecer la piel fascista, como a las serpientes.

Por fin volví a la vida. ¿Acaso en el pasado no me había peleado por una patata, por un nabo? ¿No había cortado rebanadas transparentes de pan, semejantes a hostias, cuando se trató de compartirlo con los compañeros? ¿No sabía que siempre nos obsesiona lo que nos falta? Y ahora arrugaba la nariz porque estos nuevos compañeros, hambrientos de salud, no hablaban de otra cosa. Me volvió así a la mente el voluntariado en los lager, en Frankfurt-Höchst, mis reparos iniciales con los demás internos por la excesiva delicadeza de mis sentidos refinados. Pero la vergüenza era tal —qué astuta

es la vergüenza, se hace pudor y silencio— que no hablé de ello en «Mientras la cabeza siga viva», un relato que escribí mientras estaba en ese centro para inválidos.

Además, ni siquiera es verdad que sólo les interesara su cuerpo.

Recuerdo a Amedeo, de Liguria, un hombre descarnado de unos cuarenta años, en silla de ruedas tras haber sido herido en África. Obrero mecánico en el pasado, se había convertido en un hábil relojero. Se ofrecía a enseñar su arte a quien lo quisiera aprender y dibujaba modelos de pequeñas prensas u otras herramientas que pudieran utilizar quienes sólo dispusieran de una mano.

Giovanni, un soltero de Bolonia herido en Grecia, tenía una forma de parálisis opuesta a la mía. Después de la laminectomía que le había descomprimido la médula, había recuperado el movimiento, pero no la sensibilidad. Quería organizar un sindicato de inválidos de guerra y del trabajo reunidos. Pero encontraba mucha resistencia porque la mayor parte de esos «residuos bélicos», como llamaba él a los internos de Villa della Pace, tenían una aversión supersticiosa por la política. Lo acosaban con solicitudes de subsidios, que él recopilaba y hacía llegar a los órganos competentes, pero se echaban atrás en cuanto les hablaba de la necesidad de organizarse.

Vincenzo, de Friuli, era un poco más joven que yo. Partisano en los montes, lo había atravesado una bala a los dieciocho años. Su lesión vertebral presentaba también una singularidad: aunque lo había privado del control sobre los nervios motores, le había dejado intacta la capacidad sexual. Siempre en pie sobre sus férulas de metal, alto y robusto en medio de nuestras sillas de ruedas, luchaba por obtener una «revisión anual de nuestros organismos como se hace con los motores». Siguió luchando años después hasta dirigir la ocupación en masa de una unidad de un hospital de Florencia, en el 73, de la que la prensa nacional se hizo un eco distraído (yo misma sólo conseguí publicar un suelto de diez líneas en un periódico extraparlamentario de izquierdas).

Por mi parte, escribía en boletines para inválidos artículos con títulos como «¿Culpables de qué?» y promovía debates de psicología social. Poca cosa, pero me parecía que volvía a ser yo misma.

Después de las vacaciones de Navidad, que pasó en la montaña esquiando con un grupo de compañeros, Lorenzo vino a vivir conmigo. Se había marchado de casa de su padre, que se había hecho cargo de él tras mi derrumbe, pero que ahora vivía una relación sentimental tormentosa. El muchacho se había negado a mudarse con los abuelos, ni paternos ni maternos. Sólo quedaba yo.

—Me vengo a vivir aquí contigo. —Me guiñó uno de sus ojos negros—. Dile a la dirección que soy tu acompañante —añadió, como si fuera un ardid.

Las previsiones se habían revelado acertadas: Lorenzo crecía a la sombra de la desgracia, en la edad más difícil, los primeros años de la adolescencia.

Todos los días iba en bici al colegio, situado en el centro de Roma, un trayecto de unos quince kilómetros ida y vuelta, ya hiciera sol o lloviera. Vivíamos en una misma habitación con dos camas. Me aseaba y hacía mi gimnasia cuando él no estaba. Parecía tranquilo mientras repasaba conmigo sus lecciones, contábamos los céntimos para cualquier diversión, una bebida en el bar, un paseo en patines por el centro con sus amigos. Pero dibujaba unas cabezas negras de Cristo cuyos rasgos eran regueros rojos, como grumos de sangre.

Me fijé en que a veces Lorenzo entraba en la habitación como huyendo de algo. Cuando alguien llamaba a la puerta, se encerraba en el cuarto de baño. Salía de la habitación pero luego volvía corriendo a preguntar si le había llamado algún compañero de clase. Un día que había marcado un número varias veces, miró el auricular, que tenía en la mano, y, con una risita breve, dijo: «Dos personas no pueden comunicarse porque están ocupadas llamándose». Y colgó.

Si un inválido lo llamaba en el jardín: «Ven, ven, tú que puedes andar», con el lamento insinuante que seguía irritándome aunque me hubiera acostumbrado, él resoplaba y seguía su camino.

El que más insistía en llamarlo, en entretenerlo, en tocarlo era un hombre de unos treinta años en silla de ruedas, que debía de haberse quedado lisiado más o menos a la edad que tenía entonces Lorenzo. No podía verlo pasar por

el jardín sin pedirle un favor. Por lo general, si no tenía la sensación de que estuvieran ahí al acecho para atraparlo, Lorenzo se prestaba espontáneamente, acudía en cuanto le parecía que alguien necesitaba algo (con la misma sencillez que su padre). Era ese «tú que puedes andar» lo que lo exasperaba, lo que le hacía huir.

Y un día que volvía del colegio hambriento, tras quince kilómetros en bicicleta, ese minusválido lo agarró del jersey, advirtiéndolo:

—Ojo, que te puede pasar a ti también.

El muchacho se zafó de él y, con una voz aguda quebrada por numerosos gallos, le contestó:

—¿Qué pasa, es que soy mala persona sólo porque puedo andar? ¿Es culpa mía si no soy un tullido? —Y, en el rostro redondo, los ojos negros se le llenaron de lágrimas.

Sumida en esa mezcla de sentimientos y de pensamientos escribía «Mientras la mente siga viva». Me reconocía en ese periodo en Maguncia en el que me había enfrentado por primera vez a la parálisis. Quizá en mi relato acentuara la arrogancia de entonces porque buscaba en ella la energía que necesitaba. Y, para animarme, me saqué de la manga la fábula de la zorra, falsa, según la cual gana siempre el bien...

Al acabar el colegio a finales de mayo, Lorenzo se fue a pasar las vacaciones con sus abuelos paternos junto con un tropel de primos y primas que se reunían en verano en la casa de campo de los abuelos, en el altiplano del Gran Sasso. Yo no quería que volviera a empezar el curso escolar en Villa della Pace, y me pasaba los días superando viejas dificultades a la hora de enfrentarme a la hoja en blanco, casi como si así pudiera conjurar el mañana. Concluí ese relato en agosto. Pero no había nada en el horizonte. No tenía dinero para volver a casa. Sólo había conseguido pagar las deudas y, una vez vendido el Studebaker, me compré un pequeño Daf 600 con cambio automático, un modelo que acababan de sacar al mercado. Pasó otro mes.

Estaba a punto de cumplirse un año desde que vivía en ese centro para inválidos, cuando por fin unos amigos alemanes a los que había alojado en mi casa en los tiempos prósperos en que disponía de un techo, pusieron a mi disposición un apartamento que tenían en el Taunus. Lorenzo me escribía

desde los Abruzos, entusiasmado con el proyecto (aunque luego, en ese pueblo entre los bosques, en la nieve silenciosa, rodeado de palabras extranjeras, sin duda se sintió solo). Me carteeé con un ama de casa del lugar para organizar que viniera a ayudarme con las tareas domésticas.

A finales de septiembre, Lorenzo volvió más robusto del altiplano, bronceado y musculoso. Cargamos el Daf 600 y partimos hacia Alemania. Un amigo electricista que iba a Hamburgo se turnaba conmigo al volante.

En una de sus últimas tardes de vacaciones en Villa della Pace, mientras yo conversaba con mis amigos en alguna habitación, Lorenzo, que se había quedado solo como de costumbre, leyó mi manuscrito. Lo que más atrajo su curiosidad fue mi breve alusión a la fábrica de Höchst. Por ello, cuando llegamos casi al final de nuestro viaje, justo en la bifurcación hacia el Taunus, propuso, en cambio, que siguiéramos hacia Frankfurt.

—Vamos, nos pilla de camino, ¡vamos a la IG Farben! —dijo antes de que nos adentráramos en Glashütten, ese pueblecito entre bosques de abeto adonde nos dirigíamos, cerca de Königstein.

—Pero es un buen rodeo —vacilé—, ¿no alargaremos demasiado el viaje? —dije, corriendo ya hacia el norte.

—¿De verdad fuiste obrera? —reía Lorenzo—. ¿Hiciste turnos y eso? ¿En las máquinas? —preguntó con su recién estrenado vozarrón de hombre, aún discontinuo, y el rostro imberbe.

El electricista ya nos había dejado, conducía yo. Llegamos a Höchst a última hora de la tarde. Lo recorrimos despacio, entre los bocinazos de los conductores irritados por mi lentitud. Por fin encontré mi cancela, donde fichaba para entrar. Paré el coche. Me sentía vacía. Mis ojos se detenían sobre los detalles. El muro de ladrillos que rodeaba los edificios de la fábrica me parecía más ennegrecido de cuanto lo recordaba, las casas de enfrente más grises y más semejantes a cuarteles.

—¿Por qué no me hablas de tu trabajo aquí? ¿Confraternizabais entre compañeros? —me incitó a hablar Lorenzo.

Me puse a contarle historias de los rusos, del doctor Lopp, de los

prisioneros de Varsovia, y me fui animando. Después no sé cómo le hablé de la huelga, porque yo había terminado de recordar, pero él seguía preguntándome:

—En tu opinión, ¿la huelga podría haber sido un éxito?

Me aturullé, le decía que sí y luego que no. Dependía de, quizá no había tenido en cuenta que...

—¿Por qué me miras así? —le pregunté, al notarle una sombra de tristeza en el rostro.

—Pero ¿vosotros creíais poder tener éxito?

—No lo sé. Al menos vimos que se podía intentar.

—Sí, eso sí —dijo con un arranque, pero era como si le faltara lo esencial, su rostro mofletudo de adolescente seguía triste.

Ahora pienso que no soportaba la idea de que nuestra acción estuviera abocada al fracaso, pero entonces, parados en el coche delante de mi entrada a la IG Farben mientras caía la noche, tuve la sensación de que se preguntaba qué había sido de ese pasado mío. En realidad, era lo que yo misma me preguntaba, preocupada en mi fuero interno de haberle dado la impresión de un arrebató inconcluso con esa evocación, uno de esos pasados míticos con los que se adornan todos los padres pero que no interesan a los hijos.

—¿Proseguimos viaje?

Él asintió, y yo pisé el acelerador.

Se me confunden los tiempos.

El rostro juicioso del muchacho de ojos negros y descarados que, sentado en el coche a mi lado, lee los carteles de la carretera, se me transforma en el del joven barbudo de veinte años que, a veces con gafas y a veces sin, se fijó en las fotos de periódicos y revistas redescubiertas entre mis papeles en los meses en los que buscaba mi pasado. Sobre todo vuelvo a ver una expresión, de aquella primavera suya del 68. En lo alto de una escalera, con sus compañeros universitarios Lorenzo empuja hacia atrás con unas sillas a un grupo de hombretones con porras que se abalanzan sobre ellos desde abajo. Lorenzo está inclinado hacia delante, de perfil, con la boca abierta en un gruñido, el rostro torvo y asustado.

En otras fotos aparece en las manifestaciones, con una mirada feroz. Pero

luego está solo, media página sólo para él en la que se lo ve con el rostro duro y el puño alzado, tan distinta su dureza de la mía a su edad, en el carné de la Siemens. Más íntima la suya, más macerada. Ahora se afeita, está más bien pálido, cuando se concentra habla en voz baja, contenida, mira desde abajo hacia arriba con esa mirada negra en la que vuelve a aflorar la del muchacho que en Höchst quería saber de la huelga en la IG Farben.

Mientras cruzábamos Frankfurt, Lorenzo exclamó: «¡Una pizzería!», señalándome el letrero italiano en la planta baja de un viejo edificio, y se frotaba los muslos con las palmas de las manos de puro contento, siguiendo con ojos atentos mis maniobras de aparcamiento. Pero, al entrar, el arranque de alegría se le apagó al ver a los emigrantes, casi todos del sur, pobremente vestidos, que abarrotaban el local; rostros recelosos, miradas cabreadas. Me ayudaron a subir los escalones con la silla de ruedas, preguntando y contestando. Vivían en los barracones, sí, hombre, los que estaban en las afueras, en el campo llamado Pfaffenwiese, camino de Maguncia, eso es, precisamente el viejo lager de Frankfurt-Höchst, que luego remodelaron para los obreros extranjeros.

XI

Posteriormente no volví a mis vivencias de guerra hasta 1975. Durante trece años no sentí la necesidad de pensar en ello. Trece son muchos años, tanto más cuanto que, en el fondo, hasta 1962 había aclarado verdaderamente poco de toda esa historia: páginas y páginas para relatar episodios de fugas y de ingresos hospitalarios, mientras que a los primeros nueve meses en los lager había dedicado sólo un par de párrafos en «Mientras la cabeza siga viva», veinte líneas poco más o menos. Ni siquiera el viaje con Lorenzo hasta la IG Farben, tras la salida del asilo, me había dado ganas de equilibrar mejor mis recuerdos de ese periodo del pasado. Al parecer, estaba contenta de haberme tragado el sapo de mi parálisis y satisfecha de haberme readueñado por fin de mi criminoso voluntariado en los lager.

He de decir que en 1962 tenía un único propósito: volver a vivir en una casa y llevar un tren de vida sensato, entre otras cosas para que mi hijo — aunque fuera tardíamente— pudiera madurar en un ambiente de estabilidad. Conseguir este objetivo me llevó años.

Me fui alejando paulatinamente de mi clase o, mejor dicho, hice el vacío, contestando a las visitas que no tenía tiempo de recibirlas. «Lo siento», me eximía. «Disculpadme si me permito existir», añadía sutilmente. Total, nadie lo entendía, y la frase, pérfida en mi intención, sonaba como una ocurrencia divertida. Y, *d'emblée*, los famosos comentarios de asombro admirativo «¿Te vistes sola? ¿También los zapatos? Pero ¿cómo lo haces?» se fueron espaciando.

Dosifiqué al milímetro mis fuerzas físicas y morales. Y, poco a poco, en parte porque me había dejado de maratones y en parte porque me cuidaba más, mi salud se estabilizó. La necesidad de ganar dinero era menos apremiante. Lorenzo era mayor, yo me encontraba mejor. Así, pude trabajar con más calma, ensayos, artículos, conferencias. Al cabo del tiempo Lorenzo se independizó y se fue a vivir a París, donde se dedicaba a la investigación de temas socioeconómicos mientras era corresponsal de un periódico comunista italiano.

También y sobre todo, los tiempos habían cambiado. La cultura progresista había arraigado y abierto los espíritus, las costumbres se habían emancipado un poco en todo el país. Los jóvenes ya no tenían esos prejuicios que tanta energía me había costado neutralizar.

Y ésta era para mí la última confirmación de que el bloqueo de mi memoria había estado ligado a la pugna contra la presión social que quería confinarme al papel de inválida. Tanto es así que recuperé por completo mi pasado en los lager cuando esa pugna terminó, con la victoria añadida de vivir sola, sin más ayuda que la de una colaboradora que viene unas pocas horas por la mañana a ordenar la casa, hacerme la compra y, sobre todo, los recados del trabajo tales como ir a la copistería, a correos, a hacer gestiones burocráticas (aunque siempre hay alguien que me pregunta: «¡Pero bueno! ¿Vives sola? —con voz lacrimosa—. ¿Y si te caes?»). Y no fue necesario verme rebajada ni vencida, ni llevar una vida desordenada para que aflorasen

nuevos recuerdos de mi Alemania: bastó con una simple mudanza.

A finales de 1975 me llegó una orden de desahucio de la vivienda de la sexta planta donde residía desde que había abandonado definitivamente el asilo en el que había tenido que ingresar con mi hijo después de mi derrumbe. Me preocupé un poco por todo lo que había ido acumulando y, entre otras cosas, hice una primera limpieza superficial en el armario de los papeles. Me topé con mi carné de obrera de los tiempos de los lager, que ni siquiera sabía que aún conservara en casa. Ese rostro entrado en carnes me recordó mis sentimientos ocultos de entonces y escribí «En el Ch 89». Poco después quedó libre un apartamento en el mismo edificio y me mudé a la tercera planta, sólo tres pisos más abajo. Terminé un encargo editorial que tenía pendiente, pero era evidente que la nueva partida de Verona ya no podía tardar mucho en aparecer. En efecto, en cuanto tuve la mente despejada, se impuso con tal prepotencia que me ocupó por completo. Todos los acontecimientos reprimidos, desde el encarcelamiento en Frankfurt en adelante —no sólo la repatriación y los días en Verona, sino puede que aún más esas doce semanas de asombro perpetuo ante la «normalidad» de Dachau—, surgieron ante mí nítidos, precisos, sin obstáculos. Y afronté la *desviación*.

Sin embargo, ahora que todo estaba aclarado —esto ocurrió en septiembre—, tenía una sensación desagradable. No me sentía en absoluto aliviada como había imaginado. Era casi como si no hubiera logrado nada. Todo marchaba tan bien que, no sé por qué, no me convencía. Especialmente ese final virtuoso: liberada de la dependencia física (como quien dice) y de golpe liberada de todo, de mi clase y hasta de cualquier vacío interior. ¿A quién quería engañar? Y qué vida retirada era ésa, en absoluto: en realidad son los años en los que frecuenté y conocí a más gente, no los amigos que me imponía mi ambiente, sino amigos que yo misma escogí en Roma, París y Berlín.

Oh, Dios, tantos meses de empecinamiento infame, para acabar con esa historia edificante de una minusválida que logra triunfar, el clásico cuento de hadas americano, meritocrático e individualista, la heroína íntegra que, a base de errores e incomprensiones, acaba saliéndose con la suya, ejemplo y

advertencia. Y, además, con ese epílogo moderno, como en sordina, del protagonista que sale de escena con discreción —la figura retórica de la mudanza a las plantas inferiores— sin bombo y platillo decimonónico. Y encima me sentía liberada, pero ¿de qué?

Toda una vida negando a los demás el derecho a juzgarme según el baremo de la parálisis, para luego hacerlo yo misma. Han ganado. Yo soy ellos.

Aunque te parezca extraño, lector, no me desanimé. Hace ya dieciséis años que sé que soy una serpiente social, y ahora me lleva menos tiempo darme cuenta de cuándo mudo la piel para entrar en una nueva, igual de conservadora. Dejé la piel irisada, de reflejos cambiantes, de la criatura compleja cuyos recuerdos se desbordan por centenares de páginas en regueros dispersos, y me puse la de la criatura herida, incomprendida primero, perdida después (drogadicta, megalómana) que por fin se salva.

Bien, me dije: ahora lanzaré una piel contra la otra, desmontaré el *deus ex machina* de la silla de ruedas con otros recuerdos de mi imagen problemática. Veremos si se destruyen mutuamente.

Así, hace seis semanas volví a hojear los centenares de páginas en los que, durante días y noches, en el fresco de la primavera y en el calor sofocante del verano, encerrada en mi habitación (como ahora), traté en vano pero con menos prejuicios recomponer mi vida. Gracias, exclamaba para mis adentros mientras las releía, había omitido mil episodios para concentrarme sólo en aquellos que engrandecían mi guerra contra la atadura de mi mal físico. Pero tenía otros muchos que contradecían esa hipótesis. Una vez más, tenía de sobra donde elegir. Ya desde Merano, en diciembre de 1945, al bajarme del tren de los supervivientes del frente ruso.

Yacía desde hacía un par de semanas en un hotel convertido en hospital para supervivientes heridos, en una pequeña habitación, a la espera de que alguno de mis familiares —informado de oficio de mi llegada— hiciera acto de presencia. Y en esto que veo aparecer a un joven que clava en los míos sus ojos verdes, detrás de un montón de flores y regalos.

Me lo quedé mirando, pasmada. Habría imaginado cualquier cosa salvo ver asomar por allí al último novio que tuve en Roma en 1943, antes de mudarme al norte con mis padres. Era él, eran sus grandes ojos rasgados, sus labios carnosos. El colbac que llevaba acentuaba la fisonomía oriental que en tiempos no percibí, la nariz y las facciones anchas.

—Soy Gheorg, ¿no me reconoces?

Tenía diecisiete años cuando empecé a salir con él, y estuvimos juntos varios meses, siempre discutiendo porque él era antifascista y yo justo lo contrario, pero queríamos estar juntos a todas horas y, cogidos de la cintura, paseábamos entre las ruinas del Palatino, cerca de mi casa (yo vivía en el Aventino y me inventaba mil pretextos para salir). Seguimos viéndonos así, a escondidas, incluso después de que me pidiera oficialmente la mano, como se hacía entonces.

Era un conde rumano, exiliado de su país cuando el éxodo de los aristócratas más cercanos al rey Carol, en los tiempos de la insurrección de Codreanu, a la que siguió el golpe de Estado de Antonescu. Su familia se refugió en Inglaterra, y él vino a Italia con una beca de la Academia de Rumanía (el régimen filonazi de Antonescu tenía en cierta consideración a los aristócratas exiliados). Me pidió que me casara con él y nos quedáramos en Roma en cuanto se enteró de que mi padre pensaba trasladarse al norte, donde se había reconstituido el gobierno fascista tras la liberación de Mussolini en el Gran Sasso (final del verano de 1943). Le dije que sí si se venía con nosotros.

Fueron días convulsos, nos suplicamos, nos destruimos, nos acusamos mutuamente entre lágrimas de no amarnos, intercambiando cartas que nos entregábamos en mano, hasta que llegó la hora de la separación, y él me dijo: «Te va a ir mal, lo presiento», y yo le hice un corte de mangas.

Me olvidé de él por completo, y sólo en Frankfurt-Höchst, el mes de marzo siguiente, a las pocas semanas de mi llegada al lager, después de recibir las dos primeras cartas de mi madre y de romper el volante postal que me correspondía para la quincena siguiente, aislada de mis compañeras, evitada por los internos, mientras cargaba y descargaba los bloques de ácido sulfúrico, me volvió a la memoria su rostro, que se iluminaba al verme, su

temor por mí, la intensidad con la que me había suplicado que me quedara. Le compré otro volante postal a una compañera y le escribí a Roma, rogándole que viniera, estaba perdida y necesitaba su ayuda. Al final de ese mismo mes, marzo de 1944, volví a escribirle y le dije que si venía me trajera un par de botas de montaña y no olvidara los víveres (embutido y azúcar, precisaba). Una tarde al volver de la fábrica, me pareció ver su silueta delante del lager. Esperé una carta suya un tiempo más. Por fin volví a sacarlo de mi memoria, de manera tan profunda que era la última persona que hubiera esperado ver esa tarde en Merano.

Al encontrármelo allí, nerviosa como estaba ante la idea de ver a mi padre (el sentimiento de ternura por mis padres, que se me había despertado en Homburgo cuando pensaba que me iría a vivir a la Unión Soviética, se había desvanecido), sentí un arrebato de afecto por ese joven olvidado que había acudido el primero a recibirme.

Lloramos, reímos, rememoramos el pasado y retomamos nuestra relación. Dormía en una camilla junto a mi lecho.

Un par de días después le pregunté (con un nudo en la garganta): «¿Llegaste a recibir mis cartas del lager?». Me indicó con una mirada que sí y, ruborizándose, fue a rebuscar en su maleta. Mientras tanto, hablaba deprisa, sin terminar las frases. Parecía haber esperado con aprensión esa pregunta.

Había recibido mis volantes postales y me entregaba ahora sus respuestas, un centenar de cartas que me había escrito sin llegar nunca a mandarlas, un montón de páginas reunidas en una carpeta, numeradas y ordenadas por fecha. Verlas tan bien organizadas me provocó un efecto extraño. Las miré algo distraídamente quizá y las dejé sobre la cómoda.

«Las leeré después», dije con una sonrisa. Pero vi de reojo que se le ensombrecía el semblante. Volví a cogerlas. Él puso enseguida una sonata en el gramófono que me había traído, en fa sostenido, dijo. Me sumergí en su letra caprichosa pero clara, las eses como serpientes, las aes redondas.

En esas cartas que nunca me había mandado me recordaba nuestras discusiones de los últimos días, cuando había tratado de enfrentarme a mis contradicciones, por ejemplo las acusaciones que les había hecho a mis

padres y mi decisión de seguirlos al norte. Le había dicho (yo no lo recordaba) que mi madre se había «rarificado» por exceso de virtudes, pero al menos había sido capaz de mostrar dedicación por la causa, mientras que mi padre era «árido» por muy cordial que pareciera, todo fachada: era sentimental como lo son siempre los cínicos, bastaba con leer a Dostoievski. Sentía cierta curiosidad por mis numerosos juicios de entonces, cuando no tenía idea de nada, y que Gheorg había custodiado celosamente en sus cartas (juicios fáciles por otra parte). Y estaba un poco incómoda porque los argumentos de Gheorg no me convencían tampoco ahora, argumentos tales como que ésa era una aventura abocada al fracaso, que la sed de abismo me había atraído, que había querido marcharme a Alemania por nihilismo (mientras leía, él me rondaba para ver por dónde iba y si le decía algo). Quizá fuera así, pensaba, pero también era significativo que no me hubiera unido a los cuerpos auxiliares femeninos o a otra «voluptuosidad de guerra», como él decía, sino que me había ido a los lager precisamente, que no ofrecían nada heroico, ninguna muerte hermosa, sino la perspectiva de trabajar en una fábrica, «*Hilfsarbeiterin*», ponía en mi carné, así que me había ido para ser obrera, ¿no? Por qué no reconocía que era esto lo que yo quería, aunque el golpe que me llevé hubiera sido más fuerte de lo previsto. Él mismo sabía la de ofertas que había tenido en Roma para trabajar de intérprete, dado que dominaba el francés, el italiano y el alemán. Le había explicado incluso por qué no quería ese trabajo, después de que me recibiera personalmente Alessandro Pavolini[*] a finales de septiembre de 1943, cuando se fundó el nuevo Partido Fascista Republicano. Quería salir de mi entorno acomodado, dejar de mirar el mundo desde una altura privilegiada. Por qué seguía repitiendo por carta lo que ya me había dicho mil veces de viva voz entre una caricia y otra, hasta el punto de quedarme inerte de tan ajena como me había sentido. Al proseguir la lectura me di cuenta de que no, él tenía en cuenta a la obrera que yo había sido, citaba frases de mis dos cartas en las que le decía: «Estoy aprendiendo lo que quería saber, si vienes a ser *obrero* como yo, tú también lo entenderás. *Quizá tema descubrir demasiado, sola tengo miedo*, no tengo nadie a quien acudir más que a ti, que en el pasado decías que me querías», y otra: «Hemos vivido en el limbo. Sal de ese refugio, ven». Me

contestaba que yo estaba descubriendo lo que él ya sabía, y que me lo había querido hacer ver desesperadamente en nuestros últimos encuentros, la violencia, la crueldad, la miseria, males a los que ir a exponerse voluntariamente es pura insensatez. Pero al mismo tiempo se atormentaba, imaginaba mi vida en los lager y me la describía —muy próxima a como era en realidad—, se veía que sufría por ello noche y día. Decidía partir para reunirse conmigo, pero, una vez en los despachos de la Organización Todt, en el momento de presentar la solicitud al oficial nazi, flaqueaba y se echaba atrás, y volvía a pasarse noches enteras escribiéndome desde su habitación o desde la mesa del bar donde aguardaba mis apariciones irregulares cuando éramos felices. Y dedicaba páginas y páginas a decirme que me amaba, que no podía vivir sin mí pero tampoco reunirse conmigo. En ciertos momentos decidía enviarme la carta que estaba escribiendo, pero temía la censura, era ya un exiliado mal visto por las autoridades, ¿y si lo vigilaban? ¿Y si le encontraban esas páginas? Aun sin enviármelas vivía en el terror de ser descubierto, interrumpía bruscamente una frase y luego la retomaba para disculparse, había oído pasos al otro lado de la puerta, lo había escondido todo debajo del colchón...

Yo ya me había cansado de leer, pero no me atrevía a decírselo, lo notaba ansioso a mi alrededor. Llego hasta la Liberación de Roma, pensé, así al menos cuando estén los americanos ya se le habrá pasado el miedo. Hojeé las cartas a hurtadillas para ver las fechas, pero aún faltaban bastantes páginas. ¡Iba sólo por el final de abril de 1944 y tenía que llegar hasta junio!

—Me encuentras ridículo —lo oí murmurar por fin.

Estaba sentado en la camilla a mi lado, con los codos sobre las rodillas, pellizcándose el dorso de las manos, en un gesto de desazón que le había visto hacer ya entonces, cuando estaba claro que romperíamos nuestra relación.

—No —contesté riendo—. Aunque habría sido mejor que me mandaras un paquete de alimentos. —Pero mi broma no le hace gracia, le tiemblan los labios. Tengo que ocultarle que su drama interior me deja indiferente—: Tú no tienes nada que ver —le digo—, el error fue mío al escribirte, ¡te pedía demasiado!

—¿Qué dices? —me contesta, como si le hubiera dado una bofetada.

—Mira, Gheorg, ahora es como si hubieras venido —lo consolé.

Durante mi ausencia, se había graduado en Letras, había publicado ensayos y poesía, y ahora enseñaba Literatura contemporánea en la Universidad de Roma.

—Tenemos toda la vida por delante. —Se reía a plena voz.

A primeros de enero nos fuimos juntos a Bolonia, al centro ortopédico militar del que ya he hablado, donde me consiguió una plaza, aunque tuvo que ir a pedirselo al mismo prefecto de Merano.

Para estar cerca de mí, logró que le dejaran dormir en un colchón en el suelo del pasillo, fuera de mi habitación. Durante meses iba a cogerlo al cuartito trastero de la planta, y cada mañana volvía a enrollarlo para devolverlo a su sitio. Rompimos en primavera, por razones inherentes a nuestra propia relación.

Él seguía pensando de mí exactamente lo mismo que pensaba antes de que volviéramos a encontrarnos. Horas y horas de confidencias no habían hecho mella en su opinión. Me consideraba una muchacha vivaz y altanera que tomaba decisiones sin mirar atrás; y esta propiedad, que me atribuía injustamente, lo fascinaba y lo atraía sensualmente. Sin embargo, aunque esto me hacía daño, pues sentía recomponerse en torno a mí toda una armazón afectiva que me negaba tal y como yo era, aunque me parecía que amaba a alguien muy distinta a mí, no rompimos por una discusión sobre el pasado, sino por el porvenir. Él quería que nada más casarnos nos trasladáramos a Estados Unidos, donde había conseguido una plaza por tres años en una universidad. Me describía la vida que llevaríamos, variada, acomodada, interesante, en un ambiente culto. Y yo, que acababa de regresar a Italia después de tantas dudas y cavilaciones, no quería volver a marcharme.

Esas semanas pasaron deprisa. No nos separábamos un instante. Por la tarde íbamos a un cobertizo al fondo del jardín, a tumbarnos sobre la paja.

—Alejémonos de estas pasiones vanas —decía él—, se apoderarán de ti de nuevo.

Me empeñaba en reconstruirle en detalle el recorrido de mis pensamientos para explicarle mi conducta y extraer de ella una indicación que también valiera para mí, hasta que él se derrumbó:

—Aquí no podrás hacer nada. ¿Te da miedo la felicidad? Tu cerebro sigue en un lager. Abre los ojos, Lucina, la guerra ha terminado, el mundo es nuestro.

Cuanto más insistía él en hablar así, más me aferraba yo a Martine, Grùscenka, Alain, Lulù, la flamenca, Louis y Jeanine.

—Te distancias mentalmente, lo noto —me decía él, atrayéndome hacia sí, mientras yo decía para mis adentros: «Desmentidlo», dirigiéndome a los hombres sentados a la mesa de la asociación de partisanos, en el comité de la Resistencia: «Volved a ponerme a prueba como en el Ch 89, acogedme, por favor»—. No entiendes que estas cosas te entristecen, te consumen, ¿y encima quieres que yo me quede mirando? —seguía diciendo él, como para espabilarme.

—Si tú participaras, sería distinto —le murmuré.

—Mi padre decía que el fanatismo es una pasión plebeya. Y tú te has contagiado de ella —dijo.

Pero temiendo que me hubiera ofendido, volvía a manifestarme su amor.

—Está bien, nos quedaremos en Italia —declaró por fin un día que estábamos sentados en el jardín del hospital, justo cuando la noche anterior me había convencido de que nuestra relación era un error.

—Gheorg, ¿por qué nos atormentamos inútilmente? En el fondo, tú también has sabido siempre que nunca viviremos juntos —le dije de repente, agotada, sin poder contener las lágrimas.

Lo vi ruborizarse, con los labios trémulos y los ojos brillantes. Se dio cuenta de que el respaldo de la silla de ruedas estaba demasiado vertical.

—Te lo reclino un poco.

No se rindió.

—Me retiré una vez, pero no dos.

Estábamos cenando como era nuestra costumbre, incómodos en el pasillo, él con el plato de sopa sobre el regazo, y yo de lado en la cama, con la escudilla sobre las sábanas. Me demostraba que estaba equivocada, que me

gobernaba un instinto de autodestrucción.

—Y eres tú quien habla de sentido de la realidad —decía, hundiendo sus ojos verdes en los míos—. Como quieras, nos destruiremos juntos —concluía, como si lo llevara al paredón (pensaba yo).

Ahora era yo quien no quería razonar, sino sólo acariciarlo, abrazarlo, notaba sus hombros estrechos, el tórax de adolescente, las piernas musculosas, robustas, y era él quien se apartaba. Se retorció los labios carnosos, se restregaba las yemas de los dedos.

Por las noches, después de haber estado en el cobertizo, Gheorg entraba descalzo en el pasillo y nos quedábamos hablando en voz baja, o se dormía sentado, con la cabeza apoyada sobre un brazo en mi cama, mientras me rodeaba con el otro. También los fines de semana, cuando estaba mi madre, ya no iba al centro, a la biblioteca ni a ningún otro sitio como antes, sino que se quedaba a mi lado, como pegado a mí, encontrando siempre la manera de acariciarme mientras leía o estudiaba, me cogía la mano, apoyaba el codo en mi reposabrazos junto al mío, acercaba su pierna a la mía en el reposapiés de la silla de ruedas, se sentaba en la cama junto a mi vientre. La tristeza de dejarnos nos mantenía unidos.

Había pasado la fecha de la boda, fijada para marzo, con las amonestaciones ya publicadas. Por las noches en el cobertizo sentía frío. La paja se hacía dura y pinchuda si estábamos tumbados allí mucho tiempo. Aunque sólo contara veinticinco años, Gheorg tenía la mente demasiado programada para ser capaz de cambiar. Me aparté despacio de él y encendí la linterna, barriendo con ella el cobertizo. Las herramientas, horcas, palas y demás, apoyadas en un rincón, proyectaban sombras irregulares, dentadas, ganchudas, que se acortaban, se alargaban o se doblaban según los movimientos de mi linterna. Qué estupidez. Nos separamos en abril.

Quizá no he sentido con nadie como con Gheorg (con mi padre me lo esperaba) lo superfluo de mi experiencia en los lager. Sin embargo, sólo Dios sabe cuánto vacilé antes de asumir la idea de alejarme de él. Pero la Lucía a la que él quería me asfixiaba, desmaterializaba delicadamente todo lo que yo había ido a buscar a Alemania.

Quizá el descubrimiento de la imposibilidad de esta relación abriera la

primera grieta en mi memoria. Me había costado tan caro (perder a Gheorg) no renegar de mi Alemania que empecé a temerla. Poco después conocí a Domenico.

Por lo demás no había nada que aclarar, cada cual tenía una opinión bien asentada sobre lo que yo había vivido, antes incluso de que empezara a hablar de ello. Todos me veían con los mismos ojos que Gheorg, me apreciaban aquellos a los que yo rehuía y desconfiaban de mí aquellos a los que yo perseguía.

XII

En abril de 1945, mi padre logró eludir su detención en los momentos más duros de la rendición de cuentas, en los días de la Liberación, gracias a que se escondió en casa de una amante que había hecho méritos oponiéndose a los nazis. Por ello sólo lo detuvieron más tarde: se entregó él mismo a las autoridades. En juicio sumarísimo se decretó que, en su cargo de subsecretario del Ministerio de Propaganda, sector aeronáutico, mi padre nunca había llevado a cabo actos de guerra, sino sólo tareas de oficina. Los documentos que existían sobre él habían causado buena impresión a la fiscalía. Se trataba de declaraciones públicas en las que mi padre deploraba la guerra civil, reclamos en los que reivindicaba la autonomía de las fuerzas de la República de Salò del control de los nazis y testimonios de partisanos a los que había ayudado a ocultarse y a escapar.

Un mes después de mi regreso a Italia fue absuelto de forma plena y se pasó a los negocios privados. Poco a poco volvió a dirigir colecciones de publicaciones, primero sobre espectáculos y vida nocturna, y unos años después de nuevo sobre propaganda aeronáutica.

También le fue bien a su hermano, el ingeniero que, en su calidad de alto jerarca, había dirigido las obras de las marismas pontinas: entró en la Confindustria, donde no tardó en ocupar un puesto directivo.

No es que en 1946 yo quisiera ver en la picota a estas dos personas: mi padre había deplorado realmente la guerra civil y prestado auxilio a partisanos, y mi tío era un ingeniero de grandes capacidades cuyas competencias habría sido una tontería desperdiciar. Pero lo que me ponía un nudo en la garganta eran las *circunstancias sociales* que hacen que algunos pasen a través de la historia de su tiempo y otros tengan que cargar con las consecuencias.

Miraba a mi alrededor en el hospital militar en el que estaba ingresada, un enorme edificio, quizá un antiguo convento, que se erguía en la cima de un

collado desde el que dominaba la ciudad de Bolonia. Estaba lleno de hombres, supervivientes de todos los frentes, ingresados también en los pasillos y en los rellanos de las escaleras, menos la gran sala cuadrada de la última planta, que sólo albergaba a una docena de mujeres, entre las que me encontraba yo. Entre los centenares de militares ingresados había una treintena de partisanos que ocupaban un dormitorio en la planta baja, detrás del gimnasio. Un número similar de soldados de la República de Salò llenaban un pasillo de la última planta, frente a nuestra puerta, a través de la cual llegaban a veces hasta nosotras los himnos que cantaban a voz en grito:

*Las mujeres ya no nos quieren
porque vestimos camisa negra,
han dicho que somos carne de galera,
han dicho que somos carne de presidio. [*]*

Me impresionaban sobre todo dos jóvenes, uno de unos dieciséis años que iba con muletas, con una pierna amputada a la altura del muslo, y otro de unos veinte en silla de ruedas; al salir del gimnasio, los dos se paraban en el pasillo casi delante de la puerta abierta del dormitorio de los partisanos para entonar indefectiblemente:

*No conviene amar a un fascista,
mejor un cobarde sin bandera,
uno que salvará la piel entera,
uno que no tiene sangre en las venas. [*]*

Los militantes de la Resistencia les cerraban la puerta en las narices.

—¡Salid aquí si os atrevéis! —decía el de dieciséis años dando saltitos sobre su única pierna y apuntando con la muleta hacia la puerta cerrada, que se abría de golpe.

—Yo no me enfrento a lo que queda de un hombre —se elevaba una voz grave.

—Miedica —gritaba el otro desde su silla de ruedas, macilento, con una

voz chillona y temblorosa.

Entonces, con el sonido alternado de un repiqueteo de muletas y de una pierna sola, salía otro muchacho de tez rosada y ojos vivos entre largas pestañas, él también amputado, y se abalanzaba sobre el de dieciséis años. Dejaban caer las muletas y se enzarzaban en una pelea cuerpo a cuerpo, hasta que dos celadores acudían a separarlos.

Los oficiales, en cambio, no llegaban a las manos. No estaban separados: tanto los del ejército de Liberación como los de la República de Salò se encontraban en la primera planta, reservada para ellos, cerca de los quirófanos y de los despachos de la administración. Estaban reagrupados no por color político, sino por grado. Los tenientes por un lado y los capitanes por otro ocupaban dormitorios de pocas camas, mientras que los oficiales superiores disponían de habitaciones individuales. A veces alzaban la voz en el comedor separado que ocupaban, pero por lo general se evitaban cortésmente.

Tenía la misma sensación que en Alemania, la de que había mucho empeño en dejar intactas las jerarquías sociales después de la Liberación. Se pregonaban cruzadas ideológicas para ocultar mejor todo lo que no había cambiado.

Entendía que no basta una guerra para socavar prejuicios, pero no entendía que no baste para socavar una estructura social si ésta no contiene ya en sí misma los factores de su propia desintegración.

¿Era esto lo que no me atrevía a decir, refugiándome detrás del biombo de la parálisis? ¿Me pesaba reconocer lo ingenua que había sido en 1946?

Frecuentaba a los partisanos —solían subir a nuestra habitación—, y ya empezaba a encontrarlos tan ilusos como yo misma lo había sido en Dachau.

Recuerdo a un joven apuesto, oriundo del monte Grappa. Hablaba de las noches en las que, junto con unos pocos compañeros más, tendía emboscadas a las patrullas de brigadistas, los que iban de negro con una calavera blanca en la boina negra. A veces, mientras hablaba, metía la cabeza entre los hombros, llevaba el dedo al gatillo, el ojo a la mira de un fusil inexistente apoyado en el hombro, y su hermoso rostro encendido palidecía. Volvía sobre nosotras una mirada perdida.

Recuerdo sobre todo a un muchacho de Imola, de dieciocho años él también, que había combatido en la llanura padana. A él, alto, moreno, de porte erguido, se le habían quedado grabadas sus noches de centinela en el depósito de municiones.

Un día que Luciano, el centinela, estaba de pie junto a mi cama con otro partisano milanés barbudo, hablamos de esas noches que había pasado montando guardia.

Sus compañeros se iban a hacer alguna acción, a la caza de los soldados o de los nazis que se aventurasen por la zona, y solían dejarlo a él porque no sabía desplazarse ágilmente en la oscuridad (decían), por lo que nunca tenía ocasión de aprender. El hecho es que lo paralizaba su terror a los perros de los nazis, y las primeras veces que sus amigos se lo llevaron con ellos se había quedado rezagado, como si hubiera echado raíces en la oscuridad, sin poder contestar a sus reclamos (trinos de pájaros, croar de ranas), y quien fuera a moverlo de ahí tenía que zarandearlo un rato hasta que recuperaba el habla. Pero después de centinela había sido aún peor (le corre un escalofrío por la espalda mientras lo cuenta). Estaba ahí de pie en las tinieblas, pasando frío, con la vista fija en los arbustos y, cuando se giraba sobre sí mismo, oía un murmullo sospechoso a su espalda y le parecía ser el único blanco expuesto en toda la llanura. Sí, el otro estaba apuntándolo justo a él, entendía que había niebla, que él era una forma borrosa como las sombras de los matorrales, que las valiosas cajas de balas y granadas envueltas en tela encerada estaban bajo tierra. Le darían el alto antes de dispararle (puede incluso que fuera uno de los suyos), y a él le daría tiempo a arrojar el fusil a la charca...

—Vaya —interviene entonces el partisano milanés, bajo, de rostro mofletudo bajo la barba rizada—, ¡qué cosas pensabas! —Y, volviéndose de pronto—: Esto es lo que tenías que hacer. —Medio encorvado con un arma imaginaria entre las manos, dispara una ráfaga en las tinieblas del amigo.

Mientras tanto, se habían acercado algunos de los soldados que habían ido a visitar a las otras pacientes.

—Bah —dijo un superviviente del frente ruso—, ya quisieras tú tener esa rapidez de reflejos. Cuando llevas unas horas montando guardia al

descubierto te conviertes en un objeto.

—La guerrilla no tiene nada que ver con el frente —le contestó el milanés con un vozarrón—, allí no sabes por qué combates, ahí sí que tienes un fin.

—El pellejo es el pellejo —contesta el otro, encogiéndose de hombros—, con o sin fin, te cagas de miedo cuando te toca montar guardia de noche como un imbécil.

—Uno que dispara a los rusos no puede ser más que un imbécil.

—Mira el fanfarrón este, que me quiere dar lecciones a mí...

—¿A quién llamas fanfarrón?

Se encararon. Intervinieron también los demás.

—Mira a estos héroes de pacotilla —dijo uno de los soldados.

—Y vosotros sois unos borregos.

—Gallinas.

—Uno-dos, uno-dos.

—Quita de ahí, desgraciado, mocososo, queapestas a leche.

—Cabrones.

Se unieron otros soldados, las mujeres que podían levantarse se interponían, un tuerto de cabello gris seguía diciendo, con su único ojo triste:

—Parad ya, qué vergüenza.

—¿Vergüenza para quién? Yo he perdido el brazo en Libia.

—Para todos, para todos nosotros —decía, extendiendo las manos para apaciguar los ánimos.

—Eso díselo a tus queridos compañeros que siguen jugando a la guerra, no a nosotros, que estamos hasta aquí de vuestras payasadas —declaró, llevándose los dedos a la frente.

—Fascista.

—¿A quién llamas fascista? —dijo, agarrando al partisano milanés de la solapa del pijama.

—A quien dice que la Resistencia es una payasada. Os hemos liberado del fascismo.

—Detrás de los carros de combate de los americanos.

Llegaron a las manos.

—Mucho jactaros, total por cuatro petardos que habéis tirado en... —

gritaba el manco de Libia.

—Yo me he dejado la mitad de las tripas —decía el superviviente de Rusia, negando con la cabeza—, y todavía quieren darme lecciones.

—¡Hombre, es que tú le has llamado mentiroso! —intervine, tratando de calmarlo, atrayéndolo hacia mi cama.

Se acercó a mí, con las manos unidas.

—Es que éstos me quieren convencer de que he sido un idiota. ¡Qué gilipollas has sido de chuparte tres años en primera línea y dos prisionero! ¿Lo entiendes?

—¿Y qué has ganado con eso? —El partisano milanés le agitaba los dedos delante de la cara—. A ver, dímelo.

—Me he dejado la juventud, ¿y encima soy un idiota? Vete a tomar por... —añadió con un gesto de rabia.

Acudieron dos enfermeros, corriendo.

—¿Os habéis vuelto locos para gritar así? ¿Queréis que la dirección prohíba las visitas? Y ahora largo todos de aquí, vamos.

Los hombres se dispersaron mascullando, remangándose, ajustándose el cinturón, «Pobre Italia», «Ya os enseñaremos», «Lo que hay que aguantar».

—También es que tú no deberías humillarlos... —le dije al día siguiente a Vittorio, el partisano milanés.

—¿Yo? ¿Humillarlos? —dijo, con la boca abierta del asombro.

—Sé que no es tu intención, pero precisamente por eso los humillas más. —Me identificaba con esos soldados—. ¿Entiendes?, son cosas delicadas, se trata de la vida de un hombre, no puedes tirársela a la basura y ya está. —No encontraba las palabras adecuadas.

—¿Y quién se la ha tirado a la basura, yo? ¡Al contrario! Es a ti a quien le gusta verlos comportarse como esclavos.

—¿Y cómo se van a comportar, como señores?

Así razonaba yo, era eso lo que no quería reconocer.

Y esos hombres con los que me había identificado eran los mismos que desfilaban ante mi cama, escandalizados en el fondo de que fuera a casarme en mi estado. Un mariscal de infantería me dijo:

—¡Y yo que me lamentaba de que mi mujer y mi hija se quedaron

sepultadas bajo un bombardeo! ¿Y si hubieran acabado así? —decía, señalándome las piernas—. Tienen razón los que dicen que morir nunca es lo peor.

(El único recuerdo amable en esas filas de visitantes es el rostro del centinela de la llanura, que se paró un momento junto a mi cama para decirme: «Estás triste, ¿eh?».)

Vittorio se marchó. Las últimas conversaciones fueron muy vehementes.

—No quieres entenderme —le decía yo—. No se trata de reconvenir a los trabajadores. ¿No ves a esos muchachos aquí en el hospital cómo se pelean? ¿No te enseñan nada esas escenas? A mí sí, porque yo también me comporté así en los lager, llegué a las manos con otros muertos de hambre, ¿entiendes?, tenía el odio en el cuerpo. —Hice con las manos el gesto del ángulo de refracción—: El odio contra los nazis se volvía contra nosotros, y nos agredíamos entre internos. He aprendido la lección, ¿sabes?, esa lección al menos la he aprendido. —Le conté la huelga que habíamos organizado los compañeros en la IG Farben—: Tampoco entonces nos enfrentamos entre nosotros —le digo—. Con todo lo que nos costó implicar a los internos, ¡imagínate si nos hubiéramos picado entre trabajadores extranjeros! Nos traían sin cuidado las ideas que cada cual tuviera antes. Ya fuéramos voluntarios o deportados, para nosotros era lo mismo.

—Eso es, unidos contra los nazis —comentó Vittorio, más amigable.

—¡Pero porque mandaban ellos!

Pero nunca conseguía llegar hasta el final de lo que quería decirle, porque enseguida Vittorio volvía a enumerar las atrocidades:

—¿Y cómo mandaban? A base de matanzas, de la más aviesa represión, de la supresión de todas las libertades democráticas.

—¡No puedo estar más de acuerdo! —le contestaba yo—. Pero malgastas energías, Vittorio querido: los nazis ya no mandan.

Al día siguiente por la mañana me abordó en el gimnasio y, acariciándose la barba rizada que le enmarcaba el rostro mofletudo y jovial a su pesar, me dijo:

—De modo que como para ti los nazifascistas han sido derrotados, ya está, adiós muy buenas. —Hizo el gesto de lavarse las manos y, paseando la

mirada por mi rostro, añadió, casi sin mover los labios—: Nada, ¿tú los absolverías a todos?

—¿Y tú quieres que estén abajo, al fondo de la escala social?

La siguiente vez que nos encontramos:

—Incluso al fondo —dijo—, ¿no te parece que hay una pequeña diferencia entre enemigos y compañeros? —Mostrándome el borde de la uña, me atravesaba con sus ojos negros.

—¡Importa tan poco! —me encogí de hombros. Pensaba en Schwarzwald y en Lulù de Dachau.

—¿Y entonces los dejas donde están? ¡Bravo! —El vozarrón pasó al falsete por la rabia.

—Los enemigos los busco en otra parte —dije, temblando yo también.

—¿En serio? ¿Y cómo, si para empezar no reconoces ni a los compañeros?

—¿Sobre el papel? ¿Con el carné? ¿Entre el rebaño otra vez? —le contesté.

—Francamente, no te entiendo. ¿Para ti el fin no importa nada? ¿No será un poco distinto el nuestro del de tus nazifascistas? —dijo, retorciéndose la barba rizada.

—Precisamente porque el fin es opuesto, no necesitamos borregos. Al adversario se lo reconoce en la acción, en los hechos. De qué me sirve a mí un gregario. Deja que te lo demuestre: en la IG Farben, durante cuatro meses estuve convencida de que el *Meister*, es decir, el capataz del Ch 89, era un nazi, así lo consideraba yo, y en la huelga de los extranjeros se vio *de hecho* que no, que estaba con nosotros. Y eso que llevaba el distintivo nazi en la solapa. En cambio, a un *Vorarbeiter* sin distintivo lo tomé por un compañero porque siempre me mostraba el puño cerrado, a escondidas de los demás, me guiñaba el ojo y no me machacaba en el trabajo. Y yo venga a hacerle sonrisas de complicidad. Un día se me restriega y me dice al oído: «¿Esta noche?», enseñándome de nuevo el puño cerrado y, entonces, veo que lo tiene así. —Le puse delante de los ojos el puño cerrado con el pulgar entre el índice y el corazón—. Me escamo un poco, le digo con un gesto que sí y le pido permiso para ir al retrete. Consulto a Grùscenka, una compañera

soviética encargada de las letrinas, y ya te puedes imaginar las risas, la anécdota dio la vuelta al lager: tomé por un saludo comunista una propuesta de revolcón, y por un compañero al putero más rastrero de toda la fábrica, que, sin estar inscrito en el partido, más aún, dándose las de antinazi con nosotros, se aprovechaba del hambre de las deportadas.

—¿Y con esto que me has demostrado? ¿Te crees que no lo sabemos? ¿O te crees que has inventado la pólvora para poder hacerte la difícil? —Y como si hablara consigo mismo—: No entiendo adónde quieres llegar. —Prosiguió —: Me parece un truco tuyo para escaquearte. ¿Sabes?, cuando uno insiste en hacer distinciones que todo el mundo sabe ya, con las que todo el mundo cuenta de sobra —me miró, negando con la cabeza—, cuando uno empieza a sutilizar...

—¿Su-ti-li-zar? —silabeé yo—. Pero ¿es que no tienes ojos? ¿De qué sirve meterles odios y amores en la cabeza a los explotados si luego no ven quién los somete?

Pensaba en mis compañeras de habitación, obreras y campesinas de la Emilia-Romaña, víctimas de bombardeos o de ametrallamientos, que contaban siempre lo que les habían hecho pasar los nazifascistas. Pero cuando llegaba mi padre con sus modales de liberal, que a veces acompañaba a mi madre en uno de los viajes desde Milán que hacía todos los fines de semana para venir a visitarme, estas mismas compañeras se alegraban al verlo.

—¡Qué padre más apuesto! —me decían.

Él entraba sonriente, con el porte elegante propio de los que han sido pilotos, repartía propinas a las enfermeras, traía dulces y caramelos a las pacientes, a quienes besaba la mano (como también lo había hecho Gheorg), y les sacaba fotografías. Alto, calvo, de perfil romano y ojos oscuros centelleantes, era un hombre que brillaba en sociedad, sutil y atento cuando estaba entre mujeres, mientras que iba al grano cuando hablaba de cosas serias. Le cambiaba hasta la voz: confidencial y engolada en los encuentros mundanos o entre íntimos, se le ponía seca, impaciente, casi nasal, si se enfrentaba a cuestiones que lo molestaban, a menos que no prefiriera despacharlas con un tono ligero algo distraído.

Ese verano de 1946 se mostraba especialmente efervescente porque había encontrado los fondos necesarios para alquilar un edificio decimonónico en una calle del centro de Milán, en cuyos salones de la planta baja exponía los acuarios que diseñaba por encargo. Me enseñaba las fotos a todo color de estos mundos subacuáticos que creaba para los chalés de los industriales, para los cines de estreno, para los locales nocturnos de los clubes rotarios. E iba de cama en cama, cordial y afable, a enseñárselas también a mis vecinas, inclinándose sobre ellas, que, vestidas con el camisón de tela que proporcionaba el hospital, contemplaban las imágenes sin decir nada, halagadas de escuchar a un «señor de verdad» como mi padre. Él llamaba cortés su atención sobre cómo ondeaban las plantas en esos acuarios entre estalactitas y recovecos que parecían haberse formado en ciudades sepultas en el fondo («Atlántidas en miniatura», decía sonriendo), por las que se deslizaban preciosos pececitos exóticos rojo coral o plateados (tengo que reconocer que, entre otras cosas, tenía un auténtico talento para la publicidad). En esa crujía en la que comíamos en escudillas de barro con los cubiertos de aluminio de los lager, él hacía hincapié en el altísimo precio de las finísimas porcelanas que empleaba en sus metrópolis subacuáticas. Y ese precio inaccesible suscitaba reverencia entre las pacientes, que se veían como crecidas.

Al final volvía junto a mí.

—Qué simpáticas tus compañeras, un encanto, qué bien estás aquí. Por eso, esta vez nada de tonterías, ¿eh? —me decía con una mirada al soslayo entre severa y divertida, como dando a entender: no quiero volver a mencionar el tema, ya lo has pagado de sobra...

Pero ¿por qué vuelvo a empezar desde el principio?, me digo abatida. Tienes razón, tienes razón, repito al compartimento literario de mi cerebro, ya no más. Sólo una cosa (alzo mentalmente el índice hacia mi censor como para pedirle permiso) y se acabó, salto, avanzo a saltos, te lo prometo. Sólo esto, sé justo, es demasiado importante.

Un domingo de ese verano de 1946, en Bolonia, le pregunté a mi padre

sobre las investigaciones que había mandado hacer cuando se enteró de que me habían repatriado.

—¿Qué investigaciones? ¿A santo de qué? —contestó distraído.

—¿No te telegrafiaron desde Verona para decirte que había llegado, el 2 de agosto de 1944? —pregunté vacilante.

—Sí, no recuerdo la fecha, pero me parece que sí. Es verdad, así fue, nosotros te esperábamos todos los días. Pero ¿no nos escribiste tú que te habían detenido los nazis en Verona en una redada en la calle?

—Sí, papá, pero eso os lo escribí seis meses después.

Fue la última vez que escribí a mi familia, en diciembre de 1944. Como ya he dicho, después de Thomasbräu conseguí que me contrataran en la Siemens bajo mi verdadero nombre, y desde ahí pude dar noticias mías a mis padres (lo hice sobre todo por mi madre, pues, pese a su distancia mental, suponía que estaría preocupada por mí).

—Mira, Lucia, lo siento, sabes que tengo mala memoria para las fechas. No sé cuánto tiempo había pasado, pero una repatriación no era cosa fácil, bonita mía, los alemanes eran puntillosos, tú habías salido del hospital, si no me equivoco. Se sabía que estas cosas llevaban su tiempo. Pero, bueno, para qué remover el pasado, pequeña, ahora estás aquí, ocúpate sólo de disfrutar de la vida. En cuanto te recuperes, vendremos a buscarte y te llevaremos a dar bonitos paseos en coche, nada de silla de ruedas, ¿eh? ¿Eso te gusta más? Ya lo verás, no tendrás tiempo de estar triste. De eso me encargo yo. Mira — dijo, sacando nuevas fotos en color de su cartera— este pececito de la cresta, plano como una hoja, las aletas parecen de oro, ¿a que sí?

Y yo me reconocía en ese animalillo encerrado, que el objetivo había congelado con la boca de ventosa contra el cristal.

Creo que fue a partir de entonces cuando empecé a reprimir mi nueva partida de Verona. Había sido un peligro imaginario el que mi padre me estuviera buscando. Habría podido irme tranquilamente a trabajar a una fábrica a Turín o a cualquier otro sitio. Qué error de cálculo.

Quizá fuera éste el obstáculo más íntimo —duró treinta años— que me impidió recordar mi contramarcha de Verona, una reticencia a hablar de mi familia. Más precisamente, temía cuestionar mi relación con mis padres.

¿Qué tenía que ver mi parálisis con todas estas viejas autocensuras? Quién sabe si ésa no fue ya desde 1946 la justificación que yo me daba inconscientemente para no romper por segunda vez con mi padre.

XIII

Por culpa de las deudas, en los primeros meses de 1960 ya no pude afrontar el pago del alquiler. Hacia el mes de junio le pregunté a mi padre si podía alojarme en su casa unos meses con Lorenzo hasta que me recuperara.

Después de mi divorcio de Domenico, también mi madre se separó en buenos términos de mi padre. Unos años antes había retomado los estudios, cuando se convenció de que su marido estaba dilapidando los bienes familiares. Con el diploma de francés que había obtenido de jovencita en un colegio de Grenoble, se matriculó en la universidad siendo una señora de mediana edad, aprendió latín desde cero y se graduó en Lenguas con la nota máxima. Después se sacó las oposiciones y empezó a ejercer la docencia. Trabajaba de profesora en un instituto de Milán, donde vivía ahora. Mi padre nunca le había perdonado esta «soberbia de sufragista», decía: «¡La abuela estudiante!» y, desde entonces, su relación se deterioró.

Mi padre vivía de alquiler en un ático en el barrio romano de la Balduina, donde nos acogió a mi hijo y a mí, justo en el periodo en el que yo empezaba a buscar sistemáticamente establecer contacto con los inmigrantes del sur y con los obreros. Estudiaba la situación de los barrios periféricos de Pietralata y de los barracones de la zona de Gordiani, y había trabado amistad con algunos obreros de la fábrica de gas de San Paolo. Cuando en septiembre los obreros del gas fueron a la huelga, me asocié desde fuera para apoyar sus reivindicaciones (escribí sobre ello incluso).

Un día invité a un grupo de huelguistas a casa de mi padre. Cuando él volvió esa tarde del despacho, los saludó amablemente y se retiró a su habitación. Esa noche no cenó con nosotros y, a la mañana siguiente, me aconsejó que me buscara otro alojamiento.

—¿Y eso por qué? —le pregunté.

—No puedes recibir hombres desconocidos en casa, esto no es una...

—¡Ah, la moral! —lo interrumpí.

—Pues sí —intervino su amiga de entonces, presente en la conversación —, cuando uno entra en esta casa, nunca sabe a quién se va a encontrar. Y si esto sigue así...

—Capto el mensaje.

Busqué en la guía telefónica algún refugio para mí, encontré esta Villa della Pace para inválidos de guerra, llamé, sí que había plazas, y ese mismo día, a primera hora de la tarde, cargué en el Studebaker las pocas pertenencias que necesitaba y me marché.

—¿Y yo? —me preguntó mi hijo.

Hizo la maleta para volver con su padre.

—Dentro de un par de meses volveremos a alquilar una casa, ya lo verás, conseguiré un préstamo.

Pero me equivocaba.

Entonces ya no me llevaba mal con mi madre, aunque nuestra comunicación seguía siendo escasa porque nuestros esquemas de vida eran incompatibles. «Que cada cual cumpla con su deber y viva como es debido —decía—, lo demás son meros pretextos.»

Sonríó al recordar la impotencia que sentía cuando tomábamos el té en el salón, que para ella era un rito. A veces perdía los estribos.

—¿También te has vuelto malhablada? —me recriminaba con su voz de soprano—. ¿Piensas cambiar el mundo chillando y con ese lenguaje? —Entornaba los párpados y añadía con actitud sumisa—: Créeme, Lucia, la mala educación nunca ha ayudado a nadie, la vulgaridad nunca ha mitigado una injusticia.

—Desde luego —contestaba yo, apretando los dientes para no levantar la voz—, al contrario, la crea. Pero no ésa a la que tú te refieres, sino la que está aquí, aquí dentro. —Me golpeaba el pecho—. Aquí está la verdadera vulgaridad, profunda, íntima, al ponerse por encima, al no querer ver.

—¿Qué quieres de mí? —saltaba entonces mi madre, con voz cristalina y eléctrica—. ¿Que me convierta en una persona indecorosa, impura y

corrompida como hay tantas en el mundo? ¿Qué quieres de mí? Yo estoy hecha para las cosas hermosas. La fealdad no me interesa. —Después volvía a domeñarse y proseguía con su tono melodioso—: Hazme caso, hija mía, cada cual ha de estar en el lugar que le corresponde —declaraba, abatida por que yo no entendiera un concepto tan simple, tan evidente.

—¿Qué lugar? —gritaba yo—. ¿Quién lo ha asignado? ¿Me lo sabes decir? ¿Quiéeen?

Mi madre levantaba los negros ojos al cielo y, casi incrédula de mi ceguera, sacudía su hermoso rostro sin una sola arruga a los cincuenta años.

—Qué confusión en esa cabecita tuya, Lucia —decía con una sonrisa invitante, rozándome la frente con una caricia ligera—. ¿Cómo es posible? —Y, como despabilándose, miraba la hora y decía—: Se me hace tarde. —Y se envolvía en su capa de astracán, se ponía los guantes, se arreglaba un momento la trenza rubia bajo el tocado claro de piel, me dedicaba un elegante gesto de agradecimiento por el té que le había ofrecido, un beso en la frente, y se alejaba sobre sus finos tacones.

Separarse le había sentado bien, a mi juicio, se entiende. Pese a que ahora sólo disponía de su mísero sueldo de profesora y hacía gala de gran parsimonia, a mi regreso de Alemania con Lorenzo en 1962 (después del asilo), me ayudó a encontrar casa y a comprar muebles y ropa de hogar con sus ahorros de hormiguita. Aunque seguía firme en su desaprobación de mi estilo de vida: «Los hombres pueden ser a veces tan malvados —me repetía, con los ojos negros absortos—. No hay que dejarse enredar, créeme, no les hagas caso, míralos y déjalos pasar», decía con voz virginal, sentada muy erguida, sus hermosas piernas cruzadas una sobre otra.

Me entra la risa cuando pienso en lo inexplicable que debía de ser para ella haber tenido una hija como yo.

—Precisamente yo —se asombraba para sus adentros—, que nunca he dejado de comportarme como es debido, ni en los pensamientos ni en los actos.

Y mientras que a mi padre no me atreví en años a decirle lo que pensaba y lo que sentía, con ella me impacientaba como si fuera fácil salir del propio hábito de vida, del propio imaginario, toda una torre que...

Me parecía haber repasado todos los argumentos que había puesto en el altar de mi mal físico. Era a final de septiembre, si supiera el lector qué impresión me daba ver el buen tiempo que hacía al otro lado de la ventana entornada, y yo reclusa en la habitación, sentada a mi mesa, tejiendo y retejiendo siempre los mismos recuerdos.

¿Y la droga? También a ese respecto me había escondido detrás de la parálisis al convertirme en una adicta. Y qué esfuerzo dejar el vicio, menos violento que el de aquella Pascua en Maguncia, pero cien veces mayor: el hábito había sido prolongado. En 1955 empecé a sustituir las drogas más fuertes por otras más ligeras, la morfina por la codeína, el opio por la aspirina y el paracetamol, con el fin de pasar de los viales a los supositorios y los comprimidos. Tomaba pastillas de Diradon y Noan, siempre estudiando las proporciones de cloro-metil-fenil-benzodiazepina, de diazepam a uno o dos H one, etc., de todos estos productos. Sobre todo dejé de recurrir al Valium Roche, que había sido el ingrediente permanente de mis viales, inesperadamente presa del pánico al pensar en la particular docilidad difusa de esa droga, que lleva inadvertidamente a la pérdida de control de los centros nerviosos, a la pérdida de la voluntad. ¿Cómo se me había podido olvidar que era el componente de base del suero de la verdad que usaban los nazis en Dachau?

En esa circunstancia me asaltó un primer recuerdo preciso de ese K-Lager. Ya no podía andarme con la excusa de que se trataba de drogas ligeras y, cada vez que tenía la tentación de recurrir a ellas, pensaba en Dachau.

Quizá lo más difícil entonces fuera reducir los viales, sabiendo lo que me había costado procurármelos, y arrojar el resto en el lavabo, dejando correr el agua.

Tan difícil que, en adelante, para no volver a pasar por ese calvario, cuando he tenido que sufrir intervenciones quirúrgicas he preferido —al menos durante un tiempo— que me abrieran despierta antes que recaer, con los narcóticos, en la necesidad de la droga. Me parecía estar bajo tortura. Si

gritas, traicionas a los compañeros. No decía una palabra, y la felicidad de no haberlos traicionado me compensaba de sobra el tormento sufrido. Desde hace varios años ya no tengo estas tentaciones (toco madera) y puedo ahorrarme el desconfiar de mí a tan alto precio (aunque me torturen, no hablaré).

Oh, Dios, qué paréntesis: (aunque me torturen, no hablaré). Podría eliminarlo y hacer como si nada, pero lo he pensado. ¿Será posible que esta nobleza interior me persiga de manera tan implacable? Pero ¿quién me tortura, quién quiere torturarme?

Y, en general, yo me drogo, yo soy injusta, yo me equivoco, pero la culpa nunca es mía. Qué he hecho hasta ahora sino dar a entender que el concurso de circunstancias era tal que... Primero achaqué mi represión a la lucha contra el mal físico; después, cuando esta coartada ya no me valía, fue la lucha desigual con mi contexto social. Y siempre esta inocencia, esta inextirpable nobleza de intenciones y esta autenticidad de sentimientos que me es tan propia. Colérica, simuladora, lianta y dañina pero tan humana, demasiado humana quizá. Un gusano en apariencia, pero en el fondo con una fineza, una sensibilidad y una bondad tales. Ya lo tengo: un gusano irreductiblemente excelso.

A qué no me he agarrado, en esta historia de mis distorsiones, para que prevaleciera esta imagen genuina de mi naturaleza más profunda, siempre aspirando contra viento y marea, aun en el error más ciego, al bien final para todos. Además ¡estaba hasta el gorro de la compunción burguesa! Sólo sustituí el tono de altivez propio de mi clase, que aborrecía, con un tono de humildad, el tono de quien ve *también* sus propias carencias: una piel de serpiente más dúctil, más actualizada.

Sería por el cansancio mental, por la desconfianza de poder llegar algún día a aclarar mis represiones —yacía de nuevo en la cama, inmóvil, con los ojos cerrados—, el caso es que pensé que este continuo salvarme de milagro de todo no era una de las pieles de costumbre que mudar, sólo que más adherente que las demás, sino mi *verdadera* piel. Podía seguir hurgando en

mis recuerdos hasta el final de mis días, nunca tendría otra.

Entonces me asaltó la sospecha más atroz que pudiera ocurrírseme: visto que era tan perfectamente, o mejor aún, tan exageradamente *como ellos* hasta el punto de ser siempre de una humanidad superior (incluso en el retrete), ¿quién me decía que alguna vez hubiera sido distinta? ¿Y si desde el principio no había más que una serpiente? Sostenía haber traicionado a mis lager. ¿Y SI NO HABÍA TRAICIONADO NADA DE NADA?

¿Qué pruebas tenía de que en los lager las cosas hubieran ocurrido como yo las había reconstruido? No en los hechos, que se pueden tergiversar como uno quiera, sino en lo más hondo de mi fuero interno. Me dolía el corazón. Quizá nunca pasaste realmente al otro lado, una entre tantos; quizá hayas sido siempre alguien que se inclina sobre los «humillados y agraviados»; ese salto social de 1944 tan valioso para ti, tu conciencia no lo dio. Tus pasos sí, pero no tu conciencia. Lo que has descubierto ahora en tus lager has querido verlo tú, lo has añadido tú, no ocurrió en realidad: en el secreto de la mente, *tú siempre has estado a este lado*, LO QUE BUSCAS NUNCA HA EXISTIDO.

Pero entonces ¿por qué había querido ser obrera, me defendía con un hilo de voz mental (esa sospecha tenía la claridad de una evidencia, de una cosa tangible), por qué había dejado que me deportaran a Dachau?

Descendí a los infiernos, siguiendo el dantesco amor de conocimiento que aprendí en el colegio. Para ello no era necesario traer a colación la lucha de clases. Bastaba con la curiosidad del artista, ya lo decía Terencio hace dos mil años, *Nihil humani a me alienum puto*. Nada humano me es ajeno y, como hoy en día, también la inquietud social era humana, me había investido de ella para mi naturaleza aventurera. Lo demás era un sueño de mi fantasía para ennoblecer esa experiencia de los lager, para hacerla más importante (y adornarme mejor con ella).

No, me rebelaba, soy mezquina, pero no hasta este punto, me estoy dejando el pellejo para aclarar todo esto, no puedes quitármelo, si niegas que ahora...

Ahora, tú lo has dicho. *No entonces.*

Por eso (con más razón) no hacía más que perseguir un sueño, un *cómo hubiera querido vivir* esa experiencia, perseguía un recuerdo que sólo era

fruto de mi deseo. ¿Dónde podría haber encontrado rastro de él? Por eso el famoso agujero de la memoria se disolvía en cuanto creía haberlo localizado en el exceso que había sido mi existencia. Por eso cada chivo expiatorio de mi represión no soportaba comprobación alguna. Sólo así se explicaba que mi ir y venir por Alemania no hubiera dejado de ser un paréntesis: no contenía los significados que yo le asignaba. Poblaba ahora esos hechos y gestos olvidados con nuevos pensamientos que me hacían ya tan apremiante el recuerdo, casi una deuda que saldar.

Quizá ni siquiera me marchara de Verona por voluntad propia.

Piensa lo que quieras, lector, piensa si quieres que ésta es una dramatización retórica, una enésima piel de serpiente para renacer más humana y más noble que nunca. Ahora que todo ha pasado, casi lo pienso yo también. Quizá porque me he pasado la vida tratando de explicar mis servidumbres, ahora encuentro este pasatiempo tedioso. Quien no ha vivido vuelcos extremos, ¿cómo puede no desconfiar de ellos? ¡Desconfío yo, que los he vivido!

He de decir también que, ahora que escribo estas palabras, esa duda que me asaltó no me parece tan grave. Puede ocurrir, es incluso frecuente, inevitable, que uno vuelva a interpretar el pasado a la luz del juicio posterior. Si después uno lo explica excediéndose un poco en la verdad, tampoco es tan grave. Pero entonces, hace cinco semanas, tal vez la vida que llevaba desde hacía meses me había trastornado, me escocían los ojos, enrojecidos, iba desgredada, comía mal y poco, y el caso es que esa duda me pareció el derrumbe de mi toma de conciencia.

Había basado mi descubrimiento en algo falso, por lo que éste también saltaba por los aires. Mientras creía por fin tener los pies en el suelo, resultaba que los tenía sobre un suelo imaginario. Ya no tenía esperanza de hacer coincidir mi yo subjetivo con mi yo objetivo. ¿Qué era eso sino la paranoia? Mi rabia social en los lager era mi manera de crearme Napoleón o Enrique IV.

Parece increíble, pero quien me salvó del silencio de la razón al que tendía, porque al final me decía: si tengo que ser la Gestapo de mí misma, renuncio, quien me salvó inesperadamente (cuando ya no tenía esperanza) fue

el compartimento literario de mi cerebro.

«¿De qué te quejas? —me dijo como hace él, telepáticamente (me consolaba)—. Si las cosas son de verdad como te temes, desde el punto de vista de la composición no puedes sino alegrarte: no tienes que entender ninguna represión. Ya no hay búsqueda que hacer, se acabó. Hasta tienes un bonito final: revelas al lector que la historia de tu desviación era un sueño en el que tu fantasía ha realizado una de las más tenaces (y vanas) aspiraciones de los mortales, el eterno sueño humano de *corregir el pasado*.»

Me salto la indignación de mi ego («tú eres mi verdadera serpiente, te he desanidado, etc., tus inmundas sublimaciones, etc.») y (¿a qué negarlo?) también el ego ha tenido esa tentación, él que en el fondo siempre es tan dócil a la hora de aceptar decisiones teatrales.

Era un alivio tal poder volver a cerrar no sólo mi Alemania de guerra, sino mi complicada existencia por entero, que casi me decanté por esta poética diversión. Sin el casi.

No creo haberme encontrado nunca tan bien. Después de abandonarme durante dos días a un sueño letárgico, me limé las uñas, volví a teñirme el pelo, me apliqué crema antiarrugas en el rostro terroso y compresas de té sobre los párpados. Me arreglé, ordené la casa y hasta hice un viaje por España, invitada por una joven pareja de amigos.

Pasamos una semana recorriendo el país en coche con nuestros anfitriones, de Toledo al Escorial, de Madrid a Córdoba y Granada, cruzando la Mancha, con esos perfiles de viejos molinos de viento recortándose contra el cielo sobre la cima de áridas colinas. No haré como don Quijote (pensaba), que, al término de su existencia, repudiada su caballería, decía estaba loco, estaba loco, ahora estoy cuerdo. Yo sé desde hace tiempo quién soy: alguien que siempre se ha contado historias imaginarias...

XIV

De vuelta en casa (en Roma), como ya había resuelto la cuestión del

relato —¡qué tormento había sido!— se me ocurrió de repente la idea de que podía satisfacer mi curiosidad de saber si había vivido o no la huelga en la IG Farben, la fuga de Verona y todo lo demás con los pensamientos (la rabia social) que me había figurado.

No era una curiosidad ociosa, me decía, o una manera oblicua de caer de nuevo en la paranoia que había rozado: era una técnica (era la palabra exacta) para volver a ejercitar mi percepción del mundo exterior. Quizá, básandome en las diferencias entre cómo me percibía y cómo había sido en realidad, podría calcular la curva de mi imaginario para después acostumbrarme a reducirla mediante mis juicios sobre la realidad.

Con la determinación que me daba este nuevo propósito, cogí el coche y me marché. Es evidente que necesitaba algo más que un certificado, que un documento, meras garantías de los hechos que tan fáciles son de tergiversar. Necesitaba una señal tangible de mis vericuetos íntimos, un trazado de mis pensamientos en 1944. ¡Las cartas! Ahí estaba la prueba: las cartas que había escrito desde la IG Farben. No podía haber mucho en ellas, dada la censura y dado que se las había enviado a mis padres. Pero si había un mínimo indicio de la rabia que ahora veía, alto ahí, no te montes películas en la cabeza, primero encuéntralas. Pese a todo (seguía diciéndome a escondidas de mi ego y del compartimento literario de mi cerebro), si encontraba el indicio que estaba buscando, ya no me dejaría restringir por mi serpiente. Ahora lo entendía, era ella, ella con sus espiras clasistas quien me había convencido casi de que éramos un alma sola, de que nunca había estado realmente con la conciencia en el otro lado. Puedes afanarte todo lo que quieras, me acosaba mi serpiente, acabar en los K-Lager o en un asilo, poco importa, dondequiera que vayas yo soy y seré siempre la sede social de tu espíritu.

¡Te has descubierto!, le siseé yo también. Temblaba de emoción: te sientes un peligro; trataba de hipnotizarla a mi vez: ya no somos una misma piel, tantos cambios no han sido en vano, te has visto obligada a asomar para asfixiarme, para hacerme callar, y, al hacerlo, te has traicionado. Ahora sé lo que tengo que buscar en mis cartas escritas desde la IG Farben, ya no sólo mi rabia social, sino también tus disfraces. Te desanidaré en cualquier parte, aunque para ello tenga que admitir que me lo he inventado todo.

Me salto los detalles de la búsqueda. Esas cartas de Höchst parecían haberse volatilizado. En un fichero de mi padre encuentro una fina carpeta que contiene, ordenadas por fecha, las cartas que mi madre me escribió al lager Pfaffenwiese cuando trabajaba en la IG Farben.

¿Cómo es que están aquí? Las creía guardadas en el bolsillo interior de la mochila que dejé caer al suelo en Verona. ¿Cómo habrían podido acabar en posesión de mi padre? Claro, alguien recogería la mochila y, al encontrar las cartas, las enviaría al remitente indicado en el reverso de los sobres. Una forma anónima de informar de que me habían detenido. Quizá alguien que había asistido a la escena de mi detención desde detrás de las persianas cerradas de una ventana. De modo que la escena era exacta (si no, ¿cómo se encontrarían aquí estas cartas?): si simplemente hubiera caído en una redada, ¿por qué me habría deshecho de la mochila con mi documentación? ¡Me era útil, me habría liberado! Ese alguien la mandaría junto con las cartas. La hojeo, pero sólo encuentro mi última ficha de la IG Farben, la que había que sellar al entrar y salir de la fábrica. Mi primer pasaporte de trabajadora extranjera con el sello de la cárcel de Frankfurt no está. Tampoco el certificado de alta del hospital con el diagnóstico del motivo de mi ingreso: envenenamiento por intento de suicidio. Mi padre los habrá roto. De modo que lo sabía todo de mí en esa conversación de 1946 en Bolonia cuando le pregunté si había ordenado que me buscaran en agosto de 1944; por eso se mostró tan evasivo, como si hubiera olvidado los detalles.

Miro y remiro esas cartas como reliquias: me prueban que al menos una vez escapé de mi serpiente clasista, cuando me deshice junto con la mochila de mi identidad social para que no pudiera protegerme más.

Cogí la carpeta y corrí a mi casa.

Las cartas de mi madre, sobre papel entelado gris azulado, llevan todas el sello de la censura, con tachones aquí y allá. La letra es ancha y clara, los renglones, espaciados. Los sentimientos son límpidos y orgullosos, y el estilo, elevado:

... acuérdate de no hacer nunca nada ni en público ni en privado que vaya en contra de tu dignidad de muchacha y de italiana, ni permitir que otros lo hagan, contra tu dignidad, se entiende. (1 de abril de 1944)

Quién sabe si este periodo tuyo no lo habrá querido el destino (pues este destino desde luego tú lo has querido). Para conocer a los hombres, las cosas y las naciones. Sólo le pido al Todopoderoso que te proteja y te haga serena observadora. (27 de abril de 1944)

Respecto de la reconstrucción de la estancia en Höchst que hice en el relato «En el Ch 89», descubro dos represiones más que achaco a mi serpiente mental y me reservo examinarlas después con calma.

Una concierne a mi correspondencia. No es verdad, como he dicho en el relato «En el Ch 89», que en marzo dejara de escribir definitivamente a mis padres. Retomé esta correspondencia a primeros de abril, para interrumpirla enseguida después. A principios de mayo volví a escribirles, y hubo una nueva interrupción hacia finales de ese mes (la época de la huelga, la cárcel y el suicidio), después hubo un nuevo intercambio de misivas desde el hospital, a partir del 20 de junio, de resultas de una exhortación de mi madre. Esta actitud mía de escribir y callar, escribir y callar, la reconstruyo a partir de los encabezamientos «Hija mía silenciosa» y los ruegos «Dame noticias tuyas, te lo pide tu madre».

La otra represión concierne a mi intención de trasladarme a la Collis Metall-Werke de Mannheim. De las cartas de mi madre se deduce que a primeros de abril le pedí que me consiguiera una recomendación para poder obtener ese traslado (era el periodo en el que evitaba a los compañeros que me habían tildado de «soplona» y «provocadora»).

No alcanzo a recordar por qué motivo me interesaba esa fábrica y no otra. En cualquier caso, había olvidado por completo el episodio entero. En un principio, mi madre volvió a la carga para que en lugar de eso solicitara la repatriación a través del cónsul italiano, después para que solicitara al menos que me contrataran en calidad de intérprete y no de obrera como yo quería, y por último me sugirió nombres de otros oficiales a los que acudir para que respaldaran mi solicitud de traslado. Resulta que escribí a uno de ellos, y obtuve lo que quería: la dirección de la Collis Metall-Werke me mandó llamar, y yo renuncié (seguramente cuando trabé amistad con Grùscenka y

los polacos, y volví a tener trato con Martine). Mi madre perdía el hilo de mis cambios de humor.

Sobre todo me contaba su día a día detalladamente. Ahora entiendo que buscaba hacerme partícipe de su tranquilidad, para serenarme y sentirme más cercana, pero también entiendo cómo entonces sus informes pormenorizados me causarían un efecto horroroso, y su pena por mí y los «padecimientos humanos» me sonaría abstracta. Me hablaba con tono relajado de sus paseos a orillas del lago de Como a primera hora de la tarde. Entre excursiones en barca a Varenna, conciertos, meriendas, la visita a Villa Monastero, de la que me describía las «avenidas, las terrazas, las galerías, las escalinatas» desde las que se disfrutaba de una «vista maravillosa», su preocupación por mí afloraba en estos términos:

Dices que pasas hambre y haces un trabajo cansado y pesado. ¿De verdad no puedes pedir que te encarguen otra cosa? (5 de mayo de 1944)

¿Sabes?, no entiendo por qué no haces un trabajo más inteligente que el de *femme de peine*. (10 de mayo de 1944)

Debía de haberle dirigido también palabras duras porque el 15 de mayo me escribía:

Las madres entienden que a menudo la vida nos hace hablar y actuar con rabia por esa intolerancia oculta a la vida en sí, tantas veces difícil y *désespérante*. Quisiéramos vencer toda resistencia, pero no podemos, y nos rebelamos cuando podemos y como podemos. Ayer hicimos una bonita excursión.

Y hablaba de la belleza de los paisajes, para concluir con una nota de esperanza: «Volveremos juntos cuando regreses».

Al día siguiente se preocupaba por mi salud:

Has escrito que pasas hambre, pero a la vez has cogido peso. Lo que te engorda es el pan.

Y, al siguiente, precisaba:

Es el pan lo que te da sarna. Si en lugar de pan comieras más grasa y más fruta, te encontrarías mejor.

El 19 de mayo se alarmaba:

Escribes que no volverás antes de tiempo, «para adquirir experiencia social». Pero ¿te parece que seis meses no bastan para ello?

El 20 de mayo se angustiaba así:

Pequeña mía, no dejo de pensar en tus manos desde que sé que no trabajas de intérprete, y me preocupan mucho. ¿Cómo es que todavía tienes llagas? ¿No has recibido la crema que te mandé? Mostrar que no todos son traidores. Vivir con arreglo a las propias ideas. Cuántas ilusiones y cuánta presunción en nosotros, pobres átomos azotados por la tempestad de la guerra.

Y tiene razón Wiechert: volver a empezar una vida sencilla y solitaria entre campos, bosques, las tareas de la tierra y los libros.

Lo demás es vana agitación, vana experiencia.

Ya no escribía un par de veces por semana como en los primeros meses, sino todos los días, sufría insomnio, me suplicaba que regresara, «te lo ruega tu madre», me mandó un paquete tras otro (llegaron demasiado tarde), alimentaba esperanzas sobre el perdón de mi padre: había ocurrido que, por la noche, al oírla llorar, le había dejado hablar de mí. Por fin una tarde «Papá» le había concedido que le leyera en voz alta una de mis cartas y la había escuchado «con comprensión». Seguía alabándolo, un hombre que vivía para su familia, trabajador, generoso («¿Cómo haríamos sin él?»). Ahora entiendo que se había atribuido el papel de mediadora, por lo que desarrollaba conmigo a favor de mi padre el mismo tipo de obra de pacificación que desarrollaba con él a mi favor. Pero entonces me parecía que había perdido toda capacidad crítica si llegaba a mostrar gratitud al hombre que le censuraba hasta el amor materno. Al menos a este respecto, cuando estaba en casa, la había oído exclamar: «Tu padre es atento, amable y simpático, ¡pero a veces es tan vacuo!».

Probablemente la notaba insegura y quería reconfortarla, pues se trasluce

que cada vez le reiteraba mi afecto, le expresaba mi admiración por su «pureza de ánimo», su «elegancia en el vestir», y ella me contestaba que le había referido a «Papá» mi aprecio por ella. Resulta por último que yo aludía a oscuras persecuciones y después debía de añadir que era «fuerte», pues ella me escribía que casi se había inquietado, pero se complacía de que fuera «querida y estimada por todos», y acto seguido me explicaba la importancia de la dignidad. Ahora su escritura era más agitada, sobresaltada, con los renglones apretados; la llamada a atenerme a las normas era ya perentoria. Tras enterarse de que había estado en la cárcel, me escribía el 28 de junio (su última carta):

Quando creía que todo estaba arreglado, te ocurre esa tremenda desgracia, y después vas al hospital. ¿Cuándo terminarán tus tribulaciones? Recuerda, hija mía, que no quiero sino tu salud física, moral, social y de juicio. No debes hacer nada por ningún motivo en contra de usos, leyes y costumbres. No fumes. No has de ceder a ningún instinto. Lo que te he mandado, si lo recibes, cámbialo por alimentos a la vista de todos. Recuerda las palabras de Manzoni: «Nunca digas verbo que aplauda al vicio y a la virtud escarnezca». Y sigue mis consejos, te lo ruego. Nadie te querrá nunca tan desinteresadamente como tu madre.

Reúno las cartas y me dispongo a guardarlas en la carpeta, cuando veo asomar un sobre de la solapa inferior, un sobre en el que no había reparado. Lo saco, lo palpo, está abultado. Lo abro y encuentro extraños recortes cubiertos con mi letra apretada y muy densa, garabatos condensados en folios y folios (en los trocitos que quedan), además de cuatro tarjetas postales escritas a lápiz, éstas también con la letra amontonada como si nunca tuviera espacio suficiente donde escribir.

Esos recortes irregulares son lo que queda de las cartas que escribí desde Höchst. Mientras leo, no alcanzo a explicarme todos esos cortes. Me parece (igual me equivoco) que la censura de aquellos tiempos se limitaba a tachar de negro las frases prohibidas, pero no recurría a las tijeras, y mucho menos se tomaba la molestia de pegar con celo los trozos restantes. Qué habría escrito yo si hasta las frases que se conservan son acusatorias. Por qué no habrán censurado también pasajes como éstos (sin fecha en los recortes):

He visto en una revista alemana las fotografías de muchachas germánicas voluntarias empleadas en correos u otros puestos del servicio del trabajo. Heroínas. Me he sentido mal. Qué vergüenza me daría salir en esas fotografías. [corte] ¿Y cómo pueden sonreír con tanta desenvoltura y seguridad? Cuánta retórica.

[corte] sobre este punto: la pobre gente cuando puede se lo gasta todo en comer. Mamá, que se asombra y desprecia los «instintos» no sabe lo que es vivir a base de nabos.

[corte] también políticamente, también las cartas de [censura] me resultan falsas y retóricas.

Y te confieso: oculto también a los alemanes, a los SS, que soy voluntaria por patriotismo. Me avergüenzo de ello. Es verdad lo que te digo, me avergüenzo de ello. Oh, no de haberlo hecho: es más, no puedo creer siquiera que haya podido ser tan severa, tan leal en mis impulsos, *aun habiéndolo meditado todo*. Pero nadie puede creer ni entender. Un poco como papá [censura]. Y entonces sufro y callo. Digo: servicio del trabajo obligatorio para los fascistas declarados. Pero me avergüenzo de haber sido fascista declarada. Sinceramente.

En un recorte en el que se ha corrido la tinta, como si le hubiera caído agua (¿lágrimas mías o de mi madre?), leo bien nítida la afirmación «ya no quiero tener una vida ni un sentimiento individuales». Más abajo, entre tachones de censura, emerge la frasecita:

La Igé (me refería a la IG Farben) es independiente, y el Arbeitsfront se conforma.

De modo que el descubrimiento, que creía haber hecho en Dachau, sobre la subordinación del partido nazi al poder económico (del capitalismo), ya lo había vislumbrado en Höchst.

En un fragmento oscuro por el exceso de cortes, entiendo por fin que contestaba a la carta en la que mi madre me escribía que, salvo una vida en contacto con la naturaleza y entre libros, «lo demás es vana agitación, vana experiencia». Copio sin colmar las lagunas de lo amputado:

El resto es vana agitación, sí. Pero no vana experiencia. Quiero decir, *vana* [censura] *querría y debería alcanzar* el objetivo fijado: sí. Pero no [corte] del individuo que experimenta. Al contrario, cuanto más éste [censura] experiencia, más *auténtico* y atento a los demás se mostrará [corte].

El matasellos de las tarjetas postales es de Frankfurt y no del lager, debió de echarlas al correo una enfermera. Leo en una de ellas:

[censura] la sociedad que *había entendido de otra manera* en el tiempo feliz y sereno de mis estudios. Estoy en el hospital [censura]. Tanto en el lager, como en la cárcel.

Entre los demás hay otro recorte cuyo papel me parece distinto al del lager. Leo este fragmento de frase:

rumores sobre una presunta actividad mía de espionaje por la que fui a la cárcel [reparo en el verbo en pasado].

Probablemente ya había intuido que la lucha de clases era lo más prohibido, pues, aunque me comprometía en juicios políticos (sobre el fascismo y el nazismo), evitaba aludir a nuestra huelga fallida. Entonces no sabíamos (nosotros obreros) que los nazis habían previsto un levantamiento en masa de los trabajadores extranjeros, poniendo a punto, ya desde 1942, la Operación Valquiria, pero incluso yo, con mi formación individualista, había entendido que, a título personal, si yo me rebelaba, podrían incluso aceptarlo, pero si había indicios, aunque vagos, de una lucha de todos los compañeros, estaba perdida.

En otra postal hablo de vómitos, transfusiones sanguíneas y hemorragias durante seis semanas. Escribo que tengo fiebre y orino sangre por lo que he sufrido (no menciono mi intento de suicidio). Anuncio que me «repatriarán de oficio». Unos días después quizá (las fechas resultan ilegibles en los matasellos, y yo no las indicaba en mis cartas), refiero:

Anteayer vino también el cónsul de Frankfurt en persona con otro (el vice) a visitarme, y él quiere que me repatrien. Yo digo a todo que de acuerdo.

Pero quizá la postal más impresionante sea aquella en la que pregunto: «¿Os molesta que vuelva?», y añado:

Ya veréis, cuando vuelva me diréis: «Pero si estás perfectamente. ¿Dónde está todo eso que dices haber visto y sufrido?».

No hay más recortes. Falta la mayor parte de la información que deduje

de las cartas de mi madre y que se habrá perdido quién sabe cómo, sobre el hambre que pasaba, la Collis Metall-Werke, mi trabajo de *femme de peine*, las llagas en las manos, que en realidad duraron mucho más de lo que yo recordaba (otra represión que, en mi recuerdo, me daba una fuerza mayor que la que en realidad había, también físicamente). Pero en estas frases mutiladas está la rabia social que según sus cartas mi madre no había sabido ver. Al leerlas, parecía que yo hablara y actuara «rabiosamente» por mi naturaleza rebelde. La única rebelión que entusiasmó a mi madre fue la famosa cruzada de los barreños (¡también esto se lo había contado!), «por la necesaria salvaguarda del pudor», como comentó ella.

XV

Así pues, no sólo eran ciertos los hechos, sino que encontré todo lo que buscaba. Di con tu refugio más secreto (le estoy hablando a mi serpiente), ahora te asfixiaré yo a ti.

Era todo verdad, me repito a mí misma. Más incluso de lo que yo recordaba, porque en este intercambio de correspondencia está el cordón umbilical con la familia, que yo no rompí de manera imprevista, por lo que el intento de suicidio y la contramarcha en Verona no son tanto ventoleras de una joven propensa a sentimientos extremos, sino casi la *ultima ratio* de una criatura que ha asumido una realidad después de haber tratado en vano de cambiarla. Está ese dios inaccesible del padre que espera la rendición incondicional de la hija que se ha atrevido a quebrantar su ley, están los principios inamovibles de los «usos, leyes y costumbres»; está la soledad temerosa de una muchacha que, desde el fondo de un lager, expone sus convicciones, declara sus nuevas posturas políticas (se ve hasta en esas pocas frases recortadas que insiste en ello, que vuelve sobre ello), y a la vez se compadece de los vanos sufrimientos de su madre y la tranquiliza, «¡no te preocupes, soy fuerte!». Pero, baqueteada entre «las cosas hermosas» maternas y la cuchara mugrienta del piojoso en el comedor del lager, esta

muchacha fue mucho menos «fuerte» de como yo la recordaba. No es casualidad si, en mi reconstrucción, omití el goteo de mi correspondencia intermitente. El continuo volver a escribir dejaba patente que en mi ánimo no había habido, como yo quería creer, una auténtica ruptura con mi ambiente en esos seis primeros meses de voluntariado. Ahí había anidado mi serpiente clasista, en estos repliegues de mis sentimientos que oponían resistencia al salto *total* al otro lado.

No me importa que el salto no fuera fácil, ya dijo Dostoievski que la realidad lo justifica todo, pero así no se cambia nada. Por eso no me interrumpas (le hablo a mi serpiente). Enseguida te doy prueba de ello: si esta muchacha prefiere morir, refugiarse en un K-Lager, desaparecer en el extranjero estando paralítica, significa que ya desde que estaba sana se había negado cualquier esperanza de poder proseguir una lucha social una vez que se hallara de nuevo en su ambiente. Por ello, desde que volvió a Italia en camilla estaba inconscientemente resignada a renunciar a ella. La última ruptura con su ambiente la hizo con Gheorg, el poeta. Pero esta ruptura la convenció definitivamente de la imposibilidad de conciliar sentimientos individuales y lucha colectiva. Ya se había dejado cautivar por la disociación —cultivada por quien no lucha— según la cual luchar por la justicia social es incompatible con la felicidad personal. Estaba abocada a *querer* realizarse en la vida privada (con Domenico).

A ello hay que añadir el hecho de que, exactamente como su padre pero por razones opuestas, todo el mundo de su entorno esperaba, los primeros años después de la guerra, que se arrepintiera de su voluntariado en el Tercer Reich. Pero ella ya había respondido a estas acusaciones en las cartas escritas en Höchst cuando se avergonzaba de haber sido fascista, pero no de haberse marchado, antes al contrario, no podía «creer siquiera que hubiera sido tan severa, tan leal» en sus impulsos como para haberse enrolado para trabajar en los lager. Por ello, la condena de quienes habían estado en la Resistencia volvía a abrirla todas las heridas, la de las burlas de Höchst, la de la disputa con el amigo-enemigo en el vagón de ganado y la de la paliza de los triángulos rojos en el retrete de Dachau. Pero justo entonces fue cuando la serpiente se adueñó de ella definitivamente, en Dachau, cuando Lucia eligió

una rebelión solitaria que duró treinta años... Escapó de Verona, pero también de Dachau: de su ambiente privilegiado, pero también de la suerte común de quien está del otro lado, sin medios para salir, sin los recursos psicológicos que le venían de su clase y le permitían dirigirse a los carceleros con tono despreocupado. Te dejo chafada, ¿eh? (le hablo a mi serpiente).

Esta muchacha, esta mujer después, interpretó la ambigüedad de su conciencia social como una imposibilidad objetiva de compartir con nadie lo que había entendido; y al hacerlo olvidó, qué coincidencia, los actos que le habían hecho pasarse al otro lado. Encerrada durante media vida en lo alto de una columna de silencio, como un antiguo anacoreta...

¿Y nunca se me ocurrió (extraño, ¿no crees?) que *este silencio*, que me había dejado imponer y que imputaba a la presión social, *en cambio me definía a mí precisamente?*

No es verdad, estoy mintiendo ahora también, lo sabía perfectamente. Prueba de ello es que, en 1954, refiriéndome a mi evasión del K-Lager, escribía en «Refugio en Dachau»: «Yo no aguanté», un juicio válido también para lo que sucedería después. De modo que lo sabía, también mientras mi memoria callaba con respecto a la IG Farben, a la repatriación, a la nueva partida de Verona y al internamiento entre las asociales, con el triángulo negro. Lo sabía mientras iba de nuevo a Alemania en el otoño de 1954, una de las muchas vivencias que no he narrado aquí (no he podido contar todo). Pero esto no puedo omitirlo: vagué un par de meses por el Rin, parando en Bonn y en Colonia, sin que se me ocurriera llegar a Frankfurt-Höchst, aunque sí me quedé unos días en Maguncia, a treinta kilómetros de mi primer lager. Me persuadí de haber vuelto para saludar a Schwester Vincentia, como le prometiera nueve años antes, en agosto de 1945, cuando me marché con los rusos a Homburgo. Le repetí una y otra vez que había hecho bien en seguir viviendo.

«Por supuesto, te creo —me aseguraba ella, con la voz hosca que ponía cuando estaba triste—. Estate tranquila, Luzi, has hecho bien.»

Pero temo que fui sobre todo para conseguir estupefacientes de los distintos médicos de la clínica universitaria en la que estuve ingresada al terminar la guerra, apoyándome en la popularidad de la que gozaba en los

tiempos de mi anterior estancia en el pabellón VIII y que esperaba conservar todavía. Iba de uno a otro, enseñando mis radiografías óseas, que me había traído conmigo para llevarlos a compasión y obtener las valiosas recetas que necesitaba para comprar los viales en la farmacia. Les hablaba de los lager para conmoverlos aún más.

A veces, cuando se toca el fondo de un extravío, se llega por fin al otro lado. Y empecé a recuperarme. Pero lo que quería decir ahora es que en mi fuero interno era secretamente consciente de haber sido débil. Precisamente porque el salto de clase en Dachau había sido infinito, el terror de ese salto había sido tan violento como para llevarme a refugiarme de él en el olvido. Sin embargo, nunca lo había reconocido de verdad: la señora no podía admitir sus propias flaquezas, se las achacaba a otros. La señora entendía las debilidades humanas y por ello lo relativizaba todo para no alinearse realmente con quienes están abajo, de los que tan solidaria se proclamaba. Se sentía diferente de las personas de su propio rango burgués sólo porque criticaba su modo de vida *uniforme*, se definieran como se definieran (de izquierdas o de derechas), mientras a su vez —con esta reserva sin consecuencias— de hecho seguía viviendo como ellos.

¿Sabes, serpiente?, no es que hoy me escandalice de mis mezquindades. Sé muy bien que la necesidad de los seres humanos de dar sentido a sus vidas es tal que a veces lo buscan incluso en el delito (esto ya lo entendí en Dachau), lo cual tampoco era mi triste caso. Sin embargo, no me gusta, ni siquiera académicamente, visto que no puedo hacer nada por remediarlo, constatar que se me ha ido media vida en este jugar al escondite conmigo misma.

¿Así queréis que sea? Pues que así sea. Así reaccioné durante treinta años. Y llegamos a ser uno, serpiente mía. Incluso cuando por fin te reconocí, en Villa della Pace, y gritaba en mi fuero interno «soy una serpiente», incluso entonces te ignoré ahí donde te habías introducido, instalado, acurrucado: en mi rencor hacia todos aquellos que me habían perjudicado y aislado entre tus espiras.

¿Quieres una prueba de ello? La tienes en «Mientras la cabeza siga viva». En el relato en el que me despojaba de mi neorracismo por mis hermanos

minusválidos, hice mía la máxima que me arrolló en los primeros años tras la guerra, escribiendo que sí, señor, fui a los lager *porque* era fascista, oh, y el capitán soviético, de un país, pues, que había hecho la revolución desde abajo, no me rechazó por ello, al contrario, se apiadó de mí *realmente*, y de hecho me ayudó, no se quedó en meras palabras. Me bastaba con eso.

Mira, pobre serpiente, no me desespero por ello. Ha pasado el tiempo en que constatar lo poca cosa que soy me postraba y me hundía aún más. Voy a decirte incluso mi pensamiento más íntimo: no soy peor que los demás. Soy como ellos (aquellos que están bajo tu dominio, me refiero), sólo que un poco más severa.

Al menos hay una cosa que no he sufrido en tantos altibajos, y doy gracias por este don del cielo: nunca me he comprado una buena conciencia social con las cuatro perras de una etiqueta ideológica, como en el pasado se compraban las indulgencias para ir al paraíso a bajo coste.

Pero eso no me ha ahorrado el ser yo también tu presa, ni siquiera de la manera más abstrusa y penosa, pues me lo has quitado todo, aquí y allá. ¿Y dónde has tenido la sucia ocasión de obrar tal infamia? En el momento en el que más cerca estuve de huir de ti para siempre, cuando fui a los lager *por propia voluntad*.

Y ahora, enemiga mía, te aplasto esa cabeza tuya de reptil con la prueba decisiva (benditas las cartas de mi madre que me la han proporcionado). ¿No te dice nada ese vacío total con respecto al episodio de la Collis Metall-Werke? Sólo en este instante me aflora la imagen visual que de ella tuve diez meses después, en el tiempo de mi clandestinidad, cuando, al dirigirme de nuevo a Höchst, pasé por Mannheim, y me enseñaron desde fuera esa fábrica subterránea. Por lo que, antes de descubrirte para persuadirme de que había estado siempre y sólo de tu lado, tú, lengua bífida, intentaste la maniobra opuesta de dejarme creer que en el Tercer Reich estuve por completo del lado de los oprimidos, por entero con ellos. Para que no te buscara justo ahí, donde te habías retirado y acurrucado de manera tan hábil y solapada, ahí, en la reserva mental con la que había pensado desertar, no del todo, pues me negaba a volver a Italia, pero sí en parte, cuando barajé el proyecto de pedir el traslado a la Collis Metall-Werke. Probablemente me proponía presentarme

a los nuevos compañeros de Mannheim como deportada, sin tener que hacer frente ya a mi voluntariado de estudiante fascista. Pero ¿cómo? Consiguiendo ese traslado con una recomendación de bien arriba, es decir, valiéndome de mi posición social de origen. Después caí en la cuenta de la contradicción, también porque había mejorado mi relación con los compañeros del lager, pero tuve esa tentación: quería una condición obrera, pero dejando claro quién era yo, y, por lo tanto, preparándome secretamente la deferencia debida a mi condición burguesa. Se entiende mejor todavía el que después me aterrara volver a caer en esta tentación —la de salvarme por el privilegio de clase del destino indefenso de quien está abajo— y quisiera, al deshacerme de mi documentación, ponerme en la condición de ser yo también alguien que no tiene escapatoria. Pero, a la luz de esto, el hecho de que después de Dachau y Thomasbräu consiguiera que me emplearan en la Siemens de Múnich con mi verdadero nombre de nuevo ya no es sólo la arrogancia de una muchacha exaltada por su propia invencibilidad: eres tú la que asoma de nuevo, señora serpiente, como si inconscientemente me reservara la posibilidad de recurrir a las altas esferas.

Después me impedí desde el principio esa salvación, pero de una manera apresurada, casi como si ya no me fiara de mí misma, robando y falsificando certificados de baja por enfermedad en la fábrica, un delito castigado en juicio sumarísimo. Y, en el momento de esfumarme, tras tres semanas en la Siemens, volví a zafarme de mi nombre (y de mi rango) enviándole a mi madre la ficha de la fábrica con mi verdadera identidad.

Entonces estaba armada contra ti porque ya ves, pese a todo, las elecciones ayudan, pero no te conocía como hoy. Ahora estoy mucho más prevenida. Sé muy bien que nuestra lucha cuerpo a cuerpo aún no ha terminado (ahora ya se trata de eso, yo también te asfixio con mis espiras). Pero tú sabes también que, pese a tus insidias, no me habías vencido del todo cuando me fugué de Dachau: mi amor por mis compañeros dirigió mis pasos a Höchst, hacia el lugar en el que había luchado junto a ellos. Sabes muy bien que después, en el curso de mi vida, mis excesos y extravíos eran efecto de tu veneno, sí, pero eran también los gritos con los que llamaba a estos compañeros perdidos, mientras estaba en lo alto de una columna de silencio

en la que sin saberlo los albergaba dentro de mí.

Y, ahora, vuelvo con plena conciencia (me entiendes, ¿verdad?), conociendo también el porvenir, allí donde me llevaron mis pasos en esa noche de hace treinta y dos años, a Höchst, para reunirme con mis compañeros de la IG Farben.

Es el 7 de febrero de 1945, los americanos están apostados detrás de Worms, he de darme prisa si quiero llegar a tiempo a mi viejo lager, la meta inconsciente de mi contramarcha en Verona, que ahora me parece haberme fijado desde el primer instante.

He dormido en Mannheim, en un barracón de internos que trabajan en la fábrica subterránea de la Collis Metall-Werke, adonde en el pasado pensé pedir el traslado, desde fuera se ve una colina cubierta de nieve con entradas de búnker. He esperado todo el día la ocasión de subirme a un tren rumbo a Frankfurt. Por fin lo he conseguido al atardecer y, agarrada a un tope entre dos vagones, con las manos y la cara cortadas por la helada, llego a Höchst. Me encamino ya de noche hacia Maguncia, el aire seco se me antoja casi tibio después del viaje sobre los topes del vagón. Distingo en la oscuridad total mis barracones Pfaffenwiese 300 Ledigenheim.

Repto, levantando el alambre más bajo de la alambrada. Me demoro presionando con el índice las agujas de metal por las que no pasa la corriente eléctrica. Volveré a ver a los compañeros de la IG Farben. Bordeo los barracones de madera y, justo cuando llego al mío, veo salir a una muchacha.

—Carla, ¿eres tú?

—¡Lucia!

Nos miramos sin palabras, como fantasmas en la oscuridad de esa noche de febrero.

—¿No te habían repatriado? —me pregunta.

—Después me deportaron a Dachau, y me fugué.

—No deberías haber vuelto aquí, las cosas están peor que antes.

—Carla, pero ¿y tú?

—Me soltaron después de la huelga, y a Luigi también. Seguimos juntos

como entonces, pero callados. Esperamos el final de la guerra.

Carla ha perdido peso. No veo los colores, pero ya no me parece la muchachota blanca y colorada del pasado. Su voz suena tensa.

—Has cambiado —le digo.

—Tú también. ¿Cómo has entrado?

Se lo cuento rápidamente.

—Por favor, no vengas con nosotros. La guerra está a punto de acabar. Ya sólo nos falta que se vuelva a armar jaleo justo ahora.

—Pero ¿y las demás? —le pregunto.

—Las gafes ya no están. Martine y Grùscenka, si es de ellas de quien quieres saber, ni idea. ¿No te las encontraste en Dachau? Pina está con un ruso, Jacqueline, en el *Krankenrevier* (la enfermería del campo), se echó ácido en los ojos para no trabajar, pero se le fue la mano y se está quedando ciega. Pero no quiero entretenerme contigo, pueden vernos. Lárgate, no me busques problemas justo ahora. —Haciendo ademán de volver al barracón, me dice—: Das miedo, ¿sabes?, pareces una delincuente. —Cierra la puerta tras de sí.

Me apoyo en la pared de madera. Me iré con los rusos, igual me reciben bien. Una delincuente, me digo, y se me encoge el corazón. Mi alma busca refugio de repente con la flamenca y Lulù (ayudadme desde allá arriba).

Dos días antes de que me fugara de Dachau, se pelearon con dos presas políticas en el recuento de la tarde.

—Asesina —le decía un triángulo rojo a Lulù—, has denunciado a nuestras compañeras.

—Sí, señoras —contestaba Lulù—. *Mais oui mesdames, mesdames* —repetía—, *mesdames*.

—¡Y tú que das placer a los verdugos! —le decían las políticas a la flamenca—. ¿No te da vergüenza?

Esa noche oí cierto trasiego detrás del barracón del K-Lager. Pegué la cara al cristal de la ventana. Entreví a Lulù de espaldas, arrodillada, con la cabeza en los pantalones de un soldado de las SS que, de pie delante de ella, gritaba y pataleaba, tratando de retorcerle la cabeza. La flamenca apareció, blandiéndole el puño cerrado al soldado. «Cochino Hitler —chillaba—,

cochino Hitler.»

El soldado se metió los dedos en la boca (supongo), pues soltó tres largos silbidos en la oscuridad. Lulù se apartó de él:

—He mordido una polla nazi —exultaba, con la raja de la boca abierta de par en par, y, arrastrando de la mano a la flamenca, que seguía blandiendo el puño, se escondió en el barracón.

Llegaron. Con sus andares de plomo. Se las llevaron a las dos. La flamenca me miraba, pálida como un muerto, y farfulló con voz de espanto:

—Cuenta lo que me han hecho.

—Mejor cuenta lo que he hecho yo —gritó Lulù, con la mano hacia el cielo.

Dos ráfagas de ametralladora junto a la alambrada. Dos días después escapé de ese lager y, ahora, ayudadme las dos, murmuro mientras me aparto de la pared de mi barracón tan añorado de Frankfurt-Höchst, nos iremos con los rusos, a ellos no los han educado en el individualismo, no nos rechazarán. Me tumbo en el suelo para llegar a gatas hasta la alambrada.

—Alto ahí.

Una voz masculina alemana. Me quedo quieta, como he visto hacer a las cucarachas cuando se fingen muertas. Las cucarachas piensan. Pero los pasos se acercan, un pie me tantea. Miro entre los párpados, el ojo del cañón de un fusil me observa.

—Levanta, *los*.

Echo a andar con el fusil en la espalda, empujada hacia el despacho del *Lagerführer*. Llamadas telefónicas. Me arrojan a un rincón de una patada.

No sé cuánto tiempo después entra mi primer *Lagerführer*, alto, imponente, con botas, cierra la puerta de un portazo, irritadísimo. Pero en cuanto me ve se queda de piedra. Se le relajan las facciones. Asoma una sonrisa a su rostro. Aleja a los guardias con un leve gesto de los dedos.

—Eres Lucia M. —afirma (pero su voz es interrogativa).

—No.

—Eres Lucia M. —repite, cada vez más asombrado—. Eres Lucia M. —grita, enfureciéndose de repente. Pero se domina—: ¿Qué haces aquí? —pregunta en voz baja.

No contesto, acurrucada en el suelo en mi rincón.

Llama a los guardias con un grito.

—Registradla. La documentación.

Dos hombres me cachean todo el cuerpo.

—No tiene.

—Perfecto. —Sonríe el *Lagerführer*, y vuelve a alejar a los guardias con un gesto del dedo índice.

Ahora estoy de pie contra la pared. Las botas se acercan despacio, hasta que la voz ruga con una cólera inimaginable, su rostro morado está a un palmo de mis ojos.

—Tú. —Me escupe—. La hija de un subsecretario fascista, atendida y repatriada con deferencia suma, tienes la insolencia de volver a presentarte aquí con esa cara de zorra. —Me abofetea—. *Hure*. —Otra bofetada—. ¿Qué has hecho todos estos meses? —Una patada en las pantorrillas—. Contesta. —Otra patada—. Contesta. —Y otra más—. Puerca zorra. —Me zarandea—. Traidora. —Me agarra de los hombros y me parte la cara—. Con veinte años, cómo es posible ser tan traidora con veinte años, cochina desvergonzada.

Yo lo miro como si los ojos se me hubieran clavado en su cara, concentrándome en no perder el apoyo de la pared para no derrumbarme (debí de pensar que si apartaba los ojos de los suyos estaba perdida).

—Te voy a matar.

Yo lo miro fijamente. Ay de mí como me desmaye. Y, desde mis entrañas, ajena a mi voluntad, mi voz articula «*Feige*» (bellaco). Como un reflejo condicionado repito una y otra vez esta palabra, casi como si fuera eso lo que me mantiene con vida.

Herr Barek, el *Lagerführer* (un checoslovaco alemán), jadea. Se sienta ante su escritorio, y yo caigo al suelo (no te desmayes).

—Por esto hemos perdido la guerra —murmura—, por canallas como tú.

Y, mientras dice esto, todavía no sabe que aún treinta y dos años después no lo recordaré con odio porque al menos él nos reconoció que les habíamos hecho perder la guerra (es el único reconocimiento que he tenido nunca).

—Podría aplastarte con mis propias manos —prosigue—, como a una pulga, pero sería bien flaco consuelo. Ordenaré que te manden a Dachau. No.

—Se le iluminan los ojos—. A un burdel para los *Strafbataillonen*. —Un grito, y llegan los guardias—: Al calabozo, y mañana por la mañana... — Hace el gesto de las esposas, con las muñecas cruzadas, y después el gesto del burdel, un corte de mangas.

En el calabozo, un cuartucho de unos dos metros por tres, encuentro a una mujer acurrucada en un rincón. La miro con más atención, es Lidja, una bellísima muchacha rusa a la que frecuentaba en los tiempos de la huelga.

—¿Qué haces aquí? —le susurro en ruso.

Me cuenta que la han sorprendido al otro lado de la alambrada, había salido porque un amigo iba a darle pan. Le resumo mi situación.

—Pobre de ti —suspira—. Yo no paso de una noche en el calabozo, es la pena máxima para un delito como el mío, pero tú estás perdida.

—Silencio —nos ordena de vez en cuando el guardia, un hombre mayor de voz exasperada.

Lidja, mientras tanto, me toca el abrigo, el vestido, los zapatos, todo prendas de calidad, porque son lo mejor que robé en los apartamentos bombardeados. Como Louis, elegía con criterio. Sólo cogía lo que podía llevarme puesto. Tengo en la muñeca el relojito que él me regaló y, al cuello, una cadenita de oro que le quité a un cadáver, como hacían los *Sonderkommandos* judíos en Auschwitz.

Lidja tiene una idea.

—Escucha —me dice al oído—, regálale tu reloj al guardia. Dile que total no lo necesitas porque acabarás gaseada en Dachau. Y pídele a cambio que nos dé una manta para la noche porque tenemos frío. —La miro dudosa—. Haz lo que te digo —zanja ella.

Todo sale como Lidja ha previsto. El guardia me mira compasivo, se guarda el reloj en el bolsillo y nos arroja una manta.

Arrebujadas bajo la manta, Lidja dispone:

—Tú te quitas toda esa ropa tan buena que llevas, incluidas las medias y las bragas, que yo no tengo, y te pones mis harapos. Y yo me visto con todo lo tuyo. Pero despacio, que el soldado no vea muchos movimientos debajo de

la manta. ¿Entendido?

—¿Por qué no? —suspiro.

—Bien —se anima Lidja—. Después le digo con mi voz que me duele la tripa y que me lo voy a hacer encima. A mí no puede prohibirme que vaya a cagar. Sabe que no me voy a escapar, mañana él mismo me pondrá en libertad. Pero la que sale a cagar eres tú, vestida con mis harapos. ¿Lo has entendido?

—Lidja, te harán daño.

—¿Por qué? ¿Qué sabía yo? Él también ha aceptado el reloj, es de mujer, se ve bien claro, no lo puede negar. Si me acusan, lo denuncio. Tendrá que decir que tú se lo has querido regalar. Y lo mismo valdrá para mí. Si luego no he salido a cagar, es porque he sufrido un desmayo. Más me vale cagarme en tus elegantes bragas, qué lástima, para darles la prueba de que no miento. ¿Cómo iba yo a imaginar que te aprovecharías? Será falsa la italiana, diré, en lugar de ayudarme a recuperar el conocimiento, son todos unos traidores, ¡mira que fiaros de ese aliado, vosotros los nazis! Estate tranquila, Lucia, sé muy bien lo que tengo que decir.

—Lo haces por mí.

—Date prisa, dame toda esa ropa tan bonita, hace años que sueño con ella.

Al cabo de una hora me había vestido con el uniforme y los zuecos de Lidja, y me puse su bufanda en la cabeza, atada debajo de la barbilla, a la usanza de las campesinas rusas.

—Ay —empieza a quejarse Lidja con voz aguda, y yo me retuerzo como si sufriera un cólico. Hace una pedorreta y exclama—: Que me lo hago encima, que me lo hago encima... —Y yo me doblo en dos.

—No me vas a atufar el calabozo, bolchevique de mierda, corre a las letrinas —se impacienta el soldado.

Y yo, con gesto humilde, llevándome las manos a la tripa, a pasitos cortos como para retener las heces, corro fuera, franqueo la puerta, me incorporo y huyo. Antes de que el guardia me busque, dé la alerta y me persigan los perros ¡habré puesto tierra de por medio! Corro como una loca.

Lidja fue detenida por complicidad y enviada a Dachau. Pero, nada más

subir al convoy, saltó del tren en marcha y se arrastró hasta un arbusto, con un fémur roto. Se escondió en un granero. Vivió tres semanas a base de castañas, tubérculos y caracoles, hasta que llegaron los americanos. Me la encontré en el campo de selección de Homburgo, en la Sarre, cuando llegué en silla de ruedas con mi capitán ruso, seis meses después. Estaba curada del todo y bailaba danzas cosacas, con una expresión de orgullo en su hermoso rostro, y me dijo con voz impetuosa: «¿Ves tu cadenita? ¡Botín de guerra!», y todavía se reía de cómo engañamos al guardia (quería hacerme reír porque le daba pena verme en silla de ruedas).

Pero eso yo aún no lo sabía mientras huía con sus harapos del calabozo de mi viejo lager de Höchst, llorando de dolor por los golpes del *Lagerführer* que la carrera me despertaba de pronto. Y a la vez alardeaba, como Lulù: por fin (reía entre lágrimas) a mí también me han golpeado, a mí, personalmente, ahora soy de verdad como ellos, me han golpeado y me han escupido, soy en todo como ellos, no volveré a mi clase, mientras corría y corría hacia Maguncia.

Roma, noviembre de 1977

BIOGRAFÍA DE LUCE D'ERAMO,

POR MARCO D'ERAMO

1925

17 de junio. Lucette nace en Reims de padres italianos. Al término de la escuela primaria, se traslada a París, donde estudia en el Lycée Henri IV.

1938

Su familia se traslada a Italia, Lucette pasa a llamarse Luce y se matricula en un instituto de Roma.

1942

Se matricula en la Facultad de Letras de la Universidad de Roma.

1944-1945

Experiencia en los lager en Alemania narrada posteriormente en la novela *Desviación*.

1945

27 de febrero. Se le cae encima un muro mientras colabora con un equipo de socorro evacuando a los heridos de una casa bombardeada en Maguncia. Se queda paralítica de por vida.

1946

En el hospital Putti de Bolonia conoce a un joven oficial, Pacifico d'Eramo, él también herido de guerra. Contraen matrimonio y se trasladan a Roma.

1947

Nace su hijo Marco.

1951

Se diploma en Letras con una tesis sobre la *Poética* de Leopardi, y, en 1954, en Historia y Filosofía con una tesis titulada *La singular autonomía de juicio en las Críticas de Kant*.

1953

Se separa de su marido, del que se divorciará más adelante. Empieza para ella un periodo de seria penuria económica y graves enfermedades. Sufre numerosas operaciones. Frecuentes estancias en la clínica Santa Corona di Pietra Ligure.

1953-1961

Escribe varios relatos y novelas; algunos los retomará y reescribirá en obras sucesivas. Frecuenta asiduamente a Alberto Moravia y a Elsa Morante. Colabora en la revista *Nuovi Argomenti*. Escribe el ensayo *Raskolnikov e il marxismo. Note a un libro di Moravia* (1959), reeditado (revisado y con un nuevo prólogo) en 1997. Durante una larga estancia en Milán conoce y entabla amistad con Camilla Cederna, que la ayudará también económicamente en los momentos difíciles. Las unirá una sólida amistad durante toda la vida.

1961

Viaje a Alemania y estancia en Glashütten, en el Taunus, con la doctora Ellen Marder, que la atendió en 1945.

1961-1971

Vive en Roma. Además del círculo de Alberto Moravia, frecuenta a Cesare Zavattini. Conoce y entabla amistad con Ignazio Silone. Con este último el intercambio intelectual es intenso, también porque son vecinos.

Escribe el mayor estudio dedicado a Ignazio Silone: *L'opera di Ignazio Silone. Saggio critico e guida bibliografica* (Mondadori, Milán, 1971). Colabora en las revistas *La Fiera Letteraria*, *Nuova Antologia*, *Studi cattolici* y *Tempo presente*. Participa en los seminarios de la Cittadella cristiana de Asís. En política, recibe la influencia del movimiento estudiantil de Mayo del 68, en el que su hijo toma parte activamente, y del «otoño caliente».[*]

1974

Publica *Cruciverba politico. Come funziona in Italia la strategia della diversione*, análisis de prensa sobre el caso Feltrinelli (Guaraldi). Escribe un ensayo sobre Cesare Zavattini aún inédito. En estos años son frecuentes las estancias en París en casa de su amiga y traductora al francés Corinne Lucas. Entabla amistad con Amelia Rosselli y Dario Bellezza.

1979

Se publica la novela *Deviazione*, en la que narra su propia experiencia durante la Segunda Guerra Mundial. Obtiene un éxito inmenso en Italia. Se traducirá al francés, al alemán, al español y al japonés. *Deviazione* es el hilo conductor de los recuerdos de la autora en la película de Renate Stegmüller y Raimund Koplín titulada *Luce, Wanda, Jelena. Es war nicht ihr Krieg* (Múnich, 1994), en la que tres mujeres, una italiana, una noruega y una rusa, regresan a Alemania cincuenta años después, a los lugares de su experiencia de guerra. Colabora en *La Quinzaine Littéraire*.

1980

Estancia de un año en Berlín: invitada por el Deutscher Akademischer Austauschdienst, imparte un curso semestral sobre la novela italiana en el Institut für Romanische Philologie de la Freie Universität. Gracias a las infraestructuras alemanas, le es más fácil vivir sola pese a su parálisis. El recuerdo de esta autonomía será uno de los más felices de su vida.

1981

Se publica su novela *Nucleo Zero*, sobre el terrorismo de las Brigadas

Rojas. Se traducirá al alemán y al español [versión castellana de Joaquim Jordà: Argos Vergara, Barcelona, 1983]. En 1982, Giandomenico Curi se inspira en esta novela para realizar un serial radiofónico, traducido al francés y al inglés, y en 1984, el director Carlo Lizzani hace de ella una película para la Rai-TV, con guion de Ugo Pirro. En estos años viaja mucho al extranjero, a España, Ámsterdam, Nueva York y Rusia con sus amigos Corinne Lucas, la helenista Daniella Ambrosino y su marido, el físico teórico Giorgio Parisi. Diversas estancias en Alemania y en París. Colabora con los periódicos *Il Manifesto*, *L'Unità* y *L'Avvenire*.

1986

Publica *Partiranno*, novela sobre la exploración de la Tierra por parte de extraterrestres provenientes del planeta Nnoberavez, que la introduce en el mundo de la ciencia ficción italiana. Colabora con las revistas *Nova SF*, *Futuro Europa* y *Pianeta*. Escribe las introducciones a *Storie d'ordinario infinito*, de Ugo Malaguti (1989) y a la novela *La croce di ghiaccio*, de Lino Aldani (1990).

1988

Un transeúnte apresurado vuelca su silla de ruedas en el aeropuerto de Frankfurt —adonde había viajado para visitar la feria del libro— causándole una fractura múltiple del fémur; habrá de someterse a una serie interminable de operaciones quirúrgicas y ya nunca más podrá ser independiente. Desde entonces y hasta su muerte la atenderá su amiga y asistente polaca Katarzyna Fryzlewicz.

1989

Se publica la antología, editada junto con Gabriella Sobrino, *Europa in versi. La poesia femminile del '900*.

1992

Pese a sus precario estado de salud, se recupera y retoma sus viajes. Estancia en Japón: en Tokio da una conferencia sobre Silone y sobre su

propia obra narrativa en la Gaigodoi University, Bunkyo-ku.

1993

Se publica *Ultima luna*: novela sobre la vejez, en la que uno de los protagonistas vuelve a Italia tras una larga estancia en Japón.

1995

Se publica *Si prega di non disturbare*: una novela —escrita durante una estancia en París— que trata de entender desde dentro la psicología de un neofascista que comete un homicidio.

1997

Se publica *Una strana fortuna*, sobre la experiencia de dos hermanas y la locura de una de ellas. El estado de salud de Luce empeora bruscamente.

1999

Publica *Racconti quasi di guerra*, escritos en los años cincuenta, revisados y corregidos. Se publica en Edizioni Lavoro *Io sono un'aliena*, una suerte de testamento literario de Luce d'Eramo compuesto por una entrevista de Paola Gaglianone y tres relatos-ensayos publicados respectivamente en 1984, 1994 y 1995. Sufre dolores cada vez más terribles.

2001

Toma apuntes para un libro sobre Etty Hillesum. Tras un breve ingreso en el Hospital Policlínico de Roma, Luce d'Eramo fallece el 6 de marzo, a la edad de setenta y seis años. La televisión, toda la prensa italiana y los diarios *Le Monde* y *Süddeutsche Zeitung* se hacen eco de sus recuerdos. Sus cenizas yacen en el cementerio acatólico de Roma, junto a sus amigos Amelia Rosselli y Dario Bellezza. En abril se publica póstumamente su novela *Un'estate difficile*, la historia de una crisis conyugal en los años cincuenta.

NOTAS

[1]. A este respecto, resulta interesante el libro de G. Thomas Couser, *Memoir: An Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2011.

[2]. Véase el hermoso libro de Robert S. C. Gordon, *The Holocaust in Italian Culture 1944-2010*, Stanford University Press, Palo Alto, 2012, que la editorial Boringhieri publicará próximamente.

[3]. Entre los escritos publicados en la inmediata posguerra, sólo uno es de un hombre, Primo Levi; los demás son de mujeres judías: Frida Misul, Giuliana Tedeschi, Luciana Nissim, Liana Millu, Alba Valech Capozzi. Sobre la figura de Luciana Nissim, véase el ensayo de Alessandra Chiappano que acompaña la edición de *Ricordi della casa dei morti e altri scritti*, con introducción de Alberto Cavaglione, Giuntina, Florencia, 2008. Más en general, sobre la cuestión de una historiografía de género, remito al libro de Carol Gilligan, *Con voce di donna. Etica e formazione della personalità*, Feltrinelli, Milán, 1987.

[4]. Véase el libro de Robert S. C. Gordon, *op. cit.*, que también resulta esclarecedor a este respecto, en particular los capítulos 4 y 7 de la segunda parte.

[5]. Sándor Ferenczi, *Diario clinico. Gennaio-Ottobre 1932*, en particular la anotación relativa al 12 de enero (pp. 55-57), Cortina, Milán, 1988.

[6]. Véase Nancy A. Smith, «La rinascita di Orpha», en *La partecipazione affettiva dell'analista. Il contributo di Sándor Ferenczi al pensiero psicoanalitico contemporaneo*, Franco Borgogno (ed.), Franco Angeli, Milán, 2003.

[7]. Campo de tránsito.

[*]. Primer verso de *La Montanara*, una canción popular de montaña muy conocida en Italia. (Todas las notas marcadas con un asterisco son de la traductora.)

[8]. Nombre con el que los franceses llamaban a los alemanes durante la última guerra, en lugar del demasiado conocido *boches* de la Primera Guerra Mundial.

[*]. *Arriva la banda, arriva la banda, / arriva la banda dei mascalzon / dei mascalzon dei mascalzon / col Duce in testa che faceva da caporion, / eccoli qua, son tutti qua / camicie nere e federal...*

[9]. Todo se supera / todo pasa / mi marido está en Rusia / mi cama sigue libre.

[10]. Malborough se va a la guerra / *mironton mironton mirontaine* / quién sabe cuándo volverá...

[*]. «Tonta», en francés.

[*]. En francés en el original.

[11]. Carné de identidad.

[12]. Cerdo infame.

[13]. Los pies abajo.

[14]. No debo morir.

[*]. Sí. ¿Cómo estás?

[*]. *Tu scendi dalle stelle, o re del cielo, / e vieni in una grotta al freddo e al gelo.*

[*]. *Gruppi universitari fascisti* (GUF): Sección universitaria del Partito Nazionale Fascista.

[15]. ¡Qué bonita!

[16]. Una «huye de mamá», apodo que los rusos daban durante la guerra a los soldados italianos.

[17]. Papel de fumar.

[18]. Espera, querida.

[19]. ¡Pobre muchacho!

[20]. Intenta rezar.

[21]. Si mañana hay guerra, si mañana hay batalla, / estate listo para combatir hoy.

[22]. El humorismo es reírse pese a todo.

[23]. Mientras la cabeza siga viva.

[*]. No tenga prisa, mi pequeña Lucette.

[24]. Donde las olas del mar del Norte rompen contra el dique, / donde las flores amarillas se abren en los verdes campos / y se oye el trino ronco de las gaviotas en la tempestad / allí está mi patria, allí me siento en casa.

[25]. En el verde bosque donde canta el ruiseñor / y salta del arbusto el alegre cervatillo, /
donde los pinos y los abetos bordean el bosque / he vivido el dulce sueño de mi juventud.

[26]. Los colaboracionistas salen de paseo.

[27]. Trabajadores voluntarios.

[*]. Pietro Badoglio (1871-1956), militar y político italiano, sustituyó a Mussolini como presidente del Consejo de Ministros tras el golpe de Estado de 1943 y pactó en secreto con los aliados para llegar a un armisticio.

[28]. Servicio de seguridad.

[*]. Desde el balcón del palacio Venezia, situado en Roma en la plaza del mismo nombre, arengaba Mussolini a las masas en las ocasiones especiales.

[29]. Alarma principal.

[30]. Alarma de fin de alerta.

[31]. Cochinos extranjeros.

[*]. Soldados de la República social italiana, también conocida como República de Salò, Estado títere de la Alemania nazi establecido en 1943 en el norte de Italia, en la zona ocupada por las tropas alemanas.

[32]. Cosa que se entiende por sí sola.

[33]. Alta la bandera, cerrando filas, / los SA marchan con paso firme y tranquilo.

[*]. Se conocía con este nombre a los miembros de una brigada fascista.

[**]. Integrantes de brigadas fascistas.

[*]. *A me piaccion gli occhi neri, / a me piaccion gli occhi blu, / ma le gambe, ma le gambe
/ a me piacciono di più.*

[*]. Ministro de Cultura popular primero y secretario del Partido Fascista Republicano durante la República de Salò, Alessandro Pavolini (1903-1945) fue estrecho colaborador de Mussolini en sus últimos años, hasta que fue ejecutado por los partisanos junto a otros altos cargos fascistas.

[*]. *Le donne non ci vogliono più bene / perché portiamo la camicia nera, / ci hanno detto che siamo da galera / ci hanno detto che siamo da catene.*

[*]. *L'amore coi fascisti non conviene / meglio un vigliacco che non ha bandiera / uno che salverà la pelle intera, / uno che non ha sangue nelle vene.*

[*]. El «otoño caliente» es un periodo de la historia de Italia, que se inicia en el otoño de 1969, marcado por las luchas sindicales obreras y que supuso el preludio del periodo conocido como los «años de plomo» de la década de 1970.

Desviación
Luce d'Eramo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Deviazione*

Diseño e ilustración de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Giacomo Feltrinelli Editore, 2012

Publicado por primera vez en noviembre de 2012 por Giacomo Feltrinelli Editore, Milán, Italia

© de la traducción, Isabel González-Gallarza, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

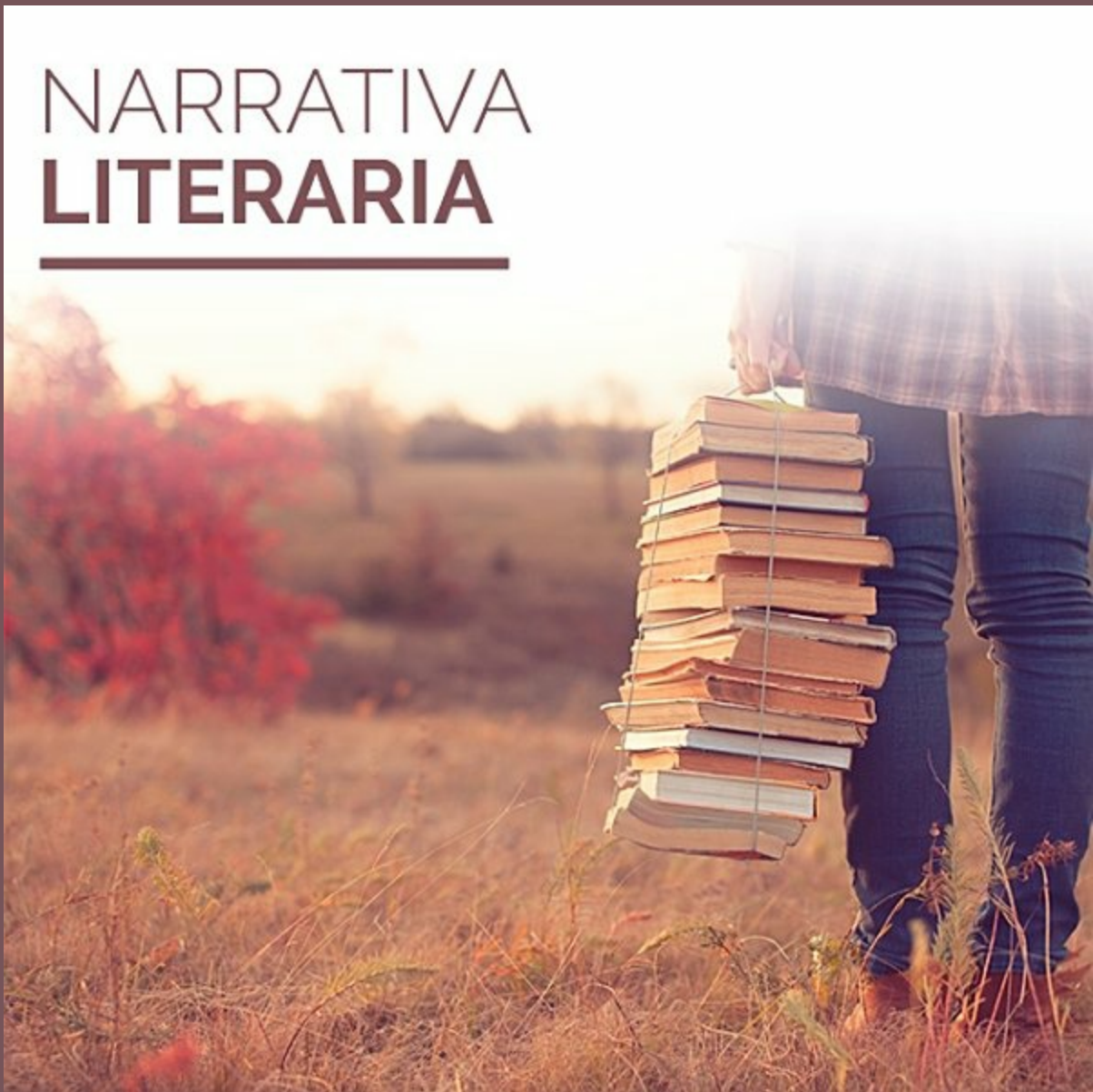
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-322-3358-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**


NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!





 Seix Barral

Luce d'Eramo

Desviación

